

MEMORIAS DEL CALABOZO



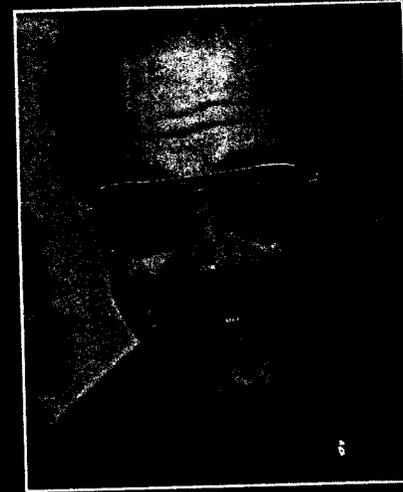
Mauricio Rosencof
Eleuterio Fernández Huidobro



Aurkezten dizugun liburuaren edukiaz, presentazioaz, eta inpresioaz eritziarik bazenu, eskertuko genizuk jakinaraziko bazenigu.

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica Vd. su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como su presentación e impresión.
Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

TXALAPARTA
ARGITALETXEA
Apartado 78
31300 Tafalla
Nafarroa/Navarra
Tfno.: (948) 703277
Fax: (948) 755012



ELEUTERIO FERNÁNDEZ HUIDOBRO, NATO

Nacido en 1942 en Montevideo, hijo de inmigrantes españoles. En 1965 junto a Raúl Sendic crean el Movimiento de Liberación Nacional/Tupamaros. En 1969 es detenido en el transcurso de la toma de la ciudad de Pando. En 1971 escapa, en la famosa fuga masiva de Punta Carretas.

En 1972 cae de nuevo gravemente herido y, tras el fracaso de unas negociaciones con los militares para buscar una solución política, forma parte del grupo de rehenes secuestrados durante once años y medio. Reconstituido el poder civil en marzo de 1985, es puesto en libertad y en ese momento asume la reorganización del movimiento tupamaro como organización política.

Hoy es uno de sus dirigentes más destacados, desarrollando además una amplia actividad literaria como cronista del MLN. Ha publicado *Historia de los Tupamaros* (tres tomos), *La Tregua Armada* y *La Fuga de Punta Carretas* (dos tomos).



**MAURICIO ROSENCOF,
RUSO**

Nacido en 1933 en Uruguay, hijo de inmigrantes judíos de Polonia. Varios de sus familiares murieron en el ghetto de Varsovia y Auschwitz. De sus padres, militantes obreros, hereda la conciencia política y milita en la Juventud Comunista.

En los años cincuenta despierta al mundo del teatro y en los sesenta es uno de los dramaturgos más conocidos de América. Escribe, entre otras, *El gran Tuleque*, *Las ranas*, *La valija*, *Los cabellos*, y reportajes políticos como *La rebelión de los cañeros*.

Comandante de la guerrilla urbana del Movimiento de Liberación/Tupamaros. En 1972 cae en una emboscada y es torturado sin interrupción durante nueve meses. Tras el golpe militar de 1973 es enterrado en vida durante once años y medio.

Tras su liberación sigue reorganizando los Tupamaros y aumentando su creación literaria. Obras de teatro (*El saco de Antonio*, *El combate del establo*, *El hijo que espera*); colecciones de poemas (*Conversaciones con la alpargata*, *Canciones para alegrar una niña*) o textos políticos y literarios (*Vida de perros*) cuentos (*El gran*

MEMORIAS DEL CALABOZO



929 / ROS / MEM

MEMORIAS DEL CALABOZO

Mauricio Rosencof
Eleuterio Fernández Huidobro

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101811171



R. 5418



Título:
MEMORIAS DEL CALABOZO

Egileak:
Mauricio Rosencof
Eleuterio Fernández Huidobro

Hitzaurrea:
Eduardo H. Galeano

Argitalpena:
Txalaparta Editorial
Apartado 78
31300 TAFALLA
Nafarroa/Navarra
Tfno. (948) 703277
Fax. (948) 755012

Lehen edizioa:
Tafalla, Enero 1993

I.S.B.N.:
84-86597-69-2

Legezko gordailua:
NA. 76-1993

Copyright:
© Txalaparta para la presente edición

Fotokonposizioa:
ANtza

Fotomekanika:
Cometip, S. L.

Inpresioa:
Gráficas Lizarra

Saila:
Gebara nº 16



*Yo vide un águila mora
volando sobre un chircal
y era el alma cimarrona
campeando la Libertad.*

*Cielo, mi Cielito lindo
danza de viento y juncal
prenda de los tupamaros
flor de la Banda Oriental.*

De la canción
Cielito de los Tupamaros

DEDICAMOS este trabajo a:

Simón Riquelo; Mariana Zaffaroni; Beatriz, Wáshington y Andrea Hernández; hijos de: María Asunción Artigas, Aida Sanz, Blanca Altman, María Emilia Islas, Yolanda Casco, niños de nuestro pueblo, desaparecidos, estén donde estén.

A Adolfo Wasem, del MLN, Ada Burgueño de los Grupos de Acción Unificadora, María del Rosario Carretero del Partido por la Victoria del Pueblo, Eduardo Bleier del Partido Comunista, Oscar Baliñas del Frente Izquierda de Liberación, Luis Batalla del Partido Demócrata Cristiano, Oscar Bazzino del Partido Obrero Revolucionario, Gilberto Coghlan de la Resistencia Obrero Estudiantil, Oscar Fernández del Partido Comunista Revolucionario, Roberto Gomensoro del Movimiento 26 de Marzo, Iván Morales de la Organización Popular Revolucionaria 33, Manuel Toledo del Partido Socialista, Zelmar Michelini de la 99, Héctor Gutiérrez Ruíz del Partido Nacional, Enrique Erro de la Unión Popular...

En ellos y por ellos, a todos los caídos de nuestro pueblo en la lucha por su liberación.

Los muertos no tienen divisa: son la divisa.

CONVOCAMOS fraternalmente a los sobrevivientes de todas las clandestinidades, exilios y cárceles a dar su testimonio. A levantar, entre todos, un gran monumento al dolor, sacrificio, y heroísmo del pueblo uruguayo en estos combativos años.

Para que no se olvide. Para que se vea desde muy lejos. Para que dé fuerzas. Para que alerte. Para que señale caminos...

Los autores

Prólogo

Alguna vez, a lo largo de estos largos años, pudieron mirarse al espejo: vieron a otro. Flacos como «fakires», triturados por la tortura incesante, los «rehenes» de la dictadura militar uruguayanda anduvieron de cuartel en cuartel, condenados a la soledad de calabozos poco más grandes que un ataúd. No podían hablar ni siquiera con las cosas. En las celdas no había cosas, no había nada. Dormían sobre el helado suelo de hormigón, sobresaltados por cualquier ruido de rejas o paso de botas que podía anunciar una nueva ronda de torturas. A veces no les daban ni agua, y ellos bebían sus propios orines. A veces les negaban comida, y ellos comían moscas, gusanos, papeles, tierra. A veces ocurría un milagro: una ráfaga de aire fresco traía un aroma de naranjas por algún agujerito de la ventana tapiada; o por el agujerito entraba un bichito de luz, o una pluma de pájaro. Y a veces resonaba, en la pared, algún mensaje del preso vecino: un mensaje dicho con los nudillos de los dedos.

Esta obra celebra una victoria de la palabra humana. Dos de los «rehenes», Mauricio Rosencof y El Nato Fernández Huidobro, evocan en estas páginas su experiencia en aquel reino del

silencio y del terror. Cuentan cómo lograron salvar su condición humana, prendidos a la vida «como la hiedra al muro», contra un sistema que quiso volverlos locos y convertirlos en cosas.

La comunicación, lograda por un improvisado código morse, fue la clave de esa salvación. Tamborileaban los dedos y así ellos reconquistaban el negado derecho a la voz: a través del muro se daban aliento y consuelo, discutían, compartían experiencias y delirios, gentes y fantasmas, recuerdos y sueños. Aquella música de tamborcitos, aquellos ruiditos humildes, eran la mejor sinfonía de Beethoven; en ellos resonaba la maravilla del Universo. Prohibida la boca, hablaban los dedos. Hablaban el lenguaje verdadero, que es el que nace de la necesidad de decir.

El encuentro entre Mauricio y El Ñato a través de la pared, no sólo revela la fuerza de dignidad y el poder de astucia de nuestros presos políticos: ese diálogo alucinante es, además, el más certero símbolo del fracaso de un sistema que quiso convertir a todo el Uruguay en un país de sordomudos.

Eduardo H. Galeano

Introducción

En la década de los sesenta, la oligarquía hunde a Uruguay en una profunda crisis económica como único modo de salvar sus privilegios.

Tras esa crisis se desencadenaron las demás: la social, la política, la moral...

El pueblo uruguayo se resistió a pagar las tremendas consecuencias necesarias para la salvación de intereses minoritarios y antihistóricos.

A partir de 1968 la oligarquía recurre a la violencia sistemática. La represión golpeó sin piedad.

Entre las muchas formas de lucha que el pueblo opuso al avance del fascismo, estuvo la armada. Los Tupamaros fueron una de sus expresiones organizadas.

Durante 1972 se produce una severa derrota militar del MLN. Tras ella, el ejército, última carta de la oligarquía, avanzó sobre las demás posiciones populares.

Disolvió el Parlamento en junio de 1973, ilegalizó la Convención Nacional de Trabajadores (que mantuvo durante más

de 15 días una heroica huelga general de resistencia al golpe de estado), prohibió los partidos políticos, destruyó la autonomía universitaria, liquidó las libertades, torturó y encarceló en masa, asesinó llegando a las peores atrocidades...

Una noche de septiembre de 1973, nueve militantes del MLN fuimos sacados, por sorpresa, de cada una de nuestras celdas en el Penal de Libertad.

En la soledad de la helada madrugada de ese invierno crecientemente, hasta el motor de los camiones que nos aguardaban parecían querer hablar en voz baja para que los demás presos (miles), no oyeran. Para que nadie se enterara de lo que allí comenzaba a hacerse.

Era, lo fue desde el principio, un traslado vergonzante.

Allá, en el más hondo fondo de la conciencia tenebrosa de quienes tomaron la decisión, pero también en la de los oficiales, clases y soldados que nos ponían taponeros en los ojos, campeaba la idea de que algo malo se estaba haciendo. Siempre campea ese tipo de ahogado y tenue reproche.

Nosotros también lo intuimos y nos propusimos demostrar que el ser humano, piense como piense, puede resistir tal tamaño de crueldad sin pasar a ser bestia o planta. Sin mineralizarse.

Ese largo viaje de los nueve rehenes de la tiranía duró, exactamente, once años, seis meses y siete días. Hubo, en la historia de la humanidad, vastamente torturada, muchísimos antecedentes. El aguijón del dolor es el de ella. Dios no debe haber soplado el barro para hacer a los hombres: lo más probable es que lo haya golpeado.

Adolfo Wasem, Raúl Sendic, Jorge Manera, Julio Marenales, José Mujica, Jorge Zabalza, Henry Engler, Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández, fuimos los nueve señalados por la pezuña de la tiranía.

Muchos de nosotros, presos y torturados varias veces en la década del sesenta. Todos, presos y torturados en el año 1972. Algunos, torturados nuevamente en 1973 antes del secuestro que nos transformará, nuevo refinamiento, en rehenes.

Resulta descomunal e imposible tratar de encontrar causas racionales en la conducta bestial de los mandos militares que asolaron Uruguay.

Podemos, a pesar del riesgo, intentarlo. Por lo menos señalando las razones obvias.

Una de ellas: nos consideraban dirigentes del MLN, y por ende (de acuerdo al peculiar mecanismo de sus engranajes mentales), impedirnos toda posibilidad de comunicación con el mundo exterior sería decisivo para liquidar, no sólo al MLN sino a lo que daban en llamar «la subversión», o sea, la protesta del pueblo uruguayo.

Vale la pena detenerse un poco en esto. Ellos piensan el mundo de acuerdo a sus parámetros, por lo tanto, el universo es un cuartel.

Liquidado el Comando Supremo, todo lo demás, desde que no piensa, queda aniquilado. A veces, cuando la realidad que enfrentan se parece a un ejército, la práctica les da la razón. Ello hace que se mantengan, macizos y contentos, en el error.

Otra, bien material y concreta: cualquier cosa que hiciera el MLN sería contestada con la muerte o el castigo corporal en esos nueve militantes. Ergo: rehenes en el sentido neto de la palabra.

La última: fuimos detenidos en 1972. En ese momento las condiciones no estaban dadas como para asesinarnos a pesar de que lo intentaron. Después, la única alternativa que les quedaba era volvernos locos.

Pusieron manos a la obra con fruición y esmerada tenacidad.

Para ello fuimos separados en tres grupos de tres y diseminados por los cuarteles del interior del país. Un trío en cada una de las tres divisiones del ejército emplazadas lejos de Montevideo.

El último año, siempre aislados, lo pasamos en el Penal de Libertad.

Cada división, dentro de una línea similar de castigo, usó estilos diferentes: en la número 4 el sistema consistía en cambiarnos permanentemente de cuartel, de forma sorpresiva, cada pocos meses. El trío iba completo de acá para allá.

En la número 3, los rehenes permanecían siempre en los nichos de un sótano del Batallón de Ingenieros número 3 con asiento en Paso de los Toros.

Y en la número 2 cada rehén era clausurado, solo, en cuarteles diferentes rotando también cada pocos meses.

Ello explica por qué es muy difícil relatar, en un solo trabajo, la experiencia de los nueve. Cada grupo vivió en un círculo diferente y peculiar de aquel infierno.

Instalados en mundos aparte, razones accidentales, enfermedades, incidentes, características personales, hicieron que cada trío viviera, dentro de un sistema represivo similar, experiencias distintas.

Por lo tanto lo único viable es que cada uno aporte su testimonio propio.

Este trabajo quiere ser un comienzo y una convocatoria a los demás rehenes para que lo hagan.

Y quiere ser fundamentalmente, eso: un testimonio.

En el caso particular de nosotros dos existió, además, un motivo especial para emprender el trabajo.

Un día, cuando calculamos que no saldríamos vivos (o cuerdos) de aquellas tumbas, nos juramentamos, hablando con leves golpes en la pared, desde una mazmorra a la otra, que cualquiera de los dos que sobreviviera, testimoniaría... Para que el sacrificio no fuera en vano.

Ambos sobrevivimos... Pero Adolfo Wasem no.

Con su muerte, el juramento aquel se hizo deber ineludible.

Y no sólo fue Wasem: muchísimos compañeros y compañeras cayeron en cárceles, calabozos y salas de tortura para siempre. Quienes fuimos elegidos por el azar para quedar, tenemos el deber, por ellos y por nuestro pueblo, de testimoniar.

Nuestro testimonio es el de todos.

A nosotros se nos dio, en este 1987, la oportunidad, buscada para cumplir, de poder sentarnos ante un grabador y recordar...

Decidimos no hacer «literatura» con la grabación. Retocar sólo lo imprescindible para eliminar superfluidades y hacer inteligible el lenguaje hablado al ponerlo por escrito.

Mantener, en lo posible, las virtudes y aun los defectos de todo recuerdo espontáneo. Otra cosa podría, a nuestro juicio, ser irrespetuosa para con el sufrimiento de tantos.

Los compromisos militantes ineludibles de Mujica, nuestro compañero de trío, le impidieron estar con nosotros, mano a mano, en la tarea concreta. Si esperábamos estar los tres juntos para emprenderla, corría el riesgo de que se postergara quién sabe hasta cuándo. Mujica mismo nos alentó en la empresa y revisó los resultados...

«Los vamos a volver locos»

MR: Aquel día, mientras estábamos haciendo fajina¹, nos metieron «como tiro» en los calabozos, suspendieron los recreos, suspendieron los trabajos y, por ahí, bajó un avión donde traían presos del interior, no recuerdo si de Paysandú o de Artigas. Los apalearon brutalmente.

Se produjo entonces una reacción en todo el Penal. Con los jarritos de hojalata que teníamos para el café con leche, empezamos a golpear, todos, en las puertas de hierro. Después de eso nos quedó la sensación de que iba a haber medidas punitivas: particularmente con nosotros. Porque ya lo había hecho un mayor (aquél a quien cada vez que pasaba frente al celdario, le gritaban cosas).

FH: Le gritaban «¡pijachical!».

MR: Habíamos provocado una tormenta de hojalata y el rayo vino a las dos o tres de la madrugada...

1. Ver glosario al final.

FH: De un día 7 de septiembre de 1973; había que mirar en un almanaque si fue jueves o viernes. Vienen y nos ordenan levantarnos y vestirnos. Por lo menos a mí me ordenaron eso. Que me levantara, me vistiera, juntara el cepillo de dientes, el jabón, papel higiénico y nada más.

MR: Había un médico delgadito que, silenciosamente, nos aplicó el estetoscopio. Todo lo hacían en silencio; a escondidas...

FH: Alarmante...

MR: Me conducen a la planta baja, me ponen junto a vos. Ahí murmuramos: «¿Qué pasa?» «No sé», me dijiste.

FH: Esa debe haber sido la última vez que conversamos.

MR: Que nos vimos...

FH: Que nos vimos.

MR: Hasta muchos años después no nos volvimos a ver la cara a pesar de estar siempre juntos, muro por medio.

FH: Nos llevan a un cuarto de baño que hay en la planta baja, y que sólo lo usaba el personal militar. Me colocan algodones en los ojos, una venda, luego una capucha y después me atan con alambre.

MR: Todo en silencio. Las capuchas eran unas bolsas enormes.

FH: Sí, no era una capucha común.

MR: Eran de lona y sucias.

FH: Largas.

MR: Que te colgaban hasta el pecho.

FH: Y que las vamos a usar mucho tiempo...

MR: Mucho tiempo.

FH: No hablaba nadie. No hablaba siquiera el oficial con la tropa, ni el cabo con los soldados. Había orden de no pronunciar palabra; todas las órdenes se daban por gestos. Además no sentí, a pesar de haber dormido mal, cuando arribaron los camiones a la planta baja, cosa que siempre sentía.

MR: Es curioso, cuando bajamos vi varios «roperos».

FH: Estaban sancionados allí, pero no sentí ruido. Aquello era un operativo en silencio. Como si quisieran que los demás presos no se enteraran. Fue un traslado vergonzante, un traslado con la conciencia de que algo grave estaban cometiendo.

MR: Muchísimos años después, ya estando libre, durante un reportaje para la BBC en Londres, el periodista me comenta algo que yo no sabía: que el coronel encargado del operativo había declarado: «ya que no pudimos matarlos cuando cayeron, los vamos a volver locos». Eso iba a firmar la peripecia que se iniciaba en aquel momento.

Las leyes de la irrealidad

FH: Nos tiraron en la caja del camión como basura. Comenzamos a perder la noción de cuántos presos había y de quiénes éramos, el silencio y la oscuridad eran totales.

MR: El destino, desconocido. Habían arrojado a un tercero ¿Quién? Llegué a dudar que hubiera un tercero, y aun que estuvieras vos ¿Yo estaba? Aquello era irreal, fantasmagórico.

FH: Era inútil gritar, putear, hacer nada. Cuando me acomodaba de alguna manera, lo único que recibía era un golpe o un violento empujón para que volviera a la posición en que estaba antes.

MR: ¿Sabes en qué momento pude confirmar con quiénes iba? Fue cuando el Pepe comenzó a pedir insistentemente que lo dejaran cagar. El Pepe venía enfermo.

FH: Tenía diarreas crónicas.

MR: Oigo que vos decís: «Déjenlo ir que es un enfermo».

FH: Pasaron muchas horas de viaje...

MR: Eso de las horas a nosotros nos confundía; lo mismo las características de la carretera. Una carretera importante nos daba la absurda sensación de que íbamos a un lugar «civilizado». Cuando empezaban los barquinazos pensábamos: «¿Adónde carajo vamos?» Yo perdía la noción del tiempo, porque de pronto la cabeza se te disparaba hacia otros acontecimientos, recuerdos, y no tenías noción de cuánto tiempo transcurría. Podían ser tres horas o treinta minutos.

FH: Lo cierto es que cuando pasó un tiempo, Pepe, que evidentemente no podía aguantar más, nos dijo «bueno compañeros, discúlpeme, pero yo voy a cagar aquí mismo».

MR: Entonces el problema que se creó fue que la guardia ya no bancaba el olor. Al fin, luego de muchas horas, llegamos a un cuartel.

FH: Nos bajaron atados y encapuchados tal como veníamos en el camión y así nos dejaron en un calabozo, de plantón.

MR: Luego de pasar por las botas de una horda que nos cagó a patadas, hubo una recorrida de jefes y oficiales que nos miraban como animales de zoológico. El comandante, como Napoleón desde un cuadro.

FH: Al otro día de madrugada, sin haber dormido y habiendo estado de plantón, quedamos en manos de otra unidad, esta vez de Caballería. El camión que se usa es diferente. Más cachiporrero... Nos van a atar los pies con alambre, y a tirar en aquella caja entreverados con dos ruedas auxiliares gigantes que iban sueltas. Varias veces se nos van a venir encima. El camino que elegirán va a ser de tierra. Era evidente que venían otros vehículos. El viaje será tan largo que ellos tendrán que parar a mitad de camino a reponer combustible.

MR: Había flejes ajustando la caja y bulones en esos flejes, donde nos colocaban meticulosamente los tobillos alambrados. Una bota, encima, empezaba a amasar y amasar; era una lucha entre el tobillo y la cabeza del bulón; perdió el tobillo.

FH: Siempre va a perder. Fue un viaje inolvidable. Con el otro encima del lomo, sin comer, sin dormir, íbamos descartando las posibilidades más alentadoras.

MR: En momentos así, parece que el organismo le exige a la psiquis que lo aliente con alguna posibilidad agradable.

FH: Nos estamos metiendo en un universo, donde lo que comienza a tener para nosotros valor no es la realidad concreta. Un hombre cuando viaja por el país lleva un mapa y va viendo por dónde está pasando. No tiene la menor duda. Lleva el reloj en la muñeca y va verificando sus horarios. En las condiciones en que nosotros estábamos, comenzamos a introducirnos, sin saberlo aún, en el universo en el cual vamos a vivir: Un universo

que está construido por nuestra propia imaginación y nuestros propios cálculos. Si es real o no es real, no importa mucho. Operaba como si fuera real.

MR: ¡Era real!

FH: Tengo idea de que a Santa Clara de Olimar llegué a las tres de la tarde. Aunque fueran las cinco de la mañana, para mí eran las tres de la tarde.

MR: Desaparecían los límites entre la realidad y la imaginación. Eso se convirtió en una ley. Porque además nos va a pasar que con una fracción de información construíamos un universo.

FH: Y ese universo operaba en nosotros con leyes como las del universo real.

«Pommery»

FH: Me hundieron en un calabozo sin explicarme nada. Yo mismo me saqué la capucha, la venda, los algodones... Nadie me dijo nada. Lo único que ellos hicieron fue sacarme los alambres y tirarme violentamente en un calabozo chiquito, que estaba sin terminar, fresco, recién hecho. Sus paredes rezumaban humedad; la mezcla no estaba totalmente fraguada. Me llamó la atención el total y absoluto silencio. Daba la impresión de que no había nadie ahí cuidándonos: lo único que se oía, profundizando el silencio, era una especie de molinete o algo así, un ruido muy tenue que, después de años de estar, descubrí que era la driza de una bandera en el techo. Cuando el viento soplabá, golpeaba contra el mástil.

MR: Había una banderola... no, no había una banderola. Era un agujero sin vidrio y sin marco, por donde entraba el frío, el viento, la lluvia. Techo de cinc, un cielorraso de madera podrido. Llovía por todos lados.

FH: Agonizaba el invierno y aún hacía frío...

MR: «Apolillábamos» en el piso.

FH: La única ropa que tenía era el mameluco. El 787 de la cárcel de Libertad.

MR: Tener el uniforme puesto, tener puesto el 813, me daba la ilusión de que íbamos a estar ahí por el plazo de una sanción

que era demasiado larga para cumplirla en el Penal. El Penal se nos iba transformando en la «tierra prometida».

FH: La pequeña esperanza que podía significar un mameluco, de que íbamos a volver a Libertad, en la medida que el mameluco se iba royendo y destruyendo, se iba también royendo y destruyendo.

La guardia tenía la consigna de no hablarnos. Se nos comunica en una orden escrita que no podemos hablar con nadie ni con nada.

MR: Incluían los objetos...

FH: Nos sacan todo del calabozo. Allí no tenemos absolutamente nada.

MR: Había un sonido que me erizaba y que en algún momento llegué a desear; era aquel chirrido impresionante del portón enorme que cerraban (porque era la entrada del cuartel) cada vez que nos tenían que llevar al baño. Como no nos llevaban, deseábamos oír ese sonido. Era el indicio de que podríamos desagotar.

FH: El mundo del silencio, el mundo de la desolación. Lo único: la capucha.

MR: Capucha que se convirtió en polifuncional. La cuidábamos, le dábamos vuelta, la sacudíamos, la oreábamos. Yo la ponía doblada sobre el piso, para no sentir el frío del hormigón.

FH: Alguna vez nos ensuciaban la capucha, ¿te acordás? Con guiso, con orines, con cualquier cosa...

MR: Con mierda ¿Te acordás que en el excusado nos dejaban levantar la capucha hasta los ojos para no errarle al agujero?

FH: Siempre atados.

MR: Llegar con las manos esposadas a los glúteos, al medio de los glúteos, para hacerse la limpieza, implicaba movimientos que ni el «hombre de goma». Nos hicieron cagar once años esposados y encapuchados.

FH: Vamos a seguir describiendo el mundo. La desolación en cuanto a no tener nada en la celda. La no existencia de horarios. Eso estaba hecho a propósito. No había hora para comer, para

entregar el colchón. Noches que no lo entregaban. Te quedabas esperando el colchón, como un gil.

MR: Finalmente te echaban sobre el piso. Y la capucha era el colchón.

FH: Colchón, almohada...

MR: Polifuncional. La ibas corriendo a los lugares que más se te iban enfriando. Primero la cadera, después el hombro...

FH: Dejaban enfriar la comida.

MR: Los soldados juntaban tierrita del piso y la echaban por encima.

FH: Y puchos también.

MR: En la polenta venían los puchos apretados...

FH: La comíamos igual. El hambre come cualquier cosa. La comida nos la daban en el suelo. Pateaban los platos para adentro de la celda. Aquellos platos americanos de aluminio, grandes, tipo sartén, que no se caían aunque los patearan, podían patinar. Para el agua, después, nos dieron una cantimplora miliar a cada uno.

MR: Por lo general, sin agua. La usábamos para mear. Dejábamos enfriar el orín al contacto con el aluminio; las sales se depositaban en el fondo. Como dirían las buenas cocineras, «se deja reposar». Entonces, ya sin ese dejo nauseabundo que tiene tibio, lo bebías a sorbirtos, fresco, con placer, *Pommery*.

La luna en el nicho

FH: ¿Cómo era el calabozo? Vamos a describir el calabozo como si describiéramos nuestro mundo. Viviremos tanto tiempo allí... Más tiempo que en la casa de nuestra niñez.

MR: Todos los calabozos, cuando llegábamos, eran hostiles. Y había que integrarlos. Reconocías manchas, formas en las manchas, humedades, insectos, hasta que todo eso, que era hostil, lo asimilabas, lo integrabas; después que estaba reconocido podías hacer una vida «normal» porque aquello ya no te afectaba. No se podían estirar los brazos entre pared y pared porque aquel nicho tenía 1.20, 1.25...

FH: La medida está bien dada por vos al decir eso: no podías estirar los brazos.

MR: Y la otra cosa que había que integrar eran los movimientos para no entrar a las patadas con las paredes. Podíamos caminar de ángulo a ángulo, en diagonal, con tres pasos cortos y media vuelta. Después del tercer paso tenía que «chanflear» el pie izquierdo 45 grados para no darme de punta contra el muro. Trillar siempre para el mismo lado. Si cambiabas de «mano», te mareabas. Había que integrar —como las manchas— el movimiento.

FH: Las huellas quedaron marcadas en el calabozo. El hormigón del piso quedó lustrado por las alpargatas, en los tres lugares donde se apoyaban los pies.

MR: No podíamos bracear porque las manos y los codos se golpeaban contra las paredes. Había que caminar con las manos atrás.

FH: Las paredes eran muy rugosas y, si te dabas contra la pared, o si te daban, como nos daban, te lastimabas siempre. En aquellos calabozos llovía, corrían las ratas por el cielorraso...

MR: Y entraban gorriones...

FH: Anidaban golondrinas en primavera ¿Y aquel respiradero por donde entraban todo el frío y el agua del mundo?

MR: Esa ventanita, tan nefasta, a veces era un placer. Permitía que entrara el único hálito de aire fresco...

FH: Y a veces se veían nubes.

MR: Era todo un espectáculo.

FH: Una vez, una sola vez, un sólo día, por una de esas ventanitas, una noche, vi la luna. Algún astrónomo tendría que calcular, dada la ubicación de la ventana y su orientación, qué noche de este siglo, la luna estuvo a determinada hora a tantos grados sobre el horizonte de manera que pudiera, brevemente, pasar por esa ventanita.

MR: A la altura de mi ventana salía un cable que cruzaba la plaza de armas, en el que, a veces, se posaban las golondrinas.

FH: Había un sólo rincón desde donde las podías ver. En esos calabozos de Santa Clara de Olimar va a entrar por la ventana,

en el mío, una vuelta, un bichito de luz, y se me va a morir. Otra vuelta va a entrar la pluma de un pájaro y me la voy a guardar de recuerdo.

MR: ¡En el mío también! Y aún la tengo enhebrada en un papel con un poema que un día le entregué a mi hija, que era niña entonces:

«— ¿Dónde está tu pájaro, plumita?

— Mi pájaro es un sueño. Se ha volado.

— ¿Volverá?

— Nunca se va:

Vuela y permanece.

Como vuela y permanece todo lo soñado».

FH: Allí traté de buscar huellas de otros presos, nunca encontré nada. Era como si hubieran sido hechos para nosotros. Encontré, sí, años después, cuando me tocó volver, huellas de ustedes. De otros no.

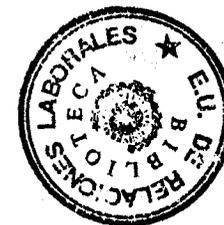
MR: En el mío había un toro. Surgía en el techo, de la textura de un brochazo de cal. La presencia de ese toro me obsesionaba. Cuando me echaba en el piso boca arriba lo tenía sobre la cabeza. Llegué a pensar que tenía movimiento. Siempre lo veía distinto.

FH: Jamás se hizo una fajina. Jamás se pasó una escoba, un trapo, jamás se lavó. Lo que hacían, cuando el olor se les tornaba insoportable, cuando el olor de nuestra propia mugre, de nuestros orines, de la comida podrida que se derramaba en el piso, tiraban baldazos de agua con creolina. Lo mismo que hacen en las caballerizas.

MR: Mear se nos convirtió en una obsesión.

FH: La primera técnica que inventé para hacerlo fuera de los lugares acostumbrados, era en la cantimplora. Luego, durante el resto del día, iba derramando el orín lentamente, esperando que se evaporara, para poder llenar una segunda cantimplora.

MR: Yo lo hacía bajo el colchón. Era como dormir sobre las olas...



FH: De manera que le podríamos decir a cualquier ser humano de los que habita en el mundo normal, que se puede mear, prácticamente, en cualquier lado.

MR: Llegué a tener la sensación, una sensación real, de que se me habían trastocado los órganos: la vejiga había pasado a ocupar el lugar del cerebro. No pensaba en otra cosa.

FH: Con este tratamiento, pronto empezaron las diarreas como la cosa más natural del mundo y lógico corolario. Y claro, otro tipo de cagada es fácil de aguantar, pero la diarrea, no. Fui perfeccionando las técnicas. Había varias. Una era hacerlo en la bolsa de nylon, rellenándola de papel higiénico si lo tenías.

MR: Como no eran comunes las bolsas, al llegar al baño en vez de tirarla intentábamos vaciarla y volver con ella.

FH: ¡Por supuesto! No vas a desperdiciar...

Montaje de un operativo militar

FH: Nos sacaban una vez por día al excusado. A veces, ninguna. Pero hay que reconocer que hubo días que nos sacaron dos veces.

MR: Era un acontecimiento. El día que nos sacaban de mañana y después de noche, uno volvía con la sensación de que había cambiado la situación política.

FH: Cuando alguno de nosotros tenía necesidad de ir al baño, nos cansábamos de golpear, nos rompíamos los nudillos golpeando la puerta. A veces estábamos un día golpeando. Y me acuerdo los comentarios: «que revienten» o «no les des pelota, si éstos están aquí para carnear». El sistema de sacarnos al baño era, primero, cerrar aquellos gigantescos portones.

MR: Los del chirrido.

FH: «Montar el dispositivo»; te acordarás que así lo llamaban. Se apostaban los guardias en varios puntos de la Plaza de Armas y había que ir a buscar al perro a los caniles, que quedaban lejos. Después había que esperar al perro.

MR: A veces ocurría que se olvidaban de algún detalle y postergaban o suprimían el operativo.

FH: Ni qué hablar si el alférez estaba durmiendo la siesta u ocupado con alguien. Era insólito que fuera a montar todo ese dispositivo —que parecía la Batalla de Las Piedras— para llevarnos a echar una meadita.

MR: Y todo esto era para llevarnos al excusado, que quedaba a unos pocos pasos de los calabozos.

FH: Ellos, claro, como les costaba tanto trabajo, nos obligaban en esa sacada a hacer todo.

MR: ¿Qué hago primero?, ¿cago, meo, o me prendo al grifo? Yo había optado por prenderme al grifo. Donde jamás logré tomar más de tres sorbos, porque me sacaban...

FH: Porque te sacaban; para que no tomáramos agua.

MR: «Tiene dos minutos y ya van tres», te decían.

FH: Sabían que teníamos sed, porque nos avalanzábamos sobre el grifo. Yo aprendí a prenderme con toda la boca y con las manos de la pileta; de manera que cuando tiraban de la capucha hacia atrás, ya me había tragado unos cuantos sorbos. Ellos se mataban de la risa «¿Querés teta hijo'e puta?»

MR: Ese operativo estaba dirigido por el comandante de guardia.

FH: La orden era que no podíamos salir del calabozo sin el comandante de guardia. El lavado de cara consistía en levantarse un poco la capucha y salpicarse.

Los objetos de higiene, quedaban en la ventana, allí.

FH: El jabón, la toalla, el papel higiénico, apelotonado, la pasta de dientes y el cepillo, todo húmedo, apelmazado y podrido, quedaba meses ahí. De modo que no lo usábamos.

MR: De las cosas más desazonantes que recuerdo es que las esposas no marchaban bien, se les trancaban, no las podían abrir, mientras vos estabas apretando al pie de la meta.

FH: Y a veces te traían para atrás y no te llevaban.

MR: Habías llegado como Tántalo a la superficie del agua, y cuando ibas a beberla tenías que volver otra vez para el calabozo.

FH: Para nosotros la ida al baño era un gigantesco acontecimiento. Obtener idas, verdaderas conquistas. Y esa era toda nuestra higiene. Obtener idas, verdaderas conquistas. Y esa era

toda nuestra higiene, de vez en cuando. Nos trasladaron el 7 de septiembre, la primera vez que nos bañamos fue en noviembre. La única vez.

MR: Uno no sabía cuál era costra de mugre o cuál de matadura.

FH: Ahí venían las «biabas», las palizas sin explicación, cada vez que nos llevaban; hubo veces que nos decían: «¿No quiere ir al baño?» y si vos decías «Sí».

MR: Te llevaban por todo el cuartel a palos y a patadas. El hombre que nos conducía agarraba la capucha de la parte de atrás, haciendo un torniquete.

FH: De tal manera que te asfixiaba.

MR: Te iba sacudiendo la cabeza por todos lados. Los demás gritaban alborozados: «Está duro de boca, ché»; «no responde bien a las riendas», ¿te acordás? «¡Dale! ¡Dale!» —gritaban. Ibas con la boca abierta buscando aire, como un pescado en tierra, boqueando.

FH: Alguno te hacía zancadillas, te tiraban, te levantaban a patadas...

MR: Era la juerguita que se hacían todos los días.

FH: Incluso, como a veces les faltaba fuerza, porque hay que tener fuerza para sostener el torniquete durante tanto tiempo, ellos nombraban tipos especiales. Había soldados particularmente fuertes a los que llamaban. «Fulano, vení que tenés que llevar los pichis al baño».

MR: Recuerdo una noche. Te habían cagado a trompadas. Se percibía clima de biaba. Fueron por todos los calabozos a preguntar si queríamos ir al baño. Yo estaba apretado, pero a la vez presentía que la cosa venía con premio. Dudé ir al baño a cambio de algunos golpes. Cometí la tontería de decir que sí. Pepe, que es más bicho, dijo: «No tengo necesidad, gracias». Entonces me sacaron. La primera trompada siempre venía de la derecha. En cuanto salíamos del calabozo, doblábamos y ahí estaba el oficial o el soldado que te daba la piña. Después, todo el trayecto. Uno bancaba pensando en el alivio que iba a tener al llegar. Pero cuando llegué al baño me dieron otra biaba, no pude evacuar un corno y volví con más de lo que llevaba.

FH: ¿Te das cuenta que nosotros nos acostumbramos a esas palizas? ¿Que llegó un momento en que eran rutina, y no nos

incomodaban demasiado? Con tal de poder mear, cagar y tomar agua, unos piñazos era lo de menos. Años así, terminan «entrenándote».

Golpe a golpe: 6-5-10-8-3-8-4-1-4

FH: Allí, en Santa Clara, iniciamos nuestras comunicaciones a través de la pared.

MR: Golpe a golpe nos abrimos una ventanita clandestina a la vida.

FH: Llegamos el 8 de septiembre de 1973, y vamos a vivir nuestras primeras fiestas, Nochebuena, Navidad, en el cuartel. Yo había vivido unas cuantas en distintas cárceles y en otros cuarteles, pero no en estas condiciones. Me acuerdo que la Nochebuena fue un día especialmente angustiante; para mí por lo menos. Hasta ese momento, no teníamos comunicación ninguna. Cada cual vivía en su calabozo, metido en el marco de sus propias especulaciones. Todavía seguíamos esperando ser trasladados de vuelta a la cárcel de Libertad, cuando cumpliéramos la sanción que entendíamos estábamos cumpliendo. En Nochebuena le dieron licencia al personal, más o menos alrededor de las 2 de la tarde. Hubo un asado, para todos, a mediodía. Cuando aquella «licencia» se fue, el cuartel quedó vacío. Quedamos en él, la guardia estricta y nosotros. Se hizo un silencio sepulcral, que a mí, por la fecha, me oprimió el alma. Y por la sensación grande de soledad. Porque uno, al final se acostumbra a los ruidos del cuartel, y cuando el cuartel se vacía, siente más la soledad. Ese día hacía calor. Mucho calor.

MR: Esa noche hubo un sonido que acentuó aún más la sensación que describías, y que compartimos, y es que empezamos a oír a lo lejos una batucada, que duró horas.

FH: A lo lejos. Un festejo, sí, a lo lejos; oí también un acordeón. Me había hecho el propóstio de no desmoralizarme. Son esos momentos de depresión que vienen en ciertas circunstancias. Quise fijarme la idea de que ese era un día como cualquier otro. Pero esa noche la batucada nos golpeó emotivamente de la misma manera a los dos, y llegué a la amarga conclusión de que no, de que a pesar de todas mis fuerzas y mis propósitos,

no era una noche más; era una noche especial, era Nochebuena. Comimos temprano.

MR: Esa noche, yo aguardaba ansioso e impaciente que entregaran comida: había cordero. Me consta que era cordero porque reconocí los huesos. Comimos peor que otros días.

FH: Nos entregaron los huesos. Los restos de la comida de la guardia. De manera que nos acostamos a dormir temprano. (Con los años, nos acostumbramos; porque pasamos tantas fiestas en los cuarteles...).

Ya llevábamos varias horas de sueño cuando nos despertaron los cohetes.

MR: ¿Vos te das cuenta lo que dijiste? Pasamos tantas «fiestas» en los cuarteles.

FH: ¡Pasamos tantas nochebuenas y navidades y años nuevos en los cuarteles!

MR: Un año oímos menos cohetes que en otras oportunidades y barajamos que se había venido la crisis, que la cosa no daba ni para cohetes. No dejaba de ser un mensaje popular, aquél...

FH: Por aquel entonces los días para nosotros eran tan inhóspitos (por todas las agresiones que vivíamos), que empecé a desear que llegara el momento de poder dormir. Para evadirme, por la vía del sueño, del mundo en el cual estaba viviendo. Es una experiencia que me asombró mucho, en el calabozo, porque pensé que nunca podía ser posible algo así, durante años. Que un ser humano deseara desaparecer para no vivir la crudeza de lo que estaba viviendo. Cada mañana, cada despertar, era un nudo tenaz en la boca del estómago.

MR: El sueño era reintegrarse a la vida, y el despertar, la pesadilla.

FH: Cada amanecer era esperar y calcular qué cosas nefastas nos iban a pasar ese día.

MR: Los sueños son tan cretinos, que a veces ni en sueños —a mí por lo menos— me aflojaban; soñaba que la puerta se abría, que entraban, me embolsaban. Restos diurnos, Nato.

FH: Lo cierto es que al otro día nos levantamos y era Navidad. El cuartel permanecía quieto, inalterable. Hubo que luchar mucho para poder ir al baño. Se repitió la anécdota de la comida.

Había comida especial, ese día, como la hay en todos los cuarteles en Navidad y Nochebuena, y nosotros recibimos los restos. En la tardecita, ya avanzada bastante en soledad, se me ocurrió, por primera vez, tratar de comunicarme contigo.

MR: Era un asunto que me danzaba en la cabeza, porque teníamos un régimen escaso de comunicación, con sólo dos tipos de señal. Ta, ta tara ta, ta, ta, que significaba «estoy bien». Y el golpe seco, que quería decir «alarma» o «peligro».

FH: Hasta ese momento teníamos nada más que esas dos señales. Una: estoy bien, Y otra: peligro. No necesitábamos más, porque cada uno especulaba que iba a volver a una cárcel. Por lo tanto no sentimos, durante meses (aunque estábamos bastante agredidos por el mundo externo) la necesidad de comunicarnos. Por un lado la soledad y la fecha, y por otro el pasaje del tiempo (ya llevábamos más de tres meses en esas condiciones), fueron los motivos para tratar de golpear la pared. Esta vez no para dar una señal de «bien» o de «peligro», sino para tratar de comunicar una palabra.

MR: Había que inventar un idioma; no teníamos claves previas.

FH: Partí de la base de que si comprendías que te estaba trasladando una palabra y si la comprendías, ibas a desentrañar el código. Por eso la primera que se me ocurrió transmitirme, dado que era Navidad, fue la palabra obvia. Pensé: si no me entiende, va a deducir que lo que cualquiera dice en Navidad a otra persona es eso. Entonces, el primer código que se me ocurrió inventar fue simplemente tomar el alfabeto, contar las letras y: a la «a» un golpe, a la «b» dos golpes, a la «c» tres golpes.

MR: ¡La «t», 17!

FH: Cuando me sentaba en el rincón que daba a tu calabozo, sentía el roce de tu cuerpo. Entonces comencé a rascar con la uña la pared. Vos comprendiste inmediatamente y comenzaste a rascar desde el otro lado como diciendo: «acá estoy».

MR: Me senté contra tu ruido, espalda contra espalda, muro por medio, con mi perfil izquierdo hacia la mirilla, porque teníamos centinela a la vista. Con la mirada perdida hacia el rincón opuesto, doblaba mi brazo derecho tras la espalda, primero con

las uñas, como tú recordás y después con el nudillo del dedo medio.

FH: Donde desarrollamos un callo.

MR: Que te trajo aquella complicación el día de la visita.

FH: Porque mi hija se dio cuenta y me preguntó por qué lo tenía.

MR: Lo que nos produjo una alarma enorme, porque el oficial que asistía a la visita podía deducir lo que estabas haciendo.

FH: Luego, durante más de una década, hablamos así. No teníamos otro sistema y llegamos a desarrollar una gran velocidad. Pero aquella primera vez la cosa fue lenta y trabajosa. Me acuerdo que te transmití de la siguiente manera: 6-5-10-8-3-8-4-1-4 y luego te hice la señal de «bien»: 1-4-2.

MR: Alfabeto que después logramos simplificar.

FH: Pero este fue el primero. Muy lento, además, en el ritmo. Tu respuesta fue un profundo silencio. Me quedó la duda. Cuando comencé a golpear de nuevo, por si no habías entendido, vos me hiciste entender un «cállate la boca»; golpeando desordenadamente pero de un modo muy elocuente. «No me interrumpas», me querías decir.

MR: Aún no asociaba las letras a los golpes, así que arranqué un pedazo de revoque y, como si estuviera jugando, a un costado, marcaba en el piso el número de golpes, para después traducirlo a letras.

FH: Entonces, de pronto, después de un rato de angustioso silencio, me contestaste de una manera muy nerviosa: «bien» ¡Habías entendido! Luego me comenzaste a transmitir, también lentamente, la misma palabra, con los mismos golpes. Y yo te contesté, de la misma manera, que estaba todo «bien», que también había entendido 6-5-10-8-3-8-4-1-4: felicidad.

MR: Pero muy breve.

FH: Cuando terminamos de transmitir la primera palabra y nos dimos la señal de «todo bien».

MR: Aparecieron los movimientos fuera de rutina.

FH: ¡Ahí está! Era de tardecita, iba a caer la noche. De pronto siento que llegan al cuartel «roperos».

MR: El motor inconfundible. A los pocos minutos vino la horda a cortarnos el pelo y afeitarnos: entre ellos el médico, en pedo.

Donde el señor Comandante dispone en qué posición debemos defecar

FH: Fui bajado del camión violentamente y llevado como siempre a patadas y trompadas al calabozo, donde quedé de plantón, atado, y con la capucha puesta varios días.

MR: Yo intuía por debajo de la capucha una luz que penetraba. Durante el plantón hubo una serie de actividades. De la misma manera que los calabozos de Santa Clara, éstos de Melo no estaban terminados cuando llegamos, ya que fue un traslado intempestivo. Las órdenes no se transmitían con mucha anticipación por un problema de seguridad, no sea cosa que trascendiera y pudieran rescatarnos por el camino. Cuando llegamos, los calabozos que estaban preparados para sancionar a los milicos, no estaban preparados para nosotros; había que empeorarlos. Entonces ocurrió que el ventanal aquel maravilloso, ventanal por el que soñábamos con volver a Melo en cada traslado que en lo sucesivo se iba a producir, lo taparon con papel azul...

FH: ¡Vos siempre le llamaste «ventanal» a unas ventanitas redondas que en comparación con el agujerito de Santa Clara eran ventanales!

MR: Es como la felicidad: nada más que la comparación de un estado con otro. Sentía que estaban haciendo trabajos en la puerta: abriendo una mirilla y colocando una tranca. En determinado momento, cuando reiniciamos la conversación ahí, una de las cosas que estuvimos barajando fue la posibilidad de fugarnos. Vos me hablabas de que podías salir por la ventana. Y yo no me explicaba cómo, porque había una reja. Era que tu calabozo estaba sin terminar todavía; te faltaba un hierro y pensabas que la mía era igual. Recuerdo los cálculos que hacías: te desbolás para enjabonarte (tenía que ser en una noche lluviosa), después pasás una pierna, en fin. Yo no entendía nada. Hasta que un día vinieron y te colocaron el hierro que faltaba.

FH: ¡Qué alegría tuve la primera vez que pedí para ir a mear! Me llevaron, bastaba dar cinco pasos para llegar al baño.

MR: La puerta era de madera compensada; vos la golpeabas y era un placer oír cómo sonaba. Aquello era la felicidad. Pero

había otra y era que esa ventana que tenía que estar hermética y empapelada, no cerraba bien y por esos dos centímetros de luz podía ver el cielo y esa cosa maravillosa: las copas de los naranjos que bordeaban la plaza de armas.

FH: Donde a veces se posaba algún pájaro...

MR: Una noche entró, encandilado, porque allí también tenía la luz permanentemente prendida, un mirlo...

FH: Eran lámparas de mayor potencia y como las celdas eran más blanqueadas, deslumbraban mucho más.

MR: Me acuerdo que entró y me espantó, porque estaba durmiendo. Sentí un revoloteo y me dije: ¿esto qué es? ¿El cuervo de Poe? Era un mirlo y lo pude atrapar. Entonces te lo comuniqué: ¿qué significado le das? Nos entretuvimos en hacer especulaciones, como los antiguos griegos que leían en el vuelo de las aves los mensajes que les mandaban los dioses. Vos arrugaste la libérrad. Pero pifiaste en los plazos.

FH: La primera vez que fui al baño, no a orinar sino a defecar, la orden que los tipos tenían era sacarme las esposas para poder hacerlo, pero atarme al caño de la cisterna. De manera que cuando el tipo me ató al caño, no me podía agachar.

MR: Tuvieron que ir a consultar; el soldado le dio cuenta al cabo, el cabo al sargento, el sargento al alférez, el alférez al capitán de servicio y éste mandó consultar al comando qué se hacía. Yo me imagino lo que debe haber sido eso, cuando llegó la consulta al jefe del Regimiento.

FH: ¿Irábamos a cagar parados o no? Bastante ridículo, porque para poder plantearle al comando una cosa de esas, una discrepancia con una orden dada, no me movieron del baño, me dejaron como prueba. Cada vez que venía el cabo, el sargento, luego el alférez, luego el capitán de servicio y luego el comandante, me mostraban: «¿Ve? ¿Ve señor comandante cómo no puede cagar atado ahí? Únicamente que le pongamos una cadena más larga».

MR: En mi caso ocurrió que un teniente quedó delante de mí constatando para ver si realmente se podía llegar o no.

FH: Después cambiaron la orden.

MR: Nos sacaban las esposas y nos ataban con un cordel al caño de la cisterna.

FH: Tal fue la sesuda disposición bélica del señor comandante.

Agencia de noticias y ajedrez

MR: La primera cosa que constaté, como indicio de la divina providencia, como cuando encontré en el calabozo de Santa Clara una cueva de ratones para mear (porque aquello no podía ser obra de otra cosa que la mano de Dios), fue que en la banderola mía estaba vencido el marco, y no se cerraba herméticamente, entonces quedaban 2 cms. por los que entraba un chijete de aire al amanecer, bajo el cual me sentaba para recibir aire fresco con aroma de naranjo. Y cuando agarré un poco más de confianza, con los dedos, lo empujaba, para que en lugar de dos centímetros fuera dos y medio.

FH: Teníamos una lucha despiadada, implacable por el aire, porque si bien en Santa Clara de Olimar teníamos aquella ventana totalmente abierta, por la cual entraba el frío y entraba la lluvia, nos dimos cuenta al llegar a Melo que era mucho más grave no tener ventana de ningún tipo. Porque a las dos o tres horas el aire se viciaba y comenzaba a sentirse en el físico, luego de varios días, la falta de aire.

MR: La otra era que como por esa veredita que había bajo la ventana, pasaban soldados conversando, en un diálogo fugaz nos llegaba alguna noticia.

FH: Sí, y entraban las abejas porque había un panal ahí.

MR: Las abejas, que son muy laboriosas, son tontas. Se iban a la luz y de la luz no salían y ahí quedaban. El moscardón era más inteligente, entraba, daba cuatro vueltas, recorría el piso, reposaba, se levantaba otra vez, y encontraba la salida inmediatamente. Pero las abejas se anclaban en aquella lamparilla y era una de luchar contra ellas... El zumbido no dejaba dormir. Meses. Años.

FH: Porque ellas entraban por la tarde por esa hendidura, cuando la luz de la lámpara era más potente que la luz del día.

Estos calabozos tenían huellas de presencia humana. Sus paredes estaban, casi todas, escritas, en su mayoría por soldados que habían cumplido arrestos de rigor allí.

MR: Durante las primeras semanas que estuvimos allá trataron por todos los medios de que no durmiéramos durante la noche, pateaban las puertas, se ponían a marchar frente a los calabozos, marcando el paso...

FH: Yo pensaba. «El trabajo que les da a estos tipos estar toda la noche haciendo esto para que nosotros no durmamos; hay que tener mucha capacidad de odio, para tomarse este trabajo». Porque aquella guardia podía estar tranquilamente tomando mate, sentada, hablando de bueyes perdidos, pero se dedicó, hasta que se aburrió, a mortificarnos.

MR: Un día empezamos a darnos cuenta de que en los caños de las cisternas donde nos ataban los soldados dejaban para su uso, para su higiene, diarios viejos.

FH: Y no sólo en el caño, sino que se limpiaban el traste y en lugar de tirar el diario en la taza lo dejaban al lado. Nosotros recogíamos, cuando se distraían el perro y el soldado, tanto los pedazos de diario que estaban en el caño arriba, como los otros. Así llegué a leer editoriales, de mierda, de *El País*.

MR: Pasaba con las noticias que, por el solo hecho de ser las noticias, siempre les encontraba el lado bueno. Siempre trataba de encontrar una punta, alentadora o significativa, que nos permitiera hacer especulaciones.

FH: La importancia que para nosotros va a tener esa «biblioteca» en los cuarteles donde usamos los mismos baños que los soldados, va a ser trascendental durante más de una década. La principal fuente de información del mundo exterior. El hecho de que a vos cualquier noticia te diera lugar a cualquier especulación se explica también porque por lo general, encontramos las notas partidas por el medio, o los editoriales, de manera que nosotros podíamos continuarlos a piacere. Un pedacito de la página editorial de *El País* o de la página internacional, con aquel centro de mierda nítidamente grabado, daba lugar a leer la cuarta parte de un cable, la tercera de otro y un pedacito final de otro. El resto de la noticia había que componerla, a fuerza de imaginación y como la imaginación siempre es proclive a lo mejor, nosotros podíamos acomodar bastante bien el mundo exterior en virtud de ese tipo de cultura

que íbamos adquiriendo, de año en año, por las letrinas cuarteras.

MR: Nos servía para la especulación hasta el trozo de la sección de avisos; sobre la base del precio de los televisores deducíamos la situación económica del país...

FH: Fuimos mejorando paulatinamente nuestras comunicaciones. Al principio, en todo un día de estar golpeando la pared nos alcanzábamos a transmitir una o dos frases cada uno. Lentamente fuimos adquiriendo el oído suficiente como para no necesitar anotar nada, sino simplemente de oído. Luego, bastaba conocer las primeras 4 o 5 letras de una palabra y el contexto de una frase, para dar la señal de «comprendido» y seguir adelante. Lo primero que hicimos, la primera utilización que le dimos a las comunicaciones, fue intercambiarnos información. La poquita información que teníamos en cuanto a lo que la visita podía o no, habernos dicho o habernos insinuado con una mirada o con un gesto, hasta la que podíamos haber recogido de oídas en alguna conversación entre milicos, o la que podíamos haber recogido en el baño. Estábamos en condiciones de intercambiarnos información con cierta velocidad y comenzar a discutir problemas.

MR: Una vez liquidada la pobre información que teníamos, venían las especulaciones. Empezaban los análisis políticos, cuánto tiempo íbamos a estar así, qué estaría pasando afuera, en el más allá del muro. Todavía teníamos muy fresca la información que habíamos asimilado con dificultades, pero con más probabilidades, en el Penal del que veníamos.

FH: Jugábamos una partida de ajedrez por las tardes, a través de las comunicaciones.

MR: Cuando agotamos la información, las especulaciones, el estado de salud, nos dimos cuenta de que al no tener absolutamente nada que hacer, porque no teníamos tabaco, no teníamos lectura, no teníamos nada, teníamos que buscar alguna solución para ir levantando los días, porque los días había que escalarlos minuto a minuto.

FH: Cuando tenía puchos, cuando tenía tabaco, me hacía a la idea de que los días los iba mojonando con puchos y que al anochecer lo único que me quedaba era un montón de humo y ceniza en el lugar donde estaba sentado.

MR: Y el primer problema que se nos planteó con el asunto del ajedrez era que si a vos te veían con un tablero improvisado, y a mí con otro moviendo piezas...

FH: Miraban permanentemente por la mirilla.

MR: Iban a deducir que podíamos estar comunicados. Había que hacer eso con un riesgo muy grande, riesgo que finalmente terminamos por eliminar eliminando el ajedrez. Pero en ese momento fue muy necesario. Así que hubo que hacer un tablero...

FH: ... en la pared ...

MR: ... en algún sitio. Tú lo hiciste en la pared y borrabas el movimiento de las piezas con el canto de la uña. Lo que daba lugar a unas confusiones —te acordás que tuvimos discusiones— y unas peleas muy grandes.

FH: Hasta ahora estoy convencido de que algunas partidas me las estafaste.

MR: Excusas, Ñato. Mi tablero fue confeccionado en un papel de plomo que había sido de «La Paz». Nosotros nos acostumbramos a guardar, conservar, esconder toda porquería útil: hilitos, piolines, alfileres, latitas, las cosas más pequeñas se convertían en nuestros bienes terrenales, de uso, porque para algo iban a servir. Un piolincito servía para cuando te sacaran los cordones de los zapatos, pasarlo por el primer agujero a partir del tobillo hacia la capellada y por lo menos tener un nudito para que no se te escaparan los zapatos en las biabas.

En ese papel de plomo marqué el tablero pasando la uña sobre lo que iban a ser los casilleros negros y dejando impecables los otros. Con trocitos de papel fui haciendo las piezas que en caso de que entraran intempestivamente, soplándolas quedaban desparramadas.

¿Rastros de compañeros desaparecidos?

FH: Algunas veces, en los calabozos vecinos, vamos a oír la presencia de otros presos por algunos días; en otras oportunidades algunas semanas. Hasta hoy no sabemos quiénes fueron.

MR: Había prohibición expresa de que hubiera otros presos en nuestras proximidades. Por lo que esas presencias excepcionales, resultaban por demás significativas.

FH: Sí, exacto. A veces pienso si ahí, en los casos en que nos hemos tropezado con otros presos en otros cuarteles también, no habrán estado algunos de los que hoy son desaparecidos, porque siempre tuve la sensación de que eran presencias ocultas, fantasmales.

MR: En algún caso supimos de quién se trataba, y se trataba de situaciones anormales aun dentro de la anormalidad de la situación. Tal el caso del «negro» Viana en los calabozos de Rocha (sobre quien hablaremos más adelante) que había sido secuestrado en la Argentina.

FH: Ese caso reunía (aunque no lo fue) todas las características como para culminar en desaparición: su detención en el país no estaba registrada.

MR: En Melo íbamos a tener un compañero al que habían trastornado psíquicamente. Era ingeniero o profesor de matemáticas. Lo habían torturado mucho y había quedado con un grado de tensión muy grande.

FH: Cuando tenemos contacto por primera vez con él, contacto a través de su voz nada más, que fue en estos meses del año 74, era una incógnita. Oíamos sus gritos, su voz.

MR: Con él usaban chaleco de fuerza. Era todo el tratamiento médico. Nosotros oíamos a la guardia burlarse de su estado, y en algún momento decir: «Tranquilo, che, calmate porque si no morís con el chaleco puesto».

FH: Pronunciaba largos discursos, a cualquier hora del día o de la noche.

MR: Nombraba a su compañera, que también había sido torturada, y entre otras cosas gritaba: «¡Sabremos cumplir!»

FH: ¿Quién era? ¿Qué fue de él? No lo sabemos.

MR: Sólo que era un compañero. Algunos de esos fantasmas que nosotros percibimos en los cuarteles, podía ser un desaparecido. La primera o la segunda vez que estuvimos en Treinta y Tres, la guardia, que estaba muy cerca de nosotros y hablaba en voz baja, de noche, contó varias historias suponiendo que

ya estábamos dormidos, en un clima de confesiones tremendas dichas con la misma naturalidad con que hablaban de fútbol, y voy a narrar alguna antes de mencionar la que más importa al tema, porque aquella charla entre soldados destilaba veracidad.

Habían hecho una *razzia* de liceales. Los tenían en un galpón de plantón, con la prohibición estricta de que la guardia entrara bajo ningún concepto donde estaban los chiquilines, porque eran muchachitos de 14 y 15 años. Pero en determinado momento, un guardia que estaba de vigilancia vio que una piba se había cortado las venas. Entonces ante un hecho de esa magnitud, le salió el hombre que llevaba adentro, entró violentando la orden que habían establecido y le dijo: «¿Qué ha hecho usted? Usted se ha cortado las venas». Le hizo un torniquete y llamó al médico para que la suturara. Eso dio lugar a que sancionaran al cabo. Y a partir de esa anécdota comencaron a contar otras. Y una de ellas fue: «¿Te acordás aquella vez de aquel loco al que le pegamos un tiro de 45 en la nuca y después vino el taxi y lo metimos en la valija y lo enterramos en el monte?»

FH: Exactamente. Esa guardia era del S2 y pudo perfectamente ser protagonista. En Laguna del Sauce en 1976, comentaban: «Éstos están mal (refiriéndose a nosotros) pero aquellos que están «allá arriba» están mucho peor, ¿verdad?» Se referían a algunos otros presos, que estaban en un lugar que denominaban «arriba» en el mismo cuartel de Laguna del Sauce y que estaban peor que nosotros, que nos tenían sin agua, sin comer y a paliza corrida.

MR: Y en Paso de Los Toros, aquella otra anécdota, de cuando asomaron en el lago de la represa de Baygorria los cadáveres de dos hombres que no fueron identificados jamás, atados con alambre, con piedras sujetas en los pies; la corriente había cortado las ataduras al lastre y habían salido a flote.

FH: Sí, digamos que el compañero de Melo fue la primera presencia de ésas que nosotros denominamos fantasmales, de otros presos individuales que nunca conocimos, que no sabemos quiénes son; aún hoy mismo no sabemos quién es el del 80 de Caballería. Es decir, en distintos cuarteles donde hemos estado, no muy a menudo, pero a veces y a lo largo de todos

estos años, ha habido en las celdas aledañas a las nuestras otros presos de quienes lo único que sabemos es la voz. Los oíamos pedir para ir al baño, o gritar.

MR: Tal vez sean rastros de compañeros muertos que no han terminado de morir. Porque su agonía dura en la incertidumbre de cientos de familiares que ignoran su destino.

Resistir

MR: Nos autorizaron el mate, pero no la yerba, que al quedar (como todo) fuera de los calabozos, la consumía la guardia. Por entonces, como solían darnos a alguna hora de la mañana una escoba de carqueja para barrer, yo la golpeaba contra los rincones para que cayeran algunos gajos y me hacía mates de carqueja «al polvo».

MR: A esa altura de los acontecimientos, conversábamos a través de la pared con bastante facilidad, y coincidíamos: el comando del ejército ha decidido que nosotros permanezcamos en este régimen de reclusión, sin plazos, y esto lo tornaba inquietante. Es posible soportar una situación así sabiendo que tiene un límite. Ésta no lo tenía. Podía ser permanente mientras no cambiara la situación del país o nos llegara el punto final.

FH: Entonces empezabas a valorar todo con nuevos ojos. El calabozo, la comida, tu vida, y llegabas a la conclusión indiscutible de que los militares estaban locos. Ningún ser humano podía aguantar sin enfermarse, a mediano o a breve plazo, tales condiciones. Hasta ese momento, nos habíamos comportado en función de otra especulación: «vamos a no armar mucho lío, porque nosotros estamos así por los bochinchas que armamos en la cárcel de Libertad». A partir de ahora estamos como Hernán Cortés cuando quemó las naves: decidimos empezar a planificar la lucha.

«Mi padre no tiene manos»

FH: Por aquel entonces las visitas con mi hija Gabriela, que vivía en un cuartel, porque nació en un cuartel ya que mi compañera cayó embarazada en el año 1972.

MR: Dicho sea de paso, tu hija pudo verte a ti y a la madre juntos, por primera vez...

FH: El 14 de marzo de 1985, cuando ambos fuimos liberados en la última tanda.

En 1974, mi hija, que aún no tenía 2 años, vivía en un cuartel con la madre. El problema, para recibir su visita, era que tenía que coincidir con el día en que permitían a los familiares retirar a los niños del cuartel para llevarlos a pasear. El viaje para una pequeña a lugares tan lejanos como Melo, no era cosa fácil. Todas las visitas con mi hija durante esa época, para mí significan, aún hoy, recuerdos muy dolorosos, porque desde que la niña entraba hasta que se iba era un solo llanto. No significaba para ella ningún placer verme, al extremo que discutí con mi familia para que no me la trajeran. Consideraba que no eran visitas convenientes para una niña de esa edad. Mi familia, en consulta con psicólogos y psiquiatras opinaba que mi hija tenía que conocerme. Esa discusión se va a alargar durante unos cuantos años.

MR: Yo me acuerdo del llanto de tu hija en Santa Clara de Olimar, creo que la segunda vez que estuvimos; Gabrielita tendría entonces unos 4 años. Recuerdo algo que de pronto podríamos recomponer porque alguna idea vaga me va quedando. Vos me consultaste, considerando que yo tenía un poco de experiencia más que vos como padre, acerca de qué podrías hablarle y qué cuentos podrías hacerle. Y yo, a partir de entonces, cada vez que tenías visita, te empecé a contar en episodios unos cuentitos que inventé para Gabrielita, ¿te acordás?

FH: Sí.

MR: Se trataba de una niña cuyos sueños se materializaban. La historia comenzaba una mañana que la madre la va a despertar y la niña le dice: «Dale de comer a los pollitos». «¿Qué pollitos?» «Los pollitos azules». «Pero acá no hay, no existen los pollitos azules». Y en ese momento empiezan a piar debajo de la cama y asoman. Todo eso va a seguir creciendo hasta que la niña finalmente va a ir al zoológico, y una noche sueña con un elefante y no hay dónde colocarlo. De ahí el corolario: los sueños de un niño no caben en una pieza, como los sueños nuestros no cabían en un calabozo.

FH: Imagínate qué podía sentir una niña en una visita donde al padre le acaban de sacar la capucha, a veces con la cabeza rota, y que tenía las manos atadas debajo de la mesa. Yo necesitaba desesperadamente tener algo para contarle y poder arrancarle una sonrisa o por lo menos detenerle el llanto. Mi hija, de las visitas de ese entonces y de toda su situación, comenzó a tener problemas. Una de las cosas que le decía al psicólogo era que lloraba y tenía miedo porque su padre no tenía manos. Ellos eran capaces de darle a una niña de dos o de cuatro años visitas en esas condiciones.

MR: Recuerdo una anécdota de Alejandra en Melo. Antes de la visita la niña había escrito en trocitos de papel: «Papá, te quiero» y los arrojaba al aire con la esperanza de que el viento los hiciera llegar hasta mi celda. Ignoro cómo, pero uno llegó. Y se lo dije en un poema:

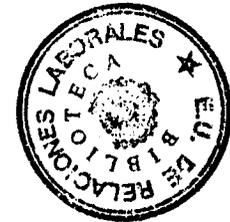
Escribiste en un papelito «Papá te quiero»,
y lanzándolo al aire con un soplido
vagó y vagó como el pájaro perdido
que abandona su nido en el vuelo primero.

Por las rutas sin huellas del aire ligero
buscando el camino desconocido
fue a despertar el sueño dormido
del que día a día aguarda un mensajero.

Danzó titubeante frente a la reja
el albo papelito que bajó del cielo,
y entonces comprendió mi mirada perpleja

que aquella pluma que posó en el suelo
era la carta en que mi pequeña abeja
me enviaba la miel de su consuelo».

H: La visita en Treinta y Tres, en 1978, era con una mesa de cármica de por medio. Un día me tocó ir a ella después que vos. En el lugar donde se sentaba la familia vi un charquito sobre la cármica. Imaginé que esas eran lágrimas de Alejandra. Cuando



volví al calabozo te lo pregunté y me dijiste que sí, que había estado llorando toda la visita. Y te dije que esas lágrimas algún día ellos las iban a pagar. Creo que ya están empezando a pagarlas.

MR: Gabrielita, en determinado momento, se resistía a ir a las visitas de Punta de Rieles para ver a su madre porque por aquellos días se había hecho popular, creo que por una novela de Jorge Amado, aquella lanita que se ataban en la muñeca los niños y muchachos en la creencia de que cuando se desprendieran solas, se iban a cumplir tres deseos. A la chiquilina la revisaban, la desnudaban y le arrancaban la lanita. A nuestros hijos les querían arrancar hasta los sueños.

«Compañero»

MR: En Melo estaba aquel médico delgado, muy delgado, se ve que recién recibido a quien jamás le conocimos la voz. Nosotros le informábamos nuestros padecimientos y él callaba. Después, llegado el caso, nos hacía llegar el medicamento, que nunca supimos de qué se trataba. Cumplía estrictamente con la orden del silencio. Aquel médico flaco que reencontramos en varias oportunidades, sin poder hablar, y que en el año 1982 vimos por última vez. Había engordado tanto, que la adiposidad le sobresalía por encima de la capellada del mocasín.

FH: Le había ido bien, evidentemente.

MR: Por aquellos días vos cumpliste años; fue nuestro primer cumpleaños de incomunicación.

FH: El 14 de marzo de 1974. Te lo comuniqué unos días antes y tú me hiciste un poema como regalo. Me lo transmitiste a través de la pared. Comenzaba diciendo «Y si este fuera mi último poema insumiso y triste...»

MR: «Y si este fuera
mi último poema,
insumiso y triste,
raído pero entero,
tan solo una palabra
escribiría:

Compañero».

FH: Al otro día hubo un gran traslado de presos; el volumen de bultos, colchones, cosas que se amontonaron frente a nuestros calabozos, la guardia que participó, el ruido de los vehículos, así lo evidenciaban. El mismo día, 15 de marzo de 1974, volví a repetirse la rutina que ya habíamos vivido en Santa Clara de Olimar. De pronto el peluquero que nos afeita y nos rapa; de pronto el médico, por entonces flaco, que nos revisa. El traslado se va a producir en la madrugada del 16.

MR: Pero antes algo que nos olvidamos relatar y era en qué consistía el plan que elaboramos. Fundamentalmente en dos puntos: uno, hacer trascender nuestra situación; lo segundo, tratar de que nos trasladaran al hospital y al juez.

FH: A cualquier lugar donde pudiéramos hablar con alguien.

MR: Donde pudiéramos transmitir lo que nos pasaba y poder además recoger información. Con ese plan bajo el brazo hicimos el traslado. Aquel traslado en que nos sientan a los tres sobre una auxiliar con las manos atrás, alambrados, cada uno por separado y los tres en conjunto, lo que nos permitió a vos y a mí, que teníamos las manos en contacto, utilizar un segundo tipo de comunicación: con una leve presión de mi dedo sobre tu mano o del tuyo sobre la mía, íbamos haciendo comentarios acerca del viaje.

FH: Uno de los más largos. En él sucedió lo de tu meada. Comenzaste a pedir, no te daban bola, y al final, cuando a la guardia que venía con nosotros en la caja, le resultó evidente que no aguantabas...

MR: Hubo uno, muy pierna, que dijo: «Lo vamos a dejar mear», «Pero tengo las manos atadas atrás, no puedo». Ellos no tenían autorización para desatarlas. Entonces se produjo aquel operativo que me espantó al principio, porque no sabía el alcance que podía tener: ¡Me desabrocharon la bragueta! Hurgaron a la altura de la ingle en busca del «instrumento», lo sacaron, el hombre hizo bromas en torno al ordeño y pude, en medio de la carcajada de la guardia, desagotar la orina que tenía acumulada calculo que desde hacía 10 horas.

FH: De todas maneras pienso que ese gesto que hizo un soldado...

MR: ... fue reconfortante.

FH: Sí, porque actuó como un enfermero...

MR: ... fue un rasgo de humanidad.

FH: La guardia, luego de haber hecho comentarios hirientes y divertirse con nosotros, a partir de ese momento, creo que impresionados por el gesto de su propio compañero, guardó profundo silencio hasta que llegamos a destino.

Calabozos con frontera

FH: Al llegar, abrieron la puerta del «ropero» y nos bajaron como era norma (a piñazos y patadas), con frases divertidas: «Ahora sí llegaron al lugar donde los van a tratar bien». Nos desembocaron en los calabocitos, minúsculos, del 12° de Infantería en Rocha.

MR: Tenían una doble cucheta que dejaba un espacio de unos 60 cms nada más.

FH: Tal vez menos, de ancho.

MR: La virtud que tenían, y que inmediatamente iban a perder, es que eran más largos que los usuales...

FH: ... largos y estrechos...

MR: ... estrechos por la presencia de aquel mastodonte destartado. Pero el largo del camarote nos iba a durar muy poco, porque al otro día, entraron con un tarro de pintura y una brocha y, a un metro de la puerta, pintaron una banda blanca y dijeron que si la pisábamos, ¡guay!

FH: Tenían un pequeñísimo ojo de buey pintado de negro, muy chiquitito.

MR: Que habían cerrado herméticamente: del lado de afuera pusieron una chapa y por dentro colgaron un cartelito que decía prohibido (sin h y v) tocar, reja «eletrificada», sí, sin c, «eletrificada».

FH: De manera que no entrara ni un rayo de luz ni un soplo de aire.

MR: Pero en relación a la banda que colocaron, en Minas fueron más prolijos: cuando pintaron la banda, vinieron con unos moldes de letras y, en la franja, pusieron: «Prohibido pasar».

FH: Ahora teníamos problemas fronterizos. De manera que, si a aquel estrecho calabozo, le restabas el espacio que ocupaba la doble cucheta y el que te restaba la línea trazada, no quedaba lugar para caminar. Teníamos que vivir sentados. Sentados en la cucheta con la cara contra la pared.

MR: Como la tarima superior te daba a la altura de la nuca, no podías enderezarte; en el piso no había espacio y estaba absolutamente prohibido recostarse.

FH: De pique nomás teníamos la batalla por el aire perdida. La única ventilación era por debajo de la puerta. Vivimos años sentados, esperando... Ellos venían a mirar su obra y, tras la mirilla, se oía una lenta risa anónima.

MR: Ibamos entrando en el otoño. El agua de las duchas era siempre fría. Llegaba el invierno y caían estalactitas de la roseta.

FH: Ellos notaron con agradable sorpresa que sufríamos el frío. Así como en el verano y la primavera nos tuvieron sin bañar; ahora nos hacían bañar seguido con el único objeto de congelarnos. En uno de esos baños, mi mameluco quedó por el camino. Un día me lo saqué para bañarme; era un montón de trapos inservibles. El oficial que estaba «a cargo» me dijo que no me lo pusiera más. Un puñado de jirones, sucio, el mameluco 787 (y el 813) quedaron en la basura de Rocha. No habían aguantado lo que los cuerpos.

MR: La noción del paso del tiempo la teníamos, crudamente, a través de eso. Nuestras cosas se desintegraban.

FH: También la teníamos a través de nuestras caras. Allí nos hacían afeitar de vez en cuando. Antes de la visita, a veces, nos daban un espejo... Me asustaba mirarme.

MR: Habíamos estado años sin vernos; no sólo entre nosotros, sino nuestra propia cara en un espejo.

FH: En esta estadía en Rocha es la última vez que vamos a tenerlo. La próxima vez será en Minas en el año 1977.

MR: Entonces no me reconocí, creí que estaba afeitando a otro.

FH: En Rocha se da el problema de nuestra incomunicación, al quedar un calabozo vacío entre los nuestros.

MR: Durante la noche la guardia va a dar rienda suelta a sus conversaciones, lo que nos va a permitir enterarnos de alguna

que otra información. Fundamentalmente de las actividades del cuartel. Aquellas actividades eran de sainete ¿Las contamos?

FH: Las contamos.

Donde los civiles son «pichis»

FH: Todos los que han estado en las cárceles militares de Uruguay saben que cualquier preso es, para el soldado, «el pichi».

MR: Había otra palabra que le seguía en el escalafón: «físico»; pero «pichi» es la que más se usaba. «Pichi» es sinónimo de pobre, de sucio, muerto de hambre... En una palabra: civil.

FH: «Pichicome» o «bichicome» es, en la jerga que habla cualquier habitante del Uruguay, sinónimo de paria, de marginado, de pordiosero. Pero yo comprobé, escuchando a los soldados, que la palabra, para ellos, tiene una acepción diferente. No sólo significaba eso, sino que ante mi sorpresa (porque creí que ese insulto estaba destinado sólo a nosotros, los tupamaros presos), la palabra pichi es sinónimo de «civil».

MR: A eso iba. Como en *El troquel* de Lawrence, esos relatos breves que escribe cuando se alista como soldado raso a pesar de ser coronel; la diferenciación que hace cuando los reclutas se integran al cuartel, los uniforman y se baja la barrera. Entonces detectan la presencia de una raza distinta del otro lado: los civiles. Esa división es universal. Y acá es frecuente que utilicen indistintamente las dos acepciones: «civil», en tono despectivo y sin más, es sinónimo de «pichi».

FH: En nuestro país no hay servicio militar obligatorio. Nuestro ejército es técnicamente un ejército mercenario; los soldados entran voluntariamente a servir, firmando un contrato por dos años. Son profesionales todos. Eso hace que se tenga una noción o una idea de cuerpo y de casta o de cosa diferente al civil muy acentuada. Además hay castas militares a nivel del soldado, porque por lo general son hijos, sobrinos, cuñados, parientes de soldados, y a veces nietos.

MR: Familias enteras.

FH: Muchísimos «heredan» la profesión. No sólo de oficiales, no sólo de clases...

MR: Así se va conformando una mentalidad distorsionada. Una ley moral, esencial hasta para los marginados del hampa, como el «no batirás», se revierte en el ámbito militar. Dentro del cuartel la ley es que si uno comete una infracción, el que lo ve tiene que denunciarla inmediatamente. Porque de lo contrario es severamente castigado. La ley inmoral del alcahuetismo es una virtud. He oído a los milicos repetir que dentro del cuartel no hay amigos. La otra cosa que es absolutamente irracional pero conforma una mentalidad especial es la ley de que «el superior siempre tiene razón». El superior nunca se equivoca aunque esté ordenando una barrabasada que, como se sabe, es lo común. Y esto va dicho sin carácter peyorativo: en el ejército hay que ordenar cosas absurdas para cultivar «científicamente» la disciplina.

FH: Hay otra frase que usan permanentemente, no sólo los soldados sino también los oficiales, que dice que «el militar que la piensa, la caga». No hay que pensar. Eso también es técnicamente necesario para ellos.

MR: La falta de creatividad, la falta de iniciativa y flexibilidad que tienen los oficiales y los soldados, está determinada porque cuando ingresan a la Escuela Militar y al cuartel les ponen orejeras. No pueden salirse de los límites estrictos y establecidos. Tomar iniciativa es una aventura de «civil» o de «pichi».

FH: A tal extremo la palabra «pichi» tiene una acepción diferente a la que nosotros creíamos, que a partir de Rocha, durante el resto de los años oímos siempre utilizar en todos los cuarteles para referirse no sólo a los presos sino, incluso, al Presidente de la República: cualquier civil que por algún motivo visitaba el cuartel, ministros o tipos como Bordaberry y Aparicio Méndez, eran para los soldados «el pichi». Y si tenían un problema en el bar, en la calle, o en un prostíbulo, decían: «tuvimos lío con unos 'pichis».

MR: O, en el mismo espíritu, «con los civiles». No querían decir solamente con unos tipos marginados, pobres (porque podían ser muy ricos las personas a las cuales se estaban refiriendo), el conjunto de civiles que habita la República Oriental del Uruguay es para los soldados: los «pichis». Paradoja psicológica: muchas veces usamos, para insultar, la palabra que más tememos.

La otra que para ellos tiene una acepción diferente a la que por lo común le damos, es «comunista».

FH: Un día, cuando salía la licencia del cuartel —estaba ubicado sobre una carretera importante—, un auto lujoso pasó a gran velocidad por la puerta y casi atropella a un soldado que salía en una bicicleta. Entonces todos los demás que venían saliendo de licencia le gritaron «¡comunista!» Es decir que la palabra está despojada de su contenido ideológico y social y se convierte en un adjetivo insultante, que quiere describir lo peor. Cuando ellos se quieren referir a un comandante al cual le tienen rabia, porque les hace hacer demasiada gimnasia o porque los arresta demasiado, dicen «este comunista».

MR: Cuando conversan entre ellos de algunos problemas sociales, como el latifundio (casi todos son oriundos del interior y alguna vez han sido peones rurales), conocen bien lo nefasto y lo injusto que es, pero creen que esa idea es de «izquierda», sinónimo de «comunista» para su mentalidad.

FH: Piensan que es una idea justa y nada más.

MR: Ahí tocamos una cuestión que es muy interesante apuntar al paso. Cuando decimos que la mayoría de los soldados son reclutados del latifundio, habría que agregar que también lo son los que ingresan en los cuarteles de Montevideo. Hay una característica muy interesante y es que es muy difícil que uno de Montevideo —donde la conciencia y la lucha de clases están desarrolladas— se integre en un cuartel. En una peluquería del Cerro había un cartel que decía «No se corta el pelo a milicos y carneros». Casi todos son provenientes del interior, es decir, el latifundio los margina socialmente y les mediatiza la conciencia. El cuartel se convierte en la única industria que los absorbe, y su maquinaria destruye el instinto de solidaridad social, aun entre ellos.

FH: Es la única fuente de trabajo que hay en muchos pueblos del interior.

Coronel Coca-Cola

FH: Desde que la actividad del militar es profesional, el soldado tiene derecho jubilatorio; a los 15 años de servicio pasan a ser

jubilados. Es una profesión que incluye no sólo a los que están en actividad; los que están en retiro permanecen vinculados a través de la Caja y de los servicios sociales que les presta el Ejército.

MR: Y además tienen que estar a la orden porque si se les llama, deben presentarse. Cuando se calcula que hay en nuestro país 70.000 efectivos en las Fuerzas Armadas, no se incluye en esta cifra esa masa de militares en actividades civiles. En todo este período empezamos a observar en los cuarteles una mejora sustantiva en las condiciones de vida de la tropa. Licencias, prebendas, regalías. El tipo de alimentación que se les proporcionaba era de nivel aceptable, hasta el 82 aproximadamente, año en el que los mandos ya piensan en largar la esponja. Mientras sintieron para sus planes la necesidad de una tropa adicta, la alimentaron como a gladiadores. A partir de esa fecha, aproximadamente, su menú bajará al nivel de los caniles.

FH: El hecho de que hayan podido hacer tantas barbaridades en todos los cuarteles, asombró a los miembros de la Cruz Roja Internacional, cuando en 1984 pude hablar con ellos. Esta gente (eran europeos) no se explicaba cómo un ejército podía tener instalada una sala de torturas en cada unidad militar. No se explicaba cómo nosotros, que recorrimos tantas, habíamos podido vivir en las condiciones que vivimos. Ellos pensaban en un país donde se hace el servicio militar obligatorio uno o dos años en el cuartel; y claro, eso significaría un canal caudaloso de denuncias. Pero aquí cada cuartel es un conjunto de profesionales mercenarios y entonces los oficiales pueden hacer todo lo que hicieron. Así pudo ser que en nuestro país la tortura fuera de aplicación masiva en todas las unidades militares.

MR: El profesionalismo crea un espíritu de cuerpo y le agrega a la disciplina militar que cualquier ejército tiene, la disciplina emergente de la vinculación laboral. Para el soldado, el oficial no sólo es oficial y por lo tanto quien lo manda militarmente, sino que también es patrón.

FH: Desde el momento en que el soldado comienza a contraer préstamos (con el Banco Hipotecario para comprarse su casa, o a través de la cantina o de lo que sea), le amenaza severamente la posibilidad de ser dado de baja. Esto significa no sólo una sanción de carácter disciplinario, sino también de corte

laboral; en un país con gran desocupación como el Uruguay, implica dejar al soldado y a toda su familia en la calle. Eso hace que tenga una relación de supeditación mucho mayor que la que se tiene en un ejército donde haya servicio militar obligatorio.

MR: La tropa tiene delante la gran zanahoria. A los 15 años de servicio, un soldado que ingresa a los 18 años al cuartel, puede jubilarse con 33, 34 años y las propias Fuerzas Armadas lo colocan en servicios públicos o en empresas privadas.

FH: Me acuerdo que la Coca-Cola era una empresa que absorbía muchos retirados, especialmente sargentos y cabos, porque dicha empresa, según comentaban los mismos interesados, facilitaba para pagar los sueldos, anticipaba dinero a cambio de algunas concesiones. Además había mucho coronel retirado en la Coca-Cola, en el Departamento de Personal.

MR: En Estados Unidos hay un General Electric y un General Motors. Aquí tenemos modestamente, Coronel Coca-Cola.

Aquí también se lucha

FH: Antes de seguir adelante es conveniente que relates tu traslado al Hospital Militar.

MR: La sala 8 del Hospital Militar, destinada a los presos, era la antesala de la morgue. Allí iban a dar los torturados para una recuperación suficiente como para volver a la tortura. Tal mi caso en la primera internación en mayo del 72. En las dos oportunidades que estuve allí, asistí a la muerte de varios compañeros. Aquello era un moridero. Pero antes de entrar en el tema, veamos los antecedentes que culminan con la segunda internación en abril del 74.

En Melo habíamos barajado la utilización de una técnica de resistencia, que en la jerga carcelaria se llama «caída». «Caída» es la simulación de una enfermedad que le permite al recluso un período de alivio, porque lo internan en la enfermería o va para el hospital.

FH: Y le permite también la posibilidad de hacer contactos, que en nuestro caso era uno de los objetivos.

MR: Claro, y la otra era barajar la posibilidad de una fuga. Pepe ya lo había intentado en el año 70, y cuando la operación iba a producirse, lo trasladaron a la cárcel.

FH: Permite también contestarles de alguna manera la agresión que se está sufriendo.

MR: Y hacer trascender nuestra situación. La mía era una «caída» muy particular, que tiene ilustrísimos antecedentes históricos. Es un invento con raíces bíblicas: David cuando huye de la ira de Saúl y se refugia entre los filisteos...

FH: ... estando preso inventa una técnica...

MR: ... se babea, se hace el imbécil, dice tonterías. La simulación lo hace inofensivo y así salva la vida.

FH: Hay una cosa que también hay que señalar en lo que tiene que ver con las «caídas». Generalmente se hacen sobre la base de enfermedades reales. Son y no son una mentira. Son y no son una simulación.

MR: Uno termina dudando de los límites. Desarrollaba de alguna manera, la técnica más asociada a la enfermedad real que tenía.

FH: Quien tiene un malestar estomacal leve, simula que lo tiene grave. Pero cuando la prisión se prolonga por un tiempo tan largo como el nuestro, resulta que el malestar leve se transforma realmente en grave. Es decir que lo que primeramente fue una simulación termina siendo una realidad. En mi caso, simulé una úlcera. Hoy tengo gastritis crónica y una hernia hiatal.

MR: Cualquier enfermedad era justificable. Los médicos, aunque pudieran dudar sobre el grado de veracidad de los trastornos —yo hice fundamentalmente la simulación de trastornos de carácter psíquico— quedaban siempre con la duda de que podían ser reales, porque estando como estábamos, lo anormal era la normalidad.

Planificamos todo esto porque no podíamos hacer los dos la misma «caída». Si yo hacía la psíquica, vos no podías hacerla y entonces elegiste la de la úlcera. Con una pequeña latita te abriste un tajo en el pulgar y cuando llegaba la comida, después de ingerirla, abrías la herida, chupabas el dedo, tragabas la sangre y luego, con todo el dolor del alma o del hambre, vo-

mitabas sobre la lata de tal manera que el enfermero tuviera indicios de úlcera. Eso te permitió, no grandes cosas, pero al menos un poco de leche y la certidumbre dignificante de que los estabas peleando.

FH: Sí, lo más increíble fue eso. Ellos tenían la certeza de que yo tenía una úlcera, pero no me mandaron al hospital. Si yo la hubiera tenido realmente, reventaba.

MR: Pero dio para algo que tenía un significado formidable; te abastecieron de un litro de leche por día; aunque te la dieran cortada, y sucia.

FH: Lo que te quería decir antes de que pases al traslado propiamente dicho y sus antecedentes es que todos los carceleros saben que los presos son grandes simuladores. Pero también cualquier psiquiatra sabe que muchas enfermedades empiezan por la simulación de la enfermedad.

MR: Tanto amaga uno con el suicidio, que es un potencial suicida.

FH: Al extremo de que cuando estábamos en la «isla» del Penal de Libertad, en el año 1984, trajeron un compañero que estaba simulando. Como yo estaba cerca del lugar donde daban órdenes, oí claramente dar ésta: «Este detenido no está sancionado, viene acá en carácter de depósito. Trátenlo bien, se está haciendo el loco, pero no sabe que está loco».

MR: Y a esta altura, cualquiera de nosotros, sin llegar al *nocaut*, ya andaba medio groggy. Yo tenía una afección renal, el ácido úrico se me acumulaba en las articulaciones; con la humedad y el frío tenía dolores intensos en las caderas, que eran las que se posaban sobre el piso de hormigón sin nada en que apoyarse, los baños fríos, la humedad de los calabozos... Había, por lo tanto, una manifestación orgánica de enfermedad. Entonces yo tenía que demostrar, a partir de esa enfermedad real, que su expresión orgánica era de origen psíquico. Se me dio por crear un estado de incontinencia de vías urinarias. Es decir, que había perdido el control de los esfínteres. Les explicaba que padecía momentos de enajenación, donde se me nublaban el pensamiento y, de pronto, cuando recobraba el conocimiento de mí, no sabía qué plazo había transcurrido. Daba la sensación de que otro ser habitaba mi cuerpo en ese momento y manejaba

mi organismo, en particular los esfínteres. Para eso tenía que orinarme encima, en la cama. Aquello era un «pichí-room». Sobre esa base y la narración de algunos síntomas que de alguna manera había recogido en mis lecturas, pude crear el clima necesario. Para eso contribuía otra observación, y era que aunque el médico y el comandante estaban de acuerdo y compartían el tipo de reclusión a que estábamos sometidos, no querían que los trastornos se produjeran bajo su jurisdicción.

FH: Deseaban que nos enfermáramos, nos volviéramos locos y nos suicidáramos, pero no en su casa.

MR: Cuando hicimos este plan, nos dijimos, a través de la pared que a partir de ese momento teníamos que tener un cartel imaginario dentro del calabozo que dijera «aquí también se lucha».

FH: El hecho de que ellos llevaran la situación física y psíquica, hasta determinados extremos y allí pararan, tenía otra explicación también: los rehenes sirven mientras estén vivos. Lo que ellos querían, era hacernos sufrir, y una persona padece mientras está vivo, lúcido, y en condiciones físicas más o menos aptas. Se necesita vida para sufrir.

MR: Por esos días en Rocha estábamos incomunicados. Pero como nos había quedado el plan elaborado en Melo, cuando me internan en el hospital busco la manera de dejarte un mensaje.

FH: Si te llevan: ¿cómo sé que es por la «caída»? Era probable que llevaran en cualquier momento, a cualquiera de nosotros al hospital, por una enfermedad real. A la biaba o a otro lado. Entonces acordamos que si el traslado era a consecuencia de una «caída» y previendo que a lo mejor no teníamos material para escribir...

MR: ... en el excusado que utilizábamos en común, íbamos a dejar una letra «C» pintada con materias fecales.

FH: Único material pictórico que podíamos tener a mano y que no nos podían sacar.

MR: Y así fue como un día dejé estampada, con esa plasticina parda, la señal convenida: una «C» alentadora.

FH: Lo cual me llenó de entusiasmo y de esperanza, porque era un plan que estaba caminando. Tenía la certeza de que vos, en

el Hospital Militar podrías hacer contacto con otros compañeros, transmitir lo que nos estaba pasando y enterarte de alguna cosa. Nosotros llegamos a Rocha el 16 de marzo y a vos te tienen que haber trasladado al hospital poco después ¿Sabés por qué? Porque el 2 de abril ya no estabas, te habías ido uno o dos días antes; no me voy a olvidar más, porque ese día: Rocha se transformó en un infierno, más de lo que ya era. En la calle estaban sucediendo cosas, no sé cuáles.

A eso de las 8 de la noche, un 2 de abril, abrieron el calabozo mío y el de Pepe y nos comunicaron: Murió un soldado y ahora ustedes la van a pagar». Durante semanas la estuvimos pagando...

MR: Creo saber lo ocurrido: me enteré en el hospital. Te lo voy a contar.

1. Hospital militar, sala 8

MR: Rumbo al hospital hicimos escala en el Batallón Florida. En ese momento me asaltó el temor de que me dejaran por ahí nomás. Comencé a registrar información. Oí comentarios de que la cantidad de reclusos que tenían allí era tal, que tuvieron que alzar en medio de la Plaza de Armas una enorme carpa; los galpones estaban abarrotados. Al fin se disipa mi incertidumbre y arrancamos hacia el Hospital Militar. Entonces me inundó una sensación de recuperación de familia y barrio perdidos, cuando sentí el grito de los «canillas» en la calle, el ruido del tráfico debajo de la capucha, la sensación de vida olvidada.

FH: La «música» de Montevideo...

MR: Estábamos en las proximidades de mi viejo barrio, a ocho o nueve cuadras de la casa de mis viejos, cerca del baldío donde jugaba al fútbol de botija; aquello me dio una sensación de alegría y familiaridad formidables. Cuando me dejaron en el hospital, me introdujeron en la sala 8 que ya conocía, porque a raíz de las torturas habían tenido que internarme en parihuela...

FH: ¿En qué año?

MR: A poco de caer. Yo caí en mayo del 72 y en junio, después de interrogatorios por unidades desconocidas que tenían en común el mismo voltaje fui a dar a esta misma sala 8, donde después de recobrar el conocimiento anduve una punta de días en sillón de ruedas, de lo más cómodo.

La doble hilera de camas estaba repleta de compañeros, casi todos por tortura. Me metieron en una cama, entre sábanas ¡Dormí entre sábanas! Porque nos olvidamos de contar que dormíamos con los pantalones y los buzos puestos. El contacto con las sábanas había desaparecido de mi memoria. Entró a verme en consulta un especialista en cuestiones renales quien me hizo un examen que no pudo concluir porque a mitad de camino lo dejaron sin paciente. Mientras me hacían esos análisis me vio el psiquiatra que era un claro, preclaro, dirigente de la Juventud Uruguaya de Pie.

FH: Una organización fascista.

MR: Es curioso; esa organización era por esos días de «izquierda» comparada con las fuerzas que se estaban consolidando en el poder.

FH: Me encontré entonces en una sala enorme, donde la orden era el silencio; no se podía hablar entre reclusos. Habría unas 40 camas. Una manpara de sábanas separaba el sector de las mujeres y de los hombres, con un baño común. Allí vi a El Muñeco Selves, un compañero que había caído un año antes. Nosotros nos enteramos de su prisión estando en el Penal de Libertad; todavía lo estaban torturando.

FH: ¿Qué enfermedad tenía en ese momento?

MR: Una infección renal muy grave provocada por los golpes. Tenía fiebre todos los días. Supe que lo tenían desde hacía meses desnudo en un calabozo que baldeaban constantemente. Había caído junto con dos compañeros que, como después supimos, fueron muertos en la tortura. La sala 8 era custodiada por tropa de Ingenieros 1, unidad de donde procedía y a donde retornaría Selves.

En el sector de las mujeres estaba una vieja compañera, María Elena Curbelo. Tenía una enfermedad muy grave que la estaba dejando parálitica: espina bifida. Ya había sido tratada,

ni bien cayó, por los oficiales; conociendo su enfermedad y, constatando que en ese lugar tenía un tumor, cuando le aplicaban la picana eléctrica tenían la puntería y el ingenio suficiente de radicársela allí. También en las caries. Tenía que caminar con «andador»; prácticamente estaba parálitica. Pero nunca la abandonaba la sonrisa, tierna y enérgica. Un día internaron a una compañera que se había cortado con un botella.

La había roto y se la clavó en el cuello.

FH: Como modo de salir de la tortura...

MR: Venía de Artillería 1 de La Paloma, donde el 2º jefe era el mayor Gavazzo. El hermano de esta compañera fue acribillado luego de un enfrentamiento en el que cayó un soldado. Me pregunto si no habrá sido este hecho el que dio lugar a las cobardes represalias en Rocha. A ella la habían internado moribunda. A las 24 horas, todavía con el aparato de traqueotomía colocado en el cuello, ordenaron llevarla, y la llevaron, en camilla, a Artillería 1 para proseguir los interrogatorios. Esta compañera, cuando pasó frente a mi cama, a pesar de su estado —era una mujer muy delgadita, muy pequeña—, alza su bracito con mucha dignidad y cierra el puño como diciendo «fuerza compañero». Ella, que venía de la tortura y a la tortura volvía, con una traqueotomía en el cuello desgarrado.

FH: Yo inauguré esa sala; me agarraron el 14 de abril; el día 16 se va a declarar el «estado de guerra interno» y va a comenzar este dantesco proceso que tú estás relatando. Caí herido. Me pegaron varios tiros en el momento de la captura. Fue necesario hacerme una intervención quirúrgica. Mi vida fue salvada milagrosamente por una serie de casualidades. Digo «fue salvada» porque presencié, estando herido, cómo remataron en el suelo, 14 de abril de 1972, al compañero Martirena y a su esposa. A Martirena, luego de haberlo acribillado a balazos le preguntaban cómo se llamaba (estaba caído, moribundo) solamente para saber si estaba vivo; contestaba con un hilito de voz, que yo no podía, desde donde estaba, oír. Entonces ellos le decían, parados alrededor de su charco de sangre: «¿Así que no te alcanzó?» Y le volvían a tirar.

2. Hospital militar, sala 8

FH: Me sacaron del hospital con destino al interrogatorio de la Jefatura de la Policía mucho antes de que estuviera de alta; la herida de mi pie se pudrió. Me había quedado una bala dentro, ¿te acordás?

MR: Aquella que te recorrió el pie y terminó asomando entre el dedo chico y el otro. El capitán del Batallón Florida, que había comandado el apoyo en el operativo donde matan a Martirena y a la señora, cuando en la enfermería de la unidad te la extraen sin anestesia, se va a quedar con ella. *Souvenir*.

FH: El operativo en sí lo comandó Campos Hermida.

MR: Ya existía el Estado Mayor Conjunto, y el Batallón Florida se apostó en los alrededores y con armas largas acribillaron la casa. Los balazos que vos recibiste no fueron los de la policía, calculo yo, sino de la tropa del Batallón Florida. El capitán no hizo más que recuperar un plomo.

FH: Probablemente todavía lo tenga.

MR: En alguna repisa, tal vez. Ese capitán acompañaba al comandante de la unidad cuando nos comunicó a los presos que Enrique, maniatado y encapuchado, mientras era conducido a la tortura por las hordas del S2, «escapó a la custodia de sus guardias» y se arrojó desde la azotea. El médico militar certificó «muerte por infarto».

FH: Meses después fui alojado en un calabozo del 4º de Caballería. Había 7 u 8, muy pequeños y oscuros; como no nos sacaban a orinar porque el baño quedaba lejos, había una botella vacía en cada uno para ese fin. Una noche en que estaban torturando a otros compañeros, sentimos, en medio del silencio, el ruido de una botella que se rompía. Violentamente. Y no sé por qué intuición, pero lo cierto es que todos los demás presos comenzamos a gritar llamando a la guardia y anunciando que un preso se había suicidado. La guardia tampoco sé qué habría intuido o sentido en el tono de nuestros gritos, pero abrió inmediatamente la puerta. Recuerdo la exclamación de un soldado que decía: «Pa, se mató». El compañero Velázquez...

MR: Velázquez, te lo iba a decir.

FH: Había roto la botella y se la había clavado en el cuello; en el calabozo, al lado, había un médico preso. Rómulo empezó a golpear y a gritar: «Yo soy médico». Entonces la guardia también obedeció. Rómulo salió y levantó el cuerpo de aquel compañero; lo llevaron velozmente. Al pasar frente a la puerta de mi celda, el ruido de la sangre era como el que hace el agua de una canilla cuando cae al piso.

MR: Algo similar ocurrió cuando, ya en carácter de rehén, Wasem se corta las venas en las catacumbas de Paso de los Toros. El que se da cuenta es Engler, avanzadísimo estudiante de medicina. Gavazzo baja a ver lo que estaba pasando y le comenta: «Mirá lo que hizo tu amigo». Engler le pide: «Déjame salir que yo le paro la sangre». Le abre la puerta trampa que teníamos en Paso de los Toros, le hace un torniquete y Wasem murmura: «Qué estás haciendo, dejá, dejá, no me cures, no ves que empiezan otra vez».

En septiembre del 72 pude conversar con Velázquez en la cárcel de Punta de Rieles. Tenía una gran cicatriz en el cuello. Entonces me contó qué lo había impulsado al suicidio: le habían dicho que iban a traer a sus hijos a las sesiones de tortura, y en determinado momento oyó las voces de sus niños y no sabía si las habían grabado o si era alguna alucinación que le hacía pensar que sus hijos estaban presentes en el interrogatorio. No era disparatado porque hemos conocido muchos casos de compañeros que estaban siendo torturados en presencia de sus compañeras o en presencia de sus hijos.

FH: Eso me pasó a mí. Estando ahí mismo en el 4° de Caballería en esos calabozos en el año 72, y eso tiene que ver con lo que hablábamos de las premoniciones, un día oí que estaban trayendo detenidos nuevos, recién capturados. Y tuve la intuición y la feroz sospecha de que traían a mi compañera que estaba embarazada. Yo tenía un pequeño agujerito en la puerta por el cual sólo se podía ver algo de día. Entonces me puse a mirar; sólo se veía hasta la cintura de las personas. Voy viendo los pies de hombre que van entrando, a empujones, encapuchados, con amenazas, y de pronto los pies inconfundibles y la barriga de mi compañera, que ya estaba muy grande. Es decir, tuve la sensación clara de que la traían a los mismos calabozos en los que estaba yo, recién capturada, para torturarla delante de mí. Pero esa es otra historia.

MR: Es increíble como se van...

FH: ... asociando las ideas, ¿verdad?

MR: Cuando nombrás a la Petisa yo me acuerdo de la última vez que la vi, antes de caer. Estábamos reunidos con el ejecutivo, con Sendic, Marenales y Engler, y yo salí a hacer un contacto. Gabrielita ya estaba muy desarrollada dentro de sus entrañas. Mientras ella me transmitía la información, yo bromeando le decía: «Vení, vamos a pasear, así me doy dique».

FH: Volvamos al hospital, Ruso.

MR: Allí me enteré que había estado hasta no hacía mucho tiempo Rolando, compañero nuestro, mayor de la Aviación, con el que se habían ensañado particularmente. Entre otras torturas lo metían en una bañera llena de agua y los choques eléctricos se los daban ahí. Además habían atormentado a su familia que vivía en la calle Suárez, en un 6° o 7° piso, y llamaban por teléfono a la madre y al padre insultándolos y diciéndoles las que estaba pasando el hijo, lo que provocó un estado de desesperación por parte de la madre que se arrojó desde el 7° piso.

El 1° de mayo las manifestaciones estaban prohibidas. Pero hubo concentraciones en la seccional 11, la zona textil, Ildu, Sadil, etc., y en el Cerro, que fueron fuertemente reprimidas. Entonces empezaron a llegar heridos, entre ellos un hombre muy fornido, textil, que lo trajeron desmayado con un tajo como de 7 u 8 cms. en la cabeza. Lo echaron sobre una cama, esposado, y el oficial que lo había internado se negaba rotundamente a sacarle las esposas. Estaba en estado de coma. Después se lo llevaron a la sala de operaciones. Nunca más supe qué pasó con él.

Poco después se produce un operativo donde habían acribillado a tres compañeras, jovencitas todas. A poco de ser internadas, las que aún latían, mueren y son depositadas en la morgue. Recuerdo la desesperación de algunos compañeros internados, porque tenían compañeras que estaban en la calle y deseaban ansiosamente conocer sus nombres para saber si eran algunas de las caídas.

Una de las informaciones que llegaban en ese momento era la acentuación del ritmo de las torturas que se estaba dando en

cada uno de los cuarteles. Y contaban que la técnica de los oficiales se había desarrollado a tal punto que habían aparecido por ahí sistemas de estaqueo y la utilización de ingeniosidades cuyas huellas se veían en los internados. Algunos de ellos tenían el cuerpo acribillado a quemaduras de cigarro (ésta es una técnica que yo conocí).

FH: Una técnica nueva de la que ya me había enterado en la cárcel de Punta Rieles, en 1973, era introducir en el ano una toalla mojada y poner la picana en la toalla.

MR: Lo de la toalla no lo tenía, pero lo que sí tenía era la introducción de cachiporras. A un compañero, al sacársela, le arrancaron los intestinos. Inclusive me han narrado las violaciones a las que fueron sometidos. Son técnicas ingeniosas y que dan un nivel moral de la gente que participaba en los interrogatorios.

FH: Hubo violaciones de compañeras a las cuales las estaquearon totalmente desnudas en la plaza de armas y se autorizó a todo el personal a hacer uso de ellas, pero con una sola condición, que la violación no fuera por la vagina sino por el ano. Nosotros sentimos el relato de los soldados, contentos, cuando en aquella oportunidad, «mojaron».

MR: ¿Te acordás de aquel viejito canoso, tan afable, carpintero él, en Treinta y Tres?

FH: Tan buen padre de familia...

MR: Contaba cómo, a una detenida, que no tenía absolutamente nada que ver con nada, cuando ya tenía la libertad decretada, cuando no se producían más interrogatorios porque tenían el convencimiento de que no tenía nada que ver y no podía poseer información de ningún tipo, la sacaban de los calabozos y, con el argumento de una revisión, la llevaban para enfermería para violarla.

FH: Por los soldados que estaban allí. La ponían a disposición de la soldadesca.

MR: Y el encargado de eso era el viejito canoso, buen padre de familia.

FH: Los soldados, en los calabozos donde estuvimos, contaban todo esto con plena satisfacción, de la misma manera que se

cuenta que se fue al cine; hubo un motivo de diversión, que fue ése.

MR: Esa Sala 8, llena de torturados y moribundos, donde había gente que fallecía, donde había compañeros que estaban padeciendo, que eran despertados con golpes de cachiporra, esa sala tenebrosa, se iba a convertir, cuando me retornaron a los pocos días al mismo régimen al que estuvimos sometidos durante tantos años, en un sueño recurrente. Porque yo soñaba con retornar a la Sala 8 para poder tener agua a discreción, sábanas, luz del día...

FH: Y orinar cuando quisieras; para poder, de alguna manera, ver rostros humanos, rostros de compañeros. Soñaba a esa altura de los acontecimientos en Rocha, lo que haría el día que me dieran la libertad, si es que algún día podía disfrutar de la libertad. Mi sueño era levantarme y orinar, pero no en un baño, hacerlo a discreción en cualquier lado...

MR: Entre los árboles y con vista al mar.

FH: Para mí eso era la expresión cabal de la libertad del hombre. Poder mear donde uno quiere cuando quiere.

MR: ¡Cómo entonces no iba a soñar uno con volver al mingitorio de la Sala 8!

Diálogo de locos

MR: A los pocos días, me vienen a buscar y otra vez rumbo a Rocha donde, debido a un cambio, vos, que en ese mismo interín habías ido al juez, quedaste en un calabozo contiguo y así pudimos reiniciar las conversaciones que hasta ese instante sólo manteníamos con nuestros fantasmas.

FH: Éramos los nigromantes del nicho, lo poblábamos de espíritus.

MR: Por aquello que dialogaban Babieca y Rocinante «¿Metafísico estáis?» «Es que no como». Lo que me recuerda un diálogo atrabiliario, pero nuestro. Fue en Santa Clara. Teníamos la sensación —¿la sensación?— de estar en las últimas. Un desgaste muy grande y queríamos tomar medidas desesperadas para que nos trasladaran a otro lugar, en mejores condiciones. Soñábamos con el Hospital. Barajábamos posibilidades

de medidas atentatorias contra nuestro organismo que nos produjeran una enfermedad o heridas tales que los obligaran a trasladarnos.

FH: El problema era conseguir instrumentos.

MR: Claro, no era sencillo. Vos tenías acopio, un arsenal, y un día me preguntaste qué podía pasar si te tragabas un clavo; tenías uno de dos pulgadas, doblado y herrumbroso. Te contesto: «Nada, porque te lo quitan con una sonda». Luego barajaste la posibilidad de abrirte las venas con una pequeña latita que era seguramente de esas con que se cierran las bolsas de nylon en los supermercados. Yo te contesté inmediatamente con un golpe que era un no rotundo. Descartado eso, vos te planteaste la utilización de un alfiler, para una autovacuna, utilizando el verdín del excusado, que durante siglos no había sido limpiado a fondo. Lo extraías con las uñas cuando te era posible; luego venías con ese riquísimo material, te lo aplicabas al brazo y con la aguja te hacías una autovacuna, con la esperanza de agarrarte un buen tifus que, entre otras cosas, hubiera generado el temor del contagio en la guardia y en el mando. Tendrían que llevarte para algún sitio de tal manera que lograrán tu recuperación. La otra cosa con la que soñábamos era una estupenda tuberculosis, que nos llevara al Saint Bois.

FH: A esa altura estábamos enojados con nuestros cuerpos porque a pesar de todo lo que sufrían...

MR: Seguían respondiendo, parece mentira.

FH: Se mantenían vitalmente...

MR: Absolutamente encaprichados en seguir viviendo y tirando «saludablemente».

FH: A pesar de los cálculos que habíamos hecho en Melo, en 1974, de que así no se podía aguantar más de seis meses, ya iban varios años y nuestros cuerpos seguían funcionando.

MR: Luego de ese operativo de autovacuna, que lo hiciste a diario durante dos semanas, tuviste fiebre y...

FH: ... se me inflamó el brazo, me salió una especie de eczema donde me clavaba las agujas. Me vio el enfermero. Recetó Dipirona.

MR: A todo esto, el Pepe, con quien estábamos incomunicados, vivía su propia agonía.

FH: Dramática, los fantasmas lo acosaban.

MR: El Pepe tomó conciencia de que hablaba en voz alta, como lo hacíamos nosotros. Ante el temor de que también en sueños lo hiciera y pudiera decir algo inconveniente, empezó a sospechar que habían instalado un grabador oculto en su calabozo. Eso, que nunca fue real, lo era para él, al punto de que «sentía» el zumbido del grabador y «creía» que le subían el volumen para atormentarlo. Ese grabador que no existía comenzó a zumbar de tal manera que no lo dejaba dormir y, a veces, Pepe reclamaba a gritos que lo apagaran. Para nosotros no había fronteras entre lo real y lo imaginado. Todo era uno.

¡Sobrevivan!

MR: Estábamos prendidos a la vida como la hiedra al muro. Prendidos de tal manera que disfrutábamos los menores indicios de una naturaleza que nos estaba vedada: el pelechaje de una arañita, la incursión fugaz de una abeja en el calabozo, la voz lejana de un niño. Eran los grandes acontecimientos del día y los disfrutábamos con intensidad. Lo mismo un plato de comida un poco más lleno que lo habitual o una tarde que pasábamos tranquilamente sin mortificaciones ni pijeos, o una información que pudiéramos pescar o —cuando disponíamos de una lata— orinar con autonomía táctica. Aquello nutría insaciablemente nuestra avidez de vivir. Como un día me dijo un borracho (que no mienten) al pie del mostrador: «Cuando la luz se ciega, nadie quiere morir». Jamás pensé en el suicidio como una alternativa. Porque, de alguna manera, me sentía desarrollando un acto de militancia que iba más allá de lo político-social y era, en definitiva, una batalla por la vida.

FH: La agresión que estaban haciendo con nosotros ya no era contra militantes políticos de una organización concreta. A esa altura de los acontecimientos, estaban agrediendo al género humano en nosotros. Lo que estaban haciendo trascendía la cuestión política y la cuestión ideológica. Los mismos soldados comienzan a darse cuenta de eso, y una de las cosas que primero me hace reflexionar sobre este tema —en medio de aquella bruma mental en la que vivíamos—, fue la vez que un soldado dijo: «Yo no aguantaría lo que estos tipos aguantan,

yo me mataría». Entonces lo reflexioné ¿Por qué no me mataba? ¿Por qué seguíamos aferrados a la vida? Cuando nos propusimos colgar un cartel imaginario en el calabozo que dijera: «Aquí también se lucha», le estábamos dando un sentido a esa vida. Pero además, pensar en llegar al suicidio, a mi juicio, es un problema de desesperación. Vivíamos esperando a los compañeros; yo te había aconsejado que cuando hubiera un apagón, trataras de ubicarte en algún lugar de la celda donde los tiros no llegaban...

MR: Vamos a estar siempre atentos al más leve movimiento anormal de tropa, especialmente de noche, esperando a los compañeros, esperando un rescate, esperando, especialmente en aquellos cuarteles en que los calabozos estaban cerca de la guardia. Esperando alguna incursión...

FH: Un tiroteo o algo por el estilo. Entonces uno pensaba siempre, soñaba, me ponía en el caso de los compañeros, lo que yo haría...

MR: Que era uno de los planes que teníamos cuando especulamos sobre la posibilidad de que te trasladaran al juzgado y a mí al Hospital Militar; sabíamos que en cualquiera de las dos instancias, los compañeros, si estaban enterados, alguna medida podían tomar para rescatarnos.

FH: Y uno pensaba que frente a esas circunstancias tenía que estar en un estado de salud más o menos aceptable porque si no, iba a pasar vergüenza frente a los compañeros si tuviera que correr, saltar o hacer un esfuerzo físico. Por eso mismo, por esa esperanza justamente, no estábamos desesperados: confiábamos en el pueblo, confiábamos en la Organización.

MR: Muchos formidables compañeros se suicidaron o intentaron hacerlo para no afrontar la tortura. En ese caso todo es muy distinto. Nepo, por ejemplo, interrogado y amenazado por Gavazzo, sospecha que va a ser torturado nuevamente en Paso de los Toros y logró cortarse las venas. Es una circunstancia diferente. He meditado mucho sobre eso y llegué a la conclusión de que tanto en la situación que estábamos nosotros como en la tortura, la cuestión fundamental no estaba exclusivamente, aunque también pesara, en la convicción ideológica que podías tener, sino que cualquier individuo, cualquiera sea su ideología, cristiana, marxista, budista, hubiera rescatado dentro de sí,

porque es algo inherente a todos los hombres, las reservas suficientes como para prenderse con uñas y dientes a la vida y además, con dignidad. Porque una de las cuestiones que a nosotros nos sostenía, era resistir, pero resistir con dignidad.

FH: A tal extremo la cosa era así que una vez un soldado —de los pocos que encontramos con la cabeza y los huevos bien puestos—, unos años después visitó cada uno de nuestros calabozos, él estaba solo, y la única palabra que nos dijo —era un soldado amigo, evidentemente— fue «¡Sobrevivan!» En voz baja; como un aliento, como una exigencia.

MR: Sobrevivir, entre otras cosas para hacer esto que estamos haciendo ahora y que muchas veces pensé: «Tengo que bancar esto, tengo que soportar para testimoniar». Una de las razones, uno de los peldaños en que nos afirmábamos para escalar desde el fondo del pozo, era que teníamos que comunicar a los compañeros, a la familia y a la humanidad lo que estábamos pasando, y que teníamos necesidad de testimoniar no sólo por nosotros sino por todos los que estaban en una situación similar o por los que habían pasado por las mismas y habían sucumbido. Si tuviera que sintetizar lo que estamos haciendo en este momento diría que es un canto a la vida.

FH: Esto es un testimonio de vida. Aquí no hay rencor, no hay deseo de venganza, no hay deseo de adjetivar desmanes que jefes, oficiales y clases hicieron con nosotros, sino que antes que todo es un canto a la vida, una reafirmación vital.

La pantera negra

FH: Estamos a mediados del año 1974, ya vinimos, uno del Hospital y otro del Batallón 13. Vamos a contar la anécdota de El Negro Viana.

MR: Fue una voz nueva para nosotros...

FH: Una tarde, a la hora de la siesta, llegan a la unidad y estacionan debajo de las ventanas de nuestros calabozos, dos o tres vehículos militares. Bajan detenidos. No cabe duda por los insultos. El intercomunicador operativo pregunta (a un capitán) qué hay que hacer. Se les contesta: «Tratamiento conocido».

Durante unos cuantos días no sabemos qué pasa, hasta que a uno de esos detenidos lo traen a los calabozos.

MR: Y le dan grandes palizas allí. Oímos este interrogatorio: «¿Dónde vivís?» Una voz contesta un domicilio de Quilmes; le volvían a preguntar y volvía a contestar lo mismo. Era de los tantos que trasladaban al Uruguay en colaboración con la represión de la vecina orilla.

FH: Ahí lo empezamos a ver. En 1974, no se ha dado el golpe de estado en la Argentina. Sin embargo, hay detenidos en los calabozos de Rocha, traídos desde allá. Al final, le dicen: «¿Así que estás en la Argentina, hijo de puta? Bueno, mirá, ¿sabés dónde estás?» (le sacan evidentemente la capucha). «¡Mira bien!» Ese compañero ya había estado en esos calabozos; queda en silencio. Cuando, días después, una noche se lo llevan, el comentario que hizo la guardia fue: «A este negro lo matan por el camino, se lo llevaron nada más que dos capitanes; es boleta. No llega a ningún destino, porque si no, se hubiera hecho un traslado como corresponde».

MR: Nos quedó la tensa sensación de que era como decía la guardia. No oímos hablar de él, hasta que algo más de un mes después, vuelve de Minas.

FH: Lo pusieron en el calabozo N° 4. Es ahí que intentamos comunicarnos con él. Como no tenía otra cosa, me hice un corte en un dedo y con la sangre escribí el código en un papelito, utilizando el alfiler. Lo dejé en el baño al pie de la taza. Pensé: «Pucha, capaz que El Negro no se da cuenta y lo tira». Apenas volvió del baño, comenzó a tamborilear. Llevaba meses de total incomunicación, y entonces me contó su historia a través de la pared. Había sido detenido en la Argentina, era militante del 26 de Marzo y muy amigo de Zelmar. «Yo estoy militando con El Flaco en Buenos Aires», me decía.

Un día allanaron su casa y lo llevaron detenido, junto a muchos argentinos. A él lo comienzan a trasladar de un lugar a otro, hasta que pierde por completo la noción de dónde está. Al final desemboca en Rocha. Lo torturan allí, después en Minas y finalmente lo traen de vuelta. Cuando lo torturan en Rocha, quienes lo hacen hablan entre ellos y mencionan nombres. Dicen «¿Qué le parece, Fulano, tal cosa?» Y dan el nombre de un capitán. A Viana lo tienen que llevar a la enfermería: le han

reventado el hígado. Hasta allí llega ese «Fulano» al que Viana conocía, y le dice: «Che, no me pegués más». El capitán reacciona: «¿Cómo?» «Que no me pegués más, dejá de darme». «Yo no te di». «Dale, no te hagas el rana, si vos estabas ahí».

Ese capitán exige un sumario, hace declarar a El Negro y acusa a los otros capitanes de haberlo hecho creer a Viana que el torturador (en este caso) era él.

MR: Viana nos cuenta algo de lo que sucedió en el mundo hasta el 74: el retorno de Perón, el tiroteo de Ezeiza, la crisis del petróleo, el estreno de una obra de Taco Larreta que trataba sobre la vida de un tupamaro, la caída de Allende, la intensa emigración que estaba sufriendo nuestro país. Se incorpora a nuestra vida como un rehén más. Le hicimos notar que mientras no pasara al juez era un desaparecido. Le aconsejamos que empezara a hacerse el loco para crearles un problema y ver si así se precipitaba su pasaje al juzgado. Lo hizo y logró su objetivo. Ya no era un desaparecido. Ahora sí, esperaba de un momento a otro su traslado a Libertad. Sabíamos que en cuanto llegara pasaría a los compañeros la información de cómo estábamos y qué problemas teníamos. Nunca más íbamos a tener una posibilidad como esa.

FH: El año pasado fui a Suecia por razones de salud. En un acto que hicimos en Lund, una persona de color, entre la concurrencia, me golpeó el pecho y me preguntó: «¿Quién soy?» «Viana», dije. El ya nos había hecho llegar, a poco de nuestra liberación, cartas desde Lund, en las que nos mandaba todas las denuncias que había lanzado a lo largo de todos estos años ante los organismos internacionales con relación a nosotros. Aquel muchacho negro en Suecia no podía ser otro. Nos conocimos por primera vez las caras.

MR: Le preguntamos cómo había andado en la biaba «¿Y cómo no la voy a bancar si en los momentos más duros pensaba en mi hermano Lumumba?», respondió. Me estaba dando una clave: por más solo que uno esté, dentro de nosotros hay un testigo que juzga nuestros actos. Ya un pastor protestante me había dicho que en las situaciones más difíciles, en su interior invocaba a Jesús. Otros compañeros me hablaron del Ché. Viana pensaba en su hermano Lumumba; yo, en última instancia, pensaba en mi padre o en mis hermanos que habían muerto

en Auschwitz y esos son los fieles que miden nuestra conducta moral cuando nos vemos en situaciones límites. Recuerdo que un día, al saber que sabías dibujar, pero no tenías con qué, Viana te dejó un lápiz en el excusado, y te pidió una pantera negra. Se sentía identificado con sus hermanos que luchaban por la independencia en África y con los que en Estados Unidos estaban convulsionando el país, reclamando derechos.

FH: Quería leer cosas que se refirieran a la lucha de liberación de los negros en África, porque había cobrado conciencia en la tortura que le habían dado por negro, y no sólo por tupamaro...

MR: Había —y hay— racismo. A mí me dieron y me trataron como me trataron no sólo por ser tupamaro sino además por ser judío, condición de judío.

FH: Cuando fuimos a Minas, muchos meses después, oímos los comentarios de la guardia, acerca de lo que le habían hecho a Viana. Una de las torturas fue tenerlo colgado casi 15 días. Un soldado contaba con sorna: «Para mí que a ese negro lo querían estirar».

MR: Viana, como tantos compañeros, se mantuvo en el molde. Fueron nuestras panteras.

Los bienes terrenales

FH: Nos habían colocado en un altísimo grado de dependencia. Es decir: que nosotros fuéramos seres tan supeditados que hasta para ir al baño tuviéramos que depender de un soldado. De modo que cada conquista para lograr independencia, era un paso hacia mayores grados de libertad.

MR: Esto trae aparejado un tema que fue clave para nosotros. En los primeros tiempos, cada vez que conseguíamos algún mecanismo que nos independizara, nos aferrábamos a él. Si nos daban un libro, quedábamos prendidos al libro, si nos daban el mate, prendidos al mate; si nos daban medio paquete de tabaco, la tranquilidad de que podíamos fumar. Pero, como cada tanto, sistemáticamente, nos dejaban sin nada, nos hundían en la desesperación de haber perdido los pocos bienes terrenales que teníamos. Ello nos llevó de la mano al estable-

cimiento de un criterio: no podíamos apegarnos a ningún bien. Teníamos que apoyarnos exclusivamente en lo que no nos podían quitar: nuestra vida interior, los sueños, las fantasías, las ideas. No podíamos enamorarnos de un alfiler, un libro o de los cuatro fósforos que nos entregaban cada muerte de obispo.

FH: Llegamos a redescubrir el estoicismo. A descubrir la ataraxia y la apatía. No ponerse contentos por nada recién conquistado, ni muy tristes por algo perdido.

MR: También teníamos que desgarrarnos de la familia y del mundo exterior. En el «más allá» del muro no existía nada; cuando llegaba la fecha de visita, vivíamos en un estado de tensión muy grande, aguardando a la familia. Y de pronto no llegaba o no la habían autorizado. Lo mismo en materia de correspondencia. No podíamos vivir, como vivíamos en los primeros años, esperando constantemente alguna noticia, alguna carta para leer entre líneas, algo que te hacía llegar tu compañera o la mía. Entonces tratábamos de acorazarnos en nuestro interior para no depender de los acontecimientos externos.

FH: Creo que descubrimos, Ruso, una de las emociones más desquiciantes de la personalidad, que es la lástima de uno mismo. No hay que caer en esa tentación, porque si uno lo hace, se dismantela.

MR: Uno está esperando constantemente una mano amiga, una palabra de aliento, una actitud que nos retorne a nuestra condición humana. Recuerdo el estado extraño de felicidad que me embargaba cuando el sargento, el soldado que nos abría la puerta por cualquier motivo, nos daba los buenos días. Aquellas dos palabritas bailoteaban en el calabozo y nos cambiaban el ánimo. Esto me trajo a la memoria una peripecia de Oscar Wilde. Él, que pertenecía a la más rancia aristocracia inglesa, estuvo preso dos años en la cárcel de Reading, rapado, humillado, haciendo trabajos forzados. Un día en que lo trasladan al juzgado, se cruza con un viejo amigo. A su paso, éste se descubre y lo saluda como a un señor. Wilde incorpora la anécdota en su *Balada de la cárcel de Reading*, recordando la sensación de recuperación de integridad humana que había sentido en ese momento. Pero no se debe depender de estos acontecimientos excepcionales, porque si no, vas muerto.

FH: El insulto, la falta de respeto, el atropello de la dignidad cumple, en esas condiciones, el objetivo de dismantelar la personalidad. Si uno tiene lástima de sí mismo, entra en ese juego. Un compañero, que era profesional, me contaba que había resistido perfectamente las peores torturas, pero no soportaba que lo insultaran. Aguantaba los golpes, la picana eléctrica, pero cuando lo dejaban de plantón y le decían: «Ché, viejo hijo de puta», eso lo desmoralizaba a extremos que no lograba la tortura física. De manera que, en todo este proceso, nos fuimos endureciendo. Nos borraron la sonrisa de la cara. Pero siempre decíamos, cuando notábamos que no nos emocionábamos ante las buenas o malas noticias o ante las cosas tiernas frente a las cuales se emociona cualquier ser humano, que ese endurecimiento era paradójico, porque era rodear a las cosas más tiernas —que eran propiedad nuestra, que nadie nos podía quitar— de una fuerte coraza, protectora justamente, para que no nos las arrebataran.

MR: Claro, no era insensibilidad. Era una defensa. Cualquier novedad que nos llegara rebotaba en las paredes del calabozo y podía magnificarse hasta la depresión. Reelaborábamos las malas noticias y llegábamos a conclusiones funestas. De la misma manera, el atisbo de una buena, nos daba para una «manija» que nos conducía a pasear por las calles, y, algo que se incluía siempre: meando a discreción en cualquier parte.

FH: Lo que tratábamos de evitar eran las repercusiones más nocivas de esas cosas: las grandes demoralizaciones o los grandes entusiasmos que también hacían perder la noción de lo que estaba sucediendo. Nuestros bienes terrenales, más tangibles que los exteriores, eran los que conservábamos en nuestro interior.

De cómo el ejército transforma un hombre en soldado

H: El traslado de Rocha a Minas se produce alrededor del 15 de diciembre de 1974 y, como novedad, nos atan a unos troncos que van en la caja del camión.

MR: Cuando pensaba en Minas, no imaginaba el cuartel. Veía el enclave geográfico de la ciudad rodeada de cerros; una de

las más hermosas del interior del país. Lo que estaba presente en mí no era el calabozo donde íbamos a dar con nuestros huesos: sino la imagen de los cerros bordeando la ciudad; sentía una especie de alivio al ser trasladado a Minas. Me duró hasta la llegada.

FH: Todo ese paisaje que tenías en la imaginación se nos va a venir al suelo cuando conozcamos el habitat que nos está destinado: tres calabozos chicos, pequeñísimos, donde ya estaban trazadas las rayas, aquellas mismas que había en Rocha, pero además, esta vez, con una elegante frase que decía: «Prohibido pasar».

MR: Línea fronteriza absolutamente ociosa porque allí estaba prohibido caminar. Nos habían instalado un banquito destaralado contra el muro fronterizo a la puerta y teníamos que permanecer sentados todo el tiempo con las narices pegadas contra la pared. Estuvimos así nueve meses. Había una ventanilla rectangular que, cuando llegamos, sellaron herméticamente. Abrieron otra en cada puerta, de 20 cm de lado, similares a las del penal de Libertad...

FH: Ventanilla destinada a alcanzarnos la comida y a vigilarnos.

MR: Por ella entraba un aire mefítico; mi calabozo daba exactamente frente al excusado.

FH: En ese banquito teníamos que estar sentados mirando la pared con las manos atrás, atadas con alambre. Nos desataban solamente para comer o cuando teníamos que ir al baño.

MR: Fuimos llevados varias veces a la sala de torturas del S2 e interrogados nuevamente por una serie de acontecimientos que se habían producido y que ignorábamos. A esa altura era una especie de sanatorio ambulante: las varices que me habían generado los sistemáticos plantones que sufrí desde el momento de mi detención. Recuerdo haber estado entre 15 y 17 días de plantón en el 9º de Caballería primero y otro tanto en Tacuarembó en el interrogatorio dirigido por Gavazzo. Tenía, por las posiciones en los calabozos y por los golpes recibidos, escoliosis en la columna; súmale reumatismo, bronquitis crónica, problemas de orden renal, tensiones nerviosas. En este estado llego a ese calabozo donde hay orden de permanecer sentado,

a lo que se agrega allí la pérdida de ese único alivio que habíamos encontrado que era la comunicación a través del muro. A partir de ese momento vamos a estar dos años sin poder hablar entre nosotros.

FH: La colocación fortuita de los presos en los calabozos va a determinar, aquí y en el otro cuartel al que vamos luego, que permanezcamos incomunicados dos años: sin vernos, sin poder hablarnos ni intercambiar la más mínima noticia, teniendo noción clara de que seguimos juntos cuando nos oímos las voces de vez en cuando al pedir para ir al baño. En algunas escapadas que hice para caminar por mi propio calabozo sin que me vieran, cuando tenía constancia de que el guardia estaba distraído, pude recorrer las paredes y encontrar huellas de otros habitantes: las de aquel «fantasma» con el cual nos encontramos en Melo que estaba evidentemente desequilibrado. Había dejado las paredes llenas, plagadas, de ecuaciones matemáticas, con letra muy chiquita; encontré también una frase, que algún preso dejó allí y que decía: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*.

MR: «Los que entren aquí, dejen fuera toda esperanza». Nos habían permitido fumar, pero no nos entregaban tabaco. Con los soldados ocurría a veces que, al ver la situación en que estábamos, alguna fibra humana vibraba en ellos. En especial los jóvenes que recién ingresaban y todavía no estaban habituados a la actividad que dentro de los cuarteles se desarrollaba en forma sistemática. Había uno de ellos de unos 18 años, muy sensibilizado por nuestra situación. Un día se asomó a la ventanilla y me dijo: «¿Qué es lo que necesita? ¿Qué es lo que le puedo traer? ¡Yo le voy a traer tabaco!» Y lo trajo. Pero en una oportunidad fue sorprendido desde el otro lado de la reja por el sargento de guardia. Lo llamó, le dijo que eso estaba absolutamente prohibido y luego fue citado por un teniente y relevado. Ese soldado solidario, por varias guardias dejó de venir. Cuando reapareció, era otro. Había sido sancionado, amenazado con la baja. «Meado» por el sargento que le gritaba: «Aquí te has hecho gente; llegaste muerto de hambre, sucio, sin ropa, hecho un pichi...». Lo convirtió en el enemigo más acérrimo que tuvimos cada vez que fuimos a Minas. Hacía méritos para que la amenaza de la baja, de retorno a su po-

sición de desocupado «pichi», como decían ellos, no se consumara.

FH: Yo también tengo un recuerdo muy triste de ese soldado, porque a mí también, no me olvido nunca, el día de Navidad de 1974, me tiró un paquete de tabaco entero por la ventanilla. Y luego observé lo mismo que vos estás contando. Me di cuenta que lo sorprendieron haciendo algo que estaba prohibido, que le habían aplicado una sanción muy grave, porque por bastante tiempo no volvió a entrar de guardia, y después vi, con una gran sorpresa, que me hizo dudar del género humano, ese mismo muchacho, evidentemente bueno, que se había sensibilizado por nuestra situación, cambiado por completo. Era otro hombre, estaba enfurecido con nosotros y se convirtió no sólo en ese año que estuvimos en Minas, sino en las otras oportunidades que estuvimos allí y él ya no era tan jovencito...

MR: En una amenaza constante cada vez que entraba de guardia.

FH: Era uno de los peores. No nos perdonó nunca el haber sido bueno.

MR: Lo llevaron a integrar el plantel del S2.

FH: A uno esto lo hacía reflexionar a fondo en la capacidad que tiene el ejército, simplemente aplicando sanciones, de transformar a un ser humano, como vimos con nuestros propios ojos que fue transformado este muchacho... Comenzamos a dar crédito a una frase que un día nos dijo un oficial y creímos broma: «Al soldado hay que cagarlo a tipas. Un buen soldado es siempre hijo del rigor».

El tiempo: ese jarabe espeso

FH: Mucho de este relato tendría que ser un silencio total y absoluto; porque lo que va a pautar este prolongado tiempo es el silencio total, y absoluto; es la NADA; el no suceder nada; habría que expresar algo...

MR: Es el tedio y la incertidumbre.

FH: No sé cómo expresarlo para que se entienda lo que significa estar más de una década en condiciones en las cuales no sucede nada...

MR: La cuestión era no sólo dejar pasar los días y los meses, sino que había que escalar minuto a minuto desde la levantada hasta la entrega de los colchones y aún durante la noche. Una lucha constante contra los minutos porque cada uno que se sucedía era exactamente igual al otro. A lo que se sumaba el estado de incertidumbre. Cada vez que se oía el ruido metálico de la reja o el paso de un oficial o de un soldado que se aproximaba nos preguntábamos: «¿Ahora qué nos van a hacer; dónde nos van a golpear?».

FH: Y aquella leve esperanza que teníamos al principio de ser vueltos al Penal había quedado por el camino.

MR: No esperábamos nada, no pasaba nada.

FH: Solo paso lento del tiempo, como un jarabe espeso.

MR: Cuando un preso sabe que va a estar seis meses en esas condiciones, o un año o tres o diez, de alguna manera prepara su espíritu y su pensamiento para sobrellevar ese período sabiendo que tiene fin. Pero en nuestra situación, sin información, sin noticias, con una sanción que podía ser perpetua, hasta la muerte o la locura, no teníamos cómo acondicionar nada. En este relato, como es lógico, contamos lo que se puede contar: algunas cosas, pocas, que nos sucedieron. Pero lo que más nos sucedió, es decir, NADA, durante años NADA, eso: ¿cómo contarlo?

FH: En la medida que el tiempo se transforma en un lento transcurrir (y aquí en Minas es donde eso se exagera), todo va a ser una vana rutina; ustedes por ejemplo, Pepe y vos, que están conmigo en la misma sala de calabozos, comienzan a ser presencias lejanísimas, porque como ni nos vemos, ni tenemos oportunidad de intercambiarnos nada, ni siquiera una guiñada... Es un fenómeno extrañísimo. Con el tiempo, ustedes en el calabozo de al lado comienzan a estar tan lejos como mi familia, mi niñez, mi pasado. Comienzan a ser recuerdos.

MR: Nosotros también éramos existencias fantasmales...

FH: ... voces; que al principio eran voces muy presentes, «allá está El Ruso pidiendo para ir al baño, o Pepe protestando porque el alambre le aprieta». Pero luego cuando la voz de El Ruso se transforma en una rutina, y la de Pepe también, comienzan a ser ruidos incorporados al clima, como si Pepe o vos

estuvieran en el extranjero. Estaban en otro mundo: del otro lado de la pared; eso significa lejísimos. Cada uno de nosotros comienza a hundirse en sí mismo. Único mundo habitable.

MR: Aun así, me daba la sensación de que estaba integrado al mundo, el oír los sonidos que vos o Pepe producían. Recuerdo nítidamente en las catacumbas de Paso de los Toros, cuando en medio de aquel silencio sentía que vos o Pepe recurrían a la lata y generaban una cascadita que parecía...

FH: El ruido de la meadita...

MR: El indicio de otro ser humano, de una conciencia con ganas de mear, y aquello era reconfortante. «No estoy solo, están ahí». Aún mean. Esos sonidos alegraban de alguna manera, porque eran la presencia de seres amigos.

FH: Creo que la gente cuando piense en nosotros, puede imaginar seres que viven en la más profunda soledad, y es un error. Nosotros vivíamos en la más profunda incomunicación, que es una cosa distinta. Porque la perdí, aprendí que la soledad es un atributo de la libertad; es decir, la posibilidad de estar solo. Si cualquier ser humano quiere esta tarde o mañana estar solo, lo hace.

MR: Para volver a reintegrarse, cuando se le canta, al mundo habitado. El hombre es un bicho social. Su soledad es transitoria.

FH: No sólo transitoria, Ruso, sino voluntaria. Él es dueño de determinar su soledad o no. Pero nosotros jamás estuvimos solos; nos expropiaron la soledad. Durante años estuvimos vigilados día y noche por más de un par de ojos que examinaban todo lo que hacíamos. Hasta cuando íbamos al baño teníamos tipos mirándonos. No teníamos derecho a tener la propiedad privada de la más elemental intimidad. Nos leían las cartas, nos examinaban la ropa interior.

Relatando la experiencia de un preso, en *La Condición Humana*, dice Malraux que lo más atroz debe ser tener que refugiarse en uno mismo. No estuvo bastante tiempo solo, bastante tiempo preso. Hay un abismo más hondo todavía y frente a él la única salvación es esa atrocidad: refugiarse en uno mismo. Cuando todo, todo es hostil y cuando incluso quieren

meterse en tu conciencia con sus uñas sucias, es una conquista el refugio dentro de uno mismo. Día a día hay que pelearlo.

MR: Es verdad ¿Te acordás de la consigna cada vez que hubo traslado? «Pico y pala, Nato, cavemos más hondo el refugio de nuestra soledad». Único modo de enfrentar, íntegros, lo que viniera.

Cualquier ser humano en la vida normal tiene la necesidad de un amigo donde descargar las preocupaciones o la pena, haciendo una especie de catarsis, transmitiendo lo que está padeciendo. Pero como nosotros no podíamos hacerlo, yo sentía que cada vez que traía un problema de una visita o de un interrogatorio, un golpe, un malestar, una enfermedad, un dolor reumático, un estado de angustia o de tensión nerviosa, al no poder comunicarlo, no había manera que saliera de ahí. Entonces la incomunicación se padecía fundamentalmente en ese tipo de cosas donde no tenías la oportunidad de descargar en nadie, en un hermano, en un amigo, lo que estabas padeciendo.

FH: Aquello se iba pareciendo incluso a la inutilidad, la total carencia de sentido. Nosotros notábamos que la familia también se iba acostumbrando; iba entrando en una dinámica de que no sólo nuestra situación sino también la dictadura era una cosa implantada que iba para largo, como una enfermedad natural e incurable. Lo notábamos en pequeñas cosas.

MR: Ya les empezaba a parecer normal la anormalidad de nuestra situación. Sin embargo no terminaban de habituarse, esa era una sensación que teníamos nosotros. La familia no se resignaba. El pueblo, del cual eran parte, tampoco.

Historia de una pelela rosada

MR: La aparición del dedo de Dios se expresó en Santa Clara, 1976, a través de los dientes de un ratón que, en un rincón del calabozo, oradó una salida a su red subterránea. Al principio no comprendí ese mensaje divino, y quedé medio preocupado por tener que cohabitar con roedores que durante la noche me caminaban por arriba. Hasta que me di cuenta de que aquello servía de mingitorio y pasé a tener calabozo con baño privado. Podía orinar ahí, a discreción, ante el desconcierto de los roedores que veían caer sobre sí, chaparrones bajo techo.

FH: El Pepe no tuvo la misma suerte y comenzó una lucha denodada por la obtención de un servicio o de algún recipiente. De nada vale pelear para que te lleven al baño, sabiendo que no te van a llevar: lo mejor es tener un recipiente en la celda. Exigía que le entregaran una pelela que su familia había traído y que estaba autorizada; pero no le daban bolilla.

MR: Pepe tenía un grado de incontinencia mayor que nosotros.

FH: Lo tiene aún ahora, él estaba reventado de la vejiga.

MR: Lo que hacía que juntara pañuelos y trapitos que llamaba «pañales» y se los colocaba en la ingle. Todas las mañanas tenía que sacárselos y orearlos. Era una situación desesperante.

FH: A raíz de las heridas que Pepe había tenido en el tiroteo, padecía diarrea crónica. Todo este proceso al cual vamos a ser sometidos en estos años, termina reventándole la vejiga, y después a nosotros. Su familia había hecho una gestión a nivel del Comando de la División para que lo autorizaran a tener una escupidera, y el señor comandante en jefe de la División de Ejército N° 4, con su firma de puño y letra, autorizó, pero, como de costumbre, la orden «a favor» no era cumplida.

MR: Te das cuenta de que en un raptó de humanidad, el futuro presidente de la República certifica con su firma la autorización para que un recluso reciba una escupidera... y ni aún así se la entregaban.

FH: Entonces Pepe hizo una cosa genial; luego de arduas batallas, todas perdidas, un día en el que había una gran fiesta en el cuartel, a la cual eran invitados civiles, notables de la localidad, Pepe, con toda alevosía, esperó que la plaza de armas estuviera llena de tan preclaras presencias. Me lo imagino: señoras esposas de oficiales, señoras esposas de los «notables» del pueblo... Entonces comenzó a gritar por la ventana desaforadamente, que se estaba meando y que por favor... El señor mayor de la unidad que nunca venía al oír nuestros grititos y nuestros llamados, vino a la carrera a pesar de su falta de entrenamiento, porque hacía muchos años que este hombre no debía hacer en absoluto y bajo ningún concepto, gimnasia bélica.

MR: A los oficiales, en la medida que ascendían de grado, les ascendía el vientre. Llegaban redondos a las más altas gra-

duaciones; pero aquella vez oímos llegar al mayor con pasos vertiginosos. Dio la curva para entrar a los calabozos patinando con sus enormes botas de caballería y entonces oímos la voz meliflua: «¿Pero qué le pasa, Mujica, qué necesita?» «La escupidera que está en el S2». «Pero faltaba más, enseguida la va a tener, quédese tranquilo».

A los pocos minutos abrieron el calabozo de Pepe y el sargento, rodeado de la debida custodia, le hizo entrega de una preciosa, flamante y plástica escupidera que, después supimos, era rosada; aún la tiene.

FH: Uno imaginaba el calabozo de Pepe con una escupidera luego de años...

MR: Nosotros nunca pasamos de latas de membrillo, y eso, en los mejores momentos.

FH: Hasta ese día no habíamos llegado siquiera a la lata. Uno veía ahora que su sueño se había hecho realidad; que en uno de los calabozos, por lo menos, cohabitaba junto con un preso, una escupidera, inerme, indefensa, que tenía capacidad como para cuatro meadas por lo menos, lo cual era... Yo creo, que debe de haber sido uno de los días más felices de la vida de Mujica.

MR: Esa pelela va a tener una historia que la hace acreedora de una vitrina en el Museo de la Revolución, si algún día lo tenemos.

FH: Va a ser defendida a brazo partido, a veces a costa de sangre. En 1983, es decir, casi ocho años después, me acuerdo del olor que expedía...

MR: A mí me tocó lavarla una vez...

FH: Ahora te voy a contar esa... El olor daba lugar a las protestas de la guardia; entonces Pepe, como la pobre tenía casi una década de un uso muy intenso estaba muy gastada...

MR: No se aceptaba de ninguna manera el «agua jane» o creolina ni...

FH: No se animaba ni a lavarla, porque si la lavaba la desgastaba en el fondo. De modo que tenía un sarro...

MR: Una protección... Para que no se le perforara.

FH: Y cuando nosotros le preguntábamos por qué no la limpiaba, que se iba a intoxicar con el olor, nos hizo una explicación larga, de carácter técnico-científico, que demostraba que aquel sarro protegía a la pelela y le valía de mucho más la protección que los riesgos de una infección.

MR: Lo más grave era quedarse sin ella.

FH: El día que se la dieron me estuve riendo toda la tarde.

MR: Pepe había abierto una brecha...

FH: Que nosotros seguimos bombardeando para conquistar la pelela propia.

MR: Del color que fuera.

FH: Los altos mandos no estaban dispuestos a una amnistía de ese tipo.

MR: General e irrestricta.

La república del Goyo en pie de guerra

FH: Un fin de año, en una de las visitas que tuve, mi madre, española, al besarme me pudo pasar un dato importantísimo. Al oído, me dijo: «Murió el general Franco...»

MR: «No hay tiento que no se rompa ni tiempo que no se acabe».

FH: Fue una gran noticia para nosotros y mi madre lo sabía. Por eso corrió el riesgo de dármele. En esa misma visita, me trajeron a mi hija, totalmente vestida de blanco. Yo me imagino el trabajo que le debía haber dado a mi familia traerla desde Montevideo, hasta ese lejanísimo cuartel. Lo más probable es que la hayan cambiado en la calle antes de entrar para que yo la pudiera ver con su mejor vestido. Teniendo en cuenta la mugre y las patadas mediante las cuales me llevaban a las visitas, las esposas en las patas de la mesa y todo lo demás, era una incongruencia total aquella niña vestidita de blanco.

MR: Mi viejo tenía que hacer un trayecto muy largo y muy dificultoso desde la estación del ferrocarril hasta el cuartel. Venía muy cargado porque las familias siempre traían víveres, fruta, yerba, libros, mudas de ropa, con la esperanza de que esas cosas fueran aceptadas y las entregaran. El viejo me contaba que se habían aproximado a él unos vecinos de Nico Pérez

donde paraba el ferrocarril, y que cada vez que llegaba, (más o menos sabían la fecha), un guirisito de campaña lo esperaba y lo ayudaba a cargar los paquetes. Y me acuerdo de eso porque mi viejo le mandó el monopatín de mi hija por vía de encomienda. En todos los sitios nuestros familiares encontraron gente amiga, gente solidaria que los acogía en sus casas, que los mantenía informados...

Bloqueos y otras defensas

FH: Una noche en Santa Clara de Olimar, un cabo estuvo trabajando con una máquina de sumar de aquellas viejas, manuales. Me despertó con ese ruido, me volvía a dormir, me volví a despertar, estuve toda la noche escuchando aquel traqueteo que para mí era muy familiar, porque trabajé años en un banco. Me traían una cantidad de recuerdos y memoraciones; me volvió a la época de oficina, cuando era muy joven, y me sucedió por primera vez un fenómeno muy extraño, que se me va a dar después de forma reiterada. Al otro día, cuando me levanté, no podía separar de mí el sonido de aquella máquina de sumar (ya no estaba trabajando más el cabo), pero fundamentalmente no podía separar de mi cabeza, los recuerdos del banco. Entonces me «transporté»; es muy difícil describir lo que sucedió, lo califico como un proceso de autohipnosis; lo cierto es que no habiendo sido nunca muy bueno en materia de contabilidad, me puse a reconstruir el funcionamiento de la agencia donde trabajaba; sobre la base de recuerdos y deducciones, logré reconstruirla y aprender contabilidad, cosa que nunca supe, ya dije, aparte de las nociones generales.

Inventé contabilidades; me hundí durante aproximadamente una semana en un mar de cifras, datos, deducciones, cálculos, asientos, balances, libros, con una intensidad y una profundidad tal que no se puede dormir y —además— todo lo que sucedía a mi alrededor pasaba inadvertido. Perdía en absoluto la noción del tiempo, como si no estuviera en el cuartel. Yo había hablado antes con presos comunes que llevaban muchos años cuando estuve en Punta Carretas; algunos de ellos, la mayoría locos, me decían con total suficiencia que no estaban presos, porque cuando querían se evadían, salían por el muro, iban a

los bailes, al barrio, andaban con la gente que querían y hasta tenían mujeres; estaban locos evidentemente y yo los escuchaba como a tales; no dudaba que a ellos les sucediera mentalmente eso, pero yo nunca lo había experimentado en carne propia. Es una sensación agradable, la cabeza está ocupada a *full*, día y noche; lo más extraño es que uno puede estar cinco días sin dormir, aún tirado en la cama, haciendo los cálculos; comenzaba a tener necesidad de apuntar en cualquier lado; apuntaba en el jabón, en papelitos, con pedacitos chiquititos de grafitos que tenía, y vivía entusiasmado en eso, hasta me molestaba, incluso, que me llevaran al baño, que me trajeran la comida, a pesar del hambre.

De pronto, esa situación, que califico de autohipnosis, cesaba lentamente; se iba desvaneciendo; esos «retornos» me causaban lástima y dolor, porque era como volver al cuartel. Este fenómeno me va a suceder muy a menudo y va a tener, cada vez, una duración casi exacta de 15 días; ni más ni menos.

A pesar de la sensación agradable que producía comencé a temer que ese fuera un camino al desequilibrio; me detuve a pensar qué era lo que me había pasado. Deduje, analizándolo con tranquilidad y friamente, que nos estábamos trastornando. Empecé a analizar otras actitudes que tenía en el calabozo y las que tenían Pepe y vos; los tres estábamos teniendo, no nos dábamos cuenta porque nos íbamos acostumbrando paulatinamente, síntomas evidentes y cada vez más agudos de desequilibrio. En mi caso, estas «evasiones», que no dependían de mi voluntad sino que venían abruptamente, se llenaban de cálculos y de números, o de planes muy complicados que requerían una gran concentración mental. Pensé que de pronto, el cerebro vacante durante meses se lanzaba a correr intencionalmente.

MR: Recuerdo haber conversado con Octavio, que estaba en la misma situación que nosotros. El llegó a practicar ejercicios de autohipnosis. Una de las dificultades que tenía era poder salir del trance, es decir no lograba recuperar la normalidad. Hasta que finalmente se empantanó. Tengo la impresión de que era una especie de bloqueo que se nos producía; uno terminaba concentrando la imaginación en determinadas cosas como forma de evadirse de lo que estaba viviendo, pero mis fantasías

eran de otra naturaleza. Cuando me llevaban al baño en la forma habitual, yo tenía un pensamiento de respuesta: «no saben que estoy en otro sitio». Terminabas bloqueándote en relación a la realidad circundante y la vida se desarrollaba en el pensamiento, en la imaginación.

Los límites entre la realidad y la fantasía habían desaparecido; para mí era más real y me daba una sensación de vivencia más intensa, recomponer situaciones en las que había vivido. Y cuando las agoté, empecé a crearlas: por ejemplo, la relación con una novia de la adolescencia, que culminó con una ruptura; desaparece la ruptura y sigo desarrollando la peripecia con esa piba y se consuman relaciones y se avanza y se crea un hogar y se tienen hijos; y aquello me absorbía a tal punto que las cosas que me rodeaban, dejaban de existir.

Amanecía y el calabozo se me poblaba de fantasmas; llegaba mi compañera a pasear conmigo, o mi hija, y uno tenía la sensación de que podía recostarse en el piso como si lo hiciera en las arenas de Malvín. Con un grado de compenetración tal, que el golpe, el llamado o el grito de un guardia diciéndote algo, te parecía anacrónico, fuera de la realidad. Empecé a percibir además, otro tipo de reacción. Te voy a contar un par de ellas.

En la cultura primitiva, los brujos de las tribus practican la magia. Y la magia tiene una constante: para invocar a la lluvia imitan su sonido o su conducta. Es como si pudiera estar en celo y acá hubiera un llamado amoroso. Entonces, con sus sonajas, sus actitudes y los colgantes que tienen imitan la caída del agua, para que el agua que no cae, venga. Cuando estaba muy necesitado para ir al baño, era una tranquilidad y una alegría sentir que cerraban el portón, porque era señal de que nos iban a sacar; el golpe en la puerta, la puesta de la capucha, las manos atrás, la nariz pegada a la pared. Pero esas cosas no ocurrían, es decir, ni el portón que se cerraba ni el golpe en la puerta, entonces, en medio de la necesidad, yo recogía la capucha, me la ponía en la cabeza, las manos atrás, contra la pared, y pegaba el grito: «¡Estoy pronto!»

Esa magia primitiva la practicaba, conscientemente a veces, pero otras inconscientemente, para ver si ante esa voz se producía el golpe y el portón se cerraba.

Otra: de alguna manera se me había fijado que las cosas que se dicen no ocurren. Entonces cada vez que teníamos un traslado y especulábamos a través del morse del muro hacia dónde podíamos ir, yo siempre transmitía las hipótesis más negras, para que, al transmitir las, no ocurrieran. De alguna manera te transfería a vos mi estado de angustia. Las posibilidades optimistas del traslado las tenía escondidas de forma esperanzada y trataba de largar las más jodidas, porque «largándolas no ocurrían».

Luego empecé a tener reacciones que me llevaron a discutir y putear en soledad y en voz alta. Creo que la impotencia hacía que uno buscara «blancos neuróticos» por transferencia, en situaciones imaginativas. Peleaba imaginativamente con alguien. Curiosamente muchas veces no eran milicos: mi madre, un amigo, vos... Pero con tal intensidad que, en medio de la caminata frenética del amanecer, me plantaba y rajaba al interlocutor de una puteada o lo amenazaba con un puño.

Una vez que habías olfateado lo que estaba pasando, y me llamaste cuando ya, más o menos, me tranquilicé, me preguntaste: «¿Con qué fantasma te peleaste hoy?»

FH: Sí. Llegó un momento en que se sentían las discusiones tuyas y también las de Pepe en los calabozos de al lado, y yo pensaba si ustedes no sentirían las mías, si a mí no me estaría pasando lo mismo. Vos sabés que cuando conté la anécdota de la máquina de sumar, lo hice para señalar un hecho: casi todos esos fenómenos se producían a partir de un leve detonante, podía ser un olor, una noticia...

El mundo de los sentidos

MR: O un saber. Es una observación que hace Proust en *En busca del tiempo perdido*. El protagonista extrae una novela entera del sabor de una «magdalena», que por asociación le despierta vivencias dormidas. Dice que el sonido de una cucharita que cae evoca en la memoria un sonido similar, con una historia que no tiene nada que ver con el momento en que el hecho se produce. Como a mí, que en algún momento en que me trajeron ropa sentí el aroma de casa y eso me trasladó al patio verdecido con las plantas y a mi madre.

En la raíz de cada fantasía hay indicios pequeñitos de esta naturaleza que en su momento no percibimos, pero que son los que nos transportan de pronto, de una situación tensa a un paseo por el Prado.

FH: Llegué al extremo de ponerme contento por el hecho de que me pusieran una capucha para llevarme al baño; al ponérmela, me impedían ver y, al impedirme ver, me permitían seguir un cálculo que tenía por la mitad.

MR: En otro plano, fui desarrollando, como los perros de Pavlov, un reflejo condicionado. Cada vez que entraba alguien al calabozo, cada vez que golpeaban la puerta, aunque vinieran para entregar correctamente la magra ración de comida, el solo hecho de que golpearan, de que entraran, me colocaba en una actitud tensa de reacción. Esto me hace recordar algo sumamente gráfico.

Un soldado, con el que pudimos dialogar en una unidad, me contaba que tenía un hijito de cuatro años, y que cada vez que salía de la guardia y llegaba a la casa y el niño estaba jugando en la calle, la reacción de él era darle dos o tres sopapos. Un buen día viene medio asombrado a contarme: «Fíjese lo que me pasó ayer: era el cumpleaños y le llevé un paquete de caramelos, él me vio venir, yo meto la mano para darle el regalito y él alza los bracitos y me dice ¡no me pegue, papito, no me pegue!» Yo también alzaba la guardia, pero ofensiva.

FH: En ese proceso hacia el desequilibrio va creciendo nuestra agresividad. Eso lo vamos a poder notar claramente cuando retornemos al Penal. Por simple comparación. No podíamos percibirlo cuando estábamos en los cuarteles, porque la agresividad era un instrumento de defensa de la vida. En los cuarteles nos acostumbramos a que si no éramos así en la defensa de nuestras pequeñas atribuciones o en la conquista de otras nuevas, no había modo. Lo otro: éramos seres ciegos, mudos, desprovistos casi del sentido, del tacto, del olfato...

MR: Vivíamos en un mundo sin color; cada vez que me ponía a fantasear, buscaba frenéticamente dentro del pensamiento paisajes con verdes, o floridos, y tenía gran dificultad, porque no se puede pensar en colores o por lo menos me costaba mucho y pocas veces lo lograba; maldecía los sueños porque generalmente los tenía en blanco y negro.

FH: Yo guardaba colores. Los atesoraba en papelitos, simplemente por tener la posibilidad de verlos, los mismos dos o tres durante meses.

MR: Era un descanso.

FH: No podíamos «ver lejos»; nos fuimos acostumbrando a la distancia entre una pared y otra, de manera que en las oportunidades en que pudimos alguna vez mirar el horizonte, fue con gran sorpresa hasta física diría, porque los ojos no estaban acostumbrados a acomodar sus pupilas...

MR: Al salir, cruzar una calle nos confundía. Los sonidos empezaron a tener un significado que en algunos casos se convertiría en nuestro servicio meteorológico. Usaba la expresión, que después aparece con frecuencia en mis poemas o en mis escritos, «en el más allá del muro». Estábamos viviendo en un mundo, y nuestro «más allá» era de las paredes hacia afuera. Del exterior venían mensajes que teníamos que interpretar. Pasábamos semanas, meses y a veces años sin ver la luz del día. Nos olvidamos del cosquillear de la lluvia sobre nuestro lomo. Cuando oíamos el chillido de las golondrinas percibíamos que llegaba la primavera. Comenzábamos a sentir que amanecía, antes del clarín, porque los gorriones piaban y el benteveo, que es muy madrugador, mandaba su primer chillido. Nuestro mundo se componía de una serie de sonidos que traducíamos mentalmente en imágenes y situaciones. Ese maravilloso crepitar sobre el cinc era una doble fiesta: me transportaba a una callecita de barrio, una noche de otoño bajo la garúa. Luego los sonidos hostiles, el taconear...

FH: ... el sonido de las esposas...

MR: Fuera de la rutina, porque el ruido de las esposas nos alegraba cuando era hora de salir al baño. En las catacumbas de Paso de los Toros, su tintineo era señal de que nos podían sacar al «recreo». Ese sonido era alegre. Yo tenía, en mi infancia, un perrito que cada vez que sentía el de las cadenas con que mi padre lo sacaba a la vereda su cola era una carcajada. Se alegraba porque iban a encadenarlo. Después venían los adversos: el abrirse de la reja del corredor cuando no correspondía presagiaba alguna mortificación...

FH: O sea que nosotros, Ruso, éramos como los ciegos: habíamos desarrollado un sentido por encima de los demás: el del

oído; el único que nos podía proporcionar alguna información y conectar con el mundo más allá de los muros; los otros estaban imposibilitados de hacerlo. Llegué a la conclusión de que el oído, como sentido, tiene un gran defecto: carece de párpados; y una virtud: percibir más allá de las paredes. Es una desventaja no poder «cerrar los oídos», como los ojos cuando uno no quiere ver. El oído es un sentido alevoso; se puede agredir por él con mayor facilidad que a través de los demás. Ellos utilizaban esa carencia cuando, cansados ya de hostilizarnos en la parte física, se dedicaban a hablar del otro lado de la puerta para mortificarnos a través de las palabras.

MR: En Santa Clara, al amanecer, oía con envidia el ladrido frenético que se producía en las perreras. Era la hora de la ración que recibían con gran algarabía; llegué a envidiarlos e incluso estuve a punto de hacer una solicitud al comando reclamando para nosotros el tratamiento de perro; fijate todo lo que tenían: podían estar bestia con bestia, animales de una misma especie juntos; podían orinar y defecar a discreción, estar al sol, tenían ración plena, ladrar y gruñir cuando se les antojara...

FH: O aullar.

MR: Lo cual nos estaba vedado.

FH: Recuerdo que una vez en Minas, había una gran fiesta, en el casino de oficiales, a la cual había venido gente civil, muchachas, muchachos; al terminar ese baile, cuando se apagó el ruido de la orquesta y serían las cuatro de la mañana, la gente se retiraba y uno todavía estaba despierto; una muchacha gritó y el grito llegó hasta mi calabozo y se me ocurrió idéntico a otro, a la salida de un baile en mi juventud. Uno que yo tenía olvidado. En ese momento, lo recordé instantáneamente. A partir de ese hecho, entré en un «trance» en el cual reconstruí aquel lejano baile y, a partir de él, toda una relación de mi juventud tal como se dio y como se podía haber dado. Estuve quince días en eso.

Cuando la realidad está en los sueños

MR: La única realidad estaba en los sueños. La otra, la cotidiana, era una pesadilla. Para sobrevivir trastocamos los términos

realidad-fantasia. Cuando me imaginaba paseando con mi hija, en un parque infantil, de pronto un sonido, un golpe en la puerta, un taconear, me traía a una realidad que no era mi realidad; «no sólo de pan vive el hombre»: también de sueños. Una de las cosas que nos sostuvo fue esa capacidad que tuvimos y tienen todos los hombres (porque todos en una situación así se hubieran comportado de la misma manera), de afirmarse en los sueños, en las esperanzas, en las ilusiones, en lo que vivieron o en lo que no vivieron, como en el caso que tú acabas de contar, y al que yo también había hecho referencia.

FH: La fuga de la realidad era absolutamente inconsciente, no voluntaria, lamentablemente. Venía cuando ella quería. Debe ser el refugio de los locos. Supongo que ellos han llegado a situaciones extremas por cualquier razón...

MR: Experimentamos (y no creo que sea disparatado) la telepatía.

FH: ¡Por supuesto! Tenemos que hablar sobre ella, ahora que estamos tratando desequilibrios o, por lo menos, anormalidades mentales.

MR: En una visita, mi familia me informa que a mis padres les dieron el desalojo y que tuvieron que ir a parar a un asilo. Llegué al calabozo, vos esperabas que te llamara para ver si había surgido alguna novedad, y lo que te contesté fue: «Estoy llorando...»

FH: Melo, 1978

MR: A partir de ese momento tuve a mi padre presente cada minuto. De día conversaba con él, consolándolo, levantándole el ánimo; por las noches, lo soñaba. En un sueño, el viejo me dice una palabra, una sola, no recuerdo cuál, supongo no existe en ningún idioma, pero que yo interpreté sin dudas: «¿Qué estás haciendo acá? Sentate, comé».

Me desperté, te lo transmití tal cual. En la visita siguiente, a los veinte días, mi padre llega con doña Carmen. Como no podían entrar juntos, la vi primero a ella. Entonces me dijo con un poco de alarma, no mucha para que no me angustiara, que papá tal vez tuviera alucinaciones y me contó lo que le había pasado en el comer, se paró, empalideció y me dijo (en la narración de Carmen): «¿Qué estás haciendo acá? Sentate, comé».

Situaciones similares se dieron con mi hija. En una oportunidad, imagino un «paseo» con Alejandra: la llevo a conocer la tumba de su tío, mi hermano Leonel, cuyo nombre llevé como militante de la Organización; entonces recorrimos los senderos del cementerio, entre cipreses y lápidas, hasta que llegamos a la tumba. En una de las visitas siguientes, Alejandra me cuenta que tuvo un sueño extrañísimo, lo que no lo fue exactamente sino una especie de estado entre el sueño y la vigilia, en la que se veía paseando conmigo en un cementerio. Luego de narrarme eso en pocas palabras, muy seriecita y como espantada, me pregunta: «¿En qué cementerio está el tío?»

Puede ser coincidencia, pero como decía Einstein: «Hay demasiada armonía en el espacio para que sea obra de la casualidad».

FH: Cuando me comunicaron, en 1981, que mi compañera, que estaba presa en Punta de Rieles, a quien no veía desde 1971, tenía un tumor en la columna vertebral, entre la angustia de la noticia me sobrevino una situación de esas que califico de autohipnosis, y estuve acampando con Graciela en un Cabo Polonio que construí, yo nunca estuve allí, pero me lo imaginé, puntillosamente; estuve discutiendo dónde ponía los médanos, las rocas, los mejillones. Después que instalé la geografía (me llevó una semana construir un Cabo Polonio, guijarro por guijarro), estuve otra semana decidiendo dónde ponía la carpa, dónde conseguía la leña, qué cocinaba cada día y dónde paseábamos con Graciela. Estoy seguro de que el que construí es mucho mejor que el real, porque no tiene desperdicio. Bueno, hubo visita cuando terminé eso; en aquel entonces nos comunicábamos por la pared. Y vos me contaste que Alejandra había estado en Cabo Polonio precisamente esos días.

Al notar que este fenómeno telepático se daba, nos propusimos que cuando uno de nosotros sospechara que estaba adivinándole el pensamiento al otro, llamaría y se lo comunicaría.

MR: Exactamente...

FH: ... y que fuéramos objetivos y no nos mintiéramos. De diez veces que nos llamamos así, ocho, promedialmente, acertamos.

MR: Lo que nos llevó a eso fue que muchas veces cuando iniciábamos nuestros diálogos matinales, el pensamiento que me transmitías era el mismo que tenía intención de transmitirme...

FH: Yo empezaba a decirte algo y vos me interrumpías para decirme lo que yo te iba a decir. Sería normal que tú adivinaras mi pensamiento si estuviéramos hablando de un suceso inminente para ambos o de algo que fuera lógico que hubiéramos deducido. Pero no era nada normal que yo comenzara a decirte: «Estuve pensando anoche que cuando salga voy a acampar en...», y que mucho antes de terminarla me interrumpieras para decirme: «Sí, ya sé, en el arroyo Cufre». Aquello era como para creer o reventar...

MR: Una vez, en el 82 (Alejandra ya era una señorita de 17 o 18 años y Gabrielita andaría por los 10), estábamos en Paso de los Toros y las visitas eran los domingos...

FR: ... cada 21 días aproximadamente.

MR: De 9 a 10 de la mañana, tu familia; de 10 a 11, la mía; de 11 a 12, la de Pepe. No te sacaron a vos a las nueve, sino que me sacaron a mí; eso era bastante frecuente porque si tu familia no venía, adelantaban. Subí por aquella escalinata espositado, encapuchado...

FH: ¡No era una escalinata! Era una escalera raposa; vos le llamás ventanal a las ventanitas y escalinatas a las escaleras...

MR: Se me sigue confundiendo la realidad y la fantasía.

FH: Era la única escalera que teníamos y, para nosotros, como la del Palacio Legislativo; escalerita truculenta, sórdida, siniestra, que bajaba a un sótano; de hormigón desnudo.

MR: Donde trotaban las ratas. Entonces llego, me instalan en el banco que estaba pegado al excusado (la visita se hacía en medio de sus olores)...

FH: ... Excusado de cuartel nomás; ya es decir...

MR: Me siento del otro lado de la doble reja; había seis guardias, armados a fusil, una milica, un soldado con perro, el teniente con pistola al cinto... De pronto se abre la puerta, yo esperaba ver a mi familia, calculaba que venía Alejandra, y entra una niña —era verano— con una solera, como un gorrioncito asustado, en medio de todo ese clima. La miro y, por

una fracción de segundo, aunque en el pensamiento duró mucho más, me costó ubicarla; porque pensé: «Es Alejandra; no puede ser Alejandra, ¿cuántos años tiene Alejandra? ¿Pero en qué tiempo estoy viviendo?» Recién al rato me pude dar cuenta que se había producido un error y volví al tiempo real. Entonces le dije: «¿Tú sos Gabrielita, verdad? Estás preciosa, yo vine acá porque tu papá se está aprontando y enseguidita te lo traen».

FH: Decías hoy, que cuando salías de algunas de esas ensoñaciones te costaba ubicarte de nuevo en el calabozo y te formulabas preguntas como: «¿Qué estoy haciendo aquí?» A mí también, cada vez que me despertaba, tenía que formularme: «¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo?»

MR: Tenía que palpar los objetos para reconocerlos...

FH: Me asustaba frente a la realidad y sacaba cuentas en el año 79: «Empecé a ser rehén en el 73, llevo tantos años de rehén como los años de escuela».

Cuando ya llevaba diez, sacaba esta otra: Llevo tantos años de rehén como los de la escuela y liceo juntos; con todas las vivencias de un niño desde que nace hasta que le empieza a salir la barba y tiene la primera novia».

MR: Cuando conté la anécdota del sueño de mi padre y la palabra enigmática que me decía, recordé un diálogo que tuvo con Engler. Me narraba sus trastornos que fueron muy agudos. Tenían como característica que dentro de su cerebro, según me contaba, se había conformado un ser sin alma, que se llamaba «Alicia» y era muy cruel y muy frío, precisamente porque no tenía alma. Ella era quien le dictaba las acciones que tenía que realizar; si le decía «comé», podía comer, si le decía «no comas», no comía. En una oportunidad, le dijo una palabra que él no comprendía; pensó que Alicia estaba desvariando; tiempo después tuvo acceso a un diccionario y encontró que esa palabra existía y que en algún momento la había aprendido; estaba archivada en alguna neurona de su cerebro a la que tenía acceso Alicia pero él no.

Los trastornos, que todos en mayor o menor grado padecimos, eran producto del régimen de reclusión al que estábamos sometidos y no como consecuencia de traumas interiores. Desaparecidas las condiciones, recuperamos, hasta donde es posible, la normalidad.

La mujer objeto y la crisis del petróleo

FH: Es generalizado, en la cultura militar, cuando alguien se refiere a su esposa o compañera, no usar esas palabras, sino...

MR: «La mujer».

FH: «Estuve hablando con la mujer» o «fui a casa y encontré a la mujer». Es decir, se usa este término gramatical, que es el mismo que se utiliza para referirse a las cosas: la plancha, la mesa, el ropero; la mujer tiene carácter de objeto.

Cuando un soldado ingresa al cuartel, recibe todo su equipo, las botas, el uniforme, el fusil, los cargadores, la cantimplora, el correa, la mochila. Firma un papel dándose por recibido, porque ese material pertenece al ejército: a eso se le llama «la entrega».

MR: Expresión que se hace extensiva a... ¡la mujer!

FH: «Allí viene fulano con la entrega», «fui a un baile con la entrega». La mujer también es un objeto que la sociedad le ha entregado de la misma manera que las botas, el pantalón, el fusil.

La entrega es una cuestión de suerte. A veces consiste en un equipo completo nuevito, pero otras es usado o muy viejo, en mal estado; cuando se refieren a la mujer, se están refiriendo de algún modo a eso: puede ser buena, mala, regular, deficiente. No depende de la voluntad de uno, es lo que le tocó.

MR: El personal del cuartel donde estábamos tenía que marchar a hacer su guardia rotativa al Penal de Libertad. La gente se preparaba y uno de los temas de conversación era para qué producto venía bien la cosa. Al mes retornaban y aquello parecía una caravana de tambochas. Traían un stock que iba del papel higiénico hasta colchones, pasando por los libros y el dulce de leche.

FH: Sería lindo que algún día se hiciera una investigación de lo que le salió al Estado la Cárcel de Libertad, no por lo que hayan consumido los presos ni la guardia, sino por lo que se hurtó.

MR: Aquello era una incursión a tierra conquistada.

FH: Se peleaban por ir.

MR: No sólo porque cobraban un sueldo extra, sino por el aguinaldo en especie con que volvían. Un cabo confesaba haber completado un juego de seis frazadas para su familia en un solo viaje.

FH: Una vez en Treinta y Tres, el Décimo de Infantería, fue de guarnición a Libertad; estuvieron un mes, se trajeron los colchones de la cárcel y explicaban la técnica que habían utilizado para traerlos.

El soldado guarda todas sus pertenencias en «la caja».

MR: La «caja» es fundamental; soldado sin ella es hombre muerto. Se trata de un baúl de madera con fuerte candado donde guarda la entrega. Me refiero a la inanimada. La lleva vacía y la trae buchona ¿Con qué arte de magia mete en esa caja hasta colchones?

FH: Son de polifón, relativamente delgados; se los dobla primero en dós, luego en cuatro, en ocho. Aunque parezca mentira, con ayuda, es posible. Son varios trabajando en doblar; lo amarran firmemente con tiras de cuerda o de cuero y entonces puede quedar comprimido a niveles volumétricos tales, que en una de esas cajas puede traer hasta cuatro. Casi todos los soldados en Treinta y Tres traían colchones.

MR: Esas cajas son como el espacio escénico, donde caben desde el rancho de don Zoilo hasta el castillo de Hamlet.

FH: Dentro del celdario de Libertad, los hombres más importantes para los soldados no eran ni el jefe ni los oficiales, eran los dispenseros.

MR: Los contactos con la cocina y con la proveeduría. Esos eran los lugares claves y no la comandancia del penal.

FH: Por supuesto.

MR: Cuando retornaban, los llevaban directamente al cuartel, para luego de formar, irse en uso de licencia a sus domicilios. Eso creaba el trastorno de trasladar todo lo que habían acaparado. Entonces entró a funcionar el espíritu práctico de los militares. Los camiones pasaban antes por sus hogares, a los efectos de descargar sus respectivas pulperías. Pero en una oportunidad, les hicieron una inspección. Tuvieron que formar en la plaza de armas con la orden de abrir las cajas. El capitán...

FH: Fue como la caja de Pandora...

MR: El capitán no sabía en qué baile entraba. Era como cuando sacas tierra de un pozo que al contacto con el aire se multiplica. A la segunda que abrió, dijo: «Suficiente, está bien». No quiso saber más. Si sancionaba, se quedaba sin tropa.

MR: En el año 73, estuvimos unos seis meses en el Penal. Fue en el tiempo en que nuestros compañeros armaron una cantina. Una firma mayorista le suministraba cigarrillos, galletitas, dulce de leche. Los familiares depositaban el dinero y vos sabías que en tu cuenta tenías una limitada cantidad. Un día nos vino a ver un mayor para inducirnos amablemente a que el surtido lo hiciéramos no con la firma que nos estaba abasteciendo sino con otra.

FH: Exacto.

MR: Era un hombre muy preocupado por la calidad de los productos: su firma —decía— los tenía mejores...

FH: Lo que se llevaban los soldados de Libertad, en última instancia, iba realmente para sus casas, para sus familias. Pero los soldados comentaban qué era lo que se llevaban los otros. Porque esto también forma parte de la cultura: cada grado a su nivel. Hubo un incidente muy grave entre un cabo y un teniente coronel, nada menos; el cabo se estaba llevando varias bolsas de *portland* del depósito para su casa cercana a la cárcel; lo sorprendió un teniente coronel y lo arrestó. Pero no lo arrestó porque se las llevara sino porque a él no le correspondía. Las bolsas eran sólo para el teniente coronel. Le dijo: «Está bien llevar, pero cada cual en su rango».

MR: No se vaya a pensar que hay desorden en esta materia.

FH: No, no, en ningún momento.

MR: Por eso cuesta calificarla de hurto. Todo está tan reglamentado, tan instrumentado y tan autorizado por la ley que rige allí, que no tiene implicaciones morales. «Entre bueyes no hay cornadas». Después de todo, la historia de la humanidad está llena de máximas que sirven para un barrido o un fregado.

FH: Apelemos a la imaginación de los lectores: ¿cuál es el nivel de un teniente coronel? No van a ser paquetes de azúcar. En todo caso, bolsas de corpillera. No un balde de *portland*, van

a ser toneladas. Para llevarse eso se necesitan camiones, gente que cargue, personal ¿Qué personal? El subalterno, que sabe lo que se está haciendo. Entonces: ¿con qué cara el teniente coronel, después, le va a impedir que se lleve botellas de aceite o paquetes de yerba?

MR: Una vuelta en Paso de los Toros, viene a hacer la guardia un soldado arrestado porque, estando de custodia en el parque de vehículos observó que el sargento, en forma solapada, incursionaba hasta allí en procura de nafta. Entonces, como ese sargento lo había tipeado, lo dejó hacer. Luego se presentó al comandante de guardia dando cuenta de lo ocurrido ¡Sancionaron al soldado por absoluta falta de compañerismo! El sargento fue citado por el mayor que le dio un severo responso... «Si necesita nafta —le dijo— viene y me pide vales». Faltaba más.

FH: La crisis del petróleo tuvo grandes repercusiones en la cultura militar. Con el precio que tenían los barriles a nivel internacional, comenzaron...

MR: ... a acapararse vales, que canjeaban en los comercios de la localidad...

FH: El «oficial de motores», que hay en todas las unidades, responsable entre otras cosas del parque de vehículos y por lo tanto del depósito de combustible, pasó a ser de tremenda importancia. Los aparatos para succionar hidrocarburos de los diferentes depósitos, constituían claves militares y empezó la pequeña caravana, desde el que se llevaba la damajuanita para la Honda 50 cm, al que se llevaba bidones para ciertas estaciones de gasolina.

MR: ¿Te imaginas esta tropa destacada en el Medio Oriente?

Rosario, Willi, Toba, Zelmar

MR: En una visita mi viejo entra a hablar de cómo andaba el barrio, de los vecinos, que nunca lo dejaban solo, la solidaridad formidable de la gente... Y con ese mismo tonito monocorde, bajo, sereno, de cosas triviales, cuando se da cuenta que el oficial no presta mucha atención, porque son noticias sin trascendencia, en el mismo tonito me va diciendo «mataron a

Zelmar», sigue conversando, «mataron a Gutiérrez Ruiz» y sigue con el barrio. Después que dio la noticia me miró con la intensidad de un padre pero también con la de un compañero, con un gesto leve de la cabeza, como diciendo «esto ha sido un golpe».

FH: Yo no pude enterarme de esa manera; lo único que oí fue un comentario: «Michelini también la quedó». Y al otro día: «En la Argentina ahora también mandamos nosotros». Tu viejo hablaba con dificultad el castellano y de la misma manera que vos tenías facilidad para entenderlo, los oficiales no entenderían un carajo.

MR: Lo de Zelmar me trajo a la memoria algo que con el tiempo pudimos ir redondeando y hoy está absolutamente esférico. Y es que en los interrogatorios a que fui sometido en Tacuarembó, bajo la dirección de Gavazzo, en una de las sesiones lo llaman por teléfono urgente desde el Comando General del Ejército; al regresar dijo: «Me llamaron para que tome medidas de seguridad porque tu amigo Zelmar está diciendo en el Senado que yo te estoy aplicando el soplete. Voy a tomar medidas, pero mejor que lo vaya haciendo él».

Como es público y notorio, participó con mando en el operativo que cruzó el Río de la Plata y terminó con la vida de Willi, Rosario, El Toba y Zelmar. Este Gavazzo fue el mismo que nos comunicó, en presencia del comandante de Santa Clara de Olimar, de parte del Comando General del Ejército, que cualquier incidente que se produjese afuera, nos fusilaban.

La radio informó recién que el presidente de la República don Julio María Sanguinetti, acaba de designar, como Jefe de la Casa Militar al general Ignacio Bonifacio. El mismo que, en 1973, era comandante del 7° de Caballería en Santa Clara de Olimar.

FH: El 13 de julio de 1976 va a haber un clima de alarma generalizada similar a la que hubo el 13 de enero.

MR: El nerviosismo atravesaba las paredes, había inquietud y paso ligero en cada movimiento de la tropa.

FH: La gente armada a guerra, el cuartel convocado, estado de alarma. Esa conmoción duró unos cuantos días. No fue como la de enero que tuvo poca duración. Los soldados escuchaban

la radio. Pude oír: «Bordaberry» y «partidos tradicionales». Más o menos a las dos semanas del comienzo de la alarma, aproximadamente el 27 de julio, nos preparan para un nuevo traslado, que viene a coincidir con ese clima.

MR: Fue el más penoso y largo que tuvimos: duró un día. Cuando nos bajan de los camiones oigo la voz de Pepe debajo de la capucha, que dice: «Mirá que me caigo, mirá que me voy... que me voy». En los calabozos nos ponen de plantón. No nos llevan al baño.

FH: Nos tuvieron así varios días. Por debajo de la capucha pude ver que había un pan tirado cerquita del pie. Lo recogí del suelo. Estaba muy duro pero me lo comí; con grandes dificultades y antes de que me pusieran las esposas de esa unidad que nos recibía.

MR: En el corredor había un casco de acero y dentro de él un paquete de cigarrillos. Me llamó la atención que estuvieran armados a guerra, medida que se adoptaba excepcionalmente para custodiar presos. Pido para ir al baño y me contestan con un insulto y un golpe. Tenía una necesidad feroz. Veo que la mano viene muy brava porque oigo la voz del Pepe que pide lo mismo y le contestan igual que a mí. Tú estabas más lejos... Entonces me mando una de esas contorsiones dignas del circo de Pekín. Estando esposado atrás, logro de alguna manera llegar hasta la bragueta, correr con gran esfuerzo y dolor en las manos pero con alegría el cierre, pelar como pude y...

FH: «Graciosamente», como diría el Quijote...

MR: Verter, como diría Sancho, «mis aguas menores». Me sacudieron, me golpearon, pero no me pudieron cortar el chorro. Esa fue mi entrada a Laguna del Sauce.

FH: Donde los colchones eran bolsas que se abrían a los efectos de que pudieran revisar el contenido. Tenían lana sin lavar, vellones; voy a sacar de ahí los abrojos y me los voy a comer uno por uno. Me los comí todos.

MR: Llegamos a desarrollar paladar de vaca que es capaz de comerse los cardos sin pincharse.

FH: Es que con el hambre que vamos a pasar en la Laguna, Ruso, podríamos mascar tuercas.

Hambre y sadismo

MR: Trajeron un plato chato. Nos pusieron una cuchara en la mano esposada y sirvieron caldo. En adelante ese líquido constituyó nuestra única alimentación. Mascaba el papel higiénico. Como era de origen vegetal, debía nutrir. Probé el jabón, me convertí en un insectívoro: los bichitos de la humedad eran crocantes, las moscas agrias.

FH: En 1976, Laguna del Sauce es sinónimo de hambre. Esa política la va a aplicar un alférez, de cuyo nombre no quiero acordarme, que vamos a encontrar años después en otro cuartel. Entraba de guardia cada dos o tres días, pero como era del S2, cotidianamente dependíamos de él. Éramos objetos de su administración. El hombre (tengo la opinión de que es un enfermo mental) decidió —a mi juicio, pasándose de lo que tenía permitido— jugar con el hambre sin saber que era peligroso. Los golpes se pueden curar; la sed no se puede prolongar mucho; el hambre produce daños irreparables y deja señales evidentes: una brutal flacura.

MR: Quiero referirme un poco a la patología de los oficiales que se han ensañado. Existe la tesis de que los que más dieron eran los que tenían dentro de sí desarrolladas las tendencias sádicas que, de alguna manera, en todos los hombres están latentes. Yo me resisto un poco a considerar enfermos a aquellos que se ensañaron más en las torturas, porque sería limitar la cuestión a grados de patología. Este oficial que tenía esa conducta con nosotros era, simultáneamente, uno de los más estimados por la tropa. Oíamos a los soldados decir que cada vez que tenían algún problema dirigirse a este oficial era una tranquilidad porque los atendía paternalmente y les resolvía las cosas. Es decir que era un individuo que tenía la supuesta patología solamente en lo relacionado con nosotros. Pienso que en la raíz del asunto hay una cuestión de fondo. La metodología que usó el ejército fue hacer participar a todos: enfermeros, médicos, oficiales, tropa; todos tenían que «mojar» de alguna manera, como garantía de que nadie pudiera decir: «fulano hizo». La segunda cuestión es que se dio un clima de deterioro moral: el verdugueo, la humillación, la tortura, se convirtieron en cotidianas y naturales. Excederse fue lo normal. Dentro de la coyuntura en que actúa este oficial, lo que hace es rebasar le-

vemente la «normalidad» a la que todo el ejército estaba sometido en la relación con los presos. Por eso, sin ánimo polémico, rechazo de alguna manera la idea muy extendida —también pasa en Argentina— de que Astiz y Suárez Mason son sádicos. No. La esencia del sadismo, como patología dentro del ejército, es absolutamente secundaria; para mí la constante es la «normalidad» en que se convierte un hecho anormal. Pueden ser torturadores burocráticos, fanáticos y, en algunos casos patológicos. Pero no son la constante.

FH: Pienso que valen las dos interpretaciones. Pero he visto en este oficial y en otros, la exacerbación del sadismo; y pienso que el clima, el ambiente que lo rodeaba permitía, como un caldo de cultivo, la proliferación del microbio. Este hombre —yo sentí posteriormente comentarios de soldados— era muy estimado, como vos decís, por la tropa, lo cual no significa nada, porque la gente simplifica mucho cuando cree que un sádico lo es siempre. Puede ser un buen padre de familia, pertenecer a la sociedad protectora de animales, ser un beato y concurrir a la iglesia todos los domingos, para luego cebar su sadismo en algo o alguien.

MR: Tené en cuenta que todos los oficiales, todo el personal el S2 particularmente, recibían cursos en que los «manijeaban» meticulosamente, con fundamentos ideológicos; les decían que éramos «traidores a la patria», «asesinos», «deleznables»; todo eso iba conformando en ellos un criterio ideológico. Acuérdate de que eran coherentemente fascistas.

FH: ¿Sabés lo que sucede? Sin que a mí me hayan inculcado nada de eso, conocí en la cárcel de Punta Carretas gente que cometió crímenes que están más allá de todo; no voy a entrar en detalles. Sin embargo, conviví con esas personas y nunca tuve proclividad...

MR: Comparto cuando decís que un sádico o un torturador no lo es siempre. Y sé que hay casos en que el comandante de la unidad arresta a su esposa por una falta y tiene ese tratamiento también con sus hijos: es una proyección en el ámbito familiar del criterio inculcado en la Escuela Militar y en los cuarteles.

FH: A pesar de saber, sin que nadie me lo hubiera inculcado, que algunas de las personas que conocí en Punta Carretas

habían cometido crímenes horribles, nunca se me ocurrió cebar en ellas mis vetas sádicas.

MR: Pero no te olvides que los militares tenían un incentivo, que en vos de ninguna manera puede estar presente: para ellos el que actuaba peor con nosotros hacía mejor carrera dentro del ejército. Proceder de esa manera era estar acumulando méritos en su hoja de servicios. La conducta que este oficial tuvo con nosotros en algún momento pudo haber sido reprobada por el comando, porque se le fue la mano y podía comprometer al jefe; pero, sin embargo, le sirvió para que lo becaran a Brasil e hiciera un curso sobre inteligencia y vigilancia de presos.

FH: Por comentarios que oíamos nos enteramos de que cuando les daba cursos sobre el comunismo, se tiraba de los pelos y lloraba en medio de la clase. Los soldados, que lo querían mucho, quedaban asombrados. El tipo estaba fanatizado, y hacía pensar en esos predicadores de ciertas sectas religiosas, que detrás de un micrófono se posesionan hasta el paroxismo, porque ven el demonio por todos lados. Este hombre, que gozaba de impunidad dentro de las leyes de juego de los cuarteles, nos tenía a su total disposición. Comenzó a vigilar estrechamente que no nos dieran de comer.

MR: Va a dejar escuela. En las siguientes estadias en Ingenieros 4, tampoco vamos a comer.

FH: Vos comías el papel. Yo, el antisudoral.

MR: El personal del cuartel tenía asado dos o tres veces por semana. Nos entregaban los huesos que ya habían roído y nos prendíamos a eso en busca de calcio, añorando tener los molares de un perro para triturarlo e ingerirlo.

FH: El desayuno, vamos a denominarlo así, me lo servían de la siguiente manera: venían caminando despacito para que yo no sintiera; abrían la puerta del calabozo rápidamente y me tiraban con un pan por la cabeza. La primera vez fui sorprendido por un violento panazo pero, en las otras oportunidades, recogía rápidamente el proyectil y se lo volvía a tirar; después seguí desarrollando esa tendencia a la pelea con pan, porque los tipos, al sentirse agredidos, me volvían a tirar, cerraban violentamente la puerta y, a veces, como resultado de esa guerrilla, me quedaba con dos o tres.

MR: El milagro de los panes.

FH: Pero otras veces no quedaba ninguno porque los que yo les tiraba salían por la puerta y no volvían.

MR: El anti-milagro.

La derrota

FH: Voy a contar la historia de una derrota. Yo estaba en un tono beligerante, ya no teníamos nada que perder; entonces, decidí iniciar una huelga de hambre, lo cual no significaba nada. Hacerla en un lugar donde nos estaban hambreado, era nada. Comunicué que no iba a comer más. Un soldado abre la puerta y me dice: «¿Pero no va a comer? Mire que hay arroz con leche...» De ninguna manera le creí. Cuando el tipo cerró la puerta vi que realmente —el rancho ya se lo habían llevado porque yo no lo había comido— habían dejado un suculento vaso conteniendo arroz con leche hasta el tope «¿Tendré tanta mala suerte que justo el día que hago huelga de hambre dan arroz con leche?» —pensé— y, a pesar del hambre, no me lo comí. Fue una dura lucha porque tuve el tazón aquel durante varias horas hasta que se lo llevaron.

MR: Creo que frente a eso, Jesús hubiera sucumbido a las tentaciones del Diablo.

FH: Sí. A la noche volvió a pasar lo mismo y volvieron a dejar el arroz con leche. Entonces, tengo que confesar que busqué y encontré flor de argumento para carnear: «Pero si yo —me dije— estoy haciendo huelga para que nos den de comer, ya gané: hasta arroz con leche conseguí». Y me lo comí. Al otro día volvió otra vez el hambre pero ya estaba desmoralizado. Calculé que fácilmente me iban a derrotar; que me iban a ofrecer manjares para que las levantara. Es un contrasentido hacer huelga de hambre exigiendo más comida.

MR: La visita, en este lugar, era en un calabozo. Nos llevaban, con las esposas consabidas, con la bolsa y con dos ponchos encima. A ciegas, echándonos contra los marcos de las puertas, nos hacían tropezar y nos introducían en el calabozo. Le llevaban «bultos» a la familia.

FH: Los familiares veían cómo nosotros íbamos desmejorando; nuestros aspectos eran horrorosos. En medio de aquello, teníamos que hablar de temas triviales, como si nada sucediera. Pero no necesitábamos decir algo para que la familia estuviera haciendo intensas gestiones porque se daba cuenta de que en Laguna del Sauce nos íbamos a morir si la cosa seguía así.

«Hay que hacerle la boleta a Carter»

FH: Por aquel agujerito pude, un día, ver algo que hacía mucho no veía: resultó ser que yo estaba caminando, como siempre de un ángulo a otro, cuando de pronto oigo las voces de varios niños. Inmediatamente destapé mi ventanal. Eran los primeros que veía, jugando, desde hacía mucho tiempo, y fueron los únicos durante años.

MR: Yo no vi ninguno. Comprendí la crueldad de vivir en un universo sin niños. Cuando nos sacaron de la Cárcel, ya en los umbrales de la libertad, lo que miré con más avidez desde la ventanilla del *ómnibus*, fue a los guirisitos en la calle; me resultó el reencuentro con algo que habíamos perdido.

FH: Una de las cosas más horrorosas que vivimos fue ciertos niños, que llegaban hasta nuestros calabozos a «verduguear», ellos también.

MR: En los cuarteles se oían al mediodía voces infantiles y de ancianos; voces cascadas que llegaban a la guardia del cuartel después que se había comido y antes que el rancho se retirara. La tropa repartía la ración entre los pobres que llegaban allí a pedir. Guirisitos con su latita para recoger un saldo de polenta y viejos a pedir un requeche de comida. Hay una ley, del tiempo de José Batlle y Ordóñez, que así lo establece. Muchas veces la guardia los rechazaba porque daba trabajo —aunque no estaban haciendo otra cosa que matear— ir a la cocina y llenar los tachos. Pero también oíamos comentar a algunos soldados sensibles: «Parece mentira que pasen esas cosas cuando nosotros tiramos todos los días, a los chanchos, tachos y tachos de comida». Recuerdo que había una vieja trastornada.

FH: En Laguna del Sauce, ciertas guardias, para no dejarnos dormir, van a poner junto a la puerta del calabozo una radio

a todo volumen. Ello nos va a permitir, en contadas oportunidades, capturar alguna noticia, porque si bien ellos ponían música, de pronto salía algún informativo que no tenían tiempo de apagar. Así nos enteramos, muy fraccionadamente, de la muerte de Mao Tse Tung, de que el Club Atlético Defensor salió campeón uruguayo y de un tango de El Polaco Goyeneche...

MR: A mí me alegraba el alma oír la voz de Carlos Gardel.

FH: Lo más importante de todo lo que escuché y creo que ustedes no, porque esa noche la «cantora» me la pusieron a mí, sintonizada en CX20, transmitiendo desde la embajada, fue el resultado de las elecciones en los Estados Unidos. Así me enteré que había dos candidatos: uno que se llamaba Jimmy Carter y otro Ford: los soldados deben haber pensado que era un tema que no me interesaba para nada.

MR: Yo no escuché el informativo pero oí los comentarios de los oficiales, hinchas de Ford a muerte.

FH: En la valoración de la guardia ese no era un informativo; era una transmisión y bastante aburrida. Quedé en la situación de no saber de quién tenía que ser «hincha». Lo supe, cuando la radio dijo que en la embajada estaba Vegh Villegas con una escarapela de Ford en su solapa. Era el candidato de la tiranía.

MR: Vos tenías que tener la otra...

FH: Por «descarter».

FH: Pude enterarme del triunfo. Pero no tenía noción de las implicaciones políticas.

MR: Un capitán, cuando me traen de vuelta del Hospital Militar, vino a ver cómo estaba; se expresó, pensando en voz alta, acerca de cómo había que resolver el problema Carter; con las mismas coordenadas que actuaba dentro del país, tenía la gran idea: había que hacerle la boleta.

FH: A partir de entonces, vamos a ir oyendo, como comentario normal, que Carter era comunista. Lo cual, agregado a la noticia que había venido por intermedio de mi familia, empezaba a obligarnos a reflexionar el mundo de un modo diferente...

MR: La República Socialista de los Estados Unidos.

Una desgracia con suerte

FH: El día del arma de Ingenieros creo que coincide con el de Artillería; Santa Bárbara, aproximadamente el 19 de diciembre, día más, día menos. Como Laguna del Sauce es la unidad de Ingenieros de la División del Ejército 4, se va a producir la fiesta correspondiente al día del arma. Por el orificio de mi ventana observo los preparativos de la comilona y veo cuando está llegando el helicóptero que trae en sus entrañas al comandante de la División don Gregorio Álvarez. Anteriormente, habían llegado muchos vehículos oficiales; Mercedes Benz.

Toda esa plana mayor, más los oficiales, más los civiles invitados, formaban una prolija y densa fila en la plaza de armas frente a varias sábanas colocadas en el suelo como señal para el helicóptero que, al aproximarse, atrajo, «chupó», una de dichas sábanas, la enredó en sus paletas, la dio contra el molinete chico que gira en la cola... Se oyó un gran estampido y el helicóptero «cayó» desde aproximadamente cuatro metros. Una de las paletas rota, salió por el aire; los soldados comenzaron a gritar alertando a uno que estaba apostado de centinela en los confines del cuartel, porque amenazaba caer sobre él una enorme paleta que vuela... La pierdo de vista cerca de uno de los puestos. Hubo alarma porque el general estuvo a punto de matarse. El comentario de la guardia: «Fue una desgracia sin suerte». «Porque —decían— en primer lugar, se podía haber matado el viejo y, en segundo, si esa paleta hubiera salido a ras de tierra, se llevaba, de un saque, a toda esa manga de viejos que estaba en la plaza de armas».

Quiero destacar esto: los soldados y los clases odian a los oficiales. Hemos oído, permanentemente, comentarios similares; ello no implica que tuvieran simpatía por nosotros.

MR: En el cuartel impera la ley del miedo. Las limitaciones están signadas por sanciones: funcionan a rigor. El soldado tiene que obedecer porque, le pueden dar de baja, calabocear, y pasarlo a la justicia militar. Acumula un odio reconcentrado y sordo hacia el oficial que le corta la salida, lo separa de la familia, lo atormenta con sanciones, lo humilla. Un odio contenido que surge no sólo en comentarios.

FH: Esa tarde, después de la comilona, se va a producir un hecho que va a tener repercusiones para nosotros. Veo, por el

orificio, que viene hacia los calabozos una comitiva en la cual está Álvarez.

MR: Exactamente, su presencia se percibió porque hubo un silencio total. No se oyó una mosca. La guardia quedó en posición de «firmes», callada.

FH: Esa comitiva, nutrida, recorre los calabozos en silencio; se oía el rumor de los pasos; nos miraban por las mirillas y algo deben haber visto; calculo que se sorprendieron de nuestro estado físico.

MR: Ese día, cuando distribuyeron el rancho, la guardia discute. «¡No, no! ¡No seas bárbaro! Esa gente come el caldito nomás». «No, no, hay orden superior: hoy comen». Entonces nos dejaron una ración de la fiesta, un espejismo corporizado, un sueño con aromas. La comida se derramaba fuera del plato: había un par de zapallitos rellenos, una formidable porción de asado, una cantidad de ensalada que desbordaba, ¡dos panes!, una taza con flan. Nos presentan aquello y nos dicen: «Cuando termine mire que hay más». Uno se preguntaba si no sería una alucinación.

Ese fue un indicio que tuvimos aquel día. Yo tenía el estómago tan comprimido por falta de uso, que a los primeros bocados me llené. Los jugos gástricos bullían pero los músculos abdominales se acalambraban ¡Y no podía guardar en el calabozo la comida que dejaba!

FH: A mí me ardía el paladar. Me dolía...

MR: Entonces tuve que hacer de tripas corazón para poder terminar con aquel plato. Cuando ofrecieron el segundo (¡cómo no!), lo acepté. Sentía que me estaba haciendo mal; era una lucha entre aprovechar la comida que me daban en ese momento y el daño que me estaba causando. Es que nuestro estado era tal, que cuando nos trasladan de allí, al Pepe tienen que empezar a alimentarlo a cucharaditas porque no toleraba la comida.

FH: Cada vez que he salido de una de estas situaciones de gran hambre, que fueron varias, he notado que los primeros días el paladar queda irritado creando dificultades para comer.

Al otro día, una gigantesca chata se llevó las ruinas del helicóptero, y en forma sorpresiva, a la hora de la siesta, varios camiones se llevaron las nuestras.

¡Tanto aparato para tres esqueletos!

MR: Fuimos a dar con nuestros huesos a Minas.

FH: Un lugar conocido.

MR: Que nos resultaba familiar.

FH: Los mismos calabozos en los que habíamos estado.

MR: Me instalan en mi habitáculo; había una tarima de elástico. Esa noche entra a llover y el calabozo empieza a chorrear por las paredes, se inunda.

FH: Cuando el comandante y otros oficiales fueron a mi calabozo, ya me habían quitado la capucha y desalambrado, vi en sus ojos, la señal inequívoca de horror y sorpresa.

MR: De la impresión que tenían al vernos.

FH: Inmediatamente comenzó a los gritos, pidiendo que vinieran los médicos, que trajeran una balanza e hizo labrar un informe para que quedara constancia de en qué estado nos recibía; luego nos preguntó qué necesitábamos y nos autorizó —primera vez— a leer.

MR: Después del pesaje, comenta un oficial: «Ché, estos están como para Maroñas, tienen todos peso *jockey*».

FH: Ese traslado tiene que haberse producido alrededor del 22 de diciembre. Nosotros no nos comunicábamos ni siquiera a través de la pared desde el año 1975. Hacía dos años. Fue en la Nochebuena de 1976 que, cuando a vos te cambiaron de calabozo porque se inundaba, te pusieron en el aledaño al mío y entonces, inmediatamente, me llamaste.

MR: Recuerdo tu primera preocupación: «Te van a llevar de vuelta para el otro», me dijiste. «No, te dije, parece que no, porque el otro no está en condiciones». Y así fue.

FH: Nos reencontramos después de un largo viaje que duró dos años y, paradójicamente, habíamos hecho juntos. De manera que aquella Nochebuena del año 1976, la pasamos muy bien

porque pudimos volver a hablar y teníamos para contarnos, dos años de nuestra vida.

MR: Ese relativo buen trato, en Minas, va a durar un mes y algo; hasta recuperarnos. Nuestro traslado fue provocado porque las autoridades de la División, al vernos por la mirilla en Laguna del Sauce se alarmaron porque temieron quedarse sin tres rehenes. Va a pagar el pago a aquel alférez. Quien nos va a tener en sus manos en 1983, y podrá tomarse la revancha larga y correspondiente.

Fue una mejora transitoria para que luego todo siguiera igual. Las órdenes de los mandos con respecto a nosotros no serían modificadas.

FH: Jamás lo fueron.

MR: A primera hora de la mañana nos sentábamos en la capucha, ersillábamos el mate, armábamos un tabaquito (dos cosas recién recibidas), y nos poníamos a «prosiar» como si estuviéramos bajo un ombú con vista al río.

FH: Hablábamos a gran velocidad a través de la pared, de manera que el diálogo era bastante fluido...

MR: Afinamos allí el sistema de claves, simplificándolo.

FH: El reencuentro se produce no sólo a través de la pared, sino que allí van a inventar un sistema de «recreo» nuevo. Para recuperarnos, para hacernos tomar sol, dan la orden de que nos saquen a los tres juntos, pero, ojo, absolutamente incomunicados, nos llevaban a los tres, en caravana, a la plaza de armas; nos sentaban de a uno distanciados entre 6 y 7 metros; no podíamos hablar ni hacernos señas, pero, por primera vez, desde 1973, nos vamos a ver. Recuerdo la impresión terrible que tuve la primera vez —estábamos en pleno verano—. Tenían el aspecto de los judíos de los campos de concentración que fueron liberados por las tropas aliadas. Tremendamente avejentados, yo guardaba en mi memoria la imagen de antes y me había olvidado que el tiempo pasa; canosos, esqueléticos, con cara de locos.

MR: A mí me quedó la sensación de que a vos el cráneo se te había reducido. Estabas chupado, de un amarillo grisáceo.

FH: Pensé además, qué podía sentir la familia cuando nos veía en ese estado.

MR: Los «recreos» eran de tres veces por semana. La orden era de 45 minutos, pero la fatiga burocrática hacía que muchas veces no nos sacaran.

FH: O nos sacaran diez minutos.

MR: Pepe, con hambre enfermiza de sol, se sentaba, arrollaba los pantalones hasta donde se lo permitía su estrechez, se remangaba la camisa todo lo que podía, abría las palmas y se quedaba, cara al sol, quietecito, durante todo el recreo. Cuando volvimos al calabozo y nos contamos cómo nos veíamos, vos dijiste que el Pepe parecía un aviso de «Nivea».

Dos o tres veces nos sacaron de a uno y nos hicieron caminar en el cuadrilátero de la plaza de armas, acompañados por un soldado que nos iba apurando e insultándonos durante el camino. Era para que estiráramos las piernas y braceáramos, cosa que no habíamos hecho desde hacía cuatro años. Cuando salíamos juntos, ponían, con los servidores correspondientes, una ametralladora apuntando hacia nosotros en la puerta de cada Compañía.

FH: Aparte de la custodia que nos sacaba al recreo, y que moriría masacrada con nosotros en caso de que a uno se le escapara una rafaguita.

MR: Junto a cada uno había un soldado con garrote.

FH: Y el recreo era al lado de la sala de guardia, con su personal armado, tomando mate y mirándonos ¡Tanto aparato para tres esqueletos!

«Estos tipos son peligrosísimos»

MR: La primera pregunta que me hacía Alejandra cada vez que llegaba era: «¿Miraste la estrellita?» Yo le había dicho que para comunicarnos teníamos que mirar a la misma hora la misma estrella. Se le había fijado tanto que, desde los seis años, practicaba ese rito: elegía una estrella, se prendía a ella, y me preguntaba si yo la había mirado. Le mentía. Durante trece años no vimos estrellas. Con ellas nos reencontramos en el 84 cuando una noche, desde los calabozos de rigor donde estábamos instalados en la cárcel de Libertad, nos llevan al celdario: un trayecto de 80 metros. Una noche estrellada a pleno nos hacía

tropezar a cada paso porque no podíamos desprender las pupilas del cielo.

FH: Durante aquellos meses de invierno de 1977 vamos a oír por primera vez, algo que no sabíamos qué era, el grito de la guardia llamando a alguno de los que trabajaban en el S2. «Fulano, tenés tres fe democrática». Estos certificados por lo general los hacía un cabo. Se despachaban como cebolla en feria. Y también empezamos a oír: «Tenés dos libertad vigiladas». En esos casos, la respuesta era: «Que esperen».

MR: Que aquellos cabos fueran quienes se encargaran de dar certificados de fe democrática, me pareció la cosa más insólita, kafkiana, inverosímil. Pero era.

FH: A medida que fue avanzando el otoño, el tratamiento fue desmejorando.

MR: Un día me dijiste. «Tengo alguien en la celda». Habías concebido un macaquito, que primero se llamó Fatiga y después Pamento, que dibujabas en posiciones y situaciones que hubieras querido estar viviendo en ese momento: bailando con una piba, fumando, tomando mate manso y carretilludo en el cordón de la vereda...

FH: El dibujo me sirvió para llenar la celda de personajes y hacerlos vivir. Todos han quedado por los cuarteles.

MR: Mis poemas y tus dibujos tuvieron un valor formidable. Porque los soldados se tentaban y te traían la foto tipo carné de la novia o de la madre para que le hicieras un retrato. Eso tenía valor de cambio... A mí me venían a pedir que les redactara cartas a las queridas; arreglé matrimonios, seduje mujeres... Me pedían poemas para sus niños, sus novias o sus madres. Aquello valía un trozo de pan, una fruta, un huevo duro y (cuando no disponíamos de material para escribir), papel y lápiz.

FH: Yo creo que el arte o, mejor dicho en mi caso, la artesanía, tiene sobre la gente un poder mágico. Me acuerdo de uno que era jugador de fútbol, de un cuadrito del interior, que me trajo su foto tirando un «óbol». Pero me pidió, confidencialmente, si yo podía hacer la maravilla de transformarlo en jugador de Peñarol; dibujarlo tal como estaba, pero en lugar de esa camiseta, ponerle la de peñarol. Quería ser «10»...

MR: El sueño del Pibe.

FH: «Volante creativo».

MR: Un día viene un cabo y me dice: «Mire, hay una muchacha que es del ambiente, ella trabaja en «el bajo», y tiene un hijo; yo quiero vivir con ella y creo que ella no; quisiera decirle que la quiero bien y que, además, quiero al hijo. No sé qué va a pasar porque yo estoy muchos días de guardia acá...» Le pregunté: «¿Y nunca se lo dijo?» «No, nunca me animé». Aquello me conmovió, comencé la carta con un verso de Yupanqui: «Nunca le dije nada, pero qué lindo». A los 15 días viene la respuesta. El cabo me la trae. La piba le confesaba que nunca le habían escrito cosas tan lindas y que no se animaba a contestarle porque tenía miedo de que le siguiera diciendo cosas así. Se arreglaron como pareja. Dios quiera que todavía sigan siendo y que les vaya bien.

FH: Hubo un soldado, negro, corpulento, muy joven, a quien sus compañeros le contaron que vos eras escritor...

MR: ¡Me acuerdo! Se paró frente a mi celda y por la ventanilla me estuvo mirando largo rato, justo cuando yo estaba escribiendo...

FH: Al final se animó y muy tímidamente: «Usted disculpe —te dijo— pero yo quiero hacerle una pregunta». «Cómo no, pregunte nomás» «¿Es verdad que usted es escritor de oficio?» «Así es». «Dígame, ¿cómo hace esa letra tan parejita?» «¿Cuál letra?» «La de los libros... ¡Habrás que tener paciencial!».

MR: Me lo decía en serio.

FH: Esas artesanías tenían consecuencias paradójicas. Por ejemplo, cuando algún soldado retiraba un dibujo y lo comentaba con el resto, se quedaban un rato en silencio, mirándolo, y luego el comentario en voz muy baja era: «Esos tipos son peligrosísimos». A partir de ese momento vigilaban mejor.

La mentalidad del Goyo

MR: En Minas, por muy poco tiempo pude escribir. Lo hice frenéticamente. Hacía mucho que no nos comunicábamos, veníamos de unos estados de tensión muy grandes, no podíamos realizar actividad alguna pero, simultáneamente, acumulábamos pensamientos, fantasías, vivencias, intensidades de

distinto tipo que de alguna manera, en mi imaginación, iba atando a estructuras dramáticas, noveladas, poéticas, sin poderlas plasmar en papel, aunque en las hojillas de fumar, había podido registrar algunos poemitas.

En un cuaderno que me habían dado empecé a escribir de un tirón una novela para niños, de punta a punta, con la esperanza de que la pudiera hacer llegar a mi familia. Esa novela quedó en alguna carpeta del S2 o en algún anaquel del comandante de la unidad y nunca más la pude recuperar. Tuve un formidable estado fermental y ansioso, que pude liberar como una catarsis en el papel a través de la punta del bolígrafo que se había convertido en un músculo más, en un nervio más integrado a mi físico. Una especie de prolongación de mi brazo y de mi pensamiento. Tenía sensibilidad propia, era capaz de escribir sola como la escoba del aprendiz de brujo, que terminó barriendo por cuenta propia.

FH: El 14 de abril de 1977 el comandante de la División va a nuestros calabozos al solo efecto de preguntarnos si nos acordábamos de la fecha.

MR: Me acuerdo nítidamente de un diálogo brevísimo que tuve con él ese día. Llegó con su fusta de caballería, su escasa estatura, sus botas lustrosas que ocupaban más parte de su cuerpo que ninguna otra y con una mirada felina y bestial que solía adquirir —le faltaban sólo las pupilas verticales—. Me hace dar vuelta, quitar la capucha y me dice: «¿Qué tal, tanto tiempo?» «Bien». «¿Usted se acuerda qué fecha es hoy?» Y yo, ante el espanto del comandante de la unidad que lo acompañaba, le contesto: «Ud., y yo, general, no nos podemos olvidar jamás de esta fecha. El 14 de abril de 1972, la Organización tomó medidas contra algunos integrantes del Escuadrón de la Muerte que habían torturado y asesinado, hecho desaparecer militantes populares. La réplica de la represión fue la de salir a matar: ese día muere Martirena, Julieta, Marquitos, Joaquín, Candán, Rovira (que tenía 16 años), Gropp, una compañera... ¡tantos! A vos te acribillan... Y el Goyo era responsable».

FH: Cuesta creer el mecanismo mental que operó en un jefe de División, un general del Ejército, con responsabilidades de gobierno, para que ese día se tomara el trabajo de ir desde su

despacho o desde su casa o tal vez desde un casino de oficiales hasta esos calabozos inmundos, con el único objeto de entrar a cada uno de ellos a preguntar si nos acordábamos de la fecha ¡Claro que nos acordábamos!

Paso ganso

MR: Llegó un momento en que nuestro sistema nervioso se recargó de tensiones. Aquello era una pila desbordada de voltaje. Y no teníamos un cable a tierra. Así, al menor incidente, que hasta entonces aún podíamos controlar, se producía el estallido. Para nosotros era vital controlar las reacciones, saber qué momento era propicio para encocorarse, patear, levantar la voz. Y aunque siempre íbamos a poder manejarnos bien en situaciones graves, a veces se nos disparaban las tensiones, como un resorte, cuando no debíamos hacerlo. Por ejemplo: las visitas; saltábamos ante cualquier insolencia del oficial, se suspendía, había sanciones, y lo peor era el estado en que dejábamos a nuestra familia, tensa, inquieta, triste. En esos casos teníamos que borrar el mundo que nos rodeaba, ese mundo de fusiles y perros, y concentrar el alma y la mirada sólo en los nuestros. Eso era lo correcto. Porque ellos nos «buscaban la reacción», la técnica militar y cuartelera de provocar, para desequilibrarnos, y así aplicar sanciones. También la practicaban con la tropa. Es una norma dentro del Ejército.

FH: Exactamente. El oficial, y a veces el clase, provoca al soldado. Lo que la «izquierda» denomina provocación, en el Ejército se conoce con otro nombre: «buscar la reacción».

MR: Una técnica.

FH: Se aplica con diversos objetivos: a veces, el único es sancionar. Eso es cuando algún oficial está persiguiendo a un soldado. Pero también busca, como mecanismo disciplinario, crear y generar, enseñar a ser impasible. En general, la impasibilidad absoluta y la serenidad total ante las más insólitas y arbitrarias situaciones. El hombre reacciona porque le putean a la madre, por ejemplo, y tras ello viene una sanción. Con eso se inculca a no alterarse frente a las provocaciones del enemigo. La calentura es mala consejera.

MR: Hay una característica en el rostro de los militares, muy nítida en los oficiales: lograr un rostro neutro, inexpresivo, una mirada firme, dura, que no dice absolutamente nada y que se mantiene como una piedra. Eso requiere muchos ensayos frente al espejo y así lo hacen.

FH: Esa agresividad nuestra, al principio, es aplicada con frialdad y racionalmente. Pero ella se va apoderando de mí y termino, con el paso de los años, desatándola en forma irracional. Dominado por ella. A veces ha agredido, soy consciente de ello, de palabra y de hecho a soldados que, en ese momento, no me habían hecho nada. Había sospechado que me iban a hacer algo y, antes de que me lo hicieran, contestaba con la agresividad. Los presos comunes le llaman a eso: «Perseguirse». Ellos tienen experiencia, ahora yo ya tengo más que ellos...

MR: Lo llamamos la «persecuta»...

FH: Cuando estuve en Punta Carretas, me aconsejaban: «Está bien ser duro con la guardia, pero no te persigas, porque si no, te volvés loco». La persecución linda con la paranoia; es el camino que conduce a ella.

He experimentado cosas como la siguiente: por lo general nunca se me ocurrió agarrar a patadas la puerta de una celda; lo hice a golpes. No me han dolido los puños, pero luego de terminar he estado un rato descansando y, con sorpresa, he visto que tenía las manos deshechas. Recién ahí me empezaban a doler como en aquella película de la Armada Brancaleone (yo no la vi pero me contaron que Vittorio Gassman mete las manos en el aceite hirviendo y al rato empieza a quejarse). «Eso te pasa por vejiga», pensaba. Cuando habían logrado provocar esa reacción, en lugar de la sanción...

MR: Disfrutaban...

FH: Y decían: «Dale, dale, que por más que le des, nadie te va a dar pelota». Esa impotencia, cuando comprendías que era al santo botón todo, te generaba también una sensación de absoluta esterilidad. Estabas como un insecto bajo el pie que lo aplastaba y, sin que pudieras hacer absolutamente nada para defenderte.

MR: Cuando sentía que estaban repartiendo el café o el rancho y se salteaban mi celda, o tenía la sensación de que la saltea-

ban, en Libertad, por ejemplo, como la puerta era metálica y no transmitía los golpes, tomaba como ariete la escoba y con el mango golpeaba en la ventanilla.

Las reacciones ya no estaban provocadas por acontecimientos, sino que eran producto de la situación interna que cada cual tenía. Ya señalamos que nuestra patología era producto de las condiciones y no de traumas internos. Ahora se daba el fenómeno inverso: no había factores externos que causaran lógicamente nuestra reacción; era nuestro estado interior lo que se extrovertía bajo cualquier pretexto para reaccionar violentamente.

FH: Combatí muchos años esa capacidad que tenían de hacerme perder la serenidad. Era un dominio y una manipulación de mi personalidad. Me solidaricé con los locos porque los que nos llamamos normales, criticamos y decimos: «Este tiene complejo de persecución». Nunca nos ponemos a pensar si hay o hubo un perseguidor. Yo comienzo a tener una «persecuta», pero me estaban persiguiendo desde hacía años.

MR: En el «recreo» de Rocha, un oficial se instaló al lado mío y, en presencia de la guardia, haciéndole guiñadas empezó a «hacerme engranar», conversando a veces conmigo, a veces con la guardia. Fue haciendo una escalada de provocaciones en este tono: «¿Usted sabe que nosotros en la Escuela Militar ensayamos el paso prusiano? Nosotros estamos de acuerdo con Hitler; la única cosa que le criticamos es que no hubiera matado a todos los judíos». Y siguió en ese tono. Habló del pelo, de la grasa con la que hacían jabón. Yo tenía que apretar los dientes: toda mi familia había muerto en el ghetto y en los campos de concentración. Pero entonces, de alguna manera me afloró el boliche del barrio que llevo dentro y: «¿El paso prusiano dice usted? Es el paso 'ganso' ¿no?» «Exactamente», confirmó el señor oficial.

Las claves del jabón y «peguen, peguen»

MR: En el invierno de Minas tuviste un severo incidente por culpa de tus trasnochadas en la «rula».

FH: Andaba en uno de esos raros trances lindantes con la locura y me había dado por sacar cuentas y hacer martingalas para

ganar en la ruleta. Tenía el calabozo lleno de números. Vivía de casino en casino sin dormir...

MR: ... pero el problema fue con un jabón.

FH: Como no tenía dónde escribir y las paredes me resultaban incómodas, llené un jabón con cifras que podía borrar y volver a poner, rascándolo...

MR: Hasta que un día cayó la requisa...

FH: Y yo ni me acordaba. Se lo llevaron.

MR: Largo rato después vinieron los del S2 a interrogarte...

FH: Vino un teniente y, detrás de él, me miraba de reojo, con rabia contenida, mientras sostenía con las dos manos la prueba del delito puesta en impecable servilleta, un perspicaz sargento del S2. «A mí no me vas a joder» —parecía decirme con los ojos.

MR: El teniente te exigía la clave. Y el origen y destino de aquel peligroso objeto codificado. Cuando le empezaste a describir las martingalas, empecé a mearme de risa a pesar del peligro que corrías. «¡Usted en la puta vida va a visitar una ruleta!» —te gritaba el teniente, perdiendo la paciencia. Los presos, la custodia, la guardia de prevención y varios curiosos que acudieron, oían, fascinados, la discusión.

FH: Al final, medio que los convencía. Digo medio, porque se fueron lentamente, inseguros, acuchillándome con la mirada.

MR: Pero al rato volvieron con papel y lápiz y te ordenaron... que les explicaras lo más claramente posible, las martingalas para ganar siempre en la ruleta.

FH: Así lo hice, temblando al pensar: estos tipos van a ir a la rula, se van a pelear por culpa mía y me van a cagar a palos.

MR: Aquel jabón debe haber ido subiendo de S2 en S2, por toda la escala jerárquica, y probablemente haya llegado en su largo peregrinar hasta las oficinas centrales de la CIA para ser descifrado.

Los arquitectos del dolor

MR: Se aproximaba la temible hora de otro traslado. Pepe mantenía su envidiable escupidera y nosotros, previniendo otros cuarteles, nos apoderamos de dos latas viejas de dulce de

membrillo. Las tenían para la basura en el cuarto de baño. Primero yo y después vos, como quien no quiere la cosa, las llevamos para el calabozo...

FH: ... preparándonos para el futuro amenazante porque en Minas no teníamos tanta necesidad. Y no por benevolencia militar sino por un fenómeno que vale la pena describir. Un capricho de la arquitectura, el hecho de que el baño estuviera frente a los calabozos, era un alivio...

MR: ... muchísimas verdugueadas dependen de que la puerta de un calabozo sea maciza y tenga mirilla; si es de reja y el preso puede mirar la cara del carcelero, el trato cambia como del día a la noche. Para eso, entre otras cosas, sirve la capucha...

FH: Donde este fenómeno pone los pelos de punta es en lugares como la «isla» del Penal de Libertad. Quien haya estado en sus calabozos podrá medir el refinamiento, la sofisticación, la ciencia, que el arquitecto que diseñó la «isla» puso al servicio del dolor: le encargaron la tarea de hacer sufrir todo lo posible a los seres humanos, y cumplió a cabalidad... Sin tocarlos con sus manos. Poniendo en la empresa lo que le enseñaron en la Universidad, las matemáticas, el cálculo, la economía de espacio, hasta el arte...

MR: Porque los calabozos de los cuarteles son chabacanos. Aun cuando están diseñados para el sufrimiento, se ve en ellos la mano militar. La brutalidad. La ignorancia.

Como dicen ellos mismos: las cosas pueden hacerse de tres modos: bien, mal y a lo militar. A lo militar significa hacerlas mal y robar la mitad.

FH: Pero en la "Isla" del Penal de Libertad y en los calabozos de castigo de Punta Carretas, se puede apreciar lo bien que están hechas las cosas para torturar simplemente alojando.

MR: Están pensadas, calculadas, medidas y creadas, la oscuridad, la sed, las corrientes de aire helado en invierno, el calor sofocante en el verano, la mugre insoslayable, la opresión de los muros, la soledad, el profundo silencio, los ruidos impactantes de las trancas metálicas, las dobles rejas, la caída de los pisos sutilmente nivelada para joderte... Flor de trabajo científico con un solo objeto: hacer daño.

MR: Hay «Mengeles» de la arquitectura y lo peor, es que tal vez ni se les ocurre pensar que lo son. Porque uno se los imagina en su cálido estudio enmoquetado, contentos porque ganaron el concurso o la licitación, resolviendo, con la conciencia muy tranquila, cómo romperle el alma a la gente mediante la arquitectura.

FH: Son violadores de los derechos humanos en abstracto. Al barrer. Genéricamente. Caiga quien caiga. Le toque a quien le toque.

MR: Pertenece, de alguna manera, a la especie «Gavazzo». Hay miles de cárceles en el mundo: todas tienen calabozos concebidos para destruir al individuo. Son su obra.

Pánico en los ojos

FH: A partir más o menos del 22 de diciembre de 1977 recrudesció el clima represivo de todo el cuartel contra nosotros.

MR: Siempre es posible un pozo aún más hondo...

FH: «Nunca se acaban los males. Van poco a poco creciendo».

MR: Las causas de todos estos extraños sucesos permanecían para nosotros en el más absoluto misterio.

FH: Más adelante, estando ya en el Penal de Libertad, tratamos de atar algunos cabos sueltos buscando explicaciones a todos estos golpes. En algunos casos encontramos ciertos indicios. Pero vamos a no adelantarnos en el relato...

MR: Nos empezaron a poner de plantón, en especial después de la medianoche, toda la noche.

FH: Nos hacían requisas diarias. Y a veces dos veces por día. En calabozos donde prácticamente no había nada.

Salíamos de aquel infierno para ir, generalmente a patadas, a la visita donde muchas veces llegamos rodando.

MR: Nosotros peleábamos. No aceptábamos el plantón. Nos sentábamos y los mandábamos a cagar. A veces frente a eso no sabían qué hacer ¿Qué sanción podrían aplicarnos? No tenían sanciones disponibles en su arsenal, las habían agotado todas. Eso los desorientaba.

FH: Un día me llevan encapuchado a la visita. Quiero decir: me llevan hasta el lugar mismo. No sospeché que mi familia pudiera estar ya ahí. De haberlo sabido me hubiera resistido. Me sacaron las esposas, y cuando me alzaron la capucha desembocué sorprendentemente ante los ojos aterrorizados de mi hija que entonces tenía 4 años. Había presenciado todo. Nunca vi tanto pánico en los ojos de una persona como el que vi ese día en los de ella. No lloró. Creí que Gabriela iba a enloquecer. Parecía estar a punto de estallar algo muy violento en sus ojos.

Mi hija ya me había visto otras veces encapuchado, pero nunca como esa vez, y nunca con los años suficientes como para comprenderlo todo. Los cuatro años de edad ya le alcanzaban para el terror. Lo peor de todo es que en aquel entonces me quedó la sospecha de que ellos no lo hicieron por gusto. Que no lo hicieron a propósito...

MR: Que era producto de una bestialidad natural en ellos...

FH: Eso mismo: que para ellos, eso que hicieron era la cosa más natural del mundo. Rutina.

MR: Como la tortura —y esta también lo era— pasó a ser un hecho normal, por rutina, y moralmente aceptada.

Hasta la muerte venía falluta

FH: Una mañana me desmayé en el cuarto de baño. A raíz de eso, cada noche con el colchón me entregaban una pastilla «¡Tómela!», era la orden. Como no me decían qué era y como vos me habías contado tus experiencias con...

MR: Los medicamentos. La mayor parte de las veces no sabía tampoco qué eran, y me habían provocado una especie de Parkinson. Me temblaban las manos, las piernas, y aun acostado no podía reprimir los temblores...

FH: ... Yo decidí no tomar nada, pero tal vez medio loco, decidí juntarlas en el colchón y tomármelas todas juntas. Y que se fueran al cuerno. Tenía más de diez pastillas acumuladas en el mugriento colchón el día que decidí tomármelas. Recién después de tomar la decisión, por la mañana, comencé a medir las consecuencias. Tuve mucho miedo. Estuve todo el día pensando en eso, cada vez más nervioso a medida que se acercaba la

hora señalada. Caminaba febrilmente de acá para allá. Buscaba argumentos para perdonarme, para no tomarlas. No los había.

Entonces, en medio de eso, sucedió algo que me hizo pensar que tenían una máquina para leer los pensamientos o que yo estaba hablando en voz alta sin darme cuenta. Jamás habían hecho requisita en los colchones: ese día la hicieron. Por error vinieron a buscarlos al calabozo. Ni se acordaban que los colchones eran retirados cada mañana. Se fueron en tropel a revisarlos cerca de nuestros calabozos. Oímos sus comentarios. Decidieron incluso cambiarlos. Al final no lo hicieron porque no encontraron otros. Era como para creer en brujerías.

Otro hecho extraño. Yo tenía una araña; la cuidaba. Vivía en un rincón de manera que no podía dejar de verla cada vez que caminaba de una esquina a otra. Ese día, inmediatamente después de haber tomado la decisión, la araña también empezó a ponerse nerviosa. A media mañana, acompañando mis inquietudes comenzó el lento proceso de cambio de su piel. Lo terminó más o menos, en el mismo momento en que decidí definitivamente comer las pastillas. En ese preciso instante terminó de sacar la última pata, el pedazo de piel que todavía le quedaba adherido. La cáscara de araña quedó colgando de una vieja tela. Mis idas y venidas, provocaban una leve brisa que la balanceaba.

Esa noche nos dieron la burla de una cena. Tenía celosamente guardado un poquito de agua para las pastillas. Cuando vino el colchón y nos acostamos, saqué los comprimidos y los fui masticando lentamente. Los tragué con un poco de agua y empecé a esperar...

MR: Las consecuencias.

FH: ¿Podrás creer que comencé a sentirme mejor que nunca. Tenía los ojos abiertos de par en par. Mis manos comenzaban a hincharse, empezaron a picarme todos los orificios del cuerpo, pero en general la sensación que tenía era...

MR: De bienestar.

FH: De mucho bienestar. Al final me dormí plácidamente. Al otro día, descubriéndome vivo, sano, podría casi decir rozagante,

no pude dejar de pensar que en el Uruguay de ese entonces hasta los venenos venían adulterados.

Agua por receta

MR: ¡Feliz Navidad! Llegábamos al fin del año 1977 tomando más pichí, comiendo más pasta de dientes y más insectos que nunca.

FH: Los vómitos y las diarreas se acumulaban en el piso...

MR: «Las diarreas se cortan con 48 horas de ayuno», sentenció doctoralmente el médico de Santa Clara, siempre «gran humorista», y agregó al hambre que sentíamos, y que él muy bien conocía, su propio chiste de castigo.

FH: Para «que nos dejáramos de joder».

MR: Todas nuestras enfermedades, hasta allí algunas más o menos latentes, revientan en pocos meses...

FH: Un fenómeno curioso, como una explosión...

MR: Como si una gota de mayor mal trato hubiera rebasado todos los vasos. Una leve gota.

FH: Bastó una pequeña sobredosis para producir algo similar al fenómeno químico de la saturación...

MR: Se cristalizaron nuestras dolencias. Hasta hoy. Las que tenemos actualmente comenzaron, por lo menos explícitamente, en esos días...

FH: Mujica enfermó severamente. El médico nos veía, cuando íbamos al baño, lanzarnos sobre la canilla en busca de agua para nuestra sed desesperante.

MR: Cuando Pepe se enfermó le recetó ¡agua! Ese fue el extraño medicamento. Y realmente en esas condiciones, lo era.

FH: Clavaron la receta, con el nombre y apellido del doctor, como todas las recetas, en la sólida puerta del calabozo de Pepe, como el INRI, de la cruz...

MR: Los milicios y los oficiales leyéndola en voz alta se cagaban de la risa. «Un litro por día», firmado: fulano de tal.

FH: ¡El gran chiste del doctor! Para regocijo de todo el cuartel, que sonriendo comentaba: «Ese fulanito (el médico) es genial».

MR: «Siempre el mismo...»

FH: Entonces le traían el agua a Pepe, a veces en el balde de la fajina.

MR: «Tenés que tomar el remedio que te recetó el doctor —le decían—, te lo tenés que tomar todo juntito».

FH: «Andá a la puta que te parió», les gritaba Pepe, y uno lo adivinaba deseando zambullirse en el balde de cualquier modo.

MR: A veces le traían la jarra con agua y delante de él se la pateaban.

FH: En el ejército de 1977, los médicos militares daban agua por receta.

MR: Y no cabe duda que remedio, lo que se dice remedio, era.

Los niños verdugos

MR: Otro de los refinamientos a que llegaron, tal vez el peor, fue el haber destinado niños para que nos «verduguearan»...

FH: Totalmente de acuerdo: fue el peor horror.

MR: Por los niños...

FH: Y por nosotros.

MR: Fue de las cosas que más dolieron...

FH: De todas las verdugueadas, esa.

MR: Psicológicamente, a esa altura eran muy pocas las que alcanzaban a sacudirnos...

FH: Piñazos y patadas ya no podían agregar mucho.

MR: Un día se acercaron niños a las puertas de nuestros calabozos. A nuestras mirillas, a insultarnos, a hacer comentarios...

FH: A contribuir con su granito de arena en la tarea.

MR: ¿Cómo entender la mentalidad de padres —eran hijos de oficiales y jefes— que como elemento formativo les daban a sus hijos esa tarea?

FH: Tarea que realizada, daba motivo de orgullo paternal... Se estaba entrenando a los hijos, desde niños, para la tortura.

MR: Y no se daban cuenta de que las víctimas eran sus propios hijos...

FH: Que estaban cometiendo una atrocidad contra ellos y contra nosotros.

MR: Dolía por ellos, por nuestro país, por nuestra civilización, por toda la gente.

FH: Se había llegado a esos extremos de bajeza inconcebibles. Era una agresión a los niños sólo el hecho de permitir que nos vieran. Que vieran el estado en que estábamos. Fíjate que yo le rogaba a mi familia que no trajeran a Gabrielita sólo porque no viera.

MR: Ellos no solo se lo permitían a sus hijos, sino que los alentaban. Que oyéramos la voz de un soldado mofarse o insultar, entraba en las leyes del juego, pero oír las voces de los niños amenazar, reírse, regocijarse como en un juego, era macabro.

El maravilloso traslado del 1° de Agosto

FH: A pesar de que éramos «neófitos» y por tanto peligrosísimos, ninguna guardia cumplió la orden que un día les dio cierto capitán: «Bala en la recámara cada vez que los lleven al baño».

MR: «Este tipo está loco», comentaban.

FH: Otro mundial de fútbol comenzó a caer sobre nuestras espaldas.

MR: Las palabras Luque, Kempes, fueron las que más llegaron a nuestros oídos, y por los comentarios, supimos un día que Argentina había ganado...

FH: Eso fue todo.

MR: Poco después comenzamos a prepararnos para un nuevo traslado, hasta que finalmente llegó la esperada orden rutinaria.

FH: Fue el primero de agosto de 1978. Contra la costumbre salimos de Melo a mediodía.

MR: Una larga caravana de vehículos sin destino conocido...

FH: Nos metieron en la caja de una camioneta con toldo, junto con nuestros equipajes, que no eran gran cosa; en la misma caja

iban dos soldados, un alférez y un perro que, por suerte, se mantuvo pacífico. Era la Kati. Íbamos como sardina en lata unos contra otros. Adelante y atrás, otras camionetas fuertemente armadas.

MR: Iban también nuestras dos latas, que habíamos reconquistado en Melo, y entre las manos de Pepe, la escupidera.

FH: El alférez y los soldados vinieron durante los primeros tramos del viaje, burlándose de nuestras apretadas capuchas. Haciendo comentarios amenazantes en torno al destino de nuestro viaje, diciendo guarangadas. Lo de siempre...

MR: Adivinamos, por los ruidos, que la caravana entraba en las calles de una ciudad. Por el tiempo transcurrido: treinta y tres. Seguimos de largo. Oímos pasar, es inconfundible, las barandas del puente sobre el Olimar. Seguíamos de largo.

FH: Antes de llegar a José Pedro Varela, la caravana se detuvo en un lugar solitario del camino. Bajaron todos a mear y a estirar las piernas, en especial los que venían arrollados con nosotros.

MR: Se iban a poner nuevamente en marcha cuando oímos la insólita orden: «Sáqueles las capuchas».

FH: Se oía el piar de los pájaros y el viento silbando en los alambrados, cuando de pronto se levantaron aquellos telones y Uruguay, el mundo, su campo y su cielo, todos enteros, luego de años aparecieron a nuestra vista...

MR: Y los rostros de aquellas voces que durante tantos años habíamos oído cada vez que fuimos a Melo. Las voces ahora tenían también caras y no encajaban. Eran incongruentes. Las caras que nos habíamos imaginado no coincidían con las voces que habíamos conocido.

FH: Conocimos incluso la cara de la Kati, aquella perra que tantos años nos había ladrado...

MR: Conocimos nuestras propias caras envejecidas y... la escupidera del Pepe, ¡Un verdadero monumento!

FH: Pepe nos sonreía desde su boca ya sin dientes y señalaba con sus ojos el recipiente como diciendo: «¿Qué te parece?»

MR: Teníamos prohibido hablar, pero además los ojos se nos iban en pos del mundo.

FH: La tensión psicológica producida por aquella situación, dentro de una estrecha caja de camioneta, ellos y nosotros por primera vez a cara descubierta, fue tremenda.

MR: Ellos enmudecieron. Miraban el piso. No lo habían previsto. Les resultaba más insólito que a nosotros.

FH: Y muchísimo más incómodo. No sabían qué hacer ni qué decir. Dónde poner las manos, los pies, la cara y, sobre todo, los ojos.

MR: En José Pedro Varela paramos a repostar combustible. Cerraron herméticamente la caja para que los civiles no vieran.

FH: Allí, en aquella cruz de los caminos se jugaba nuestro destino inmediato: hacia Rocha o hacia Minas ¡Qué diferente es ir por los caminos con los ojos abiertos!

MR: Las especulaciones terminaban muertas por los hechos objetivos. Seguimos de largo rumbo a Minas. Volvió a abrirse el toldo de atrás.

FH: El alférez, nervioso, sacó su paquete de cigarros, vaciló, convidó a los soldados. Nuestros ojos, descatados se fueron detrás de aquellos rubios con filtro y algo en sus manos pudo también más que él: tendió la caja hacia las nuestras esposadas. Fumamos todos, en silencio.

MR: Nuestras cenizas caían sobre la escupidera de Pepe...

FH: Pasamos por sobre el Cebollatí; tus manos y las mías, encadenadas juntas, hablaban a todo vapor con leves presiones en código. Íbamos comentando el viaje sin dejar de ver. Mirando con fruición...

MR: Un país venido a menos. Nos golpeó los ojos el estado de José Pedro Varela, de Pirarajá, de Mariscalá. La crisis con su gran papel de lija había roído aquellos paisajes...

FH: Parecían pueblos abandonados. Hacía frío, mucho frío y comenzó a llover...

MR: Nuestras manos comentaban: «Si andaremos de mala racha que justo el día que podemos ver, se nubla y llueve. Capaz que vamos, al fin, hacia Montevideo. Por lo menos al sur vamos...»

FH: Estaban reparando la Ruta 8; en grandes tramos había desvíos.

MR: Poco antes de llegar a Minas, ordenaron poner las capuchas: íbamos a Minas nuevamente.

FH: Otra vez al llegar, el ruido de las latas golpeadas y arrastradas junto con nosotros...

MR: Aboyados, sudando a pesar del frío, jadeantes, caímos dentro de aquellos, ya nuestros, calabozos.

1. Avances edilicios

FH: En Minas no alcanzamos a estar tres meses, porque a fines de octubre de 1978, en un traslado fuera de lo normal... fuimos llevados por primera vez al 10° de Infantería en Treinta y Tres...

MR: Los únicos calabozos de la División 4 que nos faltaba conocer.

FH: Cuando llegamos, cuartel nuevo, gente nueva, odio nuevo, ganas viejas de tenernos un ratito entre sus manos, ellos también... «¡Ahora nos toca mojar a nosotros!», decían. Nos llevamos una gran sorpresa...

MR: Habían construido, especialmente para nosotros, una pequeña «cárcel» a la que, pomposamente, llamaban «celdario».

FH: Se componía de tres calabozos recién terminados, un pequeño cuarto de baño, un corredor cerrado por una fuerte reja de hierro que daba paso a una salita para «el escopetero» y la guardia.

MR: Como luego supimos, aquello antiguamente había sido Sala de Instrucción Primaria del cuartel, luego devino en «cantina» para concluir, con diversos cerramientos planificados por un arquitecto militar, en «celdario» para tres personas. Estaban orgullosos de aquel progreso edilicio recién terminado. Lo mostraban a todas las visitas e incluso le sacaron fotos para componer con ellas un informe dirigido a muy altas cumbres...

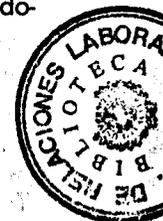
FH: El Ejército se modernizaba...

MR: Lo peor para nosotros era la decisión que estaba implícita en aquella obra: Uruguay desarrollaba una infraestructura para tres tipos.

FH: Más aún, formábamos parte de la infraestructura «nacional», nos infraestructuraban. Éramos como la Ruta 8 o el puente sobre el arroyo Solís...

MR: Como cierta vez dijo un soldado viejo: «Éstos fueron dados al Ejército».

FH: Estábamos inventariados.



Las barridas de Sendic

FH: Como los calabozos estaban recién terminados, rezumaban humedad...

MR: Y además, el arquitecto que se mandó la obra diagramó calabozos herméticamente cerrados. Sin ventanas. La única de toda aquella «cárcel» daba al corredor, de modo que a los calabozos propiamente, no llegaba luz ni aire...

FH: El sistema era, además, apagar la luz del calabozo de día y prenderla de noche...

MR: Vamos a pagar muy caro la falta de aire. Con el tiempo nos daríamos cuenta.

FH: Todo se anotaba en aquella libreta de Novedades pero de tal modo, que la libreta era una novela. Obra de la imaginación.

MR: Anotaban en ella recreos de 45 minutos por cabeza todos los días...

FH: Pero el recreo real consistía en llevarnos de vez en cuando atados y encapuchados hasta un extremo de la plaza de armas y sentarnos en una silla contra la pared durante diez minutos. Sin desatarnos, pero eso sí, levantándonos la capucha para que pudiéramos ver el revoque.

MR: El resto se componía de sanciones. Venía la orden diaria del alférez y nos sancionaban por escalafón. O sea: hoy al uno, mañana al dos, pasado al tres. Porque también teníamos número, igual que en el Penal.

FH: Lo peor era que en lugar de anotar administrativamente la sanción, cumplían el rito de, por ejemplo, sacarnos a la fajina, también por escalafón, hacernos pasar una escoba y luego meternos en la celda, abrir la puerta de hierro, entrar el cabo, revisar el piso y ordenar con cierta solemnidad: «Comuníqueme

al dos que está sancionado por dejar basura en el corredor...»
O por cualquier cosa.

MR: Años después, allí mismo, Sendic encontró la respuesta adecuada: cuando lo sacaban a hacer fajina, dejaba medio corredor sin barrer. Entregaba la escoba y decía: «Ya está» —«Y la otra mitad?», le preguntaba el cabo, desorientado.— «Esa la dejo para la sanción», decía, Raúl.

Te has posado en la reja, hijita

MR: Por aquellos días yo había tratado de enviarle una carta a mi familia. En ella iba un poema para mi hija. El mismo día de la visita vino al calabozo el teniente del S2, Sarli, con el poemita en la mano: «¡Qué te pensás vos!», me gritaba «¿Qué información le querés pasar a tu familia?», interrogaba. «Que estoy preso, teniente».

El poema decía así:

«Te has posado en la reja, hijita.
¿Qué haces allí? Vete.
Afuera corren los risueños aires de abril.
¿Por qué rondas y rondas como una mariposa
en este pozo?
En el follaje vibra una tarde de otoño.
¿La oyes? Vete.
Vete, que donde tú vayas yo vivo en tí.
Anda, fantasmita:
Elige un lugar al sol,
tómame de la mano
y vete».

Por un instante, el teniente quedó pensativo con el papel en la mano: «Su familia nos debe tener bronca», comentó para sí. «No veo por qué», dije. Y rompió la hoja en cuatro. Sus restos, seguramente, yacen encarpados en los archivos secretos de la OCOA.

Un tal Daniel Ortega

FH: A fines de mayo de 1979 seremos trasladados a Rocha. Los mismos calabozos que cinco años antes conocimos. El mismo sistema, la misma raya en el piso: «Prohibido Pasar». Lo único que cambia es el lugar del «recreo». Ahora será un patio entre dos compañías. Allí había una parra y un perro...

MR: Que tenía asistente asignado para que lo abasteciera de carne y leche. Correspondía, dado su grado militar: perro del comandante.

FH: Delante nuestro, entre las protestas del animal, cansado de comer guiso, el milico robaba carne y leche de perro-jefe. En su lugar dejaba sobras y la frase de siempre: «mala suerte», que no quedaba claro si estaba dirigida al perro, a nosotros o a él mismo.

MR: Robaba delante nuestro sin hacerse el más mínimo problema: éramos objetos.

FH: Con la misma idea —hablar con objetos—, los oficiales jóvenes venían a «contarnos» las hazañas que otros oficiales uruguayos —sus maestros— estaban haciendo en Argentina.

MR: Con total impunidad y orgullo, nos hablaban de ello. Recién regresados de la Escuela Militar, sus profesores les habían contado los «operativos» en Argentina. No eran cosas ocultas ni muy reservadas.

FH: También lucían, como grandes méritos, los cadáveres aparecidos en algunas playas uruguayas...

MR: Una mentalidad, una ideología, iban haciendo escuela.

FH: En Rocha, donde había una brizna más de aire que en Treinta y Tres, se nos instaló, paradójicamente, una tos definitiva, crónica, que hasta hoy nos acompaña, y que, nos quedó claro, fue adquirida en Treinta y Tres.

MR: Allí, en Rocha, se produjo el «incidente Nicaragua».

FH: Un día me llevaron al «recreo», se me acercaron tres oficiales jóvenes y comenzaron a interrogarme, en un tono agresivo, sobre un tal Daniel Ortega. A quien yo, «tenía» que conocer... Pensé que se trataba de alguien vinculado al MLN... Quiero decir: a las estructuras orgánicas del MLN.

Les contesté la verdad: no conocía a ningún Daniel Ortega.-
«Dale, no te hagas el vivo ¡Mirá si no lo vas a conocer!»

MR: Ellos nos atribuían todos los acontecimientos revolucionarios y afines, incluido Gardel, notorio subversivo que en un tango dice: «Es mucho el trabajo y escaso el jornal». Y en otro: «Declaran la huelga, hay hambre en las casas».

FH: Además no creían en la incomunicación que ellos mismos nos habían construido pacientemente. Por ello, sin darse cuenta me empiezan a dar información sobre Nicaragua en el marco del interrogatorio. Partían del supuesto indudable, de mi conocimiento de acontecimientos tan espectaculares como los que estaban saliendo por la prensa en esos días. No les cabía en la cabeza que yo no pudiera saber... Del interrogatorio, pasaron a la acusación: imputaban la revolución sandinista.

MR: «Casi nada lo del ojo, y lo tenía en la mano...» Éramos los responsables. No podía ser de otra manera.

FH: Hay que explicar el por qué de ese mecanismo mental. El tipo de cursos que recibían los militares eran de una grosería tal, que por ejemplo dejaban establecido como verdad monolítica que en el Talmud ya estaba prevista y preestablecida la fundación del Partido Comunista; que la II Guerra Mundial fue una gran derrota de la humanidad desde que «significó un triunfo, a escala mundial, del comunismo internacional».

MR: Algunas páginas de la revista *El Soldado*, que pudimos cosechar por los retretes, afirmaban que Willy Brandt y el Papa eran agentes bolcheviques.

FH: Carter y el rey Juan Carlos también... Yo les aseguré, de mil maneras, y todas en vano, que no tenía nada que ver con la caída de Somoza. Que a Daniel Ortega no lo había visto en mi vida...

MR: La idea que ellos se hacen del «comunismo internacional» es la de una fuerza misteriosa, mística, diabólica, al punto que no puede haber acontecimiento en el mundo que no haya sido programado por ella, por lo menos desde la época de Marx. Por lo tanto, dado que formábamos parte de esa fuerza y conocíamos sus planes, no podíamos ignorar lo de Nicaragua.

FH: Esa idea que ellos tienen, ni siquiera se acerca a la que cualquier anticomunista, que haya leído un poco, esgrime. No. La de ellos es una superstición. Un fanatismo cuasi religioso.

MR: Según ellos, la dirección de todo es masónico-judeo-comunista. Tan sutil y demoníaca que Nicaragua, desde muchos años antes, estaba en un casillero del plan planetario producido por el S3 de la comandancia todopoderosa.

FH: Hacían alarde además de esa nueva «cultura», tan firme, tan clara tan cómoda, que habían adquirido. Todo, tenía una clara explicación. No había lugar a dudas.

MR: A uno de ellos, un día le dije que la banda del cuartel solía tocar *Adelita* y que eso, dado lo sucedido en Nicaragua, era harto sospechoso. Se le enredaron los cables...

FH: Es propio de todos los fascismos y también de todos los fanatismos de cualquier índole, cuando se realizan atrocidades y cosas que no se pueden justificar, tratar de hacerlo apelando a la irracionalidad, la superstición.

MR: Hitler, los nazis, para explicar millones de asesinatos inventaron una «teoría» con un basamento «filosófico». Todo ser humano, inclusive ellos, tiene la necesidad de revertir la maldad que encierra su conducta convirtiéndola en una cruzada formidable por el bien de la humanidad. Recordá con qué orgullo citaban una y otra vez aquella frase: «A último momento, la humanidad, siempre fue salvada por un pelotón de fusilamiento». Ellos se sentían integrando el pelotón salvador.

FH: También citaban aquella: «Antes del libro del maestro es necesario el garrote del milico».

MR: Recuerdo el caso de Paula. Brutalmente torturada. Varias veces. Un día entró a su calabozo alguien cuyo nombre anda en boga ahora vinculado a los asesinatos de Zelmara y el Toba y de otros operativos por el estilo; se quitó la gorra, dijo: «Ustedes nos deben odiar» y se puso a llorar como una criatura. Ese hombre que fue capaz de las vilezas más grandes...

FH: Después de todo a ellos les tocó hacer la tarea sucia. Los promotores eran hombres muy civiles, que iban a misa como Bordaberry. Ellos eran los ideólogos.

MR: Ya alguien en 1972, y no precisamente los militares, votó la Ley de Seguridad Nacional que pasó a los civiles a la jurisdicción de la justicia militar, alguien votaba en el Parlamento la suspensión de las garantías individuales y prorrogaba dicha suspensión cada tres meses para que se pudiera torturar en paz... ¿También para ellos rige la Ley de *Obediencia Debida*?

La piedra de Pulgarcito y El caracolito

FH: En suma: gracias a ese incidente nos enteramos de la revolución sandinista y nos llenamos de alegría. Recuerdo que a través de la pared comentamos: «Llevamos seis años así pero con esta alegría que nos dan los nicas...».

MR: ... tiramos seis años más.

FH: Habían encontrado su camino, para todos.

MR: A veces, en los calabozos entraban cosas maravillosas. Un día, no sé cómo, apareció una piedrita marina. Pequeña, blanca, opalina. Se la entregué a mi hija en la visita, y le conté que tenía un formidable valor histórico. Ella recordaría que Pulgarcito había dejado primero, para no perderse en el bosque, huellas con migas de pan, pero los pájaros se las comieron, y él no pudo reencontrar el camino; entonces utilizó piedritas. Pues bien, una de aquellas piedritas —la cuarta que había tirado— era precisamente esa que yo le había entregado. Tenía una virtud: permitía reencontrar los caminos.

Ella se la llevó y la tuvo largo tiempo bajo la almohada. Elaboró tanto el misterio de ese cantito rodado, que afirmaba que esa piedra le iba a permitir reencontrarnos. Que no se la había dado yo, sino que la había recogido ella en el Parque Rodó, lugar donde en su imaginación se había perdido Pulgarcito.

Otra vez, por la puerta entró bailando un «panadero». Viví conmigo largo tiempo. Yo no sabía cómo liberarlo para que cumpliera su vocación de semilla. No tenía por dónde salir. Le hice un poema:

«Ha entrado un panadero en mi celda.

¿Tú lo has soplado?

Flota, se mece

y posa manso

en la palma de mi mano.

Sonrí, lo acaricio, leve.

Sí: tú lo has enviado».

FH: Los hombres rodaban también como piedritas y «panaderos». Por aquel tiempo las unidades militares cercanas a Punta del Este comenzaron a quedarse sin reclutas y a vaciarse de jóvenes. La muchachada del este uruguayo migraba hacia el gran balneario donde, según los soldados comentaban, había estallado un «boom». El «boom de la construcción», que a la postre resultó efímero.

MR: Vamos a ser trasladados a Melo en 1979, no recuerdo la fecha exacta.

FH: Fue el 10 o el 12 de diciembre.

MR: Para mí es un misterio, Ñato, cómo conservás las fechas de los traslados...

FH: Será por una proclividad natural a los números, o porque, sencillamente, aquellos traslados fueron los acontecimientos principales de mi vida. Otras personas recuerdan el día que se casaron, cuándo les nació el primer hijo, cuándo les salió bien un negocio, cuándo consiguieron un trabajo.. Lo que yo puedo recordar de mi vida durante ese largo período es cuándo fue que me cambiaron de sitio.

MR: Yo prefiero borrar los meses, los años, las fechas y me quedan grabadas nada más que las vivencias, los acontecimientos, las cosas que me golpearon.

FH: El paso del tiempo... Cuando llego a Melo saco cuentas como éstas: llevo tanto tiempo de rehén como los años que estuve en la escuela...

MR: Otras nuevas fiestas de Navidad y Fin de Año en calabozos vacíos, sin nada. Sin nada no: había podido recoger en Rocha un caracolito blanco, pequeño, pulido de mar...

FH: Que había rodado por muchas playas y seguirá rodando con nosotros, hilvanando una intensa historia, desapareciendo y reapareciendo en circunstancias insólitas.

MR: Ya volveremos a él. Hoy estamos en 1980, en Melo, con hambre.

La foto de Allende

MR: Un día de mayo en 1980 nos ordenaron afeitada, baño y fajina bien prolija que, de todos modos, no llegó al grado de «Perfumol». Alguien vendría pero nadie demasiado importante. Sin embargo, rato después, trajeron una mesa para cada calabozo...

FH: ¡Un acontecimiento!

MR: En todos esos años jamás habíamos tenido una mesa...

FH: Jamás comimos en una mesa. La orden era dejarnos el plato en el piso.

MR: Eran mesas de cármica, enormes, flamantes, que ocupaban la mitad del calabozo y que tenían debajo una rejilla como para poner revistas... Y nos entregaron revistas y libros...

FH: Que no eran nuestros.

MR: Nos ordenaron que debían estar sobre la mesa y no debajo...

FH: A la vista.

MR: Bien a la vista. Nos trajeron sillas...

FH: Buenas sillas.

MR: El termo y el mate, que también debían estar sobre la mesa...

FH: Que se fue poblando de objetos.

MR: Me senté en la silla, me acodé en la mesa: con los dos codos, luego con uno, después con el otro. Usé bien todas las posturas olvidadas como regresando de un largo viaje a tierra conocida. No me daba el tiempo ni la sorpresa, como para ponerme a pensar. Primero, disfrutar lo que se tenía. Abrí los libros. Los cerré. Abrí las revistas: una enorme ventana hacia el mundo.

Aquella noche me dormí tarde, por los nervios, junto a mi mesa y a mi silla, que dos por tres, abriendo un ojo desde mi colchoneta en el piso, controlaba que siguieran allí. Presencia monumental, muda e indescifrable.

FH: En mi reconocimiento de aquellos viejos-nuevos objetos llegué incluso a olfatearlos para recuperar el olor de las mesas y sillas. Y en mi recorrido por el mundo a través de tres revistas, dos de ellas deportivas, tropecé con la «última foto de Salvador Allende» — así estaba titulada —, «una de las más importantes de esta década» — más o menos ese era el subtítulo. Luego venía la explicación: era una foto tomada poco antes de su muerte... En Rocha..., Viana, en 1974 nos habían podido pasar el titular de la noticia pero no sabíamos ningún detalle. Recién en 1980, por esa foto comenzamos a ver datos siniestros del golpe militar en Chile. Allende, con un casco y un revólver, estaba allí, sobre la mesa, más allá de unas lágrimas.

MR: Más acá de la muerte, para siempre.

2. Avances edilicios: La Morgue

FH: Llegamos por la noche a un lugar desconocido...

MR: Lo cual era extraño ya que a esa altura conocíamos todos los calabozos de la División.

FH: Demoramos unos días en tener la certeza de que nos encontrábamos nuevamente en el Batallón de Ingenieros N° 4 de Laguna del Sauce.

MR: Ello se debió a que no sólo no fuimos metidos en los viejos calabozos sino a que nos encontrábamos en un extraño complejo edilicio. Una nueva «mejora» del sistema carcelario a nivel de la División...

FH: Los tres rehenes de la División habían sido institucionalizados al extremo de que, ahora también en Laguna del Sauce, habían construido un Penal de Libertad en miniatura. Un Penal de Libertad con tres calabozos.

MR: Una cárcel con nombre y apellido. Con destinatario fijo...

FH: Una cárcel y un sistema de reclusión categorizado.

MR: Se trataba de tres jaulas, una letrina y un corredor. Todo ello comprimido en un pequeño edificio, en medio del campo al fondo del cuartel. Una doble alambrada, igual a la del Penal de Libertad, daba vuelta en su torno, formando un corral. Del lado de afuera, a unos metros, la garita que servía para alojamiento de la guardia.

FH: Tanto la puerta del corredor que daba acceso al «celdario» (así lo llamaban pomposamente) como las que lo daban a cada uno de los tres calabozos, eran de reja y tejido de alambre. También un alto ventanal que corría a lo largo de todo el corredor. No había vidrios; por lo tanto, se vivía a la intemperie, sin verla.

MR: Todo aquello abierto de par en par al frío, al viento y la lluvia, culminaba en un sarcasmo: cada calabozo tenía en la pared del fondo un escueto ventanuco... cerrado a cal y canto. Teníamos terminantemente prohibido «abrir la ventana».

FH: Justo es reconocer que para hacernos sufrir a nosotros, quien ideó el sistema obligaba a sufrir también a los que entraban de guardia.

MR: Pronto los soldados bautizaron el lugar como: «La Morgue». Y es que éramos, de alguna manera, tres cadáveres en una congeladora.

FH: Claro, el sistema de guardia era el siguiente: un soldado (que se relevaba cada hora, día y noche) cubría, armado de un garrote, la custodia en el corredor, vigilando todos nuestros movimientos a través de la puerta de reja. Otro, armado a guerra y también relevado hora a hora, trillaba el cuadrilátero del otro lado del alambrado. Pronto aquel trillar de pasos interminables construyó un sendero que se fue ahondando, y que durante el invierno era un barrizal.

MR: El resto montaba guardia desde la garita en la que no cabían todos.

FH: Los soldados vivían deseando que nos fuéramos. También nosotros...

MR: Todos optaron por entrar en esa guardia con un equipo de gimnasia por debajo del uniforme y una o dos capas por encima.

FH: Nosotros, dentro de los calabozos, en el invierno parecíamos astronautas en el módulo: pusimos sobre nuestros cuerpos todo lo que podía servir de abrigo. Nos acostábamos con aquella extravagante «armadura» puesta.

MR: Los tres calabozos tosían y tosían.

FH: Como colchones recibimos tres bolsas abiertas, a las que cada dos por tres revisaban su contenido, tan magras en cuanto a vellón que cuando recibíamos la autorización para extenderlas, debíamos pasar un buen rato desparramando los grupos apelmazados por la cama de hormigón lo más estratégicamente posible y casi de a uno.

MR: Redondeando el sistema, la guardia tenía orden de verificar en cada relevo durante la noche, o sea, hora tras hora, que estábamos vivos...

FH: Esa era la orden que los soldados cumplían a rajatabla bajo pena de sanción. Golpeaban con sus palos las rejas, y una o dos veces por hora todas las santas noches, despertándonos, muy divertidos preguntaban: «¿Estás vivo?»

MR: El capitán de servicio recorría durante la madrugada, y lo sentíamos venir porque en el silencio de las noches heladas oíamos su pregunta al cabo de guardia, mientras llegaban con las llaves hacia la puerta del celdario: «¿Están vivos?» —«Si señor, mi capitán», respondía el guardia.

FH: Por supuesto, verificaba la información golpeando estrepitosamente las rejas: «¿Estás vivo, hijo de puta?»

MR: Más de una vez, Ñato, dudamos la respuesta.

Amor a los animales

MR: El comandante de Ingenieros 4 era muy amigo de los animales. Había llenado el cuartel con diversos ejemplares, criados guachos y mantenidos dentro del predio alambrado de la unidad en relativa libertad, chivos, ovejas, petisas, chajaes, pavas, ñanduces...

FH: Hacían las delicias de los soldados. Que también amaban a los animales.

MR: Durante aquella primavera de 1980 estalló una violenta epidemia de piojos en el batallón de Ingenieros de Combate N° 4. Hubo que fumigar todas las dependencias e incluso evacuarlos por un día de los calabozos a los efectos de poder hacerlo allí también.

FH: El comando nunca supo el verdadero origen de la epidemia. Nosotros y los soldados, sí.

MR: La culpa la tuvo el casal de chivitos. Muy jóvenes, los metían al atardecer en el corral formado por el alambrado del «celdario» y muchas veces —por el frío, según decían—, en el corredor de los calabozos.

FH: Mientras los chivitos crecían, los soldados comentaban su belleza. Esperando pacientemente que llegaran a una edad...

MR: Había una canción de moda que solían cantarle a la chivita «Muchachita, muchachita...»

FH: Cuando crecieron, la guardia se turnaba durante la noche para «hacer el amor» con la chivita... y el chivito.

MR: Así fue que el batallón contrajo piojos...

FH: Pero de quien estaban más enamorados los soldados por ese entonces, era de la petisita que tenía el hijo del comandante.

MR: Una yegüita preciosa, decían....

FH: Su corral era, por la noche, el lugar más visitado por los reclutas, el personal de guardia y los arrestados.

MR: En el cuartel, la aberración se «refina». En todos. Constituye un tema de conversación de los más comunes. Se aprenden, sistematizan y transfieren, por tradición oral, todas las experiencias y las tecnologías... Se forma una especie de «cultura» sexual. «Tené cuidado con el caballo si el día anterior comió afrechillo. Raspa y lastima». «La yegua tiene vagina muy apretada: tinguñazos». «Para la ternera es necesario el 'barbero' de bolsa: se bostea». «La chancha reclusa. Es peligrosa dentro de un chiquero: apreta contra el cerco...»

FH: Pero el «summun» es la oveja: «lo más parecido a una mujer», según el axioma aparentemente indiscutible en los batallones.

MR: La «exquisitez» es ponerla patas arriba, meter en los bolsillos las posteriores y ponerse sal en el cuello: la oveja lame...— «¡Es mejor que una mujer!», llegaban a sostener algunos...

FH: Todo va tomando un rutinario grado de normalidad, y por esa vía se llega al «vicio»... No sé cómo llamarlo. Pero pienso en aquél que se llevaba la oveja, escaleras arriba, a la torreta durante la guardia, corriendo el riesgo de que lo sorprendieran —como lo sorprendió el capitán de servicio. O en aquel otro que prefería quedarse en el cuartel con una oveja que ir a su casa... O en aquel cabo tambero que fue sorprendido por su esposa cuando la engañaba... con la ternera.

MR: Con el tiempo van cambiando aquella frase y llegan a pensar que: «Lo más parecido a una oveja es una mujer».

FH: Sería injusto achacar esto a una deformación exclusivamente militar. El Ejército, por imperio de su estructura y funcionamiento, crea condiciones que favorecen el desarrollo de estas cosas. Pero, basta ver las cifras de población en nuestra campaña y conocerla, para saber que el latifundio ganadero expulsa a la mujer del campo, impidiendo la formación de familias, y crea, las condiciones para este fenómeno sexual, muy conocido y extendido en la campaña de nuestro país.

El plebiscito

FH: Fue durante esas primeras semanas de noviembre en Treinta y Tres, que supimos, bien atentos nuestros oídos en la penumbra del calabozo, que a fin de mes se realizaría un plebiscito constitucional.

MR: No sabíamos que el régimen militar buscaba legitimarse a través de ciertas modificaciones de la Ley Fundamental, y se lanzaba para ello a una gran campaña en desventajósimas condiciones para quien quisiera oponerse. Tenía fe ciega en su triunfo. No era para menos, dadas las circunstancias.

FH: No sabíamos los detalles, pero descontábamos el carácter fraudulento y ventajero de la consulta. Encontramos una explicación para los progresos edilicios de nuestro carcelaje en Treinta y Tres y Laguna del Sauce. Así como pretendían legitimarse e institucionalizar su tiranía, nos institucionalizaban a

nosotros y pretendían legitimar la especialidad de nuestro tratamiento.

MR: Supimos que se iba a votar por SI o por NO. Pero no sabíamos el contenido de la propuesta y, lo que era peor, no sabíamos qué alternativa, SI o NO, era la que nos convenía.

FH: Iba a haber «elecciones» y no sabíamos de quién teníamos que ser «hinchas».

MR: Si bien calculábamos —afortunadamente nos equivocamos— el triunfo del «caballo del comisario», tratábamos por todos los medios de averiguar por quién teníamos que hacer fuerza. Todo fue en vano: no logramos saberlo.

FH: Por las noches las radios de Treinta y Tres transmitían las monsergas de un —creo— tal Saravia, quien según decían los soldados «era un viejo lambeta de los milicos».

MR: Algunas de sus frases llegaban hasta nosotros: hablaba de la democracia y la libertad, del orden y la subversión.

FH: Pronto comenzaron los soldados y los oficiales a recibir cursos sobre instalación de mesas electorales, custodia de urnas, etcétera.

MR: Para los más jóvenes era toda una novedad: la cacería del voto era para ellos un hecho prehistórico.

FH: Cobramos conciencia del paso del tiempo: para soldados de 18 años, la última elección era un recuerdo vago de su niñez. Brumoso.

MR: Los soldados más viejos contaban a los jóvenes cómo era que era la «democracia» y les aclaraban que no se pusieran nerviosos ni temieran: en las mesas no se pasaba hambre, los delegados daban de comer «de bien» y allí se entraba en anécdotas pantagruelicas blanquicoloradas de lejanos tiempos, que hacían admiración y las delicias de los futuros custodias hambrientos. Eso era lo que más preocupaba a los milicos. Lo demás era lo de menos.

El día del plebiscito

FH: Saliendo de las sombras del calabozo al baño por el corredor, pude ver que el día amaneció esplendoroso. El rabillo del ojo pescó fugazmente una primavera por el ventanal.

MR: El cuartel, con tanto servicio de custodia en la calle, quedó semivacío de tropa y casi sin oficiales.

FH: En lo personal, y no sé por qué, recién en la tarde de ese día, bien al atardecer, sentado en un rincón del calabozo se me ocurrió pensar que lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante no sólo era histórico sino decisivo para mí, para mi familia, para mis seres queridos.

No tuve, desde que me enteré del plebiscito, ni durante ese día, una idea como ésa. Recién al final me paré a pensar que a lo mejor...

MR: O que en el peor de los casos, de todos modos algún cambio habría. A mí me pasó lo mismo que a vos. Oía todo aquello pero seguía con mi rutina carcelaria. Sin hacerme ilusiones y sin darle demasiada importancia.

FH: Muchas veces habíamos cifrado esperanzas en vano.

MR: Éramos arquitectos de la esperanza. Capaces de construir castillos en base a la nada. Muchas desilusiones habían caído estrepitosamente como para que ahora, por una maniobra militar, volviéramos a la obra.

FH: Obra que igual emprendíamos.

MR: Porque aunque ella no se sostuviese, el ejercicio de la imaginación nos sostenía.

FH: Era un mecanismo de supervivencia.

MR: Esa actitud, consciente o inconsciente, era una defensa a pesar de que desde hacía mucho tiempo desconfiábamos de la esperanza.

FH: Y de nuestra imaginación.

MR: Demasiados porrazos nos habíamos dado como para entrar fácilmente en los corrales del desengaño...

FH: Pero esa tardecita, algo flotó en el ambiente que nos hizo detener sobre la rutina de presos, sólo preocupados por ir al baño y comer, sin pedirle otra cosa a la vida.

MR: Sí, en la serenidad del cuartel vacío aún. En la caída de una tarde tibia de comienzos del verano austral, algo nos golpeó, como una renovada campanada, en la conciencia: —«Sentate y pensá. Es posible, todavía, la esperanza».

FH: Al fin de cuentas, lo que estaba pasando ese día, lo que terminaba de pasar en ese atardecer, cuando los datos dentro de las urnas quietas estaban echados, era lo más importante, políticamente, desde 1973 ¿Sería capaz el pueblo nuestro de una hazaña así como la que estábamos pidiendo a gritos desde el fondo de nuestra desesperada calamidad?

MR: Los fantasmas de nuestro barrio, de nuestros hijos, de nuestras familias... Los de nuestros compañeros, pasaron por el calabozo de punta a punta, en silencio... Tal vez inútilmente.

La noche del plebiscito

FH: Tres tipos, cosificados, sentados en el rincón de dos paredes y un piso.

MR: Después del guiso cotidiano y fraudulento, la orden rutinaria de acostarse. Como todos los días, temprano.

FH: Las luces de la estrecha vigilancia se prendieron sobre los camastros. Nuestros ojos: como el dos de oro, entre trapos.

MR: Comentarios alegres, festivos, jocosos, volvían de las mesas electorales llenando el cuartel.

FH: Los oficiales estaban dicharacheros hasta con los milicos.

MR: Venían de una fiesta en la que se habían lucido y se preparaban para disfrutar otra...

FH: Anonadaba tal espíritu festivo, en un cuartel de Infantería.

MR: Nos aplastaba, más aún, entre las jergas de la tarima.

FH: Autorizaron oír, nada menos, la radio bajito en los puestos de guardia, incluido el de la custodia de los «pichis»... Para que todos participaran del festejo esperado. Y para que sufriéramos un poco más.

MR: La radio negada durante lustros.

FH: Pero el cabo que estaba de custodia era tan «alma podrida», que ni con orden de los oficiales autorizándolo nos debaja oír. La escuchaba, bajita, para él sólo y le pasaba datos en voz baja riendo nerviosa y sádicamente con los soldados que hablaban de quilombos y capinchos...

MR: Y cuando la subió un poco, los soldados, con ese espíritu indiferente que estaba más allá de toda historia, como les interfería el último cuento de la brasileña en el queco le reprocharon: «¡No seas tan simple! Apagá eso o poné alguna cumbia».

FH: En toda la noche, aquellos soldados salieron del bajo. No le dieron la más mínima importancia a lo que estaba pasando. Desde las alturas, aunque fueran las del pueblo, ellos no podían esperar nada...

MR: Sólo el cabo, que tenía sintonizadas radios de Treinta y Tres, prestaba atención, quién sabe por qué.

FH: Espíritu deportivo. Nada más.

MR: En la primera mesa que salió por una radio de Treinta y Tres, ganó el SI. Lo oímos clarito. El cabo levantó el volumen diciendo «je je» en voz bajita. Recién ahí supimos que nuestro pueblo pendía del NO.

FH: Festejaban con el tono cansino de cosa sabida. Casi sin gracia. Lo esperado.

MR: Hacía mucho calor y por eso los cuarteros de las tres compañías montaban su guardia sentados en la puerta, sobre la Plaza de Armas, cada cual con su radio. Comentaban entre ellos y con el cabo de la custodia de «pichis», a gritos, de umbral a umbral.

FH: Y eso que ya había sonado el toque de silencio... Pero esa noche el cuartel era un carnaval. Radios, charlas, carcajadas, casinos poblados; la enfermería, vecina a nuestros calabozos entraba y sacaba enfermeros militares que iban y venían, comentando chistes repetidos al pasar junto al cabo de la custodia.

Una hora, tal vez más, duró ese clima. De pronto, a partir de las radios de Montevideo sintonizadas por los cuarteros, comenzó a cundir junto con los resultados de Montevideo y Canelones, el silencio en la infantería...

MR: El cabo apagó la radio. Ni bajito la escuchaba. Pero, tomado por la curiosidad, preguntaba con medias palabras que no sospechaba obvias para cosas tan neutras como nosotros:

— «¿Quién?»

— «No!», le contestaba una voz lejana.

— «¿Mucho?», preguntaba.

— «Roba», fue la primera cortante respuesta que llegó junto con un aluvión de lágrimas presas desde el fondo de los entrañables boliches montevideanos...

FH: Mesa a mesa y pucho a pucho, tablas lustradas por los codos y el vino. Las tribunas de un estadio lleno, los cordones de la vereda, las figuritas, los trompos, las baldosas flojas. Aquellos faroles. 18 y Andes. La playa del Buceo.. No sé por qué, desde el profundo silencio que iba amordazando el cuartel, sus umbrales y sus casinos, iban como por entre la niebla memoriosa, surgiendo imperiosas esas imágenes.

MR: Tres cuchetas festejaban llorando en silencio.

— «¡Es vergonzoso! Es una derrota vergonzosa», le oí exclamar al cabo, vencido.

— «¿Y qué va a pasar ahora?», le preguntaron, recién des-
perando, los «mujerriegos».

— «Cualquier cosa», respondió el cabo.

No pude dormir en toda la noche...

FH: Nadie durmió esa noche.

MR: Poco antes del amanecer, los enfermeros y otras voces, totalmente desacatados, se detuvieron a comentar justo frente a nuestra puerta. En el fondo deseando que oyéramos. Calientes. Fuera de sí. Como tomándose una revancha contra los «Viejos».

— «¡Estaba visto!»

— «La culpa la tienen esa manga de viejos comunistas» (se referían a los generales del Ejército).

— «¡Que se jodan!»

Inconscientemente, se iban plegando al nuevo caballo del comisario. Los milicos son así.

Cielo abierto

MR: Muy pronto, como siempre pasa, el gran tema que ocupó la atención del cuartel fue una cosa llamada Mundialito; y junto a él otra llamada televisión en colores. Todas las expectativas y los comentarios estaban puestos en ello.

FH: No supimos ni cómo fue, ni qué fue el Mundialito. Tampoco la TV en colores por primera vez en el Uruguay...

MR: Pero aprendimos el cantito: «Uruguay, Uruguay, te queremos ver campeón...» Y sentimos los festejos.

FH: Casi junto con los de Navidad y un nuevo Fin de Año ¿Será posible que algún día pueda ver TV en colores?, me preguntaba. Y lo deseaba fervientemente por simple curiosidad científica.

Pero de aquel verano recuerdo la tristeza. En él me enteré que mi compañera, presa en Punta de Rieles, tenía un tumor en la columna vertebral... El que lógicamente más posibilidades tenía de enfermarse era yo y sin embargo, caprichos de la vida, se me enfermaba ella.

Aquella hija, Gabrielita, que tenía un año cuando me hicieron rehén, ya tenía ocho, estaba en segundo año, y me la traían a veces a la visita, vestida con la túnica para que la viera...

MR: El tiempo también pasaba para mis viejos, que ya no podían desplazarse hasta los cuarteles. Alejandra ya iba al liceo y llegaba a las visitas puntual, casi una señorita, con la madre o la abuela, con una entereza conmovedora. Fue entonces que le hice llegar, escondido en el dobladillo de una camiseta mugrienta, *Cielo Abierto*.

«Yo te he visto peleando contra el viento
lidiando empecinada por ganar altura,
y había en ti, cañita y papel, tanta bravura
que sólo caías para cobrar aliento.

No brotaba de tus labios ni un lamento;
volvías al aire, pequeña y pura,
una y otra vez, solita, todo ternura
poniendo el corazón en cada intento.

Ahora ya no sé cómo alcanzarte
porque tu golondrina se elevó en un vuelo.
No hay hilito que pueda sujetarte:

se ha vuelto tu horizonte un borde de pañuelo.
¡Cómo me gustaría poder acompañarte!
Chau, Pajarito. Es tuyo todo el cielo».

Nuestro calendario: latas, mundiales y presidentes

MR: En el frío invierno de 1981, recibimos orden de prepararnos para un nuevo traslado.

FH: Desembocamos nuevamente en Laguna del Sauce. Parecíamos estar destinados a vivir el resto de nuestra vida entre Treinta y Tres y Laguna. Las dos «cárceles» recién hechas.

MR: Ninguna mejora concreta había surgido para nosotros a partir del plebiscito, de cuyo resultado nunca más volvimos a oír.

FH: Jamás hubo acontecimiento externo, variante política ni gestión interna, que variara en un ápice el sistema de nuestro tratamiento.

MR: Por el contrario, como ya hemos dicho, las campañas externas, en especial cuando eran importantes, lo empeoraban.

FH: El triunfo popular en el plebiscito sirvió para darnos fuerzas, pero ellos no aflojaron. Eran implacables.

MR: Tenían una ventaja sobre nosotros para el maltrato: se relevaban. Era la posta del odio. De otro modo, no concibo posible que los seres humanos puedan mantener durante tantos años un mismo nivel de agresión sobre tres personas.

FH: En Laguna del Sauce volvemos a los mismos calabozos y al mismo sistema. En el recreo constato que mi problema con los ojos y la visión aumenta en forma alarmante. Ahora me cuesta ver a cierta distancia: custodias y oficiales, horizontes, cerros, árboles empiezan a transformarse en cosas borrosas.

MR: El tiempo seguía su inexorable curso sin darnos cuenta... Salvo por cosas concretas y materiales, como el hecho alarmante de que las latas para orina, tenazmente salvadas en cada traslado, se iban gastando por el simple paso del tiempo... Oxidaciones, desgastes, terminaban por abrirle un agujerito en el fondo, que tratábamos en vano de calafatear con jabón. Desde ese momento, cada cual debía iniciar la lenta y trabajosa batalla por conseguir un «relevo» de la lata.

FH: Un elemento que en Uruguay —por encima de aislamientos— sirve para cobrar conciencia del pasaje del tiempo son los campeonatos mundiales de fútbol. En nuestra situación, poco después de llegar a Laguna del Sauce el tema que va y viene

noche y día en las charlas del soldado, son las eliminatorias para el Mundial de España.

MR: Contábamos el tiempo de a cuatro años. Nos acercábamos a otro Mundial en cana...

FH: Yo siempre decía, en broma, que el próximo lo vería en libertad. La vida se encargaba de llevarme la contra.

MR: Por esa época, Gregorio Álvarez, odiado por los soldados y oficiales en la División del Ejército N° 4, vino a dar en presidente de la República.

FH: Las masas militares, en ese cuartel eran partidarias del almirante, o algo así, Márquez. Aquél que proponía un giro de 360 grados en la política del país. También es suya aquella famosa frase: «El país está al borde del abismo; se hace necesario un paso al frente».

MR: Los cambios presidenciales y los de las latas para orinar se convierten en hitos de nuestro calendario.

La gran incertidumbre

FH: En medio de ese clima, nos preparan para otro traslado... ¡Otro!

MR: Era el 14 de abril de 1982, diez años exactos después del de 1972. Nos comunican, en tono amenazante, que nos preparemos...

FH: Con el antecedente de los dos recientes traslados fuera de rutina, más el clima imperante, este nuevo «viaje» era excepcionalísimo. Por primera vez, pensamos seriamente que por fin fuera nuevamente al Penal de Libertad, sueño máximo al que podíamos aspirar.

MR: Aunque la fecha elegida era más bien propicia para una nueva verdegueada... Como lo fue.

FH: Nos raparon, nos revisaron, empaquetaron todo y quedamos esperando... Pasó todo el día 14, y también el 15, sin novedad.

MR: La noche del 15 al 16, cada cual en su camastro, la pasamos sin dormir ¿te acordás? Golpeando levemente la pared con los nudillos. El viaje era inminente y al principio de esa

noche, poco después de comer pudimos capturar, en medio de una charla en voz baja, el dato escalofriante: «Paso de los Toros».

FH: No sólo ese, sino que en nuestro lugar vendrían para Treinta y Tres otros tres rehenes.

MR: El mundo se nos venía, nuevamente, abajo...

FH: Ser trasladados a otra División era como empezar todo de nuevo.

MR: No. No era «como»; era empezar todo de nuevo: ir a un lugar que no conocíamos, ganar el derecho de piso que da el conocimiento... Los calabozos de la División 4 ya no tenían sorpresas para nosotros. Sabíamos a qué atenernos en cada lugar, con cada soldado, sargento u oficial...

FH: Y se sacaba, solita, la otra cuenta: nueve años en la División 4, otros nueve en la 3... Después quedan la 2 y la 1.

MR: Por si todo eso fuera poco: ¡qué largo viaje teníamos por delante! Hasta los soldados que ya estaban nombrados para la custodia, y esperaban como nosotros la orden de partida (que vendría de la División), estaban asustados.

FH: Seguro, porque la única ventaja que tenía para ellos el viaje, era sacarse de encima el servicio de custodia que día a día debían montar para nosotros en Treinta y Tres...

MR: Así lo manejaron al principio.

FH: La única contra que en ese caso barajaron, era que si nos íbamos, los calabozos quedaban para ellos.

MR: —«Ni a palos me meten ahí», comentaban.

—«Te meten ¡Qué no te van a meter!», decían otros.

FH: Pero luego, se enteraron en forma bien confirmada que no: que nos íbamos nosotros pero venían otros tres.

MR: Habían decidido en la «cumbre», barajar los nueve rehenes cambiándolos de División.

FH: Era, como habíamos calculado al principio, una nueva verdugueada.

MR: Yo había estado a fines del 72 y principios del 73 por esos lares, pero siempre encapuchado: no lo conocía. Un lote de compañeros fuimos «interrogados», ahí bajo la batuta del en-

tonces mayor Gavazzo. Es de esa época la anécdota narrada de que, ante las denuncias que sobre el tratamiento que me estaban dando formuló Zelmar Michelini en el Senado, me concedieron una visita para que mi familia constatará que estaba bien... Tan bien estaba, que mi padre cuando me tuvo enfrente no me reconoció y reclamó al oficial que me trajeran a su presencia...

FH: Hacia allí volvíamos, Ruso. El viaje y el destino eran de temer.

En el más allá del muro no existía nada

FH: En la madrugada del 16 de abril, faltando mucho para el alba se puso en marcha la feroz maquinaria. Nuevamente.

Ésa sería importante para nosotros.

Era una madrugada de otoño, hacía frío y, lentamente, en el mundo de la capucha fueron pasando las horas y los kilómetros. Yo no estoy muy seguro de que ese viaje se haya hecho a través de Melo y Tacuarembó; pienso que tal vez se hizo por los caminos internos que conducen desde Treinta y Tres a Paso de los Toros. Fuimos notando que el sol iba alzándose en el horizonte porque el día comenzó a cobrar calor dentro de los camiones. El viaje fue muy largo, el más largo de todos estos años...

MR: Vos sabés Ñato, que para mí fue uno de los más pesados, y no tanto por su duración sino por la desazón, la impotencia que me aplastaba: a esa altura teníamos el convencimiento de que íbamos para Paso de los Toros. Después de haber girado nueve años por los cuarteles de una división, ahora íbamos a hacerlo quién sabe cuánto tiempo por los de otra. Estábamos atrapados en una noria. Supimos además, que ese día habíamos sido movilizados todos los rehenes.

FH: Sí. Este viaje, para mí también significó como haber sido detenido de nuevo. Se podría decir, que luego del Plebiscito de 1980 en nosotros podía haber alentado, como alentó, una gran esperanza, pero luego, en 1981, cuando nos enteramos que aquel comandante de la División donde habíamos sido sometidos, y seguíamos siendo sometidos, a tan malos tratos, ahora

era presidente de la República, significó para nosotros algo que también entraba dentro de lo normal: al no haber salido el plebiscito como ellos querían, nuestra situación se volvía otra vez a «foja cero».

MR: Vibraba en nuestra memoria la frase de aquel teniente de Laguna del Sauce: «Nos equivocamos una vez; no nos volveremos a equivocar dos».

Yo tenía exactamente la misma sensación: a pesar de haber cumplido una pena dentro de una División, cumplirla ahora nuevamente dentro de otra. Pero son cuatro las divisiones del Ejército que hay en el país y entonces aquello era algo de nunca acabar. Todos los acontecimientos, todas las presiones, todas las gestiones, aquella absurda entrevista con la Cruz Roja, el Plebiscito, el cambio de presidente... todo daba la sensación de que no servía para nada y nosotros seguíamos siendo los mismos rehenes del 73.

FH: Yo tenía, a esa altura de los acontecimientos, y creo que vos también, la amarga certidumbre de que afuera no se movía nadie por nosotros. Hacía años que habíamos dejado de esperar el día de la fuga, hacía años que habíamos dejado de esperar la noche en que nos iban a venir a liberar los compañeros. Desde el exterior no nos llegaba ningún hecho concreto que nos permitiera medir todo lo que después supimos existía.

MR: El estado de ánimo a que habíamos llegado en esas circunstancias nos hacía ver, sentir, todo lo que tú estás narrando. Pero en los momentos de equilibrio, cuando llegábamos a un sitio y oíamos la primera noticia, y más o menos nos habituábamos, nuevamente volvía a renacer la esperanza, nuevamente volvíamos a sentir lo que sentimos la noche del plebiscito. Al llegar al fondo del pozo, como en este traslado, sentíamos como que todo comenzaba de nuevo, como si nada hubiera ocurrido con nosotros, como una bolilla de ruleta que en cada tiro cae en cualquier número, porque ya no se acuerda del número de la jugada anterior: entonces cada vez es la primera porque no tiene memoria. Pasábamos a ser una bolilla en el juego de una gran ruleta, en la cual todo estaba en su casillero y nosotros íbamos a dar a cualquiera. Teníamos esa sensación: ninguna cosa que se hiciera afuera había significado mejora de especie

alguna. Hacíamos incluso una broma: que toda la presidencia de Carter, su campaña de derechos humanos, la denuncia sobre la situación del Uruguay, la venida de su delegado personal, que mi padre me había contado que era un negro que había hablado por televisión —«y qué bien había hablado»— a nosotros nos había significado la conquista de una lata para orinar.

FH: ¿Vos estás seguro que ese delegado vino?

MR: No, no estoy seguro, como no estaba seguro en esos momentos de ninguna cosa, incluso de existir, pero creo que vino. Mi padre me lo había contado en una visita: —«No sabés cómo les dio», me dijo.

FH: Porque a lo mejor nosotros estamos viviendo hoy, todavía dentro de los calabozos, todavía no hemos salido, en el sentido de que no hemos podido enterarnos, acabadamente, aún hoy, de todos los acontecimientos que ocurrieron en esa época. Y es probable que no haya venido ningún delegado de Carter al Uruguay, o es probable que sí.

MR: Quisiera deslindar un poco en este diálogo dos cosas: la profundísima sensación de angustia, desazón en los momentos en que sentíamos que estábamos absolutamente solos en el mundo, porque hay algo que faltó agregar y que tal vez a eso apuntaba: llegamos a dudar de nuestra familia. Que nuestra familia se había habituado ya a una vida en que nosotros éramos lo que éramos y estábamos como estábamos, y que ellos tenían que hacer el sacrificio de venir, estuviéramos donde estuviéramos, para no dejarnos sin yerba, sin medicamentos y sin papel higiénico. Llegamos a pensar que la familia también se había acostumbrado, que habíamos entrado en un status infernal que ya no era modificable, y que el mundo exterior, las organizaciones políticas, las organizaciones solidarias e incluso las familias, habían engranado en una situación de hecho en la que lo único que cabía era el conformismo.

Pero de la misma manera que nos hundíamos cuando había un acontecimiento de este tipo, cuando se producía algún suceso de cualquier otra especie, como aquel que narré del sargento que nos vino a pedir un número para la quiniela, de la misma manera se nos modificaba inmediatamente el esquema, trepábamos del pozo y salíamos.

FH: Yo había llegado a un estado de ánimo en el que ni me iba ni me venía el hecho de sentirme un objeto olvidado por el mundo dentro de los calabozos. Pienso que hay un estilo que, aun en el medio de las más evidentes y crudas derrotas, pinta un panorama optimista: «Bueno, no se preocupe compañero, que la victoria es nuestra»...

MR: «Si nos echan de la calle, conquistamos las veredas; si nos echan de las veredas, el zaguán es nuestro»...

FH: «La lucha sigue, la lucha continúa y si nos han derrotado acá, de todas maneras está el campo socialista; y si desaparece el campo socialista, está la correlación de fuerzas a nivel histórico, que hace que, tarde o temprano, la victoria será nuestra».

Todo eso muchas veces se dice y hace para sostener la firmeza de gente a la que no se cree muy firme o de la que se está dudando.

MR: La inyección de optimismo necesaria...

FH: Porque se piensa que si no fuera así, si no se diera esa «manija», la gente no permanecería firme en sus puestos. Y puede ser, yo no sé. Lo que sí sé es que en mi caso personal, creo que alrededor del '76, concluí que todo estaba «frito» del punto de vista de la posibilidad de una fuga, planteada por un acto de beligerancia de nuestra organización. Y, bueno: cobré conciencia de eso. Noté el silencio y el miedo generalizados, lo noté objetivamente dentro de los cuarteles... El mismo terror y silencio que me han contado hubo en este país fuera de los cuarteles en esos años. Asumí la realidad, y a partir de ella no me conmovía demasiado la situación que estaba viviendo. Ello no quita que cuando tenía un elemento, un dato para ponerme contento y para construir en torno a él una gigantesca esperanza, lo hiciera. Y a la inversa.

MR: Habíamos asumido además la soledad. Habíamos olvidado, inclusive, que teníamos familia. Tuvimos que despojarnos de todos los objetos. No podíamos ligarnos a ninguno, porque si conquistábamos una lata, en cualquier requisa la podíamos perder, si algún día nos entregaban un libro, no podíamos aferrarnos a él, no podía ser la tabla de sostén; si nos daban papel y lápiz, tampoco podíamos contar con eso. No podíamos contar ni con la ropa que llevábamos puesta. Entonces empe-

zamos a construir la idea de que, más allá del muro, más allá de nuestro interior, no existía absolutamente nada.

Teníamos que vivir con lo puesto por dentro. Y eso era lo que hacía que termináramos bajando una enorme cortina al mundo que nos rodeaba. Los pensamientos, las ideas, nuestras fantasías, era imposible que las requisaran.

No podías apegarte a nada, ni a la visita ni a la familia ni al mundo exterior. Muchas veces preguntaron: «¿Y qué era lo que te sostenía? ¿La confianza en el pueblo, verdad?» Yo contesto que no. No es que uno no tuviera confianza en el pueblo, en la lucha, en los compañeros, sino que estábamos en una situación en la que en el único sitio que rescatábamos las reservas para seguir sobreviviendo era en el hombre que llevábamos dentro. Y eso es lo que nos llevaba a decir que cualquier individuo en nuestra situación hubiera apegado, porque ese hombre está dentro de todos. Las reservas que el individuo tiene, son las que hacen que en última instancia, pueda capear cualquier temporal.

FH: No hay duda de que hay que tener confianza y fe en la gente, en el pueblo, en los seres humanos, pero también hay que tenerla en uno mismo. El que pierde la confianza en sí mismo está derrotado. Esa cultivada confianza en las masas, en el pueblo, en el proceso, en que la victoria es segura porque está determinada en leyes históricas, es correcta. Pero cuando se cultiva artificialmente, se está sosteniendo la falta de confianza en sí mismo.

MR: Exactamente.

FH: Cuando un militante, un hombre, tiene confianza en sí mismo no necesita todo lo demás. Nosotros habíamos llegado más allá del punto en el que una noticia, buena o mala, podía actuar en forma decisiva sobre nuestra conducta. Actuaba [cómo no] —una noticia mala actuaba malamente, una noticia buena actuaba bien—, de eso no cabe duda, pero no a extremos de quebrarnos, porque habíamos creado una especie de coraza. Tú decías que nos acostumbremos a prescindir de los objetos y llegamos incluso a plantearnos la idea de que no teníamos familia ni nada; eso fue para nosotros, una decisión fría. Hay que poseer las cosas cuando se poseen, como si no

se poseyeran; como si mañana no se las tuviera más. Esa gimnasia, en las épocas de bonanza sirve para soportar las contradicciones en épocas negras. Una crítica que se les hace a los estoicos es: «Ustedes elaboran una filosofía tremendamente difícil de sobrellevar, inventan una montaña que es de difícil acceso para el común de las gentes». Los estoicos podrían contestar a eso: «El gran problema no es que uno invente montañas de difícil acceso, a veces las montañas vienen sobre uno sin consultarlo».

MR: Las montañas existen.

FH: En ese momento, si uno no está preparado, si uno por ejemplo no se acostumbró a perder la lástima de sí mismo —que es uno de los sentimientos que más pueden desintegrar una personalidad en un calabozo...

MR: De los más destructivos. Cuando empezamos a tener necesidad de cariño, de atención, ese es el primer paso hacia la autodestrucción.

FH: No se trata de perder la ternura ni mucho menos cuando uno dice «hagamos de cuenta que no tenemos familia», se trata justamente, de defender esa ternura y esa condición humana para que permanezca intacta frente a los ataques del enemigo sobre el flanco débil de tu familia para quebrarte...

MR: De manera que teníamos confianza en la gente, en nuestro pueblo, en nuestros compañeros. Nunca la perdimos. Pero no nos hacíamos ideas facilongas ni bobaliconas en cuanto al destino de la lucha. Pensábamos estar ahí hasta morirnos; nos habíamos hecho a la idea de que nos quedábamos ahí hasta el último día... Lo habíamos encarado como un frente de militancia, lo habíamos encarado como un acto de resistencia. Sobrevivir con dignidad era el único motivo de nuestras vidas.

FH: Debíamos pensar, ¿qué es lo peor que puede pasar? Y debíamos asumir ese «peor». Si no me matan antes y permanezco vivo, ¿qué es lo peor que me puede pasar? —Pudirme dentro de este calabozo; que nuestro pueblo tenga el triste destino de treinta años de tiranía como España o Paraguay. La pensé, la asumí y me dije: «Si ese es el destino: mala suerte. Pero aquí va a seguir alentando un hombre, va a seguir alentando un revolucionario hasta ese día y, como vos decís, «hay una cosa

que no me pueden sacar: mi fuero íntimo, mis ideas, mi fantasía, todo lo que es intocable para el enemigo». Y eso pasó a ser la propiedad privada que tuvimos; a lo demás: el mate, el termo, la lata, el par de alpargatas, la posibilidad de tomar un poco de agua, a esas «propiedades» no debíamos aferrarnos.

MR: En las visitas, generalmente quedaba flotando en nuestro ánimo un problema que llegaba de afuera: un hijo amenazado, la enfermedad de un padre... Entonces, aquellos angustiantes problemas rebotaban inútil y estérilmente entre las paredes del calabozo. Sin poder salir de ellas. Al fin, aprendimos que terminada la visita debía terminar todo. Nada podíamos hacer. Debíamos aislarnos. Flaco favor le haríamos a la familia si encima nos enfermábamos o nos enloquecíamos nosotros, por pensar inútilmente en lo que no podíamos hacer...

Esto que sirve y mucho en las condiciones en las que vivimos, lo fuimos aprendiendo con el tiempo. Y pagamos un alto precio por saberlo. Cuando me enteré de que mis padres, desalojados de la casa donde vivieron su vida, fueron a dar con sus pobres huesos a un asilo, estuve traumatado un mes y medio. No arreglé nada. No les pude aproximar ni el más leve consuelo.

Había que asumir todas esas cosas con frialdad porque si no, la desgracia era doble. Y además, nos debilitaba frente a un enemigo que agredía sin tregua.

FH: Por ejemplo, con todo lo que ese nuevo traslado abría por delante como negra perspectiva, seguir enteros, seguir cuerdos, mínimamente lúcidos, no era poca batalla. Pelear contra el trastorno mental que veíamos palpablemente avanzar sobre cada uno de los tres. Defender a muerte el equilibrio, ya no por nosotros sino por la familia y los compañeros...

MR: Más o menos lo logramos... Más o menos, vamos a no exagerar. Vigilábamos nuestra conducta en busca de los índices de la locura...

FH: Sería una derrota.

MR: En otras salas de tortura —porque esta era una larga y lenta sala de torturas—, en Argentina por ejemplo, han llegado a «eviscerar» gente por el ano o por la vagina.

FH: A nosotros, ellos, con sus garras de variado tipo quisieron eviscerarnos el alma. Para lo que por lo general se necesita

tiempo... Lentamente. Tenazmente. En busca de una destrucción sistemática, tediosa y angustiante...

MR: Que además carecía de objeto.

FH: Carecía también de fin. De salida...

MR: De propósito. No querían de nosotros nada. Sólo destruirnos lentamente.

FH: «Estos tienen que sufrir mucho más todavía», solían decir repitiéndolo tanto que al fin era como un chiste sabido y viejo.

MR: Nueve años en una división significa que cada oficial termina conociéndote íntimamente. Conociendo nuestros parientes. Nuestras debilidades. Explotarlas. Hundir allí los fríos cuchillos.

FH: Nos conocían mejor que nuestros familiares más cercanos.

MR: Nos tuvieron a su entera disposición nueve años.

FH: Si sabían que un insulto te agredía más que otro, por allí entraban buscando quebrar y deshacer.

MR: Tenían semanas, meses, años, lustros, décadas para hacerlo...

FH: Frente a ello, ¿qué nos quedaba? Información para defender no teníamos; ellos sabían mucho más que nosotros ¿Qué teníamos a esa altura entonces para defender?

MR: Nuestra integridad psíquica y moral. Tratar de seguir siendo lo que éramos. Y cada minuto era una batalla. Una difícil montaña que escalar, hasta componer un año, varios años... Sin ver más que muros. Sin esperar nada...

FH: Sin fecha, ni aun remota como la de los condenados largamente, para el atisbo de la luz.

MR: Era un túnel eterno y sin salida...

FH: En el que nos metían a patadas, más hondo todavía, al bajar de los camiones, acalambrados, en Paso de los Toros.

En las catacumbas

FH: Paso de los Toros... 16 de abril de 1982.

MR: Olor a combustible bajo la capucha.

FH: Resonancia de los pasos atropellados...

MR: Como si fuera un salón vacío.

FH: Luego el chirrido de una gran reja...

MR: Y la escalera, tan angosta, que no cabíamos juntos con el custodia.

FH: En los peldaños no calzaba todo el pie.

MR: «¡Agáchese!» me gritaron, y con el grito vino el empujón. Rodé hasta caer en un corredor o algo así... El piso estaba húmedo, pegajoso.

FH: A través de la capucha fue notoria una mayor oscuridad...

MR: Y el olor a catacumba.

FH: Entrar a los calabozos daba trabajo. Casi en cucullas.

MR: Detrás, el gran ruido cuando caía la trampa golpeando contra la pared.

FH: Y el de la gruesa cadena cuando la tensaban y le ponían el candado.

MR: ¡Aquellos enormes candados de Paso de los Toros!

FH: «¡Desnúdate!», ordenaron. Al fin pude sacarme la capucha y ver.

MR: «Este es el peor nicho de todos los conocidos», me dije al verlo.

FH: Lo primero: conseguir la lata...

MR: Lo segundo: reconocer el lugar...

FH: Con el oficio de presos viejos, capaces de leer en las paredes y en las manchas, si en el lugar había vivido alguien, cuántos, cuándo; si habían sufrido mucho, si comían, si meaban.

MR: Llevaba días completar aquel primer reconocimiento. Las puertas eran de tablas gruesas; una parrilla de vigas reforzadas, abulonadas sobre los hierros de una vieja tarima de cuartel.

FH: Venía a ser la parrilla de una cama monstruosamente reforzada y cuyas únicas dos patas, largas, atravesaban la pared de lado a lado sobre el marco de la «puerta».

MR: Allí arriba, dos groseros goznes de hierro permitían subir y bajar la trampa para entrar y salir.

FH: Ello explicaba las dificultades...

MR: Y el ruido al caer.

FH: Debajo, aquel puente levadizo encajaba en varios hierros por entre los que se tendía de lado a lado una cadena pesada y gorda.

MR: El punto final: los candados.

FH: Se podía sacar la mano por entre aquellos «barrotes» de madera... Ver hacia afuera... y hacia adentro.

MR: No había ventana en los calabozos.

FH: Pronto noté que varios bulones de mi puerta estaban flojos; que alguien los había aflojado.

MR: Era vital reconocer el lugar. Sabíamos que allí viviríamos años.

FH: Reconocer el nuevo mundo. El país.

MR: Nuestro país... Cada vez más pequeño: esos eran los calabozos más chicos de nuestra vida. Tal vez los de Santa Clara tuvieran parecidas dimensiones.

FH: Una tarima destartada, adentro, quitaba la mayor parte del espacio disponible.

MR: De largo, tenían el de la tarima, y era toda una rúbrica el hecho, notorio, de que los habían acortado. Habían puesto las puertas-trampas casi medio metro dentro de los nichos.

FH: Sobraba pared hacia afuera... Alguien los había considerado demasiado grandes.

MR: Esa pared sobrante impedía, mirando por entre los barrotes, ver las puertas de los calabozos vecinos y la mayor parte del corredor.

FH: De ancho, el de la tarima y dos baldosas más. En aquel espacio había que caminar como se pudiera.

MR: No había baldosas: el piso era de hormigón, lustrado por interminables «trilles».

FH: Cortitos. Nos acostumbramos a caminar cortito.

MR: Allí había vivido gente durante muchos años.

FH: Como aquel carpintero que paseaba por el bosque y veía en los árboles cosas que otros no veían, nuestros ojos, mirando

el suelo por ejemplo, notaban el lustre donde se caminaba y la rugosidad del piso bajo la tarima. Se veían años de caminatas.

MR: El lugar no era precisamente un sótano. Estaba construido en un gran desnivel del terreno.

FH: Tenía un techo de cinc sin cielorraso en pronunciado declive y los calabozos estaban en la parte más baja del declive.

MR: Debía ser un horno en verano, caculamos, y pronto podríamos confirmarlo.

FH: Y frío en invierno. Tenía todos los defectos de un sótano y ninguna de sus ventajas.

MR: Pronto supimos que allí había diez calabozos igualitos, a lo largo de un corredor más ancho que el largo de ellos.

FH: Para ventilar todo el conjunto: una ventanita en el extremo del corredor.

MR: Había por lo tanto, siete calabozos vacíos. A Pepe lo pusieron en el cuatro, a mí en el siete y a vos en el nueve.

FH: Únicos tres calabozos que no se llovían torrencialmente.

MR: Se llovían moderadamente, si no había mucho viento.

FH: Pronto encontré más huellas y mensajes...

MR: Sí; hubo otros allí. Horas antes de nuestra llegada.

Los rastros de «Jueves»

FH: Lo primero que encontré dentro del calabozo, colgando de una de las patas de la puerta-trampa, fue un hilito con una bolita. Sólo un preso viejo, y con un objetivo, podía tener aquel «aparato».

MR: Detector de viento. De brisas. Un hilo chiquito para que no lo vieran y para que el más leve sople lo moviera.

FH: Nosotros también lo habíamos inventado...

MR: Servicio meteorológico de los calabozos sin aire.

FH: De preso que lleva muchos años y ha sufrido mucho la falta de aire.

MR: El mismo aparato que nosotros hicimos. Por lo tanto, las mismas causas: rehén.

FH: Como las ruinas en una selva permiten deducir el grado de civilización, cultura, sueños y catástrofes de quiénes las habitaron, así aquellos rastros nos permitían a nosotros...

MR: Reconstruir su pasado. El detector de brisas era tramposo, pero psíquicamente calmante. Cuando en el verano respirábamos lodo, el piolincito se movía por nuestra respiración o el vaivén de los pasos. Entonces imaginábamos brisas inexistentes...

En mi calabozo encontré una cascarita de naranja atada con dos piolines. Un ingenioso sistema para indicar la humedad ambiente: al cerrarse o abrirse la cascarita, accionaba una agujita sobre un tablero indicador de cartón minúsculo. Pensé: el Inge Manera.

FH: Yo encontré debajo de la cucheta, donde sólo un preso puede encontrarla, una agujita casera de alambre acerado, pacientemente afilado al que, no sé cómo, le habían hecho un ojo. Un hilito casero trenzado con briznas de pelusa, mejor que el de coser, estaba arrollado en torno a la agujita y «puesto» para que otro preso —viejo— lo pudiera encontrar y usar. Pensé: Marenales.

MR: Julio diciéndote: «Aquí te dejo esta herramienta de herencia; sé, como vos, que puede ser vital». En mi calabozo encontré una aguja hecha con espina de pescado.

FH: La humanidad construye herramientas y pasa por las eras: piedra, hueso... Los náufragos también.

MR: Pensé: «¡Cómo pueden haber aguantado acá casi nueve años?, y cobré conciencia de mí: si vos aguantaste, ellos también.

FH: ¡Casi nueve años allí! Nosotros sabíamos que en aquella División no había traslados.

MR: El calabozo que te tocó en suerte, te tocó para siempre.

FH: En los días siguientes fuimos encontrando más huellas y más donaciones solidarias, dejadas allí, «para el que venga».

MR: Eran los rastros de los otros «Jueves».

Bajo el estrado del Papa

FH: La escalera era angostísima. Casi un túnel. Muy empinada, conducía a los baños y a la sala de guardia.

MR: Los baños eran dos tazas por donde entraban las ratas. Había que instalarse allí a media asta. Era un peligro acucillarse. Más de una vez saltaron las ratas entre nuestras partes desguarnecidas.

MR: En aquellos pequeños cubículos imperaba la eterna luz de una lamparilla encendida día y noche.

FH: Como el techo era tan bajo, se tornaba insoportable para los ojos.

MR: Libramos una dura lucha durante meses por lograr apagarla o a lo sumo ponerle algo, aunque más no fuera por la noche.

FH: Al fin, medio locos y desacatados por completo, optamos por cubrirla con cualquier cosa: papeles, telas, cartones... Duraba poco.

MR: Yo luchaba a brazo partido por el aire, en especial cuando los milicos cerraban la única ventanita del corredor. Me ahogaba. Una vez, luego de mucho pelear, gané la batalla y los milicos la abrieron. De inmediato sentí la ráfaga que alivió mi ahogo. Por la noche, al ir al baño, comprobé que me habían engañado y la ventana permanecía cerrada a cal y canto... La ráfaga de aire procedía de mi cerebro.

FH: Las ratas, una plaga allí, nos robaban el jabón y subían a las cuchetas.

MR: Había que tener los jabones colgados de la pared en bolsas de nailon.

FH: Eran gordas, enormes. Para exterminarlas, un comandante ofreció un día de licencia por cada tres ratas que le trajeran.

MR: Los milicos salían a cazar ratas por todo Paso de los Toros y las traían en sus bolsos como capturadas en la Unidad.

FH: El maderamen estaba poblado por unas extrañas hormigas locas, grandes y de un olor muy penetrante. Anidaban en las vigas del techo.

MR: En primavera nutridos hormigueros transitaban encima de nuestras cabezas, dejando caer un fino aserrín como llovizna permanente.

FH: Cuando su ajetreo culminaba, sobre nosotros caían también hormigas, trocitos de hojas y esas semillitas chicas de los eucaliptos que yo coleccionaba. Un día me las encontraron «¿De dónde las sacó?» Cuando les dije que me las habían traído las hormigas, me querían matar. Deben haber estado días averiguando qué soldado me las traía y para qué.

MR: Aquel polvillo de las hormigas nos cubría también la ropa de cama...

FH: Por eso y por la lluvia, teníamos sobre la tarima, atado a las paredes, un techito de bolsas de nailon que a los soldados no les llamaba la atención porque así lo debían haber tenido todos los habitantes anteriores de aquellas catacumbas. Cuando llovía, goteaba sobre nuestra carpa una romántica garúa de segunda mano.

MR: De ahí la importancia de las agujas y el hilo. Pasábamos cosiendo pedazos de nailon para la carpita.

FH: En invierno nuestro propio calor se condensaba sobre las chapas de cinc, y también «llovía».

MR: No había cómo secar la ropa y los colchones.

FH: En verano el modo de sobrevivir era mojar el piso y tirarse en él, desnudos.

MR: «La playa», le decíamos a eso.

FH: Oímos una vez a Charles Aznavour y tras su voz un mensaje del Ministerio de Turismo que decía: «Punta del Este es suyo...»

MR: Estuviste meses cantándolo bajito...

FH: Tomábamos mate frío como los paraguayos. Un día me estaba mirando un soldado. Entonces me tiré agua del termo en la cabeza; luego cebé y tomé mate. El no sabía que el agua estaba fría.

MR: Corrió para arriba a informar que «el loco de la 9» se cebaba por el lomo antes de cebarse el mate...

Los rehenes

MR: Durante esos primeros meses captaríamos charlas entre soldados referidas a los otros rehenes, y con el conjunto de ellas podríamos reconstruir aproximadamente un panorama.

FH: Los otros seis pasaron por allí en distintas épocas. Los soldados creían que nosotros lo sabíamos. No concebían, a pesar de presenciarla, tanta incomunicación.

MR: Allí oímos hablar por primera vez de la locura de Engler. Del intento de suicidio de Wasem en 1974 y de su actual enfermedad: un enorme bulto en el cuello.

FH: «Cáncer», decían. Pero nosotros no podíamos dar crédito total a las palabras oídas.

MR: En uno de aquellos calabozos vivió convaleciente de dos operaciones.

FH: Supimos que componía canciones.

MR: Pero los relatos más impresionantes eran los referidos a Engler. Pesaba 50 quilos, no ingería más que leche y una galleta extraña que le traían «de afuera». Pasaba el día en actitud de oración.

FH: Decía estar señalado por Dios como profeta para la salvación de los judíos... Estudiaba hebreo, autorización concedida dado su estado mental y por mediación de un obispo mormón.

MR: Un ser fantástico se había instalado en su cerebro: se llamaba Alicia. Era una mujer fría. Con su vocecita neutra y helada le decía cuándo debía comer y cuándo no. Durante mucho tiempo le ordenó no hacerlo y él no lo hacía. Alicia era cruel. Como había sido creada por su cerebro y no por Dios, no tenía alma.

FH: Contaban que una noche un oficial karateka vino a golpearlo. Engler caía ante cada golpe y volvía a levantarse en silencio. Muchas veces...

MR: Decían: «En silencio, sereno y mirando fijo al oficial...»

FH: Hasta que éste se aburrió y se fue.

Leñosas cortezas

FH: En esa época tuve durante una visita con Gabriela, un severo incidente con toda aquella guardia. Después, el 26 de octubre de 1982, escribí esta carta a Graciela, mi esposa, presa en Punta de Rieles:

«Por eso nunca será un mero trámite, para mí, ver a mi hija; y si no puede dejar de serlo, mejor no verla, porque tampoco quiero que sea meramente verla con los ojos de la cara y de cualquier manera. No, porque si yo quiero ser para Gabrielita lo que soy y nada más, le tengo que otorgar a ella plenamente el mismo anhelante afán, y si ella no puede ser para mí lo que es, entonces para ella y para mí será toda la vida mejor, mucho mejor, que permanezca dormidita en el país de las princesas donde me la tengo junto a vos y adonde puedo ir a charlar serenamente todos los santos días. Mirar para adentro de uno mismo es siempre y para todos, mirar el fondo de una herida. Pero hay circunstancias en las que mirar para afuera de uno mismo también es mirar nada más que heridas y uno no puede andar manoseando heridas porque cuando las hay, las caricias duelen. No es huir de la realidad sino escalarla. El hombre a veces construye montañas que no existen, otras veces puede, o no, ir hacia una que se ve en el horizonte, y hay otras veces en que son las montañas las que se le vienen encima. Es peligroso disfrazar la realidad tanto para el que inventa cordilleras de viento como para el que cree que son de viento las muy concretas que se le derrumban en la cabeza. Para un camino de vidrios astillados son imprescindibles los zapatos de frío hierro, aunque duelan, si se quiere salvar los pies y seguir andando. Para las cosas sumamente tiernas, pompas de jabón, pelusitas, alitas de mariposas, Gabrielitas y justamente para ellas, están hechas las más leñosas cortezas».

Mala suerte

MR: El año 1982 se cierra para nosotros con ese gran acontecimiento cuyas claves no manejábamos.

FH: Y se abre 1983 con una gran desgracia: aquel oficial que casi nos mata en Laguna del Sauce en 1976, el que esperaba

la oportunidad para volver a cebar su sádica cobardía, ahora con mayor graduación y más posibilidades, pasó, a principios de 1983, a hacerse cargo de nosotros...

MR: Quedamos a su entera y alevosa disposición. Con un mayor y un jefe como los que hemos descrito, gozaría de plenas atribuciones y total impunidad...

FH: Lo sabíamos de antemano. Estábamos prevenidos pero igual quedamos admirados y sobrecogidos por la insistente mala suerte que venía signando nuestros pasos desde hacía años...

MR: Siempre nos sucedía lo peor: teníamos «mucha suerte para la desgracia»...

FH: La mala suerte no nos daba tregua. Pensando eso, escribí, a modo de poema, la siguiente blasfemia que aún guardo de recuerdo:

«Hay casualidades del azar
tan feroces...
Tiene tal perseverancia
la mala suerte...
Como para no creer más en ella
—que siempre es inocente—
Y creer sin dudar en dios.
En la existencia de dios.
Un dios avieso, malvado,
hijo de una gran puta».

MR: A la media hora de haberse hecho cargo, ya estaba en las catacumbas al frente de una horda, sacando furiosamente de nuestros calabozos las pocas y miserables pertenencias, que aun así, nos eran vitales. Rompiendo unas, robando otras, desparramando todo.

FH: Quedamos sin nada. Nuevamente a fojas cero.

MR: Como si recién hubiéramos caído presos.

FH: Como si a partir de entonces, estuviéramos en una cárcel. Mucho más dura.

MR: Estuvo toda la mañana allí. Divirtiéndose. Perdimos el toldo de nailon, la lata, el tabaco. Nos incautó, la pasta dental y las tabletas de aspirina.

Oftalmólogo

FH: Luego de años de combate, por septiembre de 1983 más o menos, recibo al fin la visita de un oftalmólogo... Para ello, hubo de hacer gestiones la familia y hasta creo que alguna embajada extranjera. Lo cierto es que se negaron a trasladarme al Hospital Militar, y transando al fin, decidieron que el oftalmólogo militar viajara desde Montevideo y me viera en Paso de los Toros...

MR: Vos ibas perdiendo alarmantemente la visión...

FH: El oculista improvisó un consultorio en la sala de guardia, me miró el fondo de los ojos, me tomó la presión, me hizo mirar las letras del cartel... Y se retiró sin decirme una palabra. Todo esto se hizo en medio de una horda de oficiales y soldados que vigilaban, al frente de la cual estaba el señor mayor...

MR: Tal vez estudiando una receta masiva de lentes negros para la tropa, a descontar del falso listín...

FH: Por mi familia, en la visita, me entero casi un mes después que yo debía usar lentes. Que les habían hecho entrega de una receta dejada por la oftalmóloga y que pronto me los traerían...

MR: Otra batalla: que te los dejaran pasar.

FH: Al fin un día llegaron al sótano. Me los puse y recuperé un mundo de cosas que insensiblemente había ido perdiendo sin darme cuenta. Me estaba acostumbrando a ver todo borroso. Puede decirse que recién entonces conocí bien las catacumbas.

MR: Ese acontecimiento, haber obtenido atención médica para tus ojos, coincidió con una conmemoración: septiembre de 1983, cumplíamos diez años de rehenes. Mario Benedetti escribía por aquel entonces algo referido al tema. Algo que años después pudimos leer y que nos ahorra palabras.

FH: Fue publicado en *El País* de España el 5 de septiembre de 1983.

Diez años de soledad

«El 7 de septiembre se cumplen 10 años de un hecho común, casi diría excepcional, en la historia mundial de las cárceles. En Uruguay hay actualmente más de un millar de presos políticos,

la mayoría de ellos en condiciones de extrema dureza; pero en ese conjunto hay nueve detenidos, los llamados rehenes, que en estos días cumplen 10 años de incomunicación. Durante ese lapso han ocupado siempre celdas individuales, no en las cárceles especialmente habilitadas para los presos políticos, sino en cuarteles u otros locales distribuidos en el interior del país. En algunos casos se han utilizado como calabozos ciertos recintos que originariamente fueron cisternas subterráneas. En general, las celdas han carecido de ventanas y de las mínimas condiciones sanitarias.

Durante largas temporadas, a estos reclusos les ha sido prohibida toda visita, y en los períodos en que se les permite ver exclusivamente a familiares directos (cónyuge, padres, hijos), las entrevistas, que rara vez exceden los 10 minutos por quincena, tienen lugar ante un magnetófono y en presencia de guardias armados, y en el diálogo está expresamente prohibida toda referencia a la actualidad nacional e internacional. Por otra parte, el lugar de detención cambia de continuo, y a veces transcurren varios meses de angustia antes de que los familiares consigan averiguarlo. Lo corriente es que estén situados a 300 kilómetros o más de la capital, y eso añade una nueva penuria a la situación de los familiares.

En los primeros tiempos, los abogados podían visitar regularmente a sus defendidos; luego, los permisos se fueron espaciando de modo considerable. Posteriormente, los letrados fueron recibiendo cada vez más frecuentes amenazas o sufrieron diversos atentados, e incluso algunos de ellos fueron encarcelados. En definitiva, y debido a esa sistemática persecución, casi todos han debido exiliarse, pasando, en consecuencia esos presos tan especiales a ser atendidos por los defensores de oficio (que, por supuesto, son militares), algo que en el Uruguay actual significa lisa y llanamente carecer de defensa.

Durante este decenio, los rehenes no han podido hablar con ningún otro preso (es raro que haya más de un rehén en cada lugar de detención, pero en el caso de que coincidan dos o más nunca pueden verse ni hablarse) y, como si eso fuera poco, tienen prohibido dirigir la palabra a sus carceleros, y éstos tampoco pueden hablarles. Ni siquiera en los casos en que han recibido una precaria atención médica pueden dialogar con el profesional que los atiende. Algunas de las celdas son tan pequeñas que casi impiden el movimiento del recluso. En extensos períodos no han tenido siquiera luz eléctrica y, en consecuencia, toda posibilidad de lectura ha estado excluida. La veda incluye periódicos

y receptores de radio. Durante el proceso, estos reclusos no comparecen en ningún juzgado ni se les permite enfrentarse a los testigos de la acusación.

Estos son los nombres de los nueve rehenes, con indicación de su profesión y oficio: Henry Engler (estudiante de Medicina), Eleuterio Fernández Huidobro (empleado bancario), Jorge Manera (ingeniero), Julio Marenales (profesor de Bellas Artes), José Mujica (puestero de mercados), Mauricio Rosencof (dramaturgo y poeta), Raúl Sendic (procurador), Adolfo Wasem (estudiante de Derecho) y Jorge Zabalza (estudiante de Notariado). Todos ellos, antes del aislamiento, ya habían sido brutalmente torturados. Pertenecen al Movimiento de Liberación Nacional.

Aprovechar el tiempo

En un informe rendido en Washington ante la Cámara de Diputados el 27 de junio de 1976 por Eddy Kaufman, de Amnistía Internacional, se cita esta opinión del entonces director del penal de Libertad: «No nos atrevimos a liquidarlos a todos cuando tuvimos la oportunidad y en el futuro tendremos que soltarlos. Debemos aprovechar el tiempo que nos queda para volverlos locos». Al parecer lo han aprovechado. En otro informe de Amnistía Internacional (sección francesa) se señala que las condiciones de confinamiento han afectado la salud mental de por lo menos dos de los prisioneros. Agreguemos que lo verdaderamente extraño es que no hayan enloquecido los nueve, que no se hayan convertido en alimañas.

No voy a enumerar aquí las aberraciones jurídicas de estos nueve casos. Expertos de renombre internacional ya han señalado la impresionante colección de violaciones a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, a las más elementales normas jurídicas y a la propia Constitución uruguaya que se acumulan en esta situación insólita. Ni siquiera es ésta la ocasión de elucidar la razón o la sinrazón de la acción revolucionaria de estos luchadores políticos. Sin embargo, ni el lector ni yo precisamos ser expertos en la materia para aquilatar el horror de esta circunstancia. Piénsese por un instante que estos presos están incomunicados desde cuatro días antes del golpe de Pinochet y recórrase mentalmente la nómina de algunos hechos acumulados en estos últimos 10 años.

Dos juegos olímpicos y tres copas del mundo; crisis del petróleo y guerra de Líbano, con matanzas de Sabra y Chatila incluidas; revolución de los claveles en Portugal; apogeo de la

Trilateral y fracaso de la Escuela de Chicago; premios Cervantes a Carpentier, Onetti, Rulfo, y premios Nobel a García Márquez y Pérez Esquivel; muerte de Franco y recuperación democrática de España; derrocamiento de Idi Amin, Bokassa I, Somoza, el Sha de Irán, Galtieri, Ríos Montt, revoluciones triunfantes en Angola, Mozambique, Etiopía, Irán, Nicaragua, Granada; instalación de Maradona en Barcelona y de Julio Iglesias en Miami; asesinatos de Michelini, Anuar el Sadat, monseñor Romero, John Lennon; transformación de la Guayana Holandesa en Surinam y de Karol Josef Wojtyla en Juan Pablo II; Brizola en Río y el Guernica en España; desaparición de Henry Miller y reaparición del hombre de Orce; contundentes plebiscitos contra la dictadura uruguaya; guerra de las Malvinas y réquiem para el panamericanismo, tropas soviéticas en Afganistán y norteamericanas dondequiera; desaparición en Argentina de Haroldo Conti y otros 30.000; publicación de *La guerra del fin del mundo* y orgía de misiles para confirmarlo; desaparece la P-2 y aparece el gas nervioso; muerte de Mao, Perón, Makarios, Tito, Agostinho Netto, Boumediene; Kenyata, Breznev; fin del síndrome de colza e inauguración del de inmunodeficiencia; muerte de Neruda, Ingrid Bergman, René Clair, Carpentier, Buñuel; crisis polaca, crisis centroamericana, crisis de Chad; segunda generación de cacerolas chilenas y primera de cacerolas uruguayas.

Eso y mucho más aconteció en el mundo desde 1973 hasta 1983 sin que los nueve prisioneros pudieran enterarse de nada. 10 años de prisión son mucho tiempo, pero 10 años de soledad son un castigo que nadie en el mundo merece. Cada uno de estos expulsados de la humanidad, reducido a su infamante aislamiento, sabe ya de memoria las sombras del muro, las arrugas del piso, las manchas del techo. Tal vez lucha consigo mismo para no enmohecerse, para no desparramarse en la postración o el delirio, manteniendo encendida la esperanza como una vela casi sin pabito; consciente, sin embargo, de que el derrumbe en la desesperación sería el triunfo del otro, del enemigo-otro. Habría que retroceder varios tramos en la historia para hallar prácticas de un sadismo tan explícito. En un concepto moderno de la justicia, ni los criminales más atroces e irrecuperables son sometidos a este tipo de tortura moral, de castigo sin tregua. Sólo nueve rehenes, cada uno de los cuales probablemente ni siquiera sepa qué pasó con los ocho restantes.

Cada vez se habla menos de ellos. Por eso esta nota sólo quiere ser un memorando, un recordatorio. No olvidemos que si los revolucionarios triunfantes reciben honores y admiración,

y aun sus enemigos se obligan a respetarlos, los revolucionarios derrotados merecen al menos ser considerados como seres humanos».

Grito de guerra: ¡estamos vivos!

MR: Una vez que El Lacra nos hubo quitado desde los piolines de zapato hasta la visita, terminó aburriéndose, muy seguro de que estábamos en la última llaga y carentes de recursos.

FH: Nos fue posible entonces pensar en otras actividades que complementaron el plan de lucha trazado.

MR: Nos dedicamos, más que en otros lados y épocas, a escribir con el objetivo de sacar, cárcel afuera, nuestra producción.

FH: Objetivo hartito difícil...

MR: Escribir también lo era. Debíamos conseguir el material elemental: papel y lápiz. Esconderlo.

MR: Con letra bien chiquitita.

FH: Le tenían terror al lápiz en nuestras manos...

MR: Revisaban la celda para eso.

FH: Nosotros escondíamos.

MR: Le dejábamos carnadas a El Lacra, quien se las llevaba eufórico... Pero muchas veces perdimos. A lo largo de ese periplo me requisaron para siempre, obras de teatro, novelas, poemas...

Y era, además, una manera de traspasar el más allá del muro con nuestro grito de guerra: «¡Aún Vivo!». Que grabamos con letra muy pequeña en hojillas de fumar, escondidas en los dobladillos de la ropa sucia. Así, algunas cosas pudimos «sacar». Otras, hacerlas y guardarlas. Los poemas, por ejemplo, tenían la virtud de ocupar poco espacio y ser memorizables...

FH: Para el verdugo éramos bultos depositados en tres nichos... Y se lo creía a pie juntillas.

MR: En Paso de los Toros escribí *El hijo que espera*, *El saco de Antonio*, *El combate del establo*. Una obra para niños en verso y dos actos: *El gran bonete*; una colección de sonetos: *Mi amor por la Margarita*, *Conversaciones con la alpargata*.

Vos fuiste a la vez, todo mi público y crítico literario.

FH: Había que pensarlas, escribirlas, meditarlas, corregirlas y sacarlas lo más pronto posible...

MR: Casi un imposible.

FH: Objetivo central: «Estamos vivos».

MR: Ese era nuestro mensaje para afuera. Y también para adentro: nuestro «adentro».

De las primeras cosas que hice, fue las *Conversaciones con la alpargata*. Versos breves, sintéticos, comprimidos. Diálogo con mis alpargatas que a veces eran tales, otras un gato, o yo mismo. Muchos de estos poemitas se perdieron, otros lograron sortear la vigilancia.

El saco de Antonio era la expresión de nuestra situación, en una metáfora y una afirmación: no sólo de pan vive el hombre, también de sueños. El aparato aquel que atormentaba a Pepe lo atormentaba realmente... ¡Existía! Los sueños también pueden matar...

FH: Operaba como si existiera...

MR: Pero los sueños nos permitían vivir. Vos escribiste una novela *Postulado*, basada en una colección de cuentos, cuyas raíces fui conociendo a lo largo de años...

FH: Yo era pragmático y utilitario o por lo menos lo fui en las dos oportunidades en que escribí algo para intentar sacarlo. Ya relaté cómo en 1981, a la altura de diciembre, hice un cuaderno con dibujos. Ahora en 1982, «gracias» al verdugo que nos hacía la vida imposible, comencé a escribir en una sola obra la serie de cuentos que tenía en la memoria. En ambas oportunidades perseguía un fin concreto y bastante extra-literario: mandar para «afuera» un mensaje de nuestra real situación. Era un modo de militancia, un modo de combatir contra el verdugo. Hacer llegar del mismo modo que un náufrago lanza la botella con el papelito al mar. Para que hubiera también una constancia...

MR: Especialmente pensando en el caso de tener que pudrirnos allí.

FH: Sí. Que algo quedara. Pero darle también un sentido al tiempo muerto y darle a los de «afuera» algo que les sirviera para la lucha.

Los cuentos fueron escritos, tuvieron que ser escritos de modo que si pasaban bajo los ojos del verdugo, este los reputara inofensivos... Un pasaje de aquel libro escrito en 1982:

Geometría (no euclidiana)

«Todas las cosas están situadas en el futuro.
Vivimos rodeados de futuro. Decir 'allá' es decir 'luego'.
Todo es tiempo/no hay espacio/Decir 'te besaré' es decir 'no alcanzo'/
Decir 'es chica' es decir 'tiene diez años'/Decir 'ella está lejos' es sentir la manecilla de un reloj caminando, caminando, caminando...
Punto: lugar que no tarda.
Línea: lugar que tarda sólo a lo largo, sin mirar para los costados. Fanáticamente...
Superficie: lugar que tarda a lo ancho y a lo largo.
Espacio: lugar que tarda para todos lados.
Beso tuyo: lugar que duró veinte años.
Se puede abreviar el tiempo que se tarda en caminar un espacio o sea que podemos comprimir el espacio. Pero no podemos de ninguna manera comprimir el tiempo. El tiempo perdido es irrecuperable. El espacio perdido no.
El pasado sólo sirve para componer el espacio mediante la memoria y no tiene existencia propia: la memoria le da vida. En consecuencia, el espacio es una estructura de la memoria. Fuera de la memoria sólo existen puntos.
El olvido es el contraespacio, la antimateria, la disolución del Universo.
Desintegrar el átomo no es más que olvidarlo. Liberar su energía no es más que lanzar el pasado, el presente y el futuro al caos del olvido: quebrar las potentes alas del recuerdo.
Teorema: al ser la distancia futuro, el futuro no es más que distancia. Yo seré viejo dentro de veinte kilómetros.
Entonces yo estoy viejo allí, ahora.
Demostración: No conozco el lugar de mis 90 años sólo porque no lo veo, pero existe allí, esperándome, tal como existe ahora Montevideo aunque no lo veo.

En la represa de tal lado existe ahora una turbina en mi futuro (desde que está a 'x' cantidad de kilómetros). Pero ella ya existía desde que un ingeniero la puso en un proyecto: existía a los 'x' kilómetros del espacio que fue necesario recorrer para ir juntando, puñado a puñado, las cosas que la fueron haciendo posible. Como una cristalización.

Todo lo que existe, construido por el hombre, incluso la vaca, es obra del movimiento. Del espacio recorrido por cada ladrillito que hubo, indefectiblemente, que mover.

Hay cosas que existen porque sí, y hay otras que existen porque el hombre se lo propone. De modo que el hombre, capaz de hacer proyectos, es capaz de poner ya, turbinas en el futuro.

La idea, esa nada etérea, está poniendo rotores colosales, a pulso, donde se le antoja. Cometemos el error de creer que el futuro es parecido al pasado, es decir: que no existe; que es un sueño, una imaginación, un hijo del delirio y ni siquiera, obra de la memoria. —Pero no: eso, todo eso, es propio del pasado y no es lícito generalizarlo irresponsablemente.

El futuro es espacio porque el espacio es tiempo.

El espacio es curvo, porque el tiempo es curvo. El pasado está en el futuro. Creo que la demostración es convincente... y si no lo es, podemos deseirla.

Cuando no se puede prever ni calcular el futuro, no hay más remedio ni más deber que deseirlo.

Los deseos están excluidos de la lógica ¡Qué injusticial ¡Es un desperdicio! Un derroche. Por algo tenemos los deseos implantados... Para algo. 'La creencia se basa en el deseo'.

Hay que crear la 'Lógica de los deseos'; la Desoría; una Deseología... llegar al Deseísmo si hace falta...

Para que haya movimiento son imprescindibles por lo menos dos cosas... y algo que las mueva.

Para que haya tiempo es imprescindible el movimiento. Para movimiento y tiempo no se necesita espacio (Yo puedo medir la duración del sufrimiento entre dos hombres) ¿Entonces, para qué sirve?

Pero para tiempo y movimiento es imprescindible la memoria.

¿Y la energía? Debe ser el tercero en todas las discordias.

Un punto de referencia en torno al cual establecer todas las relaciones, es tan misteriosamente necesario para el ser humano que sin una moneda que funcione no puede vivir.

Hay tantos puntos de referencia arbitrarios, que bien se puede postular alguno que produzca como fruto el bien.

Puede haber una demostración de cualquier cosa por los resultados.

Algo así como: 'sería bueno que fuera verdad aun por las meras consecuencias prácticas que originaría'.

El deseo, la voluntad, la corazonada, la elección, 'instalan'.

En muchas cosas y en muchas circunstancias no hay más remedio que «instalarse» para tener una perspectiva, para poder dar comienzo a algo que luego se justificará por sí mismo, o que hallará las claves de su explicación en el medio del camino...

¿Me contradigo? ¿Y qué?

Hoy es 17 de noviembre. Sopla un tenaz viento del norte. Este viento me pone los nervios de punta... Tengo viento... Me siento mal de los vientos... Tengo irritado el viento...»

MR: Duras limitaciones las nuestras y aún así era jugarse una lotería. Hacer algo que aunque lo vieran, pasara...

FH: Pero que atentos lectores, finos lectores de los que saben ver entre líneas, recogieran lo más completa posible nuestra peripezia. Estuve trabajando meses en eso.

MR: Muchas veces había que suspender, romper, esconder, parar, conseguir material...

FH: Mis cuentos salieron ante las narices del verdugo y eso que eran centenares de páginas...

MR: Perseguía pulgas y le pasaban los elefantes por el costado.

FH: Algo así como lo que les pasó a los asesinos del ejército argentino cuando debieron combatir en las Malvinas...

Afuera, quienes pudieron leer mis cuentos, recibieron el mensaje contenido en ellos porque sabían de dónde provenían. Un librito como ese resulta incomprendible si no se sabe su origen. Tal vez hoy un lector común pueda entenderlo a cabalidad luego de leer estas memorias que ambos venimos haciendo, porque en ellas están las claves de nuestra literatura. De otro modo, tus *Conversaciones con la alpargata* serían cosa de loco.

MR. En cierto sentido, lo son. Todas aquellas producciones no son mucho más que este mismo relato poetizado y disfrazado...

Las claves de nuestra literatura

FH: La epopeya de los calabozos plasmada en obras literarias...

MR: Pero hay que conocer muy bien el mundo de los calabozos para entender cabalmente esa literatura.

FH: Cada hombre que hace literatura lo hace vinculado al mundo en que vive. No puede hacer otra cosa.

MR: El problema es que aquel mundo sólo lo conocimos nosotros y todos aquellos que pasaron por él.

FH: Un mundo inexplicable. Insólito.

MR: Teatro y novelas para rehenes. Para hombres en el calabozo.

FH: Pero el mundo y muy en especial América Latina ha tenido miles, decenas de miles, centenas, habitando ese mundo.

MR: Estas obras son testimonio de una parte del mundo.

FH: Forman parte se quiera o no, guste o no de la cultura forzosa de este siglo.

MR: Porque esas cosas existen. Son una realidad de nuestro tiempo. Además, para nosotros el «más allá» del muro fue en cierto momento nada más que un problema de fe.

FH: El volumen de la deuda externa contraída por Uruguay y la guerra de las Malvinas llegando como datos aislados a nosotros, costaba creerlos. Había que tener mucha fe en dichos datos. Vaz Ferreira dice haber conocido una buena anciana que «creía en la Virgen con la fe sencilla con que creemos nosotros en el mundo exterior».

MR: El mundo nuestro era de locos pero el de afuera no se le quedaba muy atrás.

FH: Nosotros podemos estar mintiendo o inventando todo esto. Lo que los desaparecidos vivieron acá y en Argentina también, es cosa que cuesta creer para quien no haya pasado por situaciones similares.

FH: Hasta las leyes físicas reinantes en los calabozos deben ser explicadas para entender su literatura.

MR: El sol allí no sale por el este. Sale por un agujerito, cuando sale.

FH: Allí llueve por goteras...

MR: La primavera es anunciada por las moscas pesadas...

«¡Sobrevivan!»

FH: En aquella primavera fue que llegó aquel soldado medio borracho a recorrer uno por uno nuestros calabozos y a decirnos tan sólo una palabra: «Sobrevivan».

MR: Con los ojos llenos de lágrimas y mirándonos fijo: «Muchachos sobrevivan».

FH: «Yo sé por qué se los digo. Falta poco ¡Fuerza! ¡Sobrevivan!»

MR: No creíamos que faltara poco.

FH: Estaba medio borracho.

MR: Por eso escribíamos testimonios...

FH: Testamentos.

MR: Para sobrevivir en ellos.

FH: Y esto que ahora estamos haciendo, es nada más que eso: un testimonio.

MR: Porque lo que el pueblo pasó no hay juez ni justicia que pueda repararlo.

FH: Los penales de Libertad y Punta de Rieles, todos los calabozos, las salas de tortura, los cuarteles, la sala 8 del Hospital Militar...

MR: Levantar un testimonio que vaya más allá de la simple denuncia con destino administrativo y judicial.

FH: Es en el alma del pueblo y de las futuras generaciones que hay que estampar la denuncia.

MR: Única y verdadera reparación que pueden recibir quienes quedaron para siempre, para que su sacrificio no sea vano...

FH: Esto de hoy, lo que estamos haciendo ahora, sí que es una verdadera fantasía...

MR: Un canto a la vida. Como el de aquel hombre medio borracho y sincero: «¡Sobrevivan!»

De las cacerolas y los desfiles

FH: Es más o menos a la altura de los últimos meses de 1983 que a nuestros oídos comienzan a llegar extraños comentarios hechos en voz muy bajita y tono preocupado: mencionaban la palabra cacerolas, como si mencionaran la palabra veneno.

MR: Por lo general se trataba de soldados enfermos que habían ido a Montevideo al Hospital Militar y regresaban...

FH: Portadores de insólitas noticias...

MR: Se formaban en torno a ellos, en las largas horas de la guardia, corrillos cuchicheantes. Nosotros, con tantos años en los cuarteles, percibíamos claramente cuándo el tema que ocupaba la atención de los soldados se salía de lo rutinario...

FH: Comenzamos a parar atenta y temerosamente las orejas...

MR: Así, tiempo al tiempo, dato pescado acá, dato pescado allá, nos enteramos de las caceroleadas...

FH: Como de una misteriosa y masiva actividad nocturna de ciertos barrios montevideanos... Esa era la versión interpretada por nosotros a partir de datos muy fragmentarios.

MR: No creo que los soldados tuvieran una versión mucho mejor que la nuestra, pero lo que sí se les podía percibir, porque estaba en sus ojos, en sus actitudes, en la piel del clima reinante, era el asombro...

FH: Y una creciente desorientación.

MR: Otro de los indicios que llegó a nosotros fue aquel extraño desfile militar en San Gregorio de Polanco...

FH: Nosotros sabíamos siempre cuáles eran las grandes actividades del cuartel porque eso es inocultable. Y una de ellas son los desfiles militares. Pues bien: sabíamos que iba a haber un gran desfile en San Gregorio de Polanco.

MR: Cuando los soldados volvieron de aquella parada militar, estaban alborotados, discutidores, sorprendidos, enojados...

FH: Eso mismo fue lo que nos permitió enterarnos.

MR: Resultó ser que, al decir de ellos, todo el pueblo de San Gregorio les había cerrado las puertas.

FH: Desfilaron en un pueblo de calles desiertas.

MR: «Ni los perros se vieron», manifestaban.

FH: Para colmo, decían, el único civil del pueblo que salió a su paso era un muchacho enfermo, mal de la cabeza, parece que muy conocido en San Gregorio, quien, en su delirio, se puso al frente de las tropas imitando las voces de mando de los jefes y los gestos rituales de los oficiales, enarbolando un palo a guisa de sable y gesticulando grotescamente...

MR: Lo que les provocaba al son del severo paso marcial, una risa que debían contener y, al mismo tiempo, les ahondaba otra sensación que no se sabían explicar bien...

FH: El sentido de su propio ridículo.

MR: Mandaron en el correr de esos días, nutridas huestes disfrazadas de civil a investigar el tamaño desacato popular.

FH: San Gregorio estaba llena de sediciosos...

Las tribulaciones de Abril

FH: Habíamos sido traídos a Paso de los Toros el 16 de abril de 1982, mes que no podíamos olvidar y que pendía siempre sobre nosotros como la espada de Damocles.

MR: Cuando nos acercábamos a la fecha, tanto en 1983 como ahora, comenzábamos a tomar previsiones referidas al posible traslado de rutina...

FH: Buscábamos captar indicios en la guardia que nos pudieran permitir adivinar si se preparaba un traslado.

MR: Nunca respirábamos tranquilos hasta un mes después de esa fecha...

FH: Que coincidía con la del 14 de abril, elegida siempre por ellos para mortificarnos de algún modo extra.

MR: Ese era nuestro estado de ánimo. Estado de alerta, diríamos.

FH: Entonces llegó aquella noche, la del miércoles 11 de abril de 1984. Serían aproximadamente las...

MR: Estaban tocando retreta. Todavía no habían tocado retirada de retreta. Me acuerdo bien porque yo aún estaba lavando unos pedazos de papa que pude rescatar del plato de mondongo podrido. Y se trataba de apurarme porque debía oscurecer mi calabozo.

FH: Yo estaba haciendo precisamente eso, colocando una pantallita de papel frente a la eterna lamparita y colgando el jabón de la pared porque las ratas ya andaban por el corredor esperando el silencio y nuestro sueño.

MR: Como quien dice, estábamos haciendo las tareas propias del hogar...

FH: Ajustando los piolines de la carpita para la lluvia...

MR: Cuando de pronto sonaron, fuera de rutina, los goznes de las rejas...

FH: Y se hizo arriba, en la sala de guardia, un silencio ominoso.

MR: Quedamos tensos, nuestros oídos apuntados en aquella dirección...

FH: Pronto sonó, metálica, dura, cruel, la tranca de la otra reja, la que conducía directamente al baño o a los calabozos.

MR: Las ratas del pasillo corrieron en todas direcciones refugiándose en los oscuros calabozos vacíos. Alguien, fuera de la rutina de las catacumbas, venía.

FH: Bajaba con pasos desacostumbrados a la caverna.

MR: Oímos de inmediato la voz conocida de un cabo del S2 en el nicho de Mujica: —«¡No se acuestel!» «¡Espere órdenes!»

FH: No necesitamos más: ¡habíamos perdido otra vez!

MR: La misma orden tajante y seca fue vomitada dentro de mi calabozo y el tuyo.

FH: Quedamos en vilo. Era evidente que aquel cabo no estaba de guardia: lo habían mandado venir de su casa a esas horas para eso...

MR: Gravísimo.

FH: Al ratito, nos entregan todas las cosas. Aquellas que nos habían sacado en las furiosas requisas de hacía un año...

MR: Las entregaban al solo efecto de que las empaquetáramos como para... viaje. Viaje de arena gruesa.

FH: Y que hiciéramos con ellas un inventario, para el que nos dieron lápiz y papel a cada uno... —«Una lata para orinas, dos rollos de papel higiénico, un jabón a medio usar...»

MR: Y chau. Así se titula el poema de despedida:

«Ya hice mi equipaje, chau.
Cobija, tabaco y lata.
Turbio cotorrito
de dos por uno, chau.
Ya vendrá —vendra—
a ocuparte alguno
trayendo embolsada
una esperanza. Chau.
Arañará —arañaré—
la inicial en el muro,
y algún día como hoy
de apuro
también el —yo—
cotorrito, chau
Otro charquito
de perro
nos espera:
la vida es vida, cotorrito,
hasta inmundada. Chau.
Chau, cotorrito...
¡Que Dios te hunda!»

FH: De acuerdo a la rutina, nos correspondía ir a la División del Ejército N° 2, aquella del aljibe en Durazno, aquella donde los rehenes estaban de a uno rotando por distintos cuarteles...

MR: Era, además, la fecha justa. La previsible.

FH: ¡Qué destino! Nuevamente pensábamos en el cuento del gallego: las caceroleadas, las consignas, el acto del Obelisco, aquellos indicios que nos marcaban a un pueblo en lucha, eran contestados por ellos como siempre: «¡Peguen, peguen, que cuanto más peguen ustedes más cobran estos!».

MR: Por la ventanita del corredor que daba en dirección al parque de vehículos, venían ruidos des acostumbrados: motores que se ponían en marcha, voces de mando perentorias, ajetreos inquietantes a esa hora de la noche.

FH: Había tocado silencio y seguían... «Pico y pala, Ñato, cavemos bien hondo los refugios de nuestra soledad», me volvías a soplar por la puerta en voz bajita mientras empaquetábamos nuestras pocas cositas...

MR: «Nunca se acaban los males; van poco a poco creciendo»; el verso del Martín Fierro venía cayendo de la boca de Mujica desde hacía varias cárceles, ante cada circunstancia parecida.

FH: No faltaba tampoco alguna broma bien negra entre nosotros: «Preparen el linimento, muchachos».

MR: «Y el agüita oxigenada».

FH: «¿Llevás curitas?»

MR: Vos nos cantabas en esos momentos el jingle del Ministerio de Turismo: «Punta del Este es suya, kilómetros de playa lo esperan...»

FH: Creo que fue aquella noche, cuando por primera vez, desde una radio que prendieron en la herrería escuchamos *A redoblar...*

MR: «A redoblar muchachos esta noche...»

16 de Abril de 1984

FH: Y, justamente, cuando se cumplieron con toda exactitud los dos años de nuestra estadía en Paso de los Toros, el 16 de abril de 1984, antes del amanecer, resonaron todos los goznes y todas las cadenas.

MR: Prendieron los motores de varios vehículos en el «parque».

FH: Ladraron y gruñeron los perros militares.

MR: Oímos el retintín de las esposas mientras las estaban probando.

FH: Ajustaban el mordiente de sus criques.

MR: Bajaron cabos, soldados y sargentos vestidos para el combate...

FH: Camuflados, con cascos de acero, granadas, bien dormidos y bien entrenados...

MR: Armados hasta los dientes.

FH: Se llevaron nuestros bultos.

MR: Quedamos en los calabozos pelados, desolados, mirándolos por última vez, pensando que a lo mejor otro rehén vendría a habitarlos en unas horas; que tal vez nosotros, luego de una ronda de años o lustros, volveríamos a ellos...



FH: Se llevaron escaleras arriba al Pepe. Su calabozo quedó vacío...

MR: ¡No te adelantes Ñato! Antes que se llevaran a Pepe, cuando ya se habían cargado los bultos, le pregunté el destino a uno de aquellos soldados que trajinaban por las catacumbas a esas horas: «A Libertad», me dijo en voz bien bajita.

FH: Y recuerdo que en un fugacísimo instante en el que allí, en el corredor, no quedó soldado, mientras subían un paquete y bajaban unas llaves, nos llamaste nerviosamente y dijiste tan sólo una palabra: «Libertad».

MR: Casi enseguida nos llevaron.

FH: Dejábamos dos años de nuestra vida en aquellos calabozos.

MR: ¿En cuáles dejaríamos los próximos?

La «isla»

MR: Habíamos cerrado un larguísimo camino...

FH: La noria de las vueltas chiquititas daba ahora una enorme vuelta.

MR: Volvíamos al lugar de donde habíamos salido, once años y siete meses antes...

FH: Nosotros tres fuimos los últimos rehenes en llegar allí. Luego supimos que a los seis los movieron aquella primera noche la del miércoles 11 de abril de 1984. Se ve que en nuestro caso se rompió algún vehículo o hubo otro imprevisto por el estilo.

MR: Los días de incertidumbre vividos desde el miércoles al lunes...

FH: Nuestra familia, enterada del traslado de los otros, festejado además como un gran triunfo, daba vueltas y vueltas por distintas oficinas en busca de nosotros, que permanecimos desaparecidos durante esos días ya que ni estábamos en Paso de los Toros ni en Libertad.

MR: Yo aún dudaba de estar en el penal. No lo podía creer. Mientras el médico me revisaba, le pregunté: «¿Estoy en Libertad?» —«Por supuesto», me dijo... Y aún así no lo creí totalmente.

FH: Demasiados fraudes nos había hecho el destino...

MR: No identificaba los calabozos aquellos como del Penal. Veía la mesa de hormigón, la taza sanitaria... Igual pedí, exigí mi lata para mear. Me la negaron terminantemente. La sigo pidiendo a gritos. Viene el médico. No entiende nada: —«¿Qué le pasa?» «La lata», digo «¡Quiero la lata!»

FH: La "isla" del Penal de Libertad, de triste fama, parece, mirada desde afuera, un chalecito inofensivo. Sonriente. Por dentro es siniestro. Luego de una triple reja que controla su entrada, hay un pequeño salón en el que desembocan tres pasillos, uno por cada costado y otro exactamente por el medio. Cada uno cerrado por una poderosa reja. El del medio, por dos. La "isla" está dividida en tres partes totalmente estancas. Aisladas unas de otras y con relación al exterior. En cada una de esas tres partes, a las que da acceso cada uno de los tres pasillos, hay cinco calabozos. Total: quince.

MR: Es magistralmente sádica la pendiente ascendente de sufrimiento calculada por el arquitecto. Los cinco calabozos más «suaves» son los del fondo. Tienen mesa, cama y banquito de hormigón. Taza sanitaria y una piletita con canilla... En todos los casos el agua se maneja desde afuera. O sea que para la más mínima necesidad, beber, lavarse, limpiar la taza, se debe acudir a la guardia, la que, según la orden, las ganas o el caso, la dará o no.

FH: Gozan, los calabozos del fondo, de una ventana alta de vidrio común, con fuertes rejas, por la que se ve el cielo y por la que a ciertas horas, en ciertas épocas del año, puede lograr entrar el sol.

MR: Los cinco calabozos del lado izquierdo ya son para hacer sufrir un poco más. El arquitecto puso aquí piletas más groseras, le quitó toda ventana y puso vidrios gruesos y opacos muy bien estudiados a los efectos de que pase la luz mínima, tan mínima que no sirve para nada, o mejor dicho, para mucho: atormentar. En esos calabozos reina, día y noche, la penumbra. No tienen contacto sus paredes con el exterior, es decir sus cuatro paredes dan a la parte interna de la "isla". Están contruidos dentro de la "isla".

FH: Los cinco del lado derecho son la escala suprema del sufrimiento. Aquí el arquitecto llegó a su clímax...

MR: A lo sublime...

FH: Se logró. No tienen pileta, no tienen mesa, ni banquito, ni cama de hormigón; sólo un agujero y un caño para el agua de la taza sanitaria, que sirve a todos los efectos. Y que cuando se abre desde afuera, ya sea por pedido del preso o por capricho de la guardia, suelta un fuerte chorro de agua que moja todo el calabozo. Además de la puerta de hierro tienen una reja que lo parte a la mitad. De modo que el preso no tiene casi dónde moverse.

MR: Redondeando esta obra de arte, la ventilación está pensada de tal modo, que durante el invierno entra, por unos respiraderos ubicados contra el piso, un fuerte «chijete» de viento helado. Respiraderos que durante el verano no son suficientes para proporcionar aire a quince calabozos totalmente aislados del exterior.

FH: Los nueve rehenes fuimos instalados allí. Tres en cada sector de cinco calabozos, dejando entre rehén y rehén uno vacío. Seguimos incomunicados; con el resto del penal y entre nosotros.

MR: De cualquier manera, aquella isla donde habían «suicidado» a compañeros, era para nosotros, que veníamos de donde veníamos, habitaciones del Sheraton con baño privado.

A dos carrillos

FH: ¿Te acordás cuando trajeron la primera comida?

MR: Después de un año largo a mondongo fermentado, ver aquellos guisos de fideos gordos en platos hondos y hasta el borde, es un hecho inolvidable... ¡Y que encima te preguntaran si querías más! Uno siempre contestaba que sí. Que sí, tres o cuatro veces, hasta reventar, temiendo que mañana no volverían...

FH: Trajeron, aquella primera vez, una bandeja con pedazos de vaca.

MR: Tumba. Maravillosos huesos garroneros, con carne cartilaginosa y nervuda, placer de nuestros molares anquilosados.

FH: Tumba; y yo comencé a dividir uno de aquellos pedazos entre tres... «¿Qué hace?», me dijo el soldado. «¡No, no! agarre ese pedazo y apúrese», me ordenó. Yo no lo podía creer: ¡este pedazo para mí solo! ¡Un pedazo normal de carne hervida para mí solo! Pero el colmo fue cuando me trajeron una naranja... A partir de entonces comencé a pelear por ella, porque al mediodía siguiente no me la dieron. Pensé que, como en cualquier cuartel, me la estaban robando. Comencé a golpear la puerta. —«¡Quiero mi naranja!»— «No vino», me contestaban.

MR: ¡Anda a creerle!

FH: —«Comúnqueme al sargento o al oficial encargado que acá tengo papel y lápiz y voy a apuntar bien lo que me dan en cada comida, y al primer jefe que pase por acá se lo voy a mostrar. No me gusta «arrimarle bochas a nadie» pero si me roban la comida no tengo más remedio...»

MR: Era prevenir las hambrunas cuarteras que siempre comenzaban por esas raterías...

FH: Siento que en voz bajita el soldado llama: —«Mi teniente, mi teniente». Y enseguida la voz del oficial, también bajita, contra la reja del corredor: —«¿Qué pasa?»— «El viejo de la ó debe estar loco...»

MR: Usaban para referirse a nosotros la palabra «viejo», y eso nos desconcertaba. «Estos hijos de puta tienen un viejo en la "isla", pensé. Pero no. Era que ayer nomás, diez años antes, nos habían sacado de allí mismo, todavía con pelo.

FH: «Debe estar loco: dice que va a apuntar todo lo que le damos de comer...» Se hizo un silencio en el que yo adivinaba al teniente rascándose la cabeza y luego oí su voz: —«Y bueno, si quiere escribir, deje que escriba todo lo que quiera...» Ahí me di cuenta que no me estaba robando ninguna naranja, que aunque me la estuvieran robando, no era para armar tanto lío...

MR: O sí. Una naranja era esfera, color, vitamina C, un sol naciente para mondar, cáscara para un té. «Aplaca la sed y perfuma el aliento», Nato. Una panacea.

FH: Teníamos una conducta muy apropiada para la defensa de la vida en los cuarteles, pero que comenzaba a no serla al llegar a la isla del Penal.

MR: Donde, como el ganado flaco, nos habían puesto en «invernada». Para un observador cualquiera, nuestra conducta objetiva era «anormal».

FH: Neurótica, por lo menos.

MR: Pero sin ella hubiéramos sucumbido en los calabozos cuarteros. Lo «anormal» de nuestras reacciones, era «normal» en el contexto del que veníamos.

Nepo

FH: Estábamos a principios del invierno. Fines de abril, comienzo de mayo, cuando nos sacaron luego de varios días al «recreo». Lo hacían inmediatamente después del almuerzo, por lo que debíamos comer a las apuradas.

MR: Nos llevaban a campo traviesa por el costado del enorme edificio del Penal para que los presos no nos vieran, y en dos tandas: una de cuatro y otra de cinco...

FH: Al espacio que hay entre las poderosas columnas que sostienen el edificio, también para que no nos vieran los presos. Allí teníamos nuestro «recreo». Soplaban el viento, no había sol y debíamos pasearnos de a uno ante una nutrida y atenta vigilancia con prohibición expresa y tajante de hacernos señas.

MR: Allí pudimos ver, por primera vez, a los demás rehenes. Y nos pudimos ver, de cuerpo entero, entre nosotros mismos.

FH: Desde aquel recreo fugaz e insólito de Laguna del Sauce en 1981 no nos veíamos...

MR: El aspecto de ustedes era como el de los habitantes de Treblinka. Flacos; El Pepe con la nariz afilada y los labios hundidos, vos, escuálido, amarillento, con el cráneo reducido, perdido dentro de un gorrito de Peñarol...

FH: El tuyo no se quedaba atrás. Tu esqueleto bailaba dentro del uniforme y tu tono era como el suyo: gris.

MR: En la tanda de cuatro salíamos nosotros tres con Nepo y, el primer día, me tocó trillar cerca suyo. En el libro *Adolfo Wasem, el tupamaro* he relatado así aquel reencuentro con él:

«Se había dejado el bigote, tenía la misma mirada asombrada y serena de siempre, y en la cabeza rapada, bajo la gorra que se quitó para que lo viera, una enorme cicatriz que le cruzaba el cráneo y hacía un ángulo en la nuca. Zapatones negros y esa gorra a cuadros que finalmente me iba a dejar en herencia. El uniforme gris de reglamento le quedaba grande por lo flaco y sobre el corazón lo etiquetaba el número reglamentario: 812. El mío era 813.

Nos miramos de lejos, sin poder hablar. Buscábamos antes que nada los indicios del equilibrio psíquico, esos que se detectan primero en la mirada. Si apagada, la cosa no andaba bien. Pero echaba chispas. Firmeza al andar, verticalidad del torso. Entramos a trillar suave a pesar del frío para pastorearnos bien. Entonces yo apreté el paso con energía y él hizo lo propio. Era una manera de comunicarnos el grado de integridad. Fue recién entonces que nos hicimos esa seña carcelera del índice y el pulgar extendidos y horizontales bajo la nariz, esa seña que de tanto uso tiene voz: 'Bien'. El Nepo, con un cáncer atormentándole la cabeza, hacía la seña de 'bien».

Televisión en colores

FH: Poco a poco iríamos viendo a los demás rehenes. En la visita, por ejemplo a mí me tocaba ir con Engler. La primera vez que nos vimos fue allí. A él, que estaba con las facultades trastornadas lo sentaron en otro «locutorio», varios vidrios por medio pero frente a mí. Comenzó a hacerme morisquetas y yo a él, en una competencia seria para ver quién hacía reír al otro primero... Me ganó. «Tan loco no estás», pensé. Pero era un esqueleto con mameluco.

MR: Una noche vinieron con la orden tajante: «Agarre una frazada y salga».

FH: ¡Qué susto me pegué! Inmediatamente pensé en traslado...

MR: Nos pusieron de pie contra una pared y trajeron otros rehenes. Por el rabillo del ojo vi que también traían frazadas...

FH: A esa hora de la noche y con el despliegue de guardias que había, la cosa venía feísima. Yo estaba esperando de un momento a otro la venda en los ojos, la capucha y los alambres en las muñecas.

MR: En un tono seco, destemplado y enérgico, un oficial a nuestras espaldas, como hablándole a la pared, nos dijo que... íbamos al cine.

FH: «Ay, Ñaño, la paliza que te van a dar!», pensé.

MR: ¡De película!

FH: ¿Qué habrá hecho la gente afuera?, me dije.

MR: Nos sacaron en hilera reglamentaria, dos tandas otra vez, rodeados de un enjambre de soldados.

FH: No vinieron los alambres ni las capuchas. Por el contrario, recuperamos la noche...

MR: Hacía diez años y medio que no veíamos las estrellas...

FH: Y la noche aquella, ¿te acordás?, estaba cuajada de estrellas. Yo las iba mirando aprovechando tal vez la única oportunidad que se me daría para guardarlas nuevamente en la memoria... ¡Iba tropezando contra todos los pozos y bultos del campo... Recordé aquella vez, la única, que pude ver la luna en Santa Clara...

MR: Yo también, hasta que me di contra el que iba delante mío y comprendí que toda la fila de rehenes iba haciendo lo mismo...

FH: «¿Qué están haciendo? Déjense de mirar las estrellas», ordenaron en vano.

MR: Era una fila de borrachos tropezante, embriagada, embozada de estrellas.

FH: Respiramos hondo cuando vimos que era verdad. Que no nos llevaban a ningún lugar raro sino que por el contrario, subíamos las escaleras entrando al edificio del celdario, aquel del que nos habían sacado hacía más de una década.

MR: Todos los presos estaban encerrados. Las luces de cada celda aún estaban encendidas. Reinaba el silencio.

FH: Nos dividieron en dos tandas: Cuatro para un ala; cinco para otra...

MR: En el primer piso de la cárcel.

FH: Nos hicieron sentar en el suelo sobre las frazadas, bien apartados unos de otros, para evitar la más mínima comunicación, frente a un televisor que colgaba del techo.

MR: Un corralito de soldados nos escudriñaba.

FH: Unos días después, autorizaron a escribir cartas y yo le mandé una a Graciela, mi esposa, presa en Punta de Rieles. Aún tenemos esa carta. En ella le contaba lo que venimos relatando:

«La primera vez en mi vida que vi televisión en colores yo estaba sentado frente a una pantalla apagada, con el gorro de lana de Peñarol, que vos o mi madre me tejieron, y de pronto (yo no sabía qué iba a ver ahí), se encendió esa maravilla. Un señor dijo que los televidentes tuviéramos muy buenas noches, que ese era un polideportivo y, entonces, a una velocidad de cosas y de color insólitas para mis lentes que quise limpiar de apuro, estalló en mis ojos la boca del túnel que vivía en mi memoria más antigua, tan antigua como mi conciencia de mí porque se pierde en el amanecer de mi niñez, y por ella fueron saliendo como duendes amarillos y negros, once muchachos que pudieran ser hijos míos, y yo, hincha rabioso, no reconocía a ninguno porque nunca los había visto. Como si eso fuera poco, vos, que conocés mi locura por el ciclismo, comprenderás lo que habré tenido de suerte al coincidir esa grabación (porque era una grabación) con la Vuelta Ciclista y poder ver algunos pedacitos. Luego, más tarde, en la cama, cavilaba y me hacía reproches porque por mirar los goles para no perder el más mínimo detalle, me olvidé de mirar el estadio que era el detalle más grande de ver para alguien que hace una ponchada grande de años no lo ve».

Adiós muchachos

MR: Aquel sistema de recreo era absurdo y nosotros seguíamos reclamando de mil modos una situación normal. También nuestras familias. Era evidente que afuera la situación política mejoraba porque un día, el 21 de mayo de 1984, vamos a lograr una nueva parcela de libertad arrancada a los mandos: se nos avisa que vamos a tener el recreo en las canchas; y cómo éstas se encuentran a la vista de las 250 ventanas de celda que dan a ese lado, iban a correr el tremendo riesgo —véase el grado de su generosidad— de que los presos instalados en ellas nos vieran. Eso sí: íbamos a salir en dos tandas en horas diferentes e iríamos uno a cada cancha: las dos de fútbol, la de basquet y la de voleibol, aisladas unas de otras por sendos alambrados. Como una de las tandas sería de cinco, no habría más remedio que dos rehenes compartieran una de fútbol separados por la

línea del medio que, nos advertían, bajo ningún concepto podría traspasarse.

FH: En ese caso ponían dos soldados a cuidar la raya como los *linesman*. Les faltaba la banderita y un pito.

MR: Severos, enérgicos y amenazantes, nos advierten largamente que no podemos bajo ningún concepto mirar hacia las ventanas, levantar la vista hacia allí, hacer gestos...

FH: De todos modos era un gran acontecimiento. Ahora podríamos caminar, tomar el sol, correr, hacer flexiones...

MR: Para volver, nos pusieron otra vez en fila india. Nepo, el más audaz, fue el primero en hacer para todos los compañeros, la señal que uno después del otro fuimos reiterando: «Bien».

FH: Mientras nos pusimos en marcha, desde una celda del segundo piso alguien comenzó a silbar, como si tal cosa, *La Internacional*. Podía ser un preso de cualquier organización política. Era un compañero. El himno genérico así lo estaba indicando.

MR: Ya en mi calabozo me asaltaron las impresiones de aquella memorable salida. Un enorme desnivel se había formado entre la parte de adentro y la de afuera de los alambrados: miles de zapatillas, kilómetros y kilómetros de años, décadas de sufrimiento colectivo habían desgastado la superficie de las canchas.

FH: Comenzamos vastos proyectos de gimnasia, ahora que se podía. El desafío mayor era simplemente, intentar correr.

MR: Tendríamos que aprender a hacerlo nuevamente. Una tarde comencé, despacito. No pude dar más de una vuelta en torno a la cancha.

FH: No importaba. Poco a poco, con paciencia, iríamos alargando nuestro aliento.

MR: También el Nepo...

FH: Hasta que un día no vino al recreo, yo no sabía por qué... Nunca más vino.

MR: Yo lo supe. Estábamos celda por medio y nos comunicábamos «golpe a golpe, verso a verso...». Así me fue cantando

sus composiciones calaboceras: *El sapito Manuel, Cipó-cipó*, un poema mío musicalizado por Engler, dedicado a Candán, Joaquín, Marquitos, Martirena, entrañables camaradas: «Veo pasar por la clara savia de abril, la bravura de los que hundieron en tierra su quilla aquel catorce...». Y supe de sus últimas horas en la "isla". Todos los días el médico lo venía a ver. Por primera vez tenía una asistencia metódica. Le estaban haciendo los análisis y yo pescaba algo de los diálogos. «La semana próxima», le dijeron un día, «va para el hospital». Ya le habían extraído sangre. La herida le supuraba y cada dos por tres pedía que lo sacaran unos minutos a la puerta de la isla para que el sol le secara la cicatriz. Hacía gimnasia todos los días y se bañaba en el chorro de agua fría del excusado del calabozo. Una vuelta pidió que le cambiaran el colchón de polyfón, que le producía dolores, por uno de lana. No sé si se lo dieron.

Hasta la mañana aquella, que no fue de «la semana que viene», en la que le vinieron a avisar que juntara útiles de higiene y una muda de ropa. Lo llevaban al hospital de apuro. Era un mal agüero y él lo entendió así. Entonces me cantó la despedida mientras juntaba sus cacharpitas. Sin dramatismo, nítido, casi alegre, fue desgranando los versos: «Adiós muchachos, compañeros de mi vida/barra querida de aquellos tiempos...» Lo escuché con bronca y estuve a punto de retrucarle con el *Volvé de tardecita*, pero algo, ¿qué sé yo?, me dijo que ni cabía ni lo precisaba. Cuando se lo llevaron quedó flotando la última frase de su tango. Después, nunca más. Sólo su presencia para siempre. Golpe a golpe, verso a verso:

- I -

«Tenía un garabato
en la cabeza
y el andar tranquilo.
Nos miramos de lejos,
sin poder hablar.
Sólo esa seña de 'bien'
que de tanto uso tiene voz.
'Bien, hermano, bien', decía
con la muerte en los labios.
Bien, hermano, bien. Adiós.

Un día lo vinieron a buscar.
En los análisis había algo fulero.
Empaquetó tranquilo en la celda vecina
y entonó el 'adiós muchachos',
nítido y casi alegre.
Lo que son las cosas, Nepo.
Te fuiste vos...
Y aún somos nueve».

La vida por cucharaditas

FH: Unas noches después, el 11 de junio de 1984, viene la orden de preparar todo para un traslado...

MR: Con sus dosis de temor, incertidumbre, angustia: movimiento de soldados, taconear opaco de las botas, chirriar de rejas.

FH: Y esta vez no era sólo la frazada: nos ordenaban empaquetar todo.

MR: Pero cuando nos ordenaron llevar también el colchón, que no era nuestro, nos dimos cuenta de que —¡al fin!— íbamos al celdario... Respiramos.

FH: Después supimos que aquel traslado se debió a que Engler había intentado suicidarse en los calabozos del peor sector de la "isla"...

MR: Luego de tantos años de periplo cuartelero, enfermo y ahora alentado con el retorno al Penal, choca contra el horror de los calabozos con doble puerta y la orden de incomunicación, que seguía estricta y vigente.

FH: Nos hicieron cargar con todas nuestras cosas y llevarlas en un solo viaje atravesando el campo hasta el celdario, subiendo las escaleras hasta el primer piso.

MR: Ni siquiera nos permitieron ayudarnos mutuamente. Se formó una fila india larguísima y desparramada de rehenes y bultos caídos en la noche.

FH: Gritaban y nos apuraban pero no hacíamos caso, sencillamente porque no podíamos. Varias veces nos caímos y otras

tantas rodaron por el campo o escaleras abajo los colchones y otros bultos...

MR: Al fin llegamos. Todos los presos estaban dentro de sus celdas. El primer piso, totalmente vacío. Allí nos tocó ir.

FH: Nos pusieron de a uno en celdas intercaladas de modo que hubiera celdas vacías entre nosotros.

MR: Celdas cuyas ventanas dan al fondo de la cárcel, de modo que ni siquiera pudiéramos ver a los compañeros en los «recreos».

FH: En esa ala del primer piso había 50 celdas. Las desocuparon para aislarnos bien. Sólo 8 quedaron ocupadas. Las 50 de la otra ala también estaban vacías.

MR: Días después desocuparon también las celdas del segundo piso, cuyas ventanas estaban sobre las nuestras.

FH: Todos esos movimientos en una cárcel son complicados. Implican ruidos, mudanzas, traslado de bultos...

MR: Tanto pamento para tratar por todos los medios que no nos comunicáramos con nadie.

FH: Bañado en sudor, jadeante, quedé sentado sobre el elástico de una recuperada cucheta, en medio de una celda típica de Libertad sobre cuyo piso quedaron largo rato también descansando mis bártulos...

«Tiene una hora para ordenar sus cosas porque después le apagamos la luz», me gritaron antes de cerrar con estrépito la metálica puerta y pasar con un golpe seco, como el de un disparo, la tranca. «Andate a la mierda», pensé. «Acá me quedo tranquilo, a descansar...»

MR: ¡Y vaya si teníamos motivos! De un viaje mucho más largo que el que los milicos podían imaginar. Exhaustos pero contentos. Con aislamiento y todo, solos y todo, aquel traslado significaba una gran victoria para nosotros. Recién esa noche, la del 11 de junio de 1984, habíamos retornado, milagrosamente vivos al Penal de Libertad luego del fantasmagórico y fantástico viaje emprendido aquella otra, la del lejano septiembre de 1973.

FH: De unas celdas ubicadas sobre nosotros, aquella aciaga madrugada nos habían sacado. Ahora volvíamos ¡VOLVIA-

MOSI Esa palabra tenía, lo sabíamos, un anchísimo significado. Que nos trascendía.

MR: ¡Ahora teníamos ventana! Ventana nuestra ¡todo el día! Ventana al campo, ventana al mundo.

FH: Y parlantes que pasaban a Gardel, y los informativos grabados y censurados de CX 20, lo que en materia de censuras ya es decir... Pero de todos modos, era algo.

MR: De pronto apagaron las luces y abrieron las rejas que dan entrada al piso. Llegó un rumor de pasos y de voces: traían compañeros de otro piso a ver televisión ¡Venían los compañeros!

FH: Tosían, carraspeaban, ¡estaban allí!

MR: «¡Guardar silencio!», rugían los oficiales.

FH: ¡No lo podíamos creer!

MR: Quise mirar por la ventana, pero los reflectores y las luces de mercurio que vigilaban la cárcel encandilaban y no dejaban ver casi nada.

FH: Los ojos tampoco estaban acostumbrados.

MR: Ordené sumariamente mis cosas en semipenumbra de la celda. Mientras llegaba la voz de la televisión —un programa cómico— a mis oídos...

FH: Teníamos mesa, repisa, banquito de hormigón, pileta con canilla de la que salía agua cuando uno quería...

MR: Y aquel trono, aquella taza que garantizaba nuestra libertad de hacer lo que todos los seres humanos hacen cuando lo necesitan...

FH: No pude dormir esperando el amanecer, para usar la ventana. Para esperar el día.

MR: Aunque el sol salía por el otro lado. Por ahora sólo éramos dueños del crepúsculo. Nos iban devolviendo la vida por cucharaditas.

Desaparecidos

MR: Cada rehén parado, horas y horas frente a la ventana. Las pupilas asombradas por la recuperación de imágenes perdi-

das, casi hasta el olvido. Una colina con ranchito en la cresta, un retazo de río turbio en el horizonte, gente lejanísima, horneros alborozados, compañeros blandiendo la azada en un cantero... Rapados, grises, sienas plateadas... costaba identificarlos.

—«¿Quién será ese viejo?» Y aquel flaco era Rodríguez Bletti, con quien habíamos iniciado la militancia en la adolescencia liceal...

FH: Los guardábamos jóvenes en la memoria porque jóvenes los habíamos dejado en esa cárcel la última vez...

MR: Reconocíamos nuestro rostro envejecido en el rostro de los amigos. Y hubo rostros que buscamos en vano: la cárcel había cobrado su tributo, y lo seguiría cobrando.

Por aquellos días yo tenía que ir a diario a la enfermería por unas aplicaciones de infrarrojo, en las horas en que los enfermeros militares salían con la bandeja de medicamentos para repartir por el celdario. Ahí pude oír el inventario: no había prácticamente un preso que no recibiera psicofármacos, recetados a granel. El Penal era un manicomio. Algunos compañeros venían a buscar sus comprimidos en la enfermería. Eran los casos graves y había orden de controlar la ingestión de sus medicamentos. Allí vi a los locos. Les costaba reconocerme. Tenían una sonrisa blanda, la mirada neutra. Los habían destruido, lo suyo era irreversible. Los golpes, el acoso, el tratamiento médico a base de chaleco y aislamiento, las burlas, esas que allí les volvían a hacer los enfermeros, los habían convertido en seres sin sustancia, flojos, como si les hubieran extirpado el esqueleto. Se los podría agregar a la lista de los compañeros desaparecidos...

FH: A los que día a día, siguen muriendo.

Sepultado en una cisterna

FH: El 3 de agosto se firma el Pacto del Club Naval y da comienzo la campaña electoral. Nepo levanta su huelga de hambre. Hasta él ha llegado el grito de las manifestaciones que desfilan frente al hospital: «¡Wasem escucha, tu lucha es nuestra lucha!».

MR: Las compañeras de Punta de Rieles internadas en el Hospital Militar también logran, como hemos visto, romper la incomunicación de Nepo.

FH: Para ello corren altos riesgos y ponen en juego todo su ingenio, su paciencia, su tenacidad y su valor...

MR: Organizan desde su cárcel el aprovechamiento de cada traslado al hospital, de cada internación, para montar el caminito secreto que llega hasta Nepo. Un largo camino lleno de compañerismo.

FH: Ellas le alcanzan sus saludos en nombre de todos. Su aliento.

MR: El les entrega mensajes, que hoy son reliquias.

FH: Que ellas recogen, esconden, defienden, se llevan hasta la cárcel y un día sacan a la calle.

MR: Puño y letra. Letra pequeñita de Wasem.

«Compañeras: ¡Salud! ¿Saben? Pienso y pienso y más me convenzo de que mi aporte, si puedo llegar a concretarlo, va a ser de los menos reveladores. En parte, porque estoy convencido de que es muy difícil transmitir nuestra experiencia ya que hay cosas que sólo viviéndolas se las puede entender. Esto lo comprendí cuando comparé mis vivencias, al leer antes sobre estos temas (Fanon y Fusick, por ejemplo) y la que luego fue mi experiencia, nuestras vivencias reales. Pero más allá de ese relativo escepticismo, está el hecho de que estoy convencido de que en particular, aún dentro de los nueve, tuve más suerte que otros compañeros y fui quizás el que la pasó 'mejor', dentro de todo lo relativo que puede ser esta expresión por supuesto. En primer lugar, mi pasaje hacia la soledad y el aislamiento total fue paulatino —así como para Engler y Manera— pues tuvimos un año y medio de estadía en Paso de los Toros los tres juntos y, a veces autorizados, a veces clande, charlábamos. Incluso luego, llegaron otros cuatro compañeros de la zona, con lo que aquello se convirtió en un gallinero.

Bueno, nosotros pasamos por ese filtro de semitranquilidad, mientras los seis restantes creo que pasaban por el período de verdugueo. Digo semitranquilidad porque casi sobre el fin de nuestra estadía apareció Gavazzo a ubicarnos en la realidad sobre todo a mí, con quien nunca terminó de saldar ciertas cuentas que le interesaban mucho, y pateó aquel nido medio pasable (aunque los 'osos' eran infames, la comida mala, la

higiene pésima, no había casi recreo y la atención médica era prácticamente inexistente) y preanunció nuestro comienzo de vida en las puertas del infierno. Mi primera etapa fue en Durazno, aquel sótano-cisterna-aljibe, inmenso, quince o veinte metros por ocho o diez, siempre rezumando agua de las paredes y que cuando había lluvias fuertes, se inundaba con quince o veinte centímetros, diez, quince o veinte días chapaleando en el agua y trepado en una escalera, con todas las cacharpas alrededor, seis meses sin sol, sin cartas, sin lectura, observando el comportamiento de las arañas y a veces soportando el verdugueo extra de algún cabo que, por cuenta suya, se le ocurría no dejarme caminar en toda su guardia.

Eso sumado al verdugueo del teniente Citen Rodríguez, que respaldaba cualquier idea 'interesante' para 'mejorar mi estadía'. Salí cuatro veces media hora para ver a mi vieja—y ahí por primera vez tuve que enfrentarme con dos fenómenos que luego me iban a acompañar de manera permanente con mayor o menor intensidad: la soledad y el aislamiento. Sacando cuentas, he llegado a concluir que en total —sumando períodos que van desde un par de meses hasta seis u ocho meses, he pasado entre cuatro o cinco años de incomunicación total, a celda pelada, sin absolutamente nada, ni libros, ni papel, ni mate, ni siquiera ropa o el colchón. Mantenerse cuerdo en dichas condiciones, cuando a ello se suma el hostigamiento violento, brutal del enemigo, requiere varias cosas: una base ideológica muy firme, que transforme el aislamiento en una demostración de que la lucha sigue, aquí y en otros lados, pero que el enemigo se aprovecha de tu imposibilidad de respuesta, de tu impotencia para desahogar sus frustraciones y fracasos. No dudar, ni por un instante, del sentido de la marcha de la historia y sentirse integrado a ella aportando tu aguante, tu dignidad, tu certeza de que las cosas acá van a tomar otro rumbo—cómo, cuándo, de qué forma no sé, pero esto va a terminar algún día y yo debo llegar entero a ese día. En mi caso también, pesó la conciencia de mi responsabilidad; por causas fortuitas llegué a ocupar determinadas responsabilidades y ellas pesaron en mí en todo momento, yo seguí y sigo siendo responsable ante los compañeros por mi conducta y sigo siendo responsable ante todos los que cayeron antes, durante y aún hoy ante el enemigo. Y esta responsabilidad fue siempre una fuente de fortaleza moral que se ha hecho tan carne en mí, que conviví con ella sin sentirla pero sintiéndola siempre. La soledad, en cambio, tiene dos aspectos: uno que yo desconocía y que me resultó ser grato. Mi carácter expansivo, la facilidad que siempre

tuve para relacionarme con quienes me rodeaban, en fin, toda mi personalidad, habían conspirado para impedirme conocer el montón de facetas positivas y atractivas que encierra ésa tan temida por el hombre moderno: soledad. Y pasado cierto tiempo —el imprescindible para conocernos— comenzamos a ser amigos y hoy, mi temor, es que esa amistad haya llegado a ser tan profunda como para transformar mi apreciación de la cotidianeidad. Nunca me creó problemas, además, porque —dejando a un lado artilugios para mantener el cerebro ocupado y fuera de todo tipo de canaleta pernicioso, como los juegos y cálculos matemáticos o la memorización de cuadrados y cubos perfectos o de números primos desde el 0 al 8.000 por ejemplo— en cualquier momento podía poblarla de infinidad de recuerdos y amigos, compañeros y compañeras con los que charlar y revivir momentos de toda clase, o simplemente, dejarme henchir por esa cadena de solidaridades que componían presos y no presos, gente que aquí o en cualquier parte continuaba LA LUCHA, SU LUCHA, NUESTRA LUCHA.

Y termino esta perorata larguísima y que no sé si responde a lo que me pidieron, con una conclusión: comencé a ganarles esta batalla, ellos buscando destrozarnos física, psíquica y moralmente y nosotros —yo— dispuesto a no permitirselo, el día en que comprobé que lo fundamental era hacerme dueño absoluto de mi cerebro no permitiendo que penetrara en él bajo ningún aspecto —salvo que yo lo admitiera— y disponiéndome a vivir en su sola compañía, sin libros ni otros elementos que no estaba en mi voluntad la decisión de disponer y por los cuales infinidad de veces trataron de tentarme o chantajearme.

Lograr el control entonces de mi cerebro, en primer lugar, y de mis emociones, en segundo término —creándome una especie de colchón—filtro para ir las asimilando o rechazando. Poco a poco creo que fueron los dos pilares en que me apoyé psíquicamente para estar acá, hoy charlando con ustedes seguro que me van a entender porque vivieron experiencias que nos hacen hermanos en el dolor y la lucha y en el sentimiento de que con todo este bagaje a cuestas, aquí estamos, prontos para la próxima. Pero asimismo muy dudoso de que, aun con la mejor buena voluntad y el mejor deseo de extraer enseñanzas de estas vivencias, le sea posible a alguien que no pase por la experiencia, comprender ni la mitad de lo que se contiene detrás de estas palabras».

El reencuentro con la palabra

MR: El 14 de septiembre de 1984 por la noche nos avisan. Se trata de un fabuloso acontecimiento: al otro día podremos estar en una misma celda dos rehenes...

FH: Vino el jefe del Penal, en persona, celda por celda a dar la colosal noticia...

MR: Podríamos hablar. Las Fuerzas Armadas en decisión solemne, haciendo gala de toda su magnificencia, nos autorizaban a hablar. Nos devolvían la voz, la compañía, la comunicación...

FH: Por ahora sólo con otro congénere exclusivamente, pero de todos modos la generosidad era...

MR: Exclusivamente con otro, sí, pero ¿qué te parece?, habían puesto durante más de una década todos los empeños, el valor, los recursos, el armamento, la infraestructura, los planes, la inteligencia, sus exquisitos conocimientos profesionales, los de todo un ejército al servicio del supremo objetivo de que no habláramos jamás con nadie, y esa noche, histórica, nos vienen a decir que ahora podemos...

Después de la noticia, tan irreal, tan fantástica, quedé como atontado... Tan sencillamente se podía realizar un cambio tamaño en mi vida. Así nomás, una noche cualquiera, con palabras prosaicas de las que usa el común de la gente para cualquier otra cosa...

FH: Poco antes del mediodía del 15 se produjo la histórica mudanza. El reencuentro con el compañero... Y la palabra. Años hablando con nosotros mismos sin proferir una, o hablando en voz alta solos como los locos. A partir de esa noche, a partir del momento de la noticia, durante casi una semana no pudimos dormir; más aún: no teníamos deseos de dormir. El cuerpo aguantaba fresco como una lechuga. Hablando y hablando sin poder parar hasta quedar roncos...

Mano a mano con el viejo Julio

MR: Recordé entonces aquella solicitud que años antes, desde los calabozos de Santa Clara elevé al comandante de la Unidad, hoy general, y en la Casa de Gobierno. Pedía que se nos

diera tratamiento de «perro», porque envidiábamos la algarabía de ladridos en los caniles, donde los ovejeros alemanes orinaban a discreción, tenían ración plena, estaban al sol y, lo más envidiable, juntos según su especie. Nada de eso poseíamos; por eso cuando se alzó con un golpe seco la tranca metálica de mi celda y entró Marenales con una sonrisa de punta a punta, tuve la sensación de que el rabo se me movía de contento. Y nos dimos un abrazo largo y callado antes de entrar a pisarnos los parlamentos de horas, días, hasta quedar sin saliva, con aquel viejo Julio que en el año 66 estuvo «enterrado» con media «Orga» en aquel bulín, «el apartamento 1», que teníamos con un par de amigos teatreros; aquél que un atardecer del 68 se tiroteó hasta caer con la Combi de «Marquetalia» a dos cuadras de una esquina de San Quintín donde yo lo aguardaba; aquél con el que nos reencontramos en este mismo Penal en el año 73, él convaleciente de un balazo y yo de los interrogatorios, y me dijo aquello que en el diario de cualquier vida es lo que más importa: «Ruso, cuando afuera discutíamos si se podía bancar la biaba, nos acordábamos de vos». Y entramos, con emoción y torpeza, a ensillar un mate, del que él ya no podía abusar por afecciones estomacales, mientras nos dábamos mutuamente, primero, un parte del estado de salud, como esos viejos jubilados que toman sol en la plaza: «¿Cómo sigue del reuma?», «¿Y usted de las varices?». Luego la historia de los tríos, las que pasó con el Tambero, que a esa hora vos tenías en la celda, y con El Bebe que en ese instante estaría en las mismas con Engler. Y yo, las que pasamos contigo y el Pepe, que ahora tendría para custodiar su pelela rosada, la compañía del Inge. Supe entonces del hijo de Julio que allá por el 74, perseguido, amenazado, detenido, nos enteramos que andaba desaparecido. Hicimos el triste inventario de los compañeros caídos y desaparecidos, acá, en Chile, Argentina, Nicaragua, las trincheras del mundo. Y pasamos a los retazos de información política para armar un puzzle con muchas piezas ausentes, pero que aún así nos dieron para especular, analizar, planificar, hablamos los dos a un tiempo, de alguna manera con el temor latente de que nos volvieran a separar en cualquier momento, hasta que llegó el rancho y por primera vez, en más de 12 años, cenamos en compañía. Mascando sin dejar de hablar, deglutiendo sin dejar de hablar,

sin dejar de hablar, hablar, hablar hasta el dolor de las mandíbulas que habían perdido el hábito, con palabras casi olvidadas, que chirriaban al pronunciarse por falta de uso.

«No jodan más: ¡rindanse!»

MR: ... Parece que todo comenzó con ocasión de un traslado, de los de rutina, en julio de 1982 a Minas. Apenas llegaron y sin decir «agua va», los llevaron a palos arrastrándolos hasta la azotea (donde se daba «tacho») con la excusa de un «recreo»...

FH: Se ve que deseaban divertirse o plantear una sesión de «ablande» a los recién llegados...

MR: Al rato, con el pretexto de que fueran a buscar una ropa, repitieron la operación. Pero se encontraron con la resistencia violenta de Sendic, quien emprendió apenas lo desataron, una lucha a toda pérdida. Mientras una horda de oficiales se le avalanzaba (botas en el cuello, tenientes a horcajadas sobre él, culatazos, palos), Zabalza y Marenales encerrados en sus celdas comenzaron un meticuloso destrozo como único modo de solidaridad: lamparillas, algunos vidrios a mano, y luego las puertas, de las que lo primero que voló fueron las bisagras de las ventanillas por las que les alcanzaban la comida. Pudieron entonces ver lo que pasaba en los alrededores...

FH: Contaba Zabalza que era tanto el montón caído sobre Sendic que de él sólo asomaban dos pies descalzos en los que un oficial, que no podía mojar en otras partes de El Bebe, se dedicaba a golpear con un palo sobre las plantas... Era lo que iba quedando disponible.

MR: Poco después los trasladan extrañamente a Colonia hasta el día mismo de las elecciones internas de noviembre del 82 fecha en la que los retornan a Minas.

FH: Entonces Marenales declara... «¡Huelga de barba!». No se afeitara hasta lograr la siguiente plataforma reivindicativa:

— Ver al abogado.

— Entrega de los libros que traen los familiares y quedan amontonados en el S2.

— Apagar la luz de los calabozos encendida las 24 horas por lo menos para dormir.

— Atención médica para la fotofobia, la diarrea y el asma crónicas contraídas en los calabozos.

— Recreo todos los días y al sol.

— Baño con agua caliente.

— Trabajo en manualidades.

Coordinan con Zabalza un plan que dejan para más adelante, de reserva: la huelga de hambre, único cartucho disponible realmente.

MR: El cuartel quedó atónito frente al planteo elevado a las autoridades por escrito. Formalmente...

FH: La huelga de barba buscaba tantear el grado de fuerza de su reacción. Durante 15 días no pasa nada hasta que una mañana vienen y llevan a Zabalza, que también estaba en huelga declarada, ¡al recreo!

MR: Era una trampa para agarrar desprevenido a Julio. Porque cuando lo vienen a buscar, cree que también es para ese insólito recreo...

FH: Sin embargo, lo llevaron al S2 y en silencio, un ominoso silencio, lo metieron enérgicamente en el cuarto de baño de la sala de torturas...

MR: El capitán Arbiza le encajó la afeitadora eléctrica en las narices resumiendo magistralmente la doctrina de las FFAA: —«No rompa las pelotas, Marenales; afeítese o lo afeitamos».

Julio no perdió tiempo en responder. Con la poca agilidad que le iba quedando, se zambulló debajo de la pileta y se abrazó a sus caños con brazos y piernas, dispuesto a morir en la demanda. Los milicos se lanzaron detrás, en su afán de hacer méritos ante el capitán y se le hicieron un ocho en el pescuezo a Julio, quien movía la cabeza en todas direcciones golpeándose contra fierros, paredes y pileta... Uno de los milicos, más fino, le agarró los testículos haciéndole largar un alarido... —«¡No!», ordenó Arbiza. «Los huevos no». El Viejo Julio respiró hondo. La batalla estaba ganada. La orden del capitán pintaba el panorama: sólo un gran fracaso de la dictadura podía obligar a Arbiza a ser tan, pero tan humanitario. Todo consistía en

aguantar un par de piñazos más. Lleno de lamparones, tajos, roturas y chichones, lo encerraron en un cuartito del S2. Y cuando ya pensaba comerse todo el frío de la madrugada, le trajeron un par de frazadas para pasar la noche. Julio no pudo reprimir las ganas y les gritó con toda su voz: «¡Entréguensel No jodan más y ¡rindansel!»

Una huelga de hambre

FH: Corría entonces, diciembre de 1982. A todo eso, Zabalza, que había oído los gritos, en especial el alarido final de El Viejo, no sabía qué pasaba. Un cabo, hecho una seda, abre la ventanilla y con una sonrisa a flor de labios, invita gentilmente:

— ¿No quisiera afeitarse, Zabalza?

— No pienso afeitarme más en la puta vida.

MR: De pronto, ya de noche, le patean la puerta: «¡Contra la pared!», grita una voz de un alférez muy joven, tratando de simular la de un hombre hecho y derecho.

FH: En lugar de dar la espalda, Zabalza se pone de frente con las manos adelante y no atrás como es de rigor hacerlo, a los efectos de desorientarlos —porque ellos se desorientan ante esas nimiedades. Pero esa vez no estaban para sutilezas, caen sobre él y tomándolo unos por el cuello otros por ambos sobacos y otros por las piernas, lo llevan en el aire a toda velocidad por varios corredores, sin esposas ni capucha ni ninguna de las precauciones habituales, ahora innecesarias. Jorge esperaba la feroz biaba y trató de concentrarse en todos aquellos recuerdos que uno siempre guarda: su hermano desangrándose en una cuneta, su hija...

Lo sientan en una silla, le arrancan de un tirón la manga de la camisa y... ¡le colocan un aparato de tomar presión! Recién entonces se da cuenta de que está en la enfermería del cuartel.

— 18, canta el enfermero.

— 13, dice luego.

— Usted tiene la presión muy alta, ¿qué le pasa?, pregunta el gordo doctor Ferreira.

— El susto, reconoció Zabalza valientemente.

Los estaban preparando para un traslado esa misma madrugada. Respuesta de la División a la peligrosa huelga prohibida...

MR: Los llevan a la plaza de armas y allí los largan encapuchados empujándolos y apaleándolos hasta meterlos en la caja reducida de una camioneta. Les atan los tobillos con alambre a una de las barandas de la caja, los acuestan atravesados lado a lado —ya van esposados— y el filo del asiento lateral se clava en sus espaldas; como broche de oro, les pasan una soga por el cuello y la atan a los soportes del toldo: van colgados, ahogándose, a punto de desnucarse en cada curva del camino. Les tocan el culo.

— ¿Vas cómodo?, se burla el teniente al oído.

— ¡Andá a la puta madre que te parió!, le responden. Patadas en las costillas; carcajadas de fondo. Todo un operativo de contrainsurgencia, que se continúa al llegar al otro cuartel, hasta que de pronto, ya en los nuevos calabozos, entra el médico y su enfermero: —«¿Está lastimado?», pregunta cándidamente. —«¿Tiene alguna cicatriz?» —«¿Necesita algún medicamento?», y anota las respuestas en la ficha, retirándose para siempre a su inaccesible consultorio dejando al prisionero «sano y salvo» en manos de la guardia.

FH: La huelga de la barba se prolonga y deriva, avatares más avatares menos, hacia una huelga de hambre. Ahora están en Rocha. En aquellos mismos calabozos donde años antes estuvimos nosotros —«¿Y me va a largar una huelga de hambre justo en carnaval?», le protestó a Zabalza quejumbrosamente el oficial del S2 que sabía, como lo sabían los presos, que en ese caso se quedaba sin licencia ¡Sin licencia! Le trajeron el bolso de la familia en el que venían unas exquisitas manzanas. Haciendo de tripas corazón, Jorge comenzó a saltar sobre ellas pisoteándolas «¡No como; no como un carajol!», gritaba en el corredor como loco mientras El Bebe desde adentro del calabozo aplaudía y alentaba...

MR: Hacen coincidir la huelga con el carnaval y la licencia, fue un acierto de la planificación. En una oficina pública como es el ejército tal medida es mortal...

FH: Vinieron a negociar y transaron. No toda, pero más de la mitad de la plataforma fue obtenida poco antes del 1° de mayo de 1983.

La primera pregunta

FH: Por aquellos días, luego que se fue Zabalza, pude, una serena mañana, conversar bajito desde mi ventana en el primer piso, con una voz que venía de una ventana del segundo. Era la primera vez, y por lo tanto la primera pregunta mía fue: «¿Quiénes murieron?»

MR: ¡Para qué habrás preguntado!

FH: ¡Para qué lo habré hecho! Una larga lista de compañeros comenzó a bajar desde el segundo piso en la serena mañana, en voz bajita. No daba tiempo de llorar a uno cuando ya te estaba llegando el otro.

MR: ¿Por quién doblan las campanas? —«No lo preguntes: doblan por tí». Los compañeros caídos desde 1973 en las calles y en las salas de torturas... los caídos en las cárceles. En Chile, Argentina, en Uruguay. Los desaparecidos... Los niños desaparecidos. Eran nuestras muertes, y eran, como lo escribí al salir para *Cantares del calabozo*, nuestra divisa:

«Fue en una lejana y nítida noche de abril. Un día de sangre y fuego. Habían sucumbido varios compañeros y la represión tarde, muy tarde, entregaba a las familias los cuerpos de los caídos. Las Fuerzas Conjuntas actuaron como lo que eran, y en lo que quiso ser una mofa cruel, distribuyeron en los hogares enlutados, los cuerpos cambiados. Las madres recorrían casa tras casa y en ese triste peregrinar se cruzaron dos en un abrazo. Entonces escuché, lo que entre lágrimas, una dijo a la otra: 'Qué importa señora, mi hijo en su casa y el suyo en la mía. No, no importa, todos son nuestros hijos'.

Esa frase aún arde, y arde en una misma llama la idea y el sentimiento: todos son nuestros hijos. Los que cayeron en las manifestaciones estudiantiles y las agueridas huelgas, los que cayeron con el índice crispado en la acción bravia y los que ahogaron el último grito respondiendo con silencio a la tortura. Todos, todos son nuestros hijos. Los que izaron banderas rojas,

los frenteamplistas, los anarcos de fierro, los miristas, los blancos de Aparicio, los batllistas y los que hicieron brillar en sus corazones una estrella. Todos, todos son nuestros hijos.

Los muertos no tienen divisa, los muertos compañero, son la divisa».

El abrazo de Nepo

MR: Cuando bajábamos al recreo y nos distribuían en las canchas alambradas, yo vivía pendiente de los compañeros del 5° piso que a la misma hora salían a efectuar algunos trabajos: juntar papeles y bolsas de nylon desperdigadas, cortar el pasto en el perímetro exterior de los campos de juego. Los acompañaban custodios armados de garrote y se les aproximaba alguna pareja indisoluble de milico y perro, dóberman algunos, ovejeros alemanes otros... Me refiero a los perros. Esa cuadrilla de laburantes había acordado por las suyas, aprovechar esa relativa aproximación y convertirse en Agencia Noticiosa. Sin dejar de trabajar, con la cabeza gacha, sin cruzar una mirada conmigo, se aproximaban con cualquier pretexto más o menos justificado, a un par de metros de las alambradas que me cercaban. Entonces yo entraba a trillar lento cuando pasaba frente a ellos y a apurar discretamente el paso para llegar lo antes posible al lugar donde carpían. Y allí, dialogando normalmente entre ellos, me iban desmadejando informaciones que la radio del penal no pasaba y los compañeros recibían por otros conductos. Los había bautizado «el radiomóvil 5». Un buen día en que el viento en contra para mi desesperación se llevaba la mitad de las palabras de mis informativistas, y en medio de nombres incomprensibles por lo ignorados («Ayatollah»), me dicen: «El Nepo te manda un abrazo». No quise oír más. Seguí trillando, pero ya no estaba solo. El resto del «recreo» la pasamos con el Nepo chamuyendo mano a mano con la vida. Cuando volví a la celda, aquella que le había sido destinada y que nunca llegó a ocupar, le escribí una carta al Hospital Militar, que nunca recibió. En ella le decía lo que hoy: «Estés donde estés y como estés, estás con nosotros», como lo está en estas memorias, Nato, en las que rescatamos de un olvido imposible su temple indomable, que lo llevó al más temerario intento de fuga...

FH: Que nos contó Engler, cuando pudimos comunicarnos con él.

«Nos habían obligado a jugar una siniestra ruleta rusa. Contra nuestras sienas habían apoyado un gigantesco revólver, provisto de un tambor de nueve balas, que giró durante 11 años y sólo se detuvo para segar la vida de El Nepo. Aquel Nepo que intentó con Révori una fuga desesperada del cuartel de Colonia. Estos fueron los hechos, según los recuerdo:

El Nepo, por medio de los golpes en la pared se había comunicado con Révori. El Canario tenía la libertad firmada y llevaba como tres años esperando que lo soltaran. El régimen allí era de exterminio y sus masas musculares se habían reducido considerablemente. La espera de la libertad se había transformado en una muerte lenta.

Una de las celdas del cuartel estaba en reparación y habían quitado la ventana enrejada. Las puertas no tenían pestillo del lado de adentro, pero salvo la de Wasem, cerrada a candado, las demás se abrían con el pestillo exterior.

Las celdas daban a un corredor bloqueado por una reja y custodiado permanentemente por dos guardias. El del lado externo de la reja tenía una carabina M2 y el otro, sentado en el pasillo, estaba desarmado. El Nepo y el Canario se pusieron de acuerdo: intentarían fugarse.

Pretextando la necesidad de pasar al baño para vaciar su balde con excrementos, Wasem logró que le abrieran la puerta. En el momento de enfrentar al guardia ubicado en el pasillo, le derramó el balde encima y velozmente le abrió la celda a Révori. El Canario salió de la celda con los platos de aluminio en las manos y aprovechando el estupor del guardia, se los estrelló en la cabeza. Ambos se introdujeron en la celda en reparación y mientras los guardias gritaban, salieron a la plaza de armas del cuartel por el boquete que antes ocupara la ventana enrejada. La loca carrera por aquel espacio, sin ninguna defensa, se transformó en un infierno. Los milicos, ya alertados, abrieron fuego desde todos los ángulos imaginables. La balacera era tan nutrida, que Wasem no pudo explicarse cómo no los acribillaron antes de que logran tirarse de boca al piso, o que los milicos no se hirieran entre sí. Y así los recapturaron. Un oficial que tenía una cicatriz en la cara, les comunicó entonces que iban a matarlos. Los tiros se habían escuchado en los alrededores del cuartel: dirían que los mataron en la fuga. El Canario les dijo que tarde o temprano alguno de los soldados contaría la verdad. El

hecho es que no los ejecutaron. Los golpearon salvajemente y se dispusieron a torturarlos para saber cómo habían preparado la fuga y con qué apoyo externo contaban. Entonces El Nepo hizo lo mismo que hiciera en Paso de los Toros cuando Gavazzo se propuso reinterrogarnos: se abrió las venas».

FH: Esa sangre nos pertenece.

MR: Es de todos; como su último abrazo.

Las medias y las Naciones Unidas

MR: El único «movimiento» en la "isla" era el atardecer de los días de semana. Traían cuatro o cinco compañeros y los ubicaban en el lado opuesto al de mi calabozo. Eran liberaciones. Me daba cuenta porque en lugar de llamarlos por el número por primera vez, lo hacían por el nombre...

FH: Ya eran un poco libres...

MR: Uno de aquellos días me hicieron bañar. Recordarás que en cada corredor de la isla había una ducha fuera de los calabozos. Pues bien, mientras me bañaba, me robaron una media. Se trataba de una larga media elástica que yo debía usar por indicación médica para las gruesas varices que los plantones militares me pusieron en las piernas. El que la robó, calculó, por el tamaño, que robaba el par. Pero se llevó sólo una. Grande: eso sí, larga y elástica; gris. Protesté enérgicamente. La reclamé. Pedí para hablar con el cabo. Al otro día seguí protestando, y como estaba prevista una recorrida del «señor comandante», se «apretaron»...

FH: Pensaron: «Este le va a decir al comandante y vamos a ir todos presos, no por la media sino por no avisar».

MR: Exacto. Entonces consultaron a la guardia del día anterior y, ante la negativa cerrada, dieron cuenta al comandante de guardia, quien a su vez, para librarse de toda responsabilidad, dio disciplinadamente cuenta a su superior inmediato, el capitán de servicio, y éste a su vez...

FH: Tu elegante y sanitaria media elástica iba elevándose hacia las exquisitas alturas.

MR: «¡Cómo va a faltar una media!»

FH: «¡Falta la media del 813!» era el grito de guerra.

MR: Procedieron, incluso, a revisar el equipo de la guardia presuntamente responsable. Durante esas maravillas de la burocracia militar, una tarde me sacan de la "isla" y me llevan al celdario. «¿Me habrán levantado la sanción?», pensaba. Pero no. Me pusieron de pie en la planta baja y al ratito —ustedes estaban a esa hora en el «recreo»— traen a Manera, Zabalza y Sendic. Entonces nos dan la noticia: «Tienen una visita especial: los viene a ver el delegado de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas».

En fila india, yo con una sola media, nos llevaron al «locutorio». Quisieron que la entrevista se realizara vidrio por vidrio y por teléfono. Nos negamos. Luego de breves conciliábulos transaron.

FH: Transaron con la ONU.

MR: No había más remedio. No iban a atracar con las grandes potencias en masa. La entrevista se hizo cara a cara en una salita especial y no fue más que un mero formulismo burocrático, pero eso sí, en un español bastante correcto, rasurado, de traje y corbata al tono, maletín de ejecutivo y Chanel N° 5... Breve, además.

Volvimos en fila india, cada cual a «sus respectivos alojamientos». Aquellos quedaron en el celdario, yo seguí con la custodia rumbo al calabozo. Cuando llegué a la «isla» me estaba esperando en la puerta hecho un estropajo transido de nervios, fantasmas y negros temores, el cabo de la media... Con los ojos desorbitados ante aquellos extrañísimos movimientos, sale a mi encuentro y acuciado por turbios presagios, me pregunta: «¿Qué pasó? ¿Qué pasó?».

FH: Veía venir una «tipa» horrorosa para él por culpas, esta vez ajenas.

MR: —«Vino a vernos el delegado de las Naciones Unidas», le dije.— «¡La gran puta», exclamó espantado. «Por el asunto de la media, ¿no?»

Balmelli y el «buen trato»

MR: Los acontecimientos comienzan a precipitarse. La lucha popular va abriendo brechas en los muros de la cárcel. Uno de

aquellos días se llevan al Pelado Balmelli para la isla en carácter de liberado...

FH: Él, que tanto había visitado ese lugar en carácter de sancionado...

MR: Ahora era una de las tantas liberaciones que se iban produciendo. En el marco de los trámites rutinarios previos, le quieren hacer firmar el famoso papelito del «buen trato», esos que se conservan por toneladas, archivados en las oficinas del S2, y que incluyen hasta los que murieron en la tortura.

FH: El Pelado había estado gravemente enfermo sin recibir la atención médica adecuada. En su caso, como en el de muchos otros, el papelito era una burla sangrienta...

MR: Y se negó a firmarlo. Les dijo que no.

FH: «Si no lo firma, no se va», le dijeron.

MR: «No me voy», les dijo. Y lo retornaron de la isla a la celda.

FH: Con un pie en la ansiada libertad. Sabiendo que en pocas horas podría incorporarse a la militancia activa, cosa que —quienes conocimos a El Pelado lo sabíamos—, era su vida misma y mucho más.

MR: Les ganó la cuereada. El viento soplaba a favor del pueblo: dos o tres días después no tuvieron más remedio que liberarlo.

FH: Sin firmar el papelito.

MR: Que, a partir de entonces, ya no animaron a hacérselo firmar a nadie, porque bien sabían que después de lo de El Pelado no habría preso dispuesto a hacerlo.

FH: Se fue, herido de muerte por los verdugos. Se fue a militar y morir militando...

MR: Unos meses después, cuando los médicos abrieron su pecho y encontraron en él las huellas envejecidas y fatales de la tortura. Los rastros invisibles pero imborrables...

FH: Y el corazón, su enorme corazón, deshecho.

La carta a Sanguinetti

FH: El día que oímos, por los parlantes, que el Penal de Libertad en caso de vaciarse, volvería a ser cárcel trayendo a ella presos

por delitos comunes, decidimos mandarle una carta al presidente electo, Julio María Sanguinetti.

MR: Le pusimos como dirección: Hotel Columbia. Allí venía formando el Gobierno.

FH: En dicha carta, respetuosamente dirigida a quien el 1° de marzo se haría cargo del Poder Ejecutivo, le pedíamos la cárcel. Se la pedíamos para transformarla en un monumento. Para que nunca más hubiera una cárcel en Libertad, para que esa paradoja de la nomenclatura no se transformara tampoco en una paradoja de la realidad...

MR: Nos ofrecíamos voluntarios para con la ayuda de quienes estuvieran de acuerdo, transformar aquello en una escuela agraria, en una cooperativa de viviendas, en una escuela, en un liceo, en un jardín.

FH: La carta es preciosa.

MR: Junto con la carta elevamos a las autoridades del Penal una solicitud formal y reglamentaria para que fuera enviada, como cualquier otra carta, a su destinatario...

FH: No había ningún motivo para que ello no fuera posible. Ese era un trámite de rutina que se efectuaba todos los días con centenares de cartas.

MR: Habíamos tenido además, la especial precaución de no violar un solo artículo del complicado reglamento para la correspondencia imperante en la cárcel.

FH: Hubo varios días de profundo silencio hasta que al fin llegó, también cumpliendo todas las formalidades reglamentarias, una respuesta escueta: «Solicitud rechazada».

MR: Obviamente a ningún preso en su sano juicio se le ocurriría pedir razones ni por esa ni por ninguna otra rechazada. El reglamento establecía eso: las autoridades harán lo que les dé las ganas, sin explicar nada a nadie.

FH: Nos guardamos la carta prohibida.

MR: Todo un símbolo: la correspondencia al presidente de la República era censurada por los mandos del Penal.

La cárcel despoblada

MR: Ahora sí que se nota el vaciamiento de la cárcel, producto de las sucesivas liberaciones. En una cárcel por la que pasaron, según datos militares, alrededor de 3.000 torturados, en una cárcel que llegó a albergar durante muchos años a casi 2.000 presos, íbamos quedando sólo 250 más o menos.

FH: Las siete barracas hacía tiempo que estaban vacías. Pero ahora varios pisos del celdario también lo estaban.

MR: En ese gran edificio hay 500 celdas en total. Si se tiene en cuenta que la mayoría de los presos estaban «de a dos», sólo 120 celdas tenían gente.

FH: Prácticamente un sólo piso: el segundo.

MR: Recuerdo que en el quinto en cierto momento, sólo quedaban dos presos, que nos miraban desde aquella altura totalmente desolada, aislados.

FH: ¡Cuántos y qué trágicos recuerdos iban quedando encerrados en aquellas paredes!

MR: El vaciamiento causaba una extraña, oprimente sensación de soledad.

FH: Múltiples detalles auditivos, visuales, de todo tipo, habían cambiado sustancialmente y eran para nosotros absolutamente nuevos. Desacostumbrados.

MR: Recreos «vacíos», casi sin gente para un «picadito» de fútbol, los trabajos que ya nadie hacía, la quinta abandonada, el pasto que crece porque nadie lo corta, el suministro de agua caliente que falla porque nadie sabe manejar bien las calderas, la cocina con dificultades... ¡No hay presos!

FH: No están los compañeros que todo lo hacían. Se fueron los que sabían arreglar y manejar ciertas cosas.

MR: Al no encenderse las luces de las celdas vacías, la oscuridad en aquel enorme edificio de casi dos cuerdas de largo, se va apoderando de todo.

FH: Los corredores de los pisos parecen túneles, en especial de madrugada, cuando salimos a calentar el agua para el mate y repartirla.

MR: La misma isla está vacía; su último habitante, Marenales, cerró la puerta y apagó la luz, como quien dice... Retiraron la guardia. Quedó allí como tapera.

FH: Toda la cárcel se iba transformando en una tapera. El deterioro avanzaba día a día y era observable a simple vista. La basura en los patios, los pastizales, el abandono...

MR: La sensación de vaciedad, de soledad, se multiplica por ser el edificio tan grande y por haber estado hasta hacía poco densamente poblado.

FH: Lo que más oprime es el silencio...

MR: Aquellos ruidos de ciertas horas: al volver los pisos del recreo, el trepidar de los carritos con la comida, el sonido metálico al repartir los cubiertos... Todo aquel barullo ha desaparecido.

FH: Ahora, a esas horas, apenas se oye el rodar de uno o dos carritos, alguna que otra ventanilla que se abre y se cierra... Silencio.

MR: La cárcel está quieta y muda.

FH: ¡Pero cómo trabajaba la tétrica ambulancia!

MR: Sus idas y venidas pautaban el transcurrir del tiempo en la jornada.

FH: Nos acercábamos al 1° de marzo.

MR: Llevaban de apuro al Hospital Militar a cantidad de compañeros.

FH: Todos los análisis y los tratamientos que durante años habían sido negados, se querían hacer ahora a último momento...

MR: Porque esos presos iban a salir a la calle, y muy probablemente serían vistos por médicos reales.

FH: Se quería «tapar» de apuro...

MR: Era trágico oír, en esos días, los partes con el estado de salud de algunos compañeros aún internados...

FH: Proseguía en el Parlamento el debate de la Ley de Amnistía.

MR: A nosotros nos llegaban ecos lejanos y no muy precisos...

FH: La ambulancia servía también para trasladar bultos desde el celdario al locutorio...

MR: Muchos presos mandaban cosas para sus casas: telares, herramientas, guitarras... Antes que se las devorara en una última embestida, la manga de langostas verdes.

FH: Preparándose para salir lo más livianito posible...

MR: La ambulancia iba y venía...

La humareda

FH: Los milicos dismantelaban «afanosamente» la cárcel...

MR: Sabían que iba a pasar a la órbita del Ministerio del Interior y por lo tanto ¡había que llevarse todo!

FH: ¡Hasta los techos de las barracas estaban desmontando!

MR: Parecían hormigas, langostas, subidas en aquellos techos, con los camiones esperando, royendo de la cárcel hasta las chapas...

FH: Se llevaban también los archivos, urgentemente. Como un ejército en retirada, en desbande, levantando vuelo, tomándose los vientos... Lo que no podían llevar, lo quemaban. Toneladas de papel eran transportadas en camión al horno del basurero. Quemaban los archivos...

MR: La humareda era densa. Se colaba por las ventanas. En los patios hacía lagrimear...

FH: A veces, el viento, siempre arrachado en aquella desolada colina, abría los furtivos biblioratos que iban sobre la caja de los camiones y, como leyéndolos, iba desprendiendo las hojas que volaban por sobre los pastizales ya altos, hasta quedar atrapadas en los abundantes alambrados de ese país...

MR: Pegatina hecha por el viento... En algún recreo de esos días, aburridos, levantamos alguno de aquellos papeles: «HOJA DE CONDUCTA; RECLUSO N°...»

FH: Sanciones. Miles, centenares de miles. Volaban por los campos de San José o se hacían humo más allá del dolor y más acá del crimen.

MR: Habían ido con destino a la «justicia militar» para demostrar la contumacia sediciosa de los presos.

FH: Todo fue inútil.

MR: Y una farsa, en el final de la tragedia.

Auschwitz

FH: El proceso fue tan rápido que los tomó desprevenidos...

MR: Ellos debían tener otro cronograma previsto. Pero la entrada de la Ley de Amnistía como tema en el Parlamento ya a partir del 15 de febrero, y la velocidad con que venía procediéndose...

FH: La presión popular fue la causante de este desacomodo de los militares.

MR: Nos fichan a todos de apuro. Fotos de frente, de perfil y también ¡de espaldas!

FH: Para ellas nos ponen ropa civil y, a veces, hasta sombrero...

MR: Cuando se aprobó la Ley de Amnistía, ¿se habrán destruido también esas fichas?

FH: ¿Será posible que personas amnistiadas figuren en algún fichero de algún servicio de inteligencia dependiente del Estado?

MR: ¿Para qué?

FH: En el piso uno, donde estábamos nosotros, ya casi no se podía caminar a pesar de ser una extensa y playa planta baja...

MR: Estibaron en él, muy prolijamente, todos los colchones. Miles.

FH: Las pilas una junto a la otra llegaban hasta el alambrado horizontal que limita y aísla el piso Uno del Dos.

MR: Hicieron lo mismo con las cucharas, los tenedores, los cuchillos, los platos, las tazas, las frazadas, las almohadas, los mamelucos...

FH: Prolijós montones por separado. Una especie aquí, otra allá...

MR: Todo bien clasificado.

FH: Igual que en Auschwitz: ¿Te acordás de esas fotos en las que aparecen miles de lentes, miles de zapatos de hombre; allá los de mujer, acá los de niños?

MR: Yo estuve allí, Ñato, tras los rastros de mi familia: los encontré confundidos en esas montañas de objetos.

FH: Debíamos transitar con enormes dificultades por entre aquellos montones con el carrito.

MR: El de la comida, que ahora por primera vez empezaba a sobrar...

FH: Años de sufrimiento, miles de compañeros nos hablaban desde las abolladuras de los platos, los roces de las frazadas, los codos rotos de las mangas de los mamelucos...

MR: Y todo llevaba el número. Cada compañero podía hablarte desde sus números identificatorios...

FH: Varias celdas vacías de aquel primer piso también eran depósito de cosas...

MR: El viento, entrando por las ventanas abiertas de celdas desocupadas, empujaba las pilas de colchones que se derrumbaban en cámara lenta...

FH: Sin hacer ruido... Fantasmagóricas. De pronto, algo se desprendió de una pila...

MR: Cayó rodando de uno de aquellos montones: era un paquetito de esos, típicos, que mandan las familias. Ropa limpia, tachitos de material plástico...

FH: Con el número y el nombre del preso. Ese decía: ANGEL YOLDI.

MR: Nunca lo recibió... Lo tiraron al depósito. Nosotros lo encontramos y lo rescatamos del olvido...

FH: También nos llevamos el mameluco, 812, todo gastado...

MR: El de Nepo.

El ministro de defensa

FH: Una cárcel menos.

MR: El 6 de marzo la Cámara de Diputados aprobó por 54 votos en 97 la Ley de Amnistía General e Irrestricta. Ahora faltaba su aprobación en el Senado.

FH: El Poder Ejecutivo discrepaba y estaba dispuesto a vetar...

MR: Se inauguró la vetocracia. Ya en las primeras horas del nuevo Gobierno y, concretamente, con motivo de la Ley de Amnistía.

FH: Por esos días, no recuerdo exactamente la fecha, nos visitó el nuevo ministro de Defensa.

MR: Mi celda era la más próxima a la puerta del piso, por lo que me tocó recibir primero la visita. Abrieron la puerta de la celda y entró un hombre viejito, frágil, que tropezó y tuvo que ser sostenido por un secretario militar vestido de civil. Detrás estaba formada una caterva de altas graduaciones...

FH: Una horda.

MR: Chiarino miró asombrado el ambiente. —«¿Sabe quién soy?»— «Sí», le dije. Extendió su mano. Avanzó unos leves pasitos y casi al oído como para que sus acompañantes no lo oyeran: —«Ustedes la pasaron muy mal, ¿verdad?». —«Y...sí». —«¿Qué piensa hacer?»— «Tratar de pasarlo mejor», le dije. Me miró un tanto desconcertado. Volvió a extender la mano, y murmuró: —«Que así sea»—. «Para todos», agregué, y salió como vino: tropezando.

FH: En nuestra celda se repitió la ceremonia pero con algunas variantes. También en voz muy baja, confidencial, nos preguntó: —«¿Dónde queda la famosa isla?» —«Al final de ese camino», le indicamos por la ventana, «pero ya no hay nadie en ella. Es demasiado tarde». Entonces le mostramos la carta que queríamos hacer llegar a Sanguinetti. El anciano retiró las manos de aquel sobre como si el papel quemara. —«No, no, no», dijo nerviosamente. «Mejor llévensela ustedes... Cuando puedan...»

MR: No sea cosa que él fuera usado por la sedición para sacar mensajecitos prohibidos de la cárcel...

FH: El anciano se fue. Ni él, ni nosotros, ni el presidente Sanguinetti estábamos autorizados todavía.

La ley votada

MR: Había ya un clima total de que nos íbamos en cuestión de días.

FH: Faltaban los detalles.

MR: No vamos a ser amnistiados.

FH: La ley, modificada, fue votada finalmente el viernes 8 de marzo y enviada al Poder Ejecutivo para su promulgación.

MR: El sábado, cuando aún no sabíamos el resultado de las discusiones, recibimos esa noticia y casi con ella, el texto de la ley aprobada.

FH: No fuimos amnistiados. Pero para dejarnos en libertad, nos tasaron por tres cada año de los que pasamos en manos de los militares: ¡FUERON BIEN AMARRETES!

MR: Trece por tres 39. Mi condena era de 30 si no computamos los 15 de «seguridad» que también me dieron, me quedan años a favor para la próxima (¡Dios no permita!), si se da.

FH: Yo cumplí muchos más años de los que me piden en la sentencia máxima. ¿Quién me devolverá el solvante? ¿Cómo?

MR: ¿Cómo habrán discutido los senadores la tasación del infierno? ¿A quién habrán consultado? ¿A algún médico? ¿A quién?

FH: El texto de la ley, escudriñado a fondo por los que quedábamos presos, establecía varios plazos para las libertades.

MR: A las 48 horas como máximo de promulgada debían ser liberados los que estaban amnistiados. Y en un plazo máximo de cinco días «hábiles», los otros, los que no estábamos amnistiados...

FH: Y allí era el discutir: el sábado ¿es o no es día hábil? ¿quién está y quién no está amnistiado? Muchos no recordaban de qué delitos estaban acusados. Otros no lo habían sabido jamás.

MR: Pero había una cosa que todos teníamos meridianamente clara: los milicos nos iban a dejar allí hasta el último segundo del plazo. No nos iban a regalar nada.

FH: Y podían hacerlo porque todo dependía del momento en que la «justicia militar» mandara los expedientes a la justicia civil...

MR: Recuerdo los dos compañeros que quedaban allá arriba, en el quinto piso, solos, aislados, que trataban de comentar a gritos con nosotros todo esto... Quedábamos 255 presos: 228 compañeros en el Penal de Libertad y 27 compañeras en el cuarto piso de la Jefatura de Policía de Montevideo, recién traídas desde la abandonada cárcel de Punta de Rieles.

FH: Había salido el sol de la esperanza. Ahora esperábamos...

MR: Que se alzara, pleno.

El día Banderas en el horizonte

MR: El domingo 10 de marzo de 1985 por la mañana, los rehenes fuimos al «recreo» e hicimos gimnasia. Ninguno de nosotros esperaba la libertad para ese día.

FH: Y los demás presos, los que podían esperarla, en general, no la creían posible un domingo...

MR: Conocidos los plazos y decretada la libertad, el tiempo se hacía más lento que nunca. Las horas eran larguísimas...

FH: Todos los presos saben que eso pasa cuando se aproxima la fecha...

MR: Teníamos todo pronto. Incluso habíamos acordado con la familia en la última visita nuestra ida, todos juntos, a la parroquia de los Conventuales el día que nos liberaran.

FH: Lo habíamos decidido así teniendo en cuenta la situación de los compañeros del interior que serían liberados por sorpresa, como nosotros, haciéndoseles muy difícil a sus familias venir a esperarlos todos los días a la puerta de la cárcel...

MR: También tuvimos en cuenta los riesgos que podríamos correr en la calle. No sabíamos cuál era exactamente la situación política y el clima imperante. Inermes, podíamos ser fáciles víctimas para los escuadrones.

FH: Para cuyo caso lo mejor sería no estar en nuestras casas arriesgando también a la familia...

MR: Y al estar todos juntos, por lo menos durante unos días, en un solo local, cualquier atentado se haría más difícil...

FH: Y tendría que ser más grande...

MR: Aquellos queridos hermanos, los frailes, abrieron de par en par la puerta de su casa que fue nuestro primer hogar.

FH: Bueno, era más o menos la hora de la siesta. Varios rehenes, casi todos, estábamos en una celda. Otros, pocos, dormitaban en la suya.

MR: Vos y yo estábamos sentados en la tarima superior de una celda, mateando. Marenales estaba sentado en el banquito de la mesa, «posando», mientras vos lo dibujabas; Engler rasgaba

su guitarra, y uno o dos más, no recuerdo ahora cuáles, estaban sentados en la tarima de abajo. Charlábamos.

FH: En ese momento la tarde era soleada.

MR: Reinaba la más perfecta paz y serenidad en la cárcel y sus alrededores.

FH: El primero que las vio, fuiste vos...

MR: Las banderas...

FH: Me dijiste, señalando por la ventana hacia la lejana Ruta 1: «¿Aquello no es una bandera?». Yo seguí dibujando y: —«No jodas, Ruso ¿Siempre con una novela en la cabeza?» —«Mirá que es una bandera», insististe. Me puse los lentes «para ver lejos», pero como ya estaba necesitando otros...

MR: Engler dejó la guitarra: —«¡Seguro que son banderas! Y no sólo una... ¡hay varias!».

FH: Ustedes, los que veían bien, se arracimaron en la ventana e incluso hubo que ir a las de las celdas vacías para poder ver bien: ¡iban llegando banderas!

MR: Discutíamos el color, la cantidad...

FH: Pronto fue un bosque de banderas en marcha...

MR: De todos los colores. Venían también carteles y pancartas.

FH: Una multitud creciente cortó la Ruta 1, en poco rato, como un río salido de madre. Veíamos los *ómnibus* y los camiones detenerse y comenzar a formar una larga caravana cada vez mayor.

MR: Les avisamos enseguida a los compañeros del segundo piso, que en su mayoría habitaban celdas cuyas ventanas no daban para el lado de la ruta...

FH: Y sonó la estridente alarma de la cárcel. El ululante gemido de las sirenas y la intermitencia ronca de otros llamados a zafarrancho de combate. Venía el «enemigo».

MR: Centenares de milicos armados hasta los dientes corrían de acá para allá, apostándose cuerpo a tierra en varios lugares, emplazando ametralladoras y morteros en otros...

FH: Fueron a buscar los perros que también entraron en situación de alarma, ladrando disciplinadamente.

MR: —«¿Por qué viene la gente?»— «¡Saben que va a haber libertades!»

FH: No podía ser otro el motivo de aquella multitud allí.

MR: Los sargentos, que evidentemente no sabían nada, nos venían a preguntar a nosotros y a otros presos, qué era lo que pasaba. A qué se debía aquello.

FH: Preocupados, porque no tenían orden ninguna de liberar a nadie...

MR: Y porque la orden podía llegar de un momento a otro, urgente, y ellos no tenían a esos presos prontos...

FH: Y ya se sabe cómo son las cosas: lo más probable sería que los arrestaran por no tenerlo previsto...

MR: Por las dudas revisaban sus cuadernos y libretas de órdenes, no fuera cosa que se les hubiera traspapelado alguna...

Florecen las caléndulas en la pelela rosada

FH: Pronto les avisaron desde el comando que se aprontaran para recibir «radios» en los que se les comunicaría las liberaciones...

MR: Iban a «largar» a los amnistiados que aún estaban presos.

FH: Ni soñábamos con la posibilidad de que ese día liberaran a algún rehén, aun cuando cabía cierta posibilidad en el caso de Zabalza...

MR: La multitud no sólo crecía a ojos vista, sino que comenzaba a entrar por el camino lateral que conduce desde la ruta al Penal...

FH: Acercándose peligrosamente a las primeras barreras militares.

MR: Vimos cómo salieron hacia allí varios vehículos provistos entre otras letales cosas, con gases.

FH: De pronto comenzaron a llegar los benditos radios: incluía, cada uno, diez o doce nombres... Venían de la Suprema Corte de Justicia.

MR: Y cada «radio», con cada tanda, llegaba espaciado...

FH: Cuando llegó el primero, no hubo gran problema: el sargento, ayudado por un cabo, fue por el segundo piso, celda por celda, «sacando» al liberado.

MR: La frase fabulosa: «¡Bajando con todo!».

FH: Pero cuando los «radios» se fueron sucediendo, comenzó a originarse una especie de embotellamiento de liberaciones...

MR: Porque estos milicos querían, todavía, cumplir ciertos trámites y formalidades que no tenían ya sentido alguno.

FH: Como era lógico, terminaron abandonando dichos papeleos absurdos y largando a la gente tal como venía...

MR: La única ropa «civil» que los presos tenían, era la de gimnasia. No fue posible montar todo aquel otro dispositivo rutinario de las liberaciones anteriores con cuentagotas, en las que hasta preveían la traída de ropa civil por parte de la familia...

FH: No. Esto ahora era como debió ser siempre: masivo.

MR: Así vestidos, los presos iban saliendo de la cárcel a pie, transportando sobre sus hombros todas sus cosas.

FH: Debían recorrer hasta la ruta, así, unos cinco kilómetros...

MR: Nuestros ojos no daban abasto. Tampoco sabíamos a dónde acudir preferentemente: allá en la ruta, a lo lejos, teníamos una multitud agitando banderas; debajo de nuestras ventanas, la desparramada caravana de los compañeros que se iban yendo, de a uno, de a dos, de a tres... Como un camino de hormiguitas hacia la libertad, con los bártulos al hombro saludándonos. Saludando a los que se quedaban.

FH: Puños en alto, gritos.

MR: Y dentro del edificio del celdario teníamos a los compañeros liberados que eran llevados al primer piso, donde nosotros estábamos, a firmar un papel antes de irse. Allí les podíamos dar la mano entre los barrotes...

FH: Alguna cara bañada en lágrimas, «¡Los vamos a venir a buscar!» , nos decían, yéndose.

MR: De pronto la gran noticia: entre los nombres de una tanda ¡Jorge Zabalza! Corrimos a decírselo.

FH: Se vistió rápidamente y rápidamente armó sus bultos. Ajustamos los últimos detalles de una cantidad de cosas, y cuando estábamos en eso...

MR: La otra gran sorpresa: ¡también se iba Pepe Mujica!

FH: Y esa sí, nadie la esperaba. Hubo que ayudarlo a empaquetar las cosas y vestirlo bajo riesgo de llegar tarde a la libertad...

MR: —«Vos, Zabalza, tenés que ayudar al Pepe a llevar las cosas».

FH: Más joven y no tan enfermo.

MR: Bajo la ventana seguía yéndose la caravanita de presos mientras caía la tarde: algunos muy viejos, otros rengueando...

FH: Se ayudaban mutuamente a llevar los bultos.

MR: Se sentaban a descansar un ratito al borde del camino mirando hacia la multitud que tras las barreras los esperaba...

FH: Rodaban muchos paquetes a las cunetas...

MR: Zabalza y Mujica fueron saliendo del piso...

FH: El Pepe llevaba, bien agarrada, la escupidera rosada...

MR: Que algún día deberá exhibirse en una vitrina del Museo de la Revolución. Había plantado en ella las caléndulas que cultivara en los canteros de la cárcel. Y habían florecido. Como esos cascos de guerra abandonados en el campo, donde algún pájaro hizo su nido.

FH: Los vimos irse desde la ventana. Ambos ayudando a otros. Entreverados con los demás.

MR: Flameaban las caléndulas florecidas.

FH: Las vimos irse en la escupidera, todo un símbolo, con Pepe y Zabalza.

MR: Hasta que la perdimos de vista.

FH: Empezó a garuar finito sobre las caléndulas y las banderas.

MR: Algo garuaba también, y finito, en nuestro interior.

Lunes 11 de Marzo de 1985

FH: La tanda de liberaciones del domingo 10 fue la más numerosa: 173 compañeros.

MR: El proceso de su liberación terminó bien entrada la noche, bajo una persistente llovizna. Sin embargo la multitud no se movía de su puesto.

FH: Entonces se veían a lo lejos luces en el lugar de la bandera: flameaban estrellas.

MR: La larga marcha de los presos liberados recorría mientras tanto los últimos kilómetros.

FH: Esa misma tarde, desde Jefatura fueron liberadas, también ante otra multitud, 20 compañeras...

MR: Casi 200 liberados en total ese gran domingo.

FH: Sólo quedábamos 55 en el Penal de Libertad.

MR: En el primer piso, 6 rehenes, 47 compañeros en el segundo y 2 allá arriba, por el techo, en el quinto.

FH: En Jefatura quedaron sólo siete compañeras en el cuarto piso. Me contaron que al verse tan solas y pocas, decidieron mudarse a las celdas del fondo para estar bien juntitas.

MR: Nosotros estuvimos asomados a la ventana hasta que allá, a lo lejos, desapareció la última lucecita. Seguía lloviendo. Cerramos la ventana. Quedamos más solos que antes.

FH: Tarde en la noche, ya de madrugada, vinieron algunos oficiales al primer piso. Traían los uniformes de fajina empapados...

MR: Venían como patos mojados, de la barrera en la Ruta. Traían una conciencia cabal de los hechos que habían visto...

FH: Porque una cosa es oírlo o decirlo y otra muy distinta, verlo... Y sentirlo.

MR: Después de tanta farsa, de tanta mentira servida sistemáticamente por cadena de radio y televisión durante décadas, por grandes diarios siempre a su servicio, por libros y prensa de todo tipo y color, cuando hasta ellos habían creído en sus propias mentiras... ¡Ver aquello!

FH: Sí, eso: verlo con sus propios ojos. Y oírlo con sus propios tímpanos. Una multitud esperando a los «peores», a los que según ellos decían, eran «la inmundicia».

MR: Un ciclópeo y macizo edificio de esquemas se les había derrumbado aquella tarde. Por la noche, ya eran escombros.

FH: No les quedó piedra sobre piedra. En especial a los más jóvenes.

MR: Era inútil para ellos ir a buscar alguna explicación al casino de oficiales, o al despacho de los jefes. Tenían bien claro que en todo caso, lo único que encontrarían allí eran las causas y responsabilidades de tal debacle, que los sacudía íntima y personalmente. Todo un pueblo los marcaba...

FH: Los estaba señalando con un dedo acusador insobornable.

MR: Entonces vinieron a ver si entre los pocos presos que quedaban, los pluscuampeores, encontraban una respuesta. Alguna explicación, por lo menos.

FH: «¿Qué era lo que les había pasado? ¿Qué era lo que había pasado?»

MR: Tal vez allí, en la soledad de aquella enorme cárcel, vacía, entre los «últimos orejones del tarro», algún preso viejo custodiaba una cosa sencilla: la razón.

FH: También vino, con alguno de ellos el odio exacerbado: «Afuera será más fácil hacerles la boleta», nos comunicaron.

MR: Los soldados y los clases hacía rato que la tenían mucho más clara: —«Yo no tuve nada que ver», nos decían. «Cumplía órdenes».

FH: O venían a preguntarnos qué sentíamos. Algunos apuntaban nuestros números para jugarlos a la quiniela.

MR: Muchos pensarán que nosotros, en esas horas, estábamos en la cucheta, panza arriba, reflexionando...

FH: Pensando en todo lo sufrido que llegaba a su fin... La biaba... Santa Clara en 1973... El periplo fantasmagórico de una década larga...

MR: No podíamos. Sencillamente no podíamos.

FH: Ese tipo de cosas es propio de los seriales de televisión, pero no de la realidad.

MR: Nos caía encima un volumen tal de acontecimientos vertiginosos que...

FH: No había tiempo para pensar en el pasado.

MR: O para pensar, nomás.

FH: La libertad a veces tiene ese inconveniente.

MR: No permite pensar. El mundo moderno no lo permite con sus demandas, sus exigencias...

FH: Te lleva de aquí para allá. Colores, charlas, propaganda, música, discursos, multitudes...

MR: Y nosotros no estábamos acostumbrados a eso...

FH: Habíamos sido durante años, hombres sin futuro. Con un presente horroroso. Sólo tuvimos el pasado.

MR: Ahora era al revés: el pasado que teníamos era fulero. El presente, fugaz y vertiginoso. Cambiante. Inasible.

FH: Éramos puro futuro ahora...

MR: «Mañana capaz que me voy», pensábamos esa noche sin poder dormir.

FH: «¿Qué llevo? ¿Qué dejo? ¿Qué hago? ¿Dónde voy?»

MR: «¿Qué ropa me pondré? ¿Qué zapatos?»

FH: «¿Cómo las caricias? ¿Cómo la mujer?»

MR: «¿Cómo la cerveza? ¿Cómo las papas fritas?»

FH: «¿Quién me dará de comer mañana, cuando no esté aquí y no pase a la hora del «rancho» el carrito con los compañeros repartiéndola?»

MR: El futuro era incierto... Misterioso.

FH: Y muy peligroso.

MR: Teníamos además, grandes responsabilidades. Lo sabíamos.

FH: Fue mucho tiempo después que tuvimos cierta calma como para detenernos a pensar —como ahora— en cómo fueron las últimas horas de aquel calvario.

MR: Aquel lunes siguiente transcurrió sin que pasara nada. Salvo que los compañeros que quedaban en el segundo piso —el más poblado— hicieron gestiones para que nos dejaran a los que vivíamos aislados en los otros pisos, ir al segundo y pasar juntos aquellos días.

FH: Las autoridades militares aceptaron la gestión en lo referido a otros pisos. Los rehenes no. Debían seguir aislados hasta el último minuto.

Miércoles 13 de Marzo de 1985

MR: La mañana del miércoles 13 hubo alguna que otra visita de familiares y abogados. Muy poquitas: tres o cuatro...

FH: El mensaje esencial que nos trajeron: «La libertad de ustedes es cuestión de horas».

MR: Pero no había datos precisos.

FH: Arriba, los compañeros del segundo piso, ahora con más libertades que antes para «caminar» por la cárcel, inauguraban luego de muchos años la charla en grupos un poquito más grandes que los que antes estaban autorizados...

MR: Y el truco...

FH: ¡El truco! Fabricaron naipes y algunos, para matar el lentísimo y tenso transcurrir de la espera, organizaron en ciertas celdas vacías, ensimismadas partidas de truco...

MR: De seis.

FH: Al haber ido liberando a los presos por tandas luego de aprobada la ley, fueron preparando, inmejorablemente, las condiciones para un gran recibimiento popular de los últimos...

MR: Aquellos a quienes los mandos militares más bronca tenían.

FH: Son tan pero tan verdugos, que por hacernos quedar hasta el último momento.

MR: Las verdugueadas le salieron por la culata... Ellos mismos fueron preparando una cosa que ni planificada por nosotros hubiera salido tan bien.

FH: Y lo fueron haciendo por odio.

MR: Avanzada ya la mañana vino la gran noticia: «¡Preparen todas sus cosas!»

FH: ¡Gran puta! ¡Y cómo salta el corazón en el pecho!

MR: «¡Preparen todos los paquetes, vistan ropa de gimnasia y conserven nada más que papel higiénico en el bolsillo!».

FH: Quedamos a la expectativa. Tensos. Un abrumador mundo misterioso de libertad se nos mostraba por delante.

MR: Al rato ordenaron entregar los paquetes...

FH: ¡Nos íbamos! —«Nos llevan por sorpresa a nuestras casas».

MR: Nos habíamos bañado y afeitado bien...

FH: Y puesto todo el desodorante disponible. Único perfume a mano.

MR: «Debemos oler a calabozo», nos decíamos.

FH: Serían necesarios varios meses de baño como la gente para sacarnos toda la mugre juntada... Calabozo tras calabozo.

MR: Se fueron llevando, los milicos mismos, los paquetes hacia abajo.

FH: Los de todos los presos.

MR: Sentimos la extraña sensación de quedar desnudos, inermes, sin nada...

FH: Horrible sensación para un rehén ver que se llevan los paquetes...

MR: Una larga lucha por sobrevivir en la que cobran valor vital ciertos pequeños e imprescindibles objetos, no nos dejaba ver con ojos tranquilos a pesar de la enorme promesa de libertad definitiva, cómo nos llevaban las cosas... Nos hubiera gustado irnos en libertad con ellas bien aferradas. Por las dudas...

FH: La ropita de gimnasia... Nadie tenía un equipo completo porque como hubo que repartir la disponible entre todos, algunos equipos hubo que completarlos con camisetas de fútbol. La ropa de gimnasia y nada más. Nos sentíamos desnudos.

MR: Cargaron los bultos en un camión y los sacaron fuera de la cárcel.

FH: —«¿Dónde los llevan?»— «¿Dónde se llevan mis cosas?»

MR: De pronto, el camión siguió de largo...

FH: ¡Se iba!

MR: Rato después lo vimos, acompañado por una camioneta, a lo lejos, por la Ruta 1 rumbo a Montevideo...

FH: ¿Qué pasaba? ¿Qué significaba eso? Un mar de especulaciones nos asaltó. Nos interrumpíamos aportando, quien más quien menos, una posible explicación...

MR: Pronto llegamos a una conclusión clara y neta: «Llevar los bultos a un lado. A ese lado nos llevarán a nosotros. Y recién después de ahí seremos liberados...»

FH: Un solo lado de esos era posible: Jefatura de Policía.

MR: Evidentemente no querían más caravanas ni multitudes frente al Penal de Libertad.

FH: Y buscaban la sorpresa. Trampear a la gente.

MR: Después de ver pasar el camión a lo lejos rumbo a Montevideo, entonces sí que nos sentimos desnudos.

FH: Empezó a pasar el tiempo sin novedad. Trajeron el almuerzo como si tal cosa...

MR: Ya estábamos pensando en cómo haríamos para tomar mate esa tarde y al otro día sin yerba ni bombilla ni nada.

FH: Almorzamos juntos en una celda los cinco. Raúl con su herida en la cara tenía tremendas dificultades para comer... Ese día me tocaba a mí lavar los platos de todos. Me fui con todos ellos a una celda vacía, lejos, para no molestarlos a ustedes, que siguieron allí de «sobremesa», charlando. Las bromas estaban a la orden. Era una situación propicia para ellas. Estaba en eso, lavando, cuando vos mismo viniste a buscarme y me dijiste: «¡NOS VAMOSI ¡DALE QUE NOS VAMOSI!». Yo no te creí, Ruso, vos perdoname, pensé que era una de tus bromas, seguí lavando y por las dudas me asomé a la puerta: era verdad. Entonces me pasó algo raro. Estaba por terminar... y seguí lavando. El milico que me custodiaba, burocráticamente, palo en mano desde afuera me dice: «¿Y para qué los lava?». Lo miré; yo estaba lleno de esa extraña calma que nos asalta, tal vez como defensa del corazón, cuando nos dan una gran noticia buena o mala: «Para los que vengan», le dije. El tipo sacudió la cabeza admirado. «Yo saldría rajando», dijo. Pero yo sabía muy bien cómo son las órdenes de los militares. No tenía nada que hacer. No tenía más equipaje que el rollito de papel higiénico en el bolsillo derecho del pantalón deportivo. Sería cosa de secarme las manos y salir ¡Salir!

Cuando sentí que la puerta de reja se abría, ya enjuagados los platos, me fui; cerrando la fila de ustedes. Los últimos cinco platos del Penal de Libertad, bien lavados, quedaban junto a la pileta de una celda, escurriendo...

El último traslado

MR: Mientras tanto, nosotros cuatro, mirando por la ventana, vimos llegar un *ómnibus* que atracó del otro lado de las alam-

bradas, junto a los grandes portones corredizos dobles que dan salida al perímetro del Penal propiamente dicho ¡Flor de *ómnibus*! ¡Un lujo para nosotros! Pero en su turno se iba formando un feroz convoy militar de vehículos de combate y tropa; una multitud, armada hasta los dientes con uniformes camuflados dignos de mejor causa... —«¡Todo el mundo para abajo!», fue la orden final. Una época llegaba a su fin. Allá a lo lejos, en la ruta, no había nadie. Se contaba con la sorpresa.

FH: En la escalera nos chocamos con los compañeros que bajaban en tropel del segundo piso, buscando nuestro abrazo...

MR: Venían de pisos tan lejanos que costó 13 años recorrer el camino hasta el abrazo, ese en el que bajamos trezados, tropezando, hasta la calle interna del Penal que pasa frente al edificio central. Un sol pleno nos dio de lleno. Ropa deportiva, camisetas de fútbol...

FH: Íbamos saliendo en tumultuosa fila india de saludos. —«¿Cómo andás, hermano?» —«¿Y ustedes?, ¿Cómo andan ustedes?» Cuando vos notaste que faltaba gente: —«¿Y El Biorse?», dijiste. —«¿Y Falucho? ¿Dónde está El Bolita?»

MR: ¡Estaban jugando al truco! ¡Faltaban justamente seis!

FH: La fila de 36 presos y unos cuantos soldados se detuvo. Enfrente el imponente edificio mostrándonos sus poderosas columnas y las 250 bocas enrejadas de las celdas vacías que dan para ese lado...

MR: ¡Imposible saber en cuál de ellas estaban estos anormales! Comenzamos a gritar todos hacia el monumental edificio vacío: «¡Falucho! ¡Biorsee!»

FH: ¡Nos estaban haciendo perder como diez minutos de libertad!

MR: En una ventana del segundo piso apareció el torso desnudo y la cabeza pelada de un compañero, luego otros, después otros...

FH: Con los tres naipes orejeados en la mano...

MR: «¿Qué pasa?», preguntaron «¿Hay recreo?»

FH: «¡Qué recreo ni recreo, boludo! ¡Nos vamos!»

MR: Salieron despavoridos y al rato los vimos aparecer por la negra boca vacía de la escalera, los últimos seis, semidesnudos poniéndose a último momento las camperas y los pantalones...

FH: El mayor, que iba al frente de la «formación», sobre la cuneta, apretaba los labios y golpeaba nerviosamente contra sus muslos los papeles con la lista...

MR: La lista que no se le ocurrió pasar para ver si le faltaba alguno.

FH: ¿A quién se le hubiera ocurrido que alguien iba a faltar a esa cita?

MR: Emprendimos la marcha alegremente, bajo el sol. Hacía calor. Detrás nuestro iban quedando los pastizales, las canchas desiertas, algunos papeles viejos enredados en las alambradas...

FH: Yo había hecho con Marenales una apuesta. Él nos había ganado otra, cuando fue el último habitante de la "isla". La nueva era: ¿quién se va el último?

MR: Marenales siempre tuvo a título de cuestión personal, ser siempre el primero en las peores y el último en las mejores...

FH: Pero yo lo conozco mucho. Conversa como un pororó, y ahora un montón de viejos compañeros le venía dando charla en la fila. Hablando no recuerdo con quién, me fui quedando, como quien no quiere la cosa, atrás, cada vez más atrás. Cuando llegamos al último portón me agaché a «atarme el cordón de las zapatillas». El *ómnibus* estaba a veinte metros.

Entonces, bien seguro, lo llamé: «¡Julio, Juliol!». Y marcando con mi pie el carril del último portón corredizo, que como una frontera limita el adentro y el afuera de la libertad, le dije: «¡Último!» Marenales se echó para atrás y se golpeó la frente: —«¡Me jodiste!». Apreté el paso para subir al *ómnibus* que se iba tragando a los 41 compañeros...

MR: Era moderno, de una empresa particular, con 44 asientos. Nosotros éramos 42.

FH: Me tocó el primer asiento, último disponible, frente al parabrisas... Le di un beso a Paquito Sclavo que iba contra la ventanilla y me empezó a hablar de política...

MR: Afuera roncaban varios motores y metían bala en la recámara de una horda de fusiles y subametralladoras...

FH: El coronel, jefe del Penal, nos dirigió las últimas palabras deseándonos buen viaje y pidiéndonos que no abriéramos las ventanillas y corriéramos las cortinas...

MR: Nos anunció que junto a nosotros iría el «señor director de Reclusos»...

FH: Un teniente coronel vestido de civil aparentemente desarmado, que se sentó junto al chofer.

MR: Yo iba abrazado con el Lalo Gallinares por el medio del *ómnibus*. «Contame qué le pasó a Horacio Ramos en la "isla", le pedí, mientras los vehículos arrancaban...

FH: Era el primer traslado de nuestra vida de presos sin capucha, sin esposas, sentados cómodamente y charlando con los compañeros...

MR: Las ventanas cerradas duraron lo que un lirio. Corrimos las cortinas y las abrimos. El despliegue militar nos rodeaba: adelante, atrás y por los costados ¡Era inexplicable: ¿qué cuidaban? ¡Ya estábamos libres! ¿Temían una fuga? ¿Un rescate? ¿Tal vez un atentado?

FH: Vimos por primera vez el Penal desde afuera. El lugar adonde por años vinieron nuestros familiares; la callecita por donde entraban bajo el sol y frío, la calma o la lluvia, con sus paquetitos...

MR: Esa calle de salida estaba vacía. Desierta...

FH: Era un traslado sorpresivo.

MR: Los pocos vecinos miraban, extrañados, tan formidable caravana militar, con un *ómnibus* en el medio. La última.

FH: Pero al llegar al empalme con la Ruta 1, cuando los vehículos tomaban velocidad, vimos venir (especialmente los que íbamos adelante) dos o tres coches a toda velocidad que frenaron poniéndose de costado.

MR: Se bajaron varios civiles y con los ojos abiertos y los brazos levantados nos saludaron al pasar, sorprendidos, desplegando unas enormes banderas uruguayas...

FH: Los compañeros no estaban distraídos. La sorpresa no iba a ser total...

MR: «¡Mirá, El Mudol», me dijo el Lalo. La huelga bancaria del 69, los cuarteles, la catedral y su huelga de hambre estaban allí, al borde de la carretera, gritando su victoria después de varios cuarteles y alevosas derrotas...

FH: Podíamos ir reconstruyendo la historia de nuestro pueblo y sus luchas en los últimos 20 años mirando a la gente que levantaba puños al cielo.

MR: Detrás de cada puño levantado, una epopeya.

FH: Las ululantes sirenas iban anunciando nuestro paso. Los coches cargados de compañeros que venían de Montevideo hacia la cárcel paraban y, luego de nuestro raudo paso, iban sumándose atrás, en la caravana creciente de banderas y gritos.

MR: Ellos trataban de apartarlos. Los vehículos militares se detenían detrás del *ómnibus* y prohibían el paso...

FH: A veces sacando sus brazos pistola en mano. «Caían en la volteada», también los autos con matrícula argentina, que no entendían nada...

MR: Los milicos no podían desperdiciar una oportunidad para hacer gala de su «efectividad».

FH: La gente acudía a los bordes del camino y saludaba...

MR: El Lalo se desgañitaba gritando: «¡Somos los tupas! ¡Somos los tupas!». Y yo me distraía y abstraía a cada rato, observando los niños... Era la primera vez en muchos años, que los veía en la calle.

FH: Al llegar al puente de La Barra, entrando en el departamento de Montevideo, ya había un gran contingente de compañeros esperando... ¿Cómo se habían enterado? Milagros del pueblo.

MR: Tomamos la nueva Ruta 1 y quedamos totalmente desorientados.

FH: Pararon unos minutos mientras se les incorporaban varios patrulleros y motos de la Policía Caminera que irían abriendo el paso.

MR: Durante esa parada en pleno campo, los milicos y oficiales de los demás vehículos se lanzaron a las cunetas y desde allí, cuerpo a tierra, apuntaban en dirección a las lejanas chacras indiferentes...

FH: Imposible intentar desentrañar los mecanismos mentales que los llevaban a esa payasada ¿Temían una fuga? ¿Temían un ataque?

MR: Fuimos entrando al Cerro ¡Qué pobreza! Sus casitas proletarias herrumbradas...

FH: La cancha de Cerro... Carlos María Ramírez: ¡qué pobreza!

MR: Encendieron todas las sirenas. La marcha se hizo más lenta. El tránsito y la población eran más densos...

FH: Pasamos por Heredia, la peluquería donde se fundó el MLN ¡Era un comité de base del Frente Amplio!

MR: Los rostros de la gente eran un poema. Oían las sirenas venir desde lejos y miraban con odio y desprecio, pero de pronto percibían entre los vehículos militares el insólito *ómnibus* con los puños saliéndole por las ventanas, y entonces, metros antes, las caras se iluminaban, corrían hacia el cordón de la vereda, alzaban los puños, las bocas se abrían gritando cosas, que pasaban quedando raudas, a nuestro lado. Las mujeres levantaban a sus hijos mostrándolos...

FH: Así cuadras y cuadras. Miles y miles...

MR: En la fábrica La Aurora, ocupada como todas las fábricas textiles esos días, los obreros que tomaban mate en la puerta se agarraban la cabeza porque la emoción los quería hacer llorar de alegría y de bronca...

FH: Cerca del Palacio de la Luz toman una calle lateral y paran junto a las barreras del ferrocarril. Ahora es la policía de tránsito que agrega motos y sirenas...

MR: Otra vez el despliegue inexplicable. Se lanzan a la calle, se agazapan en los portones apuntando a las azoteas... ¡Que un psiquiatra lo explique!

FH: Toman por la rambla portuaria reiniciando la marcha, y al llegar a la Estación Central del Ferrocarril, en vez de seguir derecho rumbo a Jefatura, toman hacia la aduana...

MR: ¡Y otra vez nos asalta la incertidumbre!

FH: «¿A dónde nos llevan? ¿AL FUSNA? ¡No!» Siguen de largo y dan toda la vuelta por la rambla tomando la otra, la sur, en dirección contraria...

MR: Para convocar con sus sirenas más gente al acto. Más gente a la multitud que se agolpa ya en la Jefatura de Policía.

FH: ¡Son geniales!...

MR: ¡Nos iban organizando flor de acto!

FH: Es el odio y el creer en sus propias mentiras. Ahora vamos por la rambla sur hacia el Parque Rodó.

MR: Van a Jefatura por el otro lado. Para despistar... ¡Son de novela! En esa rambla veo un hecho que me quedará grabado. Inexplicable. Hacía una linda tarde de sol. Había mucha gente pescando. De pronto uno de aquellos pacíficos pescadores, caña y cajoncito en mano, abre el cajón al oír las sirenas, saca una bandera del Frente Amplio, la despliega y se para firme saludando nuestro paso.

FH: «¿Cómo lo sabía? ¿Se fue a pescar con la bandera? Desde la Aduana no podían venir presos de la cárcel de Libertad, y sin embargo aquel hombre no tuvo la menor duda... Tal vez estaba oyendo la radio que estaría anunciando nuestra liberación...»

MR: Después doblamos hacia Jefatura.

FH: El *ómnibus* y las sirenas se detuvieron junto a la entrada del sótano enorme...

MR: Había una multitud gritando. Acordonada a ambos lados a una cuadra de distancia. Fuimos bajando hacia el sótano, a pie, de a uno.

FH: La gente coreaba consignas. El cordón de policías trataba de contenerla. Levantamos los puños.

MR: A nuestras espaldas se cerraron los portones, que temblaban por las voces, como los muros de Jericó ante los himnos guerreros.

«Fuersa que falta poco»

FH: Nos fueron concentrando en uno de los patios de la planta baja de la Cárcel Central.

MR: Alguien de la policía nos dirigió la palabra: «Acá están los bultos con vuestras pertenencias. Tenemos que firmarle un re-

cibo al Ejército y ustedes saben cómo son las cosas... ¿Quieren revisar y ver si falta algo?»

FH: Pensábamos que ya nos iban a dejar en libertad, y nos pareció una tremenda pérdida de tiempo ponernos ahora a revisar paquete por paquete...

MR: ¡Qué nos importaba un robo más!

FH: «Firmeles, firmeles», dijimos a los oficiales de la policía.

MR: «Bueno», dijeron, «pero después si falta algo...»

FH: Estaban seguros de que ya faltaba algo.

MR: Es como una ley de la naturaleza... ¡Pero qué íbamos a estar perdiendo tiempo!

FH: Firmamos y la policía dio orden de recibir nuestras cosas.

MR: Después pasamos a revisión médica y allí se nos vino el alma a los pies...

FH: Todo preso viejo sabe que si en una cárcel te revisan al llegar, es porque te van a dar ingreso.

MR: «¡Nos dejan acá!»

FH: «¡Otra vez en gayola!»

MR: «¡Ah, no! ¡No hay derecho!»

FH: «Estábamos entrando y no saliendo...»

MR: «La quedamos», decían los compañeros «¡Y quién sabe por cuanto tiempo!»

FH: Nos llevaron al tétrico cuarto piso de Jefatura, de tristísima y trágica memoria.

MR: Que muchísimos, casi todos, conocíamos.

FH: Otro fichaje nos esperaba allí. «Tiras» de Inteligencia...

MR: Los calabozos, bastantes para cada uno de nosotros, nos esperaban allí con las fauces abiertas...

FH: Traíamos compañeros enfermos...

MR: Ya nos habíamos organizado para su asistencia...

FH: Algunos de ellos, tristemente locos...

MR: Nos insubordinamos...

FH: «¡A los calabozos no entramos más!»

MR: «¡Nos van a tener que matar a palos!»

FH: Los tipos dudaron y fueron a consultar. La situación era tensa.

MR: Por fin vino el alivio: «Está bien», dijeron. «Pueden estar en el cuarto piso a discreción».

FH: Pronto llegaron nuestros paquetes. Aquellos que habían salido del Penal de Libertad horas antes que nosotros...

MR: Acampamos. Desenfundamos las guitarras —seis o siete—, los mates...

FH: A los compañeros locos, trágicas víctimas, restos, lo que quedaba de quienes habían sido valientes, alegres, dicharacheros y jóvenes compañeros, lo que había dejado en su lugar la tortura, les tratábamos de hacer entender...

MR: —«Hermano, nos vamos en libertad. Nos largan... Se acabó...»

FH: Y ellos, sus manos en las nuestras, nos miraban sin reconocernos, con ojos muertos, y creyendo quién sabe cómo en nosotros, balbuceaban: «Sí, Sí».

MR: Tratábamos por todos los medios de arrancarles una sonrisa...

FH: Los sentábamos junto a las guitarras...

MR: De donde fueron saliendo las canciones prohibidas. Las viejas. Las casi olvidadas...

FH: Y las nuevas, las del tiempo quieto, las de El Nepo... Casi aprendidas.

MR: Mientras tanto, las compañeras en el sexto piso dicen que aquella noche les pareció oír un murmullo lejano...

—¡Escuchá!

—¿Qué?

—¿No sentís una cosa rara?

FH: Aguzaron el oído. Guardaron silencio. El murmullo era rítmico y cadencioso...

MR: Se oían golpes. La gente, cada vez más gente frente a Jefatura, golpeaba las columnas metálicas de la calle...

—¡Son consignas!

FH: Dicen que aquella noche, otra vez, no pudieron dormir: algo pasaba afuera.

MR: De pronto nos comenzaron a llegar paquetes nuevos ¡La familia!

FH: Venían con comida. Cosas riquísimas ¡Hasta entonces prohibidas!

MR: Ya ni era la familia. Era la gente que nos mandaba cosas...

FH: Y en Jefatura no hacían misterios. No estaba prohibida la comida.

MR: Organizamos flor de mesa común: ¡Todo es para todos!

FH: Era claro que esa noche no nos íbamos. Era claro que nadie iba a dormir.

MR: Unos guitarreando, otros charlando. Ruedas de mate ininterrumpidas. Recuerdos. Proyectos, canciones, abrazos que se repetían...

FH: Si hacíamos silencio, podíamos oír también, como las compañeras, un ritmo cadencioso que no paró en toda la noche. La multitud gritaba, incansable.

MR: Después supimos: acamparon en las calles... Toda la noche. La familia, los veteranos, nuestros hijos, la joven guardia.

FH: Desde los pisos superiores (el cuarto viene a ser una planta baja del sistema de carcelaje de Jefatura y Cárcel Central), comenzaron a llover silbidos y papelitos...

MR: Caían levemente, como plumones...

FH: Recogimos aquellos mensajes. Aquellos «volantes» escritos con faltas de ortografía y letra trémula: «AFUERA AY UNA MULTITU ESPERANDO» «EN EL SESTO PISO HAY SINCO COMPAINERAS» «FUERSA QUE FALTA POCO» «SI PRESISAN ALGO PIDAN»...

MR: Eran los presos comunes, quienes disponían de un poquito más de libertad e información que nosotros, y que nos hacían llegar su solidaridad...

FH: «EL PUEBLO UNIDO JAMAS SERA VENSIDO»

Jueves 14 de Marzo de 1985: Cielito de los tupamaros

MR: Al otro día supimos cuál era la hora del desayuno porque comenzaron a llegar, de afuera, nuevos paquetes con más comida...

FH: ¡Bizcochos de panadería!

MR: «¡Corazanes!»

FH: ¡Pan con grasa!

MR: Humeantes...

FH: Esa mañana, las compañeras lograron hacernos llegar —milagros de la cárcel— una radio.

MR: Pusimos junto a ella una «guardia» permanente de compañeros para pasarnos las novedades.

FH: ¡No íbamos a estar todos escuchando!

MR: De pronto me llaman: por CX 30 estaban radiando, desde la puerta de la cárcel, un reportaje a mi hija Alejandra ¡Qué lindo se la oía! Y como cortina de fondo, el coro de las consignas: «¡Tupa, hermano, aquí los esperamos!», «¡Tupa escucha: tu lucha es nuestra lucha!»

FH: En eso llaman a otro compañero y a mí. Nos sacan del cuarto piso y nos llevan al ascensor. Ya en él nos comunican que vamos a tener una pequeña visita con nuestras esposas...

MR: ¡La Petisa! ¡Que no veías desde 1972!

FH: Ella estaba en el sexto piso y me contó luego que al amanecer del jueves alguien les aclaró el cuento: en el cuarto piso no había presos comunes; estaban «los de Libertad».

MR: Inmediatamente iniciaron maniobras para hacernos llegar una de las radios que tenían y elevaron una solicitud enérgica a las autoridades, pidiendo una entrevista con sus esposos las dos compañeras que tenían a los suyos dos pisos más abajo.

FH: Es así que veo a la Petisa. Al salir del ascensor, en la planta baja de la Cárcel Central. Sentada en un banquito... Trece años después. Quedé sin habla. Asustado. Ella me calmaba, me calmaba. Primera vez en mi vida —digo, que en muchísimos años— que alguien me calmaba... Yo le preguntaba medio incoherentemente por su enfermedad y le pedía que fuera junto

con nosotros y las demás compañeras a Conventuales... «¡Qué flaco que estás!», repetía y repetía sin dejar de acariciarme... Mirá, Ruso: hay cosas que no se pueden contar. Hay momentos en los que además, las palabras sobran. No sirven. Y hay emociones, eso lo sabés tan bien como yo, que te sobrepasan a tal punto, que... sencillamente te quedás sin palabras. Ahora y en aquel momento, sin palabras. Simplemente callado y acariciando y dejándote acariciar... «¡Qué flaco estás!»

MR: Comenzaron a llegar paquetes con ropa y cerca del mediodía algunos ¡con pollos! Hacía varias noches que entre emoción y emoción, casi no dormíamos. Según iba la cosa, no íbamos a dormir otra vez.

FH: Se seguía amontonando gente.

MR: Al paso que iban, nos largarían de tardecita: mejor momento imposible; justo cuando la gente sale de sus trabajos en el Centro.

FH: Por atrasar la liberación, crean la expectativa en pleno Centro.

MR: La prensa extranjera, que había venido a la transmisión del mando el 1° de marzo, estaba allí, junto a la que vino a las liberaciones.

FH: Por la tardecita llegó la orden: «¡Todo el mundo para abajo!»

MR: ¡Otra vez!

FH: Otra vez.

MR: Nos llevaron a la planta baja. Los paquetes quedaron en el cuarto piso. De un lado estábamos los 42 del Penal de Libertad; contra la otra pared, las cinco compañeras de Punta de Rieles. Nos fueron haciendo pasar a un despacho cercano en pequeños grupos, a firmar la libertad. Vibraban las paredes y temblaban los vidrios de la Jefatura en esa planta baja, por el golpeteo rítmico de las consignas afuera: «¡LIBERAR, LIBERAR, A LOS PRESOS POR LUCHAR!».

FH: En el despacho, donde el personal de la Suprema Corte nos hacía firmar, era casi imposible hablar. —«¿Con qué documentos —gritabas— andaré en la calle?» —«Cualquier cosa llame a este teléfono», respondían también gritando. El pueblo,

desde afuera, hacía llegar su voz incontenible que todo lo dominaba: «¡TUPAS, HERMANOS, AQUI LOS ESPERAMOS!»

MR: Luego de firmar, ya libres, nos mandaron nuevamente al cuarto piso. De allí se fueron llevando los equipajes que cargaron en un camión.

FH: Ahora sí, llegaba el momento.

MR: Antes, cumpliendo una norma que es sagrada entre los presos, sacamos de nuestras bolsas todo aquello que afuera no sería imprescindible más todo lo que podíamos dar... Todo lo que no era un recuerdo querido e intransferible, y con ello, hicimos grandes paquetes que mandamos para arriba, para los que se quedaban en la cárcel, para los presos comunes.

FH: Y ellos nos mandaron el último mensaje. Era una orden: «ANTES DE IRSE CANTEN EL *SIELITO*»; y junto con la orden, ¡vino la letra completa!

MR: Media docena de guitarras templaron sus cuerdas y 42 gargantas las suyas, cantando mientras se iban:

«Yo he visto al águila mora
volando sobre el chilcal,
y era el alma cimarrona
campeando la libertad...»

FH: Deben haber sido las horas más felices de nuestra vida.

MR: Y del pueblo. Porque con nuestra salida, festejaba la culminación de una gran victoria.

De la cárcel al convento

FH: En el sótano de Jefatura los vehículos con sus motores encendidos. Afuera una multitud rugiendo: «¡TUPA, ESCUCHA, TU LUCHA ES NUESTRA LUCHA!»

MR: Violentos golpes sonaban contra los portones metálicos...

FH: Daba miedo.

MR: Según dicen ciertas grabaciones de radio que hemos estado escuchando, aquella liberación comenzó el 14 de marzo de 1985 a las 19 horas y 10 minutos y se produjo en tres tandas

sucesivas. Primero las cinco compañeras. A las 20 horas y 4 minutos exactamente, salió del sótano de Jefatura el camión de la policía N° 550 llevando nuestros bultos. Detrás, dos blindados de Granaderos en los que íbamos nosotros. Uno de ellos tenía el número 567...

FH: Otros datos dicen que todo terminó a las 20 y 45... Al fin de cuentas, no importa mucho. Nosotros lo vivimos sin horarios. Perdida totalmente la noción del tiempo. Apretujados en el último furgón vimos cómo, con gran dificultad, cerraron por dentro la poderosa tranca de la puerta corrediza blindada.

MR: El chofer de la Policía desarmado y solo, estaba nervioso.

FH: No era para menos.

MR: «No te preocupes, que no te va a pasar nada», le dijimos.

FH: El vehículo fue subiendo el pronunciado repecho que sale del sótano a la calle...

MR: Los faros iluminaban el furgón delantero. Se abrieron las puertas y el destello de los *flash* y las luces de la televisión nos encandilaron a todos. Casi no podíamos ver nada...

FH: La policía había sido desbordada. Un cordón de compañeros contenía a la multitud y —paradójicamente— guardaba el orden.

MR: Los vehículos avanzaban a paso de hombre...

FH: La gente gritaba que «Los orientales no se doblégan ni con torturas ni con cadenas».

MR: Golpeaban los blindados. Se subían a ellos.

FH: De pronto un violento estampido, y la puerta corrediza lateral, poderosa y blindada de nuestro furgón, fue arrancada desde afuera, de cuajo...

MR: Quedamos expuestos por un gran boquete lateral a los miles de brazos que trataban de tocarnos...

FH: Caras bañadas en llanto...

MR: Alguien, creo que Marenales, nos gritaba: «¡No saquen los brazos! ¡No saquen los brazos!».

FH: Otros le decían a los compañeros que se habían subido al furgón: «Bájate, hermano... ¡Bájate!»

MR: Temíamos un accidente. Las luces deslumbrantes, las sirenas, los gritos, el mar humano...

FH: La desnudez de nuestros equipos de gimnasia en la noche...

MR: Por fin los vehículos lograron desprenderse de la gente y, en lugar de dirigirse directamente a Conventuales, que estaba muy cerca, comenzaron un recorrido sinuoso por el Centro y parte de la Ciudad Vieja, destinado a despistar a la prensa y al gentío...

FH: En determinado momento, volviendo sobre nuestros pasos, el camión con los bultos y nuestro furgón detrás tomaron a contramano por Canelones y pararon en la puerta misma de Conventuales.

MR: Compañeros organizados allí se lanzaron sobre la caja del camión y comenzaron a descargar los equipajes.

FH: Otros, con el brazalete del PIT-CNT, vinieron hacia nosotros formando una cadena: «¡Rápido compañeros! ¡Entren rápido!»

MR: Bajamos como una exhalación, pero pude ver a la gente que venía corriendo por la calle hacia nosotros. En las escaleras de Conventuales se trenzaban algunos compañeros en un abrazo con familiares y amigos. Fui atravesando pieza tras pieza estrujado por los brazos emocionados de viejos camaradas, hasta que de pronto, quedé frente a una muchacha alta, espi-gada, con una sonrisa resplandeciente y lágrimas en las mejillas. «Cuando una niña llora y sonríe» —le dije entonces como 13 años atrás— «asoma el arco iris». Y por primera vez, después de tanto tiempo, mi hija y yo pudimos darnos un abrazo, que hasta ese instante sólo pudimos enviárnoslo a través de una estrella.

FH: Unos militantes jóvenes, demasiado jóvenes para ser tupamaros —yo no podía imaginarme, sin embargo, lo eran—, encargados de la organización de todo aquello junto a compañeros del PIT-CNT, responsabilizados de mantener el orden afuera, nos fueron guiando...

MR: Allí estaban Manera, Zabalza, el Pepe...

FH: Hacia una conferencia de prensa. Algo que jamás habíamos hecho en nuestra vida «¿Cómo se hace?», te pregunté. Y te pedí que organizaras en lo posible todo aquello.

MR: Nos sentamos todos «los cabezas rapadas» en varias sillas, y pusimos entre los rehenes al hijo de Nepo, Adolfo Wasem, en el lugar de su padre...

FH: El padre que no lo pudo recibir aquel día, como nuestros hijos nos recibieron a nosotros...

MR: Y empezó la conferencia después de un largo rato. Porque era difícil desprenderse de los abrazos y organizar todo aquello.

FH: «¿Vos sos Semproni?», le pregunté a un gordo que andaba por allí. —«No», me dijo. «Yo soy Fulano». Y me dio el seudónimo de una antigua clandestinidad compartida. —«¡Así que vos eras Semproni!», le dije. Y le pedí que presentara la conferencia de prensa y, como no teníamos experiencia alguna, que la cortara si salía mal.

Nos ametrallaron a preguntas, nuestros ojos iban de vez en cuando al gordo, quien contra una columna, los brazos cruzados, levantaba el pulgar en señal de «bien»... ¡Y no la cortaba nunca»

MR: Cuando al fin terminó, nuestras preguntas eran por la familia que tenía que estar en algún lado entre aquel montón de gente. Gente joven que, uno calculaba, debían ser niños cuando todo empezó...

FH: Entre los abrazos y los micrófonos yo repetía y repetía la pregunta sin respuesta cabal: «¿Dónde están las compañeras? ¿Dónde está mi gente?»

MR: Y la respuesta invariable era: «No te preocupes, no te preocupes...»

El barrio era una fiesta

FH: A todo esto las cinco compañeras habían sido llevadas por la policía cada una a su casa y yo pensaba: «Toda mi familia debe estar acá. La pobre Petisa debe estar golpeando la puerta de una casa vacía...» Los compañeros que no entendían mi preocupación, porque sabían todo, no se apuraban en parar los abrazos y los saludos... Al fin me sacaron por una puerta lateral y me subieron a un coche. La multitud no se dio cuenta.

Atravesamos el Parque de los Aliados en medio de una noche serena y por primera vez para mí, tranquila. Volvía a tener la sensación de total desnudez. No tenía nada más que lo puesto y no era una frase. Ni un peso. Ni un documento. Nada. Cuando les dije a mis acompañantes que tenía miedo que la Petisa estuviera sola, se mataron de la risa. —«Hace rato que ella está en casa. Está todo el barrio allí». Yo no podía creer que hubiera más gentíos movilizados, pero cuando el coche dobló la esquina del barrio... ¡Estaba la cuadra llena de gentel... Negros con sus tamboriles. Me sacaron como a un corcho de botella de adentro del coche, y en un solo abrazo, de corazón a corazón, me fueron llevando en vilo a la casa de mi madre. «El que no salta es un botón», gritaban. Cantaban y bailaban y yo no sabía qué era aquello. Mis pies no tocaban el suelo. Mi cara estaba empapada de llantos anónimos.

Un enorme cartel junto a la bandera uruguaya atravesaba mi casa: «FELIZ CUMPLEAÑOS». Debajo: Mi madre, viejita, esperando. A su lado mi esposa recién liberada y mi hija, esperando. Décadas esperando... Era el día de mi cumpleaños. Fíjate, Ruso, qué regalo. Al fin llegué hasta ellas y me hundí en aquel triple abrazo. Después, aquella noche, sin dormir, traté de hablar con todos. El Pepe Guerra puso en mis manos una copa: la primera copa de mi vida nueva. Y les conté, a grandes rasgos, hasta el amanecer, esta misma historia que ahora estamos terminando. La historia de ellos. La de nosotros.

La guiñada del viejo

MR: Desde Coventuales hice tres o cuatro incursiones a la calle. Guardo para el final, la primera; el reencuentro con Doña Rosa y Don Isaac, mis viejos.

Como te sacaron a vos, Nato, me sacaron a mí la tercera noche, para ir a una reunión que organizaron mis amigos teatreros. Estaba el apartamento abarrotado de lo más «granado» de las tablas montevidéanas... En eso llega Atahualpa del Cioppo, con sus verticales y juveniles 80 años... Ese formidable viejo que jamás dejó de ir a un estreno y luego pasar a saludar los elencos, aun cuando la obra no le gustara. Y que tenía, para esos casos, una frase que se hizo proverbial en el ambiente:

«Esta ha sido una experiencia muy interesante...». El viejo entra, me ve, y nos damos un abrazo emocionado hasta las lágrimas, en medio de un tenso silencio. Entonces, para quebrar su conmoción, lo separo un poco, lo tomo de los hombros y le digo: «Don Atahualpa: hemos vivido una experiencia... muy interesante». Desanudó su risa silenciosa, fue ruidosa la de los demás, y volvieron a gorgotear las botellas en los vasos tintineantes.

FH: Pero hubo una noche, Ruso, en que desapareciste, solo.

MR: Sí... La noche que volví a caminar por las veredas de mi infancia, Palermo, donde aún queda en pie, desvencijado, el 1395 de Gonzalo Ramírez, vecino del Boxing Club, casa de inquilinato de patio abierto, en el que mi madre colgaba la ropa, encendía el brasero, regaba sus plantas... Desde ahí, al paso, hasta Ansina. Allí habíamos anclado en la pieza de un conventillo cuando vivimos de Florida los viejos, mi hermano Leonel, el perro y la Singer de papá. Y caminé por Ansina... Parecían las ruinas de Stalingrado. Quedaba algún frente en pie, ventanitas de buhardillas como palomares, balconcitos en arco. Ruinas, malezas, silencio, un gato. Caminé despacito el barrio de Las Llamadas, haciendo las mías...

FH: Despertando recuerdos de cada baldosa... Y en esa caminata de nigromante fuiste más lejos...

MR: Hasta el barrio del Estadio. Allí rondé por Garibaldi, «la casita de mis viejos», con mi bolsito a cuestas, mate, alpargatas... tabaco.

FH: Sólo te faltaba la «lata», Ruso. Seguías viviendo «los trasladados».

MR: Había oscurecido y entré a trillar despacio...

FH: Solo faltaba un bandoneón para que fuera un tango...

MR: La casa estaba ahí, con los balcones de mármol partidos, donde se asomaba el viejo para campanear la calle, cuando nos reuníamos en la pieza del fondo con El Bebe y El Flaco. Parecía una boca que le faltaran dientes. La puerta estaba cerrada. Acaricié el plátano de la vereda, que me dio una medida del tiempo: el clavito que el Viejo le martillara para colgar en él la jaula del cardenal, ya no estaba al alcance de mi mano. Entonces se abrió la puerta y asomó una niña. Allí se quedó, recostada, sorprendida. Un extraño, un viejo con una

bolsa, se había estacionado en la puerta de su casa. Sonreí a su temor; no dijo nada. Asomó la madre, me miró como si nada, entró la nena («Vamos que hace frío»), cerró la puerta.

FH: Tus viejos ya no estaban allí... Los habían desalojado hace años, y sus pobres huesos fueron a dar a un Asilo. Te enteraste en Melo, ¿te acordás? y ese día lloraste...

MR: Vos me dijiste algo a través del muro...

FH: Sí. —«Algún día lo tendrán que pagar»

MR: Después de la conferencia de prensa le volví a preguntar al Pelado Balmelli: «¿Y...?» —«Dale», me respondió con una sonrisa, mientras un par de muchachos de la joven guardia me indicaban el camino hacia una puerta lateral del Convento. Y en dos autos marchamos con ellos mi hija, Germán Fito y El Flaco Beletti. La calle Burgues estaba desierta, las luces del Hogar de Ancianos Israelita, apagadas. Sólo la recepción estaba iluminada, y el sereno se inquietó cuando llegamos a la puerta: habían recibido llamadas anónimas, amenazando con poner una bomba en el local si no expulsaban a mis padres, por ser mis padres. Ellos no lo sabían. Las autoridades del Hogar no quisieron alarmarlos y habían dispuesto algunas medidas de vigilancia. Reconocieron a mi hija, abrieron, y hubo un apretón de manos: «Hace mil años que lo están esperando», me dijo la directora. Y fuimos conducidos hasta la piecita de los viejos. Entré sin ansiedad ni apuro, como si me hubiera ido de casa el día anterior. El Fito se adelantó: «Aquí se lo traemos, Don Isaac... Doña Rosa, llegó el hijo». Mis viejos estaban acostados. Germán se entretuvo revisando el cajón de los cubiertos, buscando un descorchador. Traía una botella de grapa.

FH: ¡Profetizada en aquel poema que años atrás escribiste en el calabozo de Minas, ¿te acordás?, «Brindis con el viejo».

«Yo sé que los domingos, casi al mediodía,
abris con cautela el viejo aparador,
y vertís en un vaso del mismo licor
que en los buenos tiempos con vos compartía.
Yo sé que a ese trago le falta alegría
y que al tomarlo no le hallás sabor,
porque a veces suele borrar el dolor
su gusto al vino y la luz al día.

Pero vos sabés que la tormenta pasa
y que el implacable sol no se detiene
cuando un nefasto nubarrón lo tapa.
Por eso sé que volveré a tu casa
algún domingo que el almanaque tiene,
para beber con vos, una risueña grapa».

MR: Me paré a los pies de la cama. Los viejos sonreían con serenidad, y mamá dijo la primera palabra. Fue una pregunta, esa, la de siempre desde el cordón umbilical: «¿Comiste?». «Sentate», agregó papá. «Estás muy flaco». Aquel pequeño dormitorio guardaba algunos muebles y objetos de mi niñez, rescatados del desguazamiento cuando el desalojo. Allí estaban 50 años de mi vida. Por ejemplo, ese banquito casero, hecho con madera de obra cuando yo aún no iba a la escuela, donde siempre se sentó mamá para el ritual mate dulce de la tarde. El Viejo palmeó levemente las sábanas a su izquierda para que me sentara allí. Así lo hice, como cuando de botijas, Leonel y yo por las noches nos instalábamos como príncipes en el edredón que se trajo de Polonia, y papá nos leía la Biblia y hablaba de Moisés, «el que sublevó los esclavos para hacerlos libres». Entonces mamá, con manos trémulas tomó las mías, y el Viejo, riendo con su mirada celeste de niño pícaro, me hizo una guiñada.

FH: Con la que cerramos, Ruso, esta larga historia.

GLOSARIO

- A fojas cero*: Volver a empezar desde la nada.
- Agua jane*: Nombre comercial del hipoclorito.
- Arrimarle bochas*: Arrimar insidias.
- Bancaba*: Del lunfardo "bancar", soportar.
- Bancar la biaba*: Soportar la tortura.
- Batucadas*: Ritmo musical con instrumentos de banda, típico en Brasil y en nuestra frontera con Brasil.
- Biabas*: Del lunfardo: palizas.
- Buchona*: Tener, como las aves, el buche lleno.
- Bulín*: Cotorrito.
- Bulones*: Tuerca grande.
- Caniles*: Jaulas donde se encierra a los canes.
- Canilla*: En el lunfardo se aplica a los vendedores de diarios.
- Carqueja*: Yuyo, hierba medicinal.
- Carretilludo*: Tranquilo
- Casal*: Parejas.
- Capincho*: Cuadrúpedo silvestre, del tamaño de una oveja.
- Cotorrito*: Bulín, pieza de soltero para llevar amigas.
- Cuchetas*: Camastros.
- Cuereada*: Disputa.
- Cumbia*: Baile colombiano.
- Chaja*: Ave de envergadura, silvestre.
- Chanchos*: Cerdos.
- Chata*: Embarcación de carga o el recipiente que se le pone a un enfermo en la cama.
- Chijete*: Frío que entra por un lugar angosto.
- Dar botilla*: Prestar declaración.
- Dar pelota*: Prestar atención.
- Desagotar*: Vaciar.

Doy dique: Darse importancia, darse dique.
Driza: Una de las tantas velas de un navío.
En cana: Estar preso.
Estaqueo: Tortura consistente en atar a un hombre entre cuatro estacas por las muñecas y los tobillos, en cruz.
Eviscerarnos: Sacarnos vísceras.
Fajina: Limpieza.
Falluta: Hipócrita.
Galpón: Construcción amplia de madera y chapa donde se guardan herramientas o ganado.
Garúa: Llovizna fina y persistente.
Gayola: Cárcel.
Gil: Del lunfardo: tonto, imbécil, infeliz.
Guachos: No tener padres.
Gurisiños: Niños. Gurí en guaraní significa niño.
Jingle: Cantito comercial.
Liceales: Alumnos de Liceo.
Mamelucos: Uniforme de obrero, ruinoso.
Manija: Si un hombre está enojado, hacerle comentarios aparentemente amistosos para que aumente su enojo. Eso es "dar manija".
Medanos: Colina de arena.
Nos metieron "como un tiro": Introdujeron rápidamente.
Ñandú: Avestruz.
Ombú: Árbol enorme parecido al baobab.
Pava: Pavo silvestre.
Pelechaje: Se dice del animal que recupera el pelo y por extensión al individuo que se recupera.
Pelera: Escupidera, recipiente donde se mea.
Petisa: Yegua bajita. También se dice de un hombre pequeño.
Piba: Del lunfardo: muchacha.
Pichi: Pobre, miserable, de "pichicom".

Piola: Del lunfardo: buen compañero, simpático.
Piolines: Hilo de algodón como el que se usa para atar paquetes.
Polenta: Comida de pobre, harina de maíz hervida. También se dice del hombre fuerte o enérgico: tiene "polenta".
Portland: El polvo que se utiliza en la construcción para hacer hormigón, cemento.
Predio: Terreno limitado.
Prosiar: Conversar.
Puchos: Colillas.
Queco: Prostíbulo.
Quilombo: Cuadrúpedo silvestre, del tamaño de una oveja.
Retrucarle: Contestarle.
Ropero: Denominación popular a un tipo de vehículo militar, camiones de caja hermética y cuadrada que semejan un ropero.
Rula: Ruleta.
Se bostea: Se caga.
Tachos: Recipientes de metal, grande, donde se aplicaba la tortura del inmersión.
Tambocha: Hormigas devoradoras.
Tapera: Rancho abandonado, ruinoso.
Tener bronca: Tener rabia.
Tiento: Cuerda de cuero.
Tipa: Del lenguaje cuartelero: sanción.
Tipear: Sancionar.
Transando: Aceptando.
Trillos: Rastros que deja un animal que camina siempre por el mismo sendero.
Vejiga: Estúpido.
Vellones: Lana de oveja.
Verdugear: Aplicar la tortura, fastidiar, sancionar.

